



# PASAJE AL MISTERIO

UN VIAJE HACIA LO INSÓLITO

FRAN RENEDO CARRANDI

Luciérnaga

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Introducción Comenzamos el viaje... ¿me acompañan?

1. Balma Demonios, brujas y aberraciones en la montaña

2. El alma en pena de Carbonera

3. El increíble caso de Maximiliano Iglesias

4. El misterio del monte Umbe

5. La peregrina historia del cojo de Calanda

6. El extraño fuego de Alcañices

7. Sensaciones en La Mussara

8. ¿Qué le ocurrió al niño de Somosierra?

9. El pueblo maldito de Mengollu

10. La enferma de Montecillo

11. Las apariciones de Vinromá

12. Burgos: tierra de ovnis

13. Historias y leyendas de San Juan de la Peña

14. El atlante de San Pantaleón de la Losa

15. El fabuloso dragón de Valdealgorfa

Epílogo Homenaje a don Andrés Gómez Serrano

Bibliografía

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Pasaje al misterio es un libro de viajes hacia el enigma y lo insólito. Entre sus páginas podemos encontrar extraños objetos voladores que atemorizaron a sus observadores, personas desaparecidas en extrañas circunstancias, pueblos que sufrieron terribles maldiciones, o apariciones y milagros que unos catalogan de divinos y otros de demoníacos.

El lector podrá conocer de primera mano los relatos de muchos testigos que un buen día fueron protagonistas de historias desconcertantes e increíbles que sembraron el terror y el desconcierto entre los que las vivieron.

# **PASAJE AL MISTERIO**

BIENVENIDO A ESTE VIAJE HACIA LO  
INSÓLITO

**FRAN RENEDO CARRANDI**

 Ediciones  
Luciérnaga

*A mi mujer, Ángela, y a mi hijo, Lucas.  
A toda mi familia.*

*A mis amigos y, en especial,  
a Javier, Gonzalo, Ernesto y Juan Carlos  
(La banda del Torru), por tener la santa paciencia  
de haberme acompañado en alguno de estos viajes.*

*A aquellos que piensen que debería dedicarles  
este libro, aunque no aparezcan aquí mencionados,  
con todo el cariño se lo dedico. Disculpen mi descuido.  
Seguramente les debo muchos más favores que ellos  
a mí y me honran con su aprecio.*

*A todos los que se alejan de envidias,  
egoísmos, engreimiento y vanidades, y luchan  
por unos ideales honestos.*

Yo he visto más cosas de las que recuerdo, y recuerdo más cosas de las que he visto.

BENJAMIN DISRAELI (1804 – 1881),  
político, escritor y aristócrata británico

No es que tenga miedo de morir, pero preferiría estar en otra parte cuando esto ocurra.

WOODY ALLEN (1935),  
cineasta estadounidense

El hablar no hace cocer el arroz.

(PROVERBIO CHINO)

Cuanto más envejezco, más veo que lo único que no envejece son los sueños.

JEAN COCTEAU (1889 – 1963),  
escritor, pintor, ocultista y cineasta francés

Aquellos que queman libros acaban, tarde o temprano, por quemar hombres.

HEINRICH HEINE (1797 – 1856),  
poeta alemán

Un tonto pobre siempre será un tonto. Un tonto rico siempre será un rico.

PAUL LAFITTE (1898 – 1981),  
ingeniero francés

## Introducción

### COMENZAMOS EL VIAJE...

### ¿ME ACOMPAÑAN?

Querido lector, antes de que ose adentrarse en este laberinto de letras, una advertencia: está usted ante un libro de misterios, de historias con desenlaces inesperados o inexistentes, por supuesto, pero también ante un libro de viajes. Creo que su título, *Pasaje al misterio*, es revelador, incluso explícito. Y no me refiero solamente al viaje físico, al desplazamiento de una persona de un punto a otro de la geografía, sino también a un itinerario espiritual, social y humano. Estos valores hoy tan olvidados y menospreciados, por desgracia, han sido sustituidos sin piedad por artificios tecnológicos y por grupos vaporosos, es decir, por comunidades online que, en el fondo, no son más que consuelos y disimulos respecto a la soledad y el aislamiento del hombre, pero que hoy prevalecen, tristemente, sobre el trato directo y enriquecedor con nuestros congéneres. También es, este libro, un viaje en pos de dichos valores. Por ello, su preparación me ha servido para impregnarme de las sensaciones proporcionadas por muchas de las personas que aparecen en las siguientes páginas, verdaderos artífices y protagonistas de este trabajo, sin duda alguna.

Y digo esto, paciente lector, porque en varias ocasiones, cuando salen a colación estas impresiones, charlando con amigos o conocidos en *petit comité* sobre la labor de campo que estos proyectos conllevan (y que, por cierto, a mí tanto me apasionan), siempre les hago la misma reflexión: son tantas las historias colaterales que a lo largo de estas indagaciones aparecen ante mí, que bien pudieran ser merecedoras de un trabajo paralelo en el que se vieran reflejadas estas vivencias, dada la huella o la impronta que me han dejado. Y muchas de ellas poco o nada tenían que ver con el misterio o el asunto que me había llevado hasta el lugar en cuestión. Sin querer, y sin pedirlo, me topé con

apasionantes vidas, situaciones curiosísimas o, simplemente, pareceres de otros semejantes que me han hecho reflexionar y replantearme cuestiones diversas que ya creía (¡ingenuo de mí!) dominadas.

Sería faltar a la verdad por mi parte decir que no he disfrutado con este trabajo, una labor un tanto detectivesca que me ha enfrentado cara a cara con los inesperados protagonistas de historias desconcertantes. Es más, diré que, a la hora de poder ofrecer a los lectores historias como las que aquí aparecerán y sus entresijos, ya de por sí difíciles de admitir, no contemplo afrontar estos proyectos si no es basándome en la investigación de campo. Es necesario ceñirse a la realidad y aportar los testimonios más cercanos posible a los hechos para evitar comentarios tergiversados que, aun con estas precauciones, lamentablemente siempre aflorarán.

Resultaría tremendamente cómodo, y aún más en los tiempos que nos ha tocado vivir, sentarse en un confortable sillón y rellenar completos tratados de todo tipo simplemente con pulsar las teclas de cualquier ordenador conectado a la red de redes. Internet: gloria, venganza y castigo de la sociedad actual, hace aflorar calificativos hacia ese mundo virtual que fluctúan dependiendo de quién lo utilice o para qué fines. No obstante, desde mi punto de vista, es el invento más revolucionario para la humanidad desde el descubrimiento de la rueda, por asemejar dos ejemplos universales que supusieron, ciertamente, un avance inmenso para el hombre. Pero, como decía, utilizar para estas precisas labores ese medio tan manejable y al cual resulta tan fácil acceder, pero por cuyos abismos circulan sin ningún control tanta desinformación y datos erróneos, sería tratar al lector como a un verdadero mentecato.

Y así, con verdadera ilusión, ofrezco mi humilde labor a todo aquel que la quiera consultar. Sobre todo porque me siento enormemente reconfortado al compartir con usted el disfrute que yo sentí cuando recorrí durante estos últimos años diversos horizontes en busca del misterio. Muchos de estos enigmas ya eran conocidos por mí —y sin duda por muchos de ustedes, amigos de estas temáticas—, ya que hace mucho tiempo aparecieron en míticos informes de grandes maestros especializados en estas lides. No obstante, para mostrar mi admiración y hacerles un pequeño homenaje, me ha parecido conveniente retomar su testigo y acudir de nuevo a los escenarios que conocí en otra época a través de sus libros, para intentar, transcurrido cierto tiempo

ya, recabar las impresiones de aquellos atemorizados testigos. Nombres y apellidos de personas normales y corrientes, que tras releer sus casos, una y otra vez, me parecían casi míticos o legendarios, pero que en realidad eran hombres y mujeres de carne y hueso que un buen día fueron elegidos para desafiar a las mentes más racionales. Y, por qué no decirlo, acudí también movido por la curiosidad de descubrir cómo el paso del tiempo habría deformado su genuina experiencia. En la inmensa mayoría de las ocasiones esto no fue así y me sorprendí al verificar la honestidad, o al menos la inmutabilidad, de la versión que ofrecían estas personas en la actualidad, un tanto marcados, aún hoy, por aquellos acontecimientos que padecieron.

Esta es la labor que me autoimpuse desde el primer momento y que aquí voy a intentar plasmar de la manera que mejor sé. Muchas otras historias quedan aún en mi tintero esperando otra ocasión para desvelarlas, si los lectores consideran que merece la pena, en el futuro, conocer los sueños de este pobre loco.

No es de extrañar, por tanto —y que no se considere ególatra lo que voy a decir—, que me haya sentido identificado, en algunos momentos de estos periplos que pasaré a exponer, con los aventureros personajes de ficción con los que tanto he disfrutado en mis lecturas infantiles y juveniles. En mis soledades, en cualquier lugar del camino, mientras ponía orden en mis apuntes y archivos tomados a vuelapluma tras las declaraciones de los testigos, acudían a mi mente las peripecias de estos héroes y los visionaba intentando encontrar al asesino escurridizo de turno, sobrevivir en islas inhóspitas, viajar a lugares hostiles o a países desconocidos, o simplemente sorprender a sus científicos contemporáneos con las teorías e inventos más variopintos y fabulosos, con los cuales, y gracias a su empeño, serían capaces de viajar en el tiempo, descubrir animales que se consideraban extinguidos o llevar al hombre a planetas muy lejanos.

Me recuerda esto a nuestro universal y entrañable don Quijote, viajero delirante y aventurero en busca de su verdad, a quien acompañaba incondicionalmente su parte más racional, que el genio de Cervantes quiso personalizar en el bueno de Sancho, contrapunto de las excentricidades de su señor. Excentricidades que, dicho sea de paso, en su conjunto no son más que un maravilloso resumen de las inquietudes, las virtudes y los vicios de la

sociedad española de la época y de las verdaderas pasiones del ser humano en general, con sus luces y sus sombras. Y si don Alonso Quijano vio gigantes en donde tan solo había molinos, quizás sea lo menos importante. Lo que merece la pena es que cabalgó durante largo tiempo y a través de vastos parajes en busca de su utopía, utilizando sus andanzas como bálsamo que aliviara su locura. ¡Benditas locuras que hacen al hombre cabalgar! Sin ellas seríamos como guijarros planos e inertes, indiferentes y fríos a la orilla del lecho del río, que tan solo se mueven, desidiosos, sin voluntad, cuando la corriente dominante los arrastra. Salgámonos de este torbellino que nos quiere arrojar sin permiso lejos de nuestros propios ideales y cabalgemos pues.

## BALMA. DEMONIOS, BRUJAS Y ABERRACIONES EN LA MONTAÑA

¡Quién diría que este espectacular templo y sus dependencias poseyeron un negro pasado relacionado con las personas que hasta aquí peregrinaban y que se creían presas del mismísimo demonio! Este edificio, que se encuentra suspendido casi en el aire más cerca, a primera vista, de los cielos que del mundo terrenal, destila un halo de misterio que siglo tras siglo se ha labrado entre las rocas y los altares cavernícolas que se contemplan en sus entrañas.

A este lugar, como a tantos rincones mágicos del mundo, no se accede de manera casual: a Balma se llega, a Balma se va. Hay que ir expresamente a Balma, allí donde el río Bergantes y la sinuosa carretera CV-14 —que une las localidades de Morella, en Castellón, con Mas de las Matas, ya en el Maestrazgo turolense— juegan a hacer meandros y curvas en un laberíntico recorrido entre tierras áridas y polvorientas y profundas gargantas. Y sepa el viajero que no debe acceder al santuario de cualquier manera. Existe un ritual para entrar en Balma que le será explicado por el ermitaño de turno, si así se lo solicita:

- Ir andando desde La Cruz Cubierta que se encuentra en la carretera de acceso al santuario.
- Lavarse manos y cara en la fuente de la entrada antes de iniciar la ascensión por la escalinata que conduce a la Balma.
- Beber nueve sorbos de la fuente.
- Dar nueve vueltas alrededor de la reja donde se halla la imagen.
- Arrojar como ofrenda nueve monedas de curso legal dentro de la reja (una en cada vuelta).
- Colocar un cirio rojo encendido con la petición escrita que se desee.

— Raspar un poco la roca que forma el techo, guardar el polvillo que se desprende en una bolsita roja y llevarlo siempre como amuleto.

Habíamos dejado atrás la localidad más próxima al santuario, Zorita del Maestrazgo, cuyos habitantes conocen muy bien la historia de su insigne y sacro lugar. Incluso existen hoy en día paisanos del pueblo que fueron protagonistas y testigos directos de los espectáculos dantescos que, de manera multitudinaria, se celebraban en el templo para intentar, supuestamente, arrancar los demonios de las almas de muchos visitantes que hasta allí acudían para ello. En ocasiones, esparcidos por aquellos riscos y parajes, se llegó a calcular la presencia de más de diez mil peregrinos que aguardaban los prodigios para la curación de familiares o amigos. Recordemos al lector que nos encontramos en tierra de leyendas sobre endemoniados, brujas y oscuros rituales que parecen adquirir un matiz primordial entre los muros y las rocas de Balma.

Tras desviarse de la mencionada carretera entre las provincias de Castellón y Teruel hacia el santuario, el viajero se encontrará cada vez más cerca del barranco Rosell, donde hay un sendero que lleva a la pequeña Capilla de Barraquet. Todo ello nos vuelve a recordar que nos encontramos en un lugar sagrado que ha sido escenario de ancestrales ritos paganos desde tiempos inmemoriales. Continuando la ascensión por nuestro camino hacia Balma, encontraremos la denominada Cruz Cubierta, una majestuosa cúpula cuyo interior fue pintado por J. Francisco Cruella en 1687. Retomando el camino llegaremos por fin a nuestro destino, que ya oteamos colgado en la roca. En la actualidad, al llegar a Balma el visitante asciende por las escaleras que suben hasta la hospedería que ofrece sus servicios en este enclave para traspasarla y discurrir por pasadizos y miradores a través de la roca, desde los cuales se divisan bellas estampas de la zona, con el río Bergantes a sus pies y el amasijo de casas del pueblo de Zorita en el horizonte. Dicha pasarela acaba en una imponente puerta que da paso al templo propiamente dicho, en cuyo interior, recogida en su capilla tras una decorada reja, se puede contemplar a la Virgen de Balma. Cabe advertir que esta escultura no es la original, ya que la genuina desapareció durante la Guerra Civil.



Labrado en la piedra del monte Tossa, Balma fue construido aprovechando antiquísimas grutas, eremitorios y recovecos entre precipicios.

Dentro de este inusual templo se respira humedad, el humo de docenas de cirios encendidos y aparece incluso una sensación claustrofóbica y, por qué no, también de misterio. No es de extrañar que los ermitaños que sucesivamente han tenido la misión de guardar el templo sean reacios a permanecer allí por la noche: prefieren ir a sus domicilios aunque en la hospedería haya camas libres. Si se tiene suerte y se logra la confianza de uno de ellos, se conocerán de primera mano hechos inexplicables que bien podrían ser catalogados de sobrenaturales.

Aunque nosotros quisimos visitar el templo planificando el viaje con antelación y a conciencia, otros muchos viajeros en peregrinaje por estas comarcas, al sorprenderse con el majestuoso cuadro que presenta el santuario medio escondido entre las rocas de aquellos precipicios, sienten la necesidad de desviarse de su camino y visitarlo, aun desconociendo su misteriosa historia. No hay que olvidar también que por aquí discurre uno de los Caminos de Santiago, señalado debidamente en la entrada a Balma.

Hasta aquí llegaban miles de personas que, tras ser desahuciadas por los médicos, tan solo podían justificar sus males como posesiones demoníacas. Acudían en masa, sobre todo los días 7, 8 y 9 de septiembre, creyendo que solamente Dios podría curarlas. Llegaban hasta Zorita del Maestrazgo y allí comenzaban una aterradora procesión hacia Balma repleta de gritos, blasfemias y revuelo, mezclados con oraciones, súplicas, cánticos y plegarias. En tiempos más cercanos, estas tremendas comparsas han desembocado en una concurrida romería, no exenta de reminiscencias paganas relacionadas con brujerías, aquelarres y, por supuesto, con el mismísimo demonio.

Los antiguos exorcismos que aquí se realizaban estaban dirigidos por unas mujeres consideradas brujas y procedentes de la localidad de Caspe. Los paisanos de Zorita las recuerdan como mujeres viejas, de mirada amenazante, totalmente enlutadas y a las que se conocía con el sobrenombre de «caspolinas» debido a su pueblo de origen.

Pero, dejando ya atrás fórmulas retóricas para describir tan noble emplazamiento, pasemos a analizar los orígenes del santuario. La palabra «balma» significa cueva. Aprovechando las grutas del lugar del monte Tossa y las concavidades pétreas que aquí se disponen, la iglesia y demás dependencias se enclavaron en la roca, a más de setecientos metros de altura. Ya en tiempos anteriores al siglo XIV se tienen noticias de que existía una humilde ermita, hogar de monjes y anacoretas que buscaban la paz y el recogimiento para sus oraciones. Y es por aquellos siglos cuando comienzan las leyendas sobrenaturales de Balma.

Al parecer, la Virgen se le apareció a un pastor allí mismo y le solicitó que se construyera una ermita para que mostraran su devoción los habitantes de los pueblos cercanos. La historia narra cómo el campesino, vecino de Zorita, dirigía su rebaño por las cercanías del paraje de la Balma un buen día del ya lejano siglo XIV cuando al llegar a la cueva decidió descansar de sus quehaceres y, en un saliente de la roca, oteando el idílico paisaje que desde allí se contempla, se sentó. Pero inmediatamente quedó sobresaltado por un fagonazo, un resplandor muy vivo que surgía desde el interior más recóndito de la cueva. Al acercarse, no sin cierto temor, pudo contemplar a una señora

de gran belleza que le dijo: «Ve al pueblo. Avisa al cura y a los vecinos que es mi voluntad y la de mi hijo que en este mismo lugar y cueva se edifique un templo».

La visión desapareció y dejó en su lugar una imagen negra de la Virgen. Al mismo tiempo, un brazo que el pastor tenía inútil recobró su movilidad y sanó completamente. Se hizo lo que dijo la Virgen y, mientras los paisanos realizaban las obras del templo solicitadas por su Señora, brotó un manantial cuyas aguas puras, según la tradición, poseen propiedades curativas e incluso milagrosas, el cual hoy en día se localiza en la entrada a la hostería.

Una de las primeras leyendas que hablan sobre los orígenes sobrenaturales de la estatuilla aparecida dice que los habitantes de Zorita, recelosos de que alguien pudiera robar la imagen del templo por estar este tan apartado decidieron traerla a su pueblo para guardarla en su iglesia parroquial, más cerca de los vecinos. Pero al día siguiente de dicha acción, cuando acudieron a la iglesia del pueblo para orar a la recién traída Virgen, vieron que había desaparecido del altar donde la habían colocado la víspera. Muy alarmados, comenzaron a buscarla por los alrededores. Casas del pueblo, calles, caminos, montes, tierras de labranza..., ningún lugar quedó sin explorar en busca de su querida Señora. Pero todo fue en balde. Al atardecer, un labrador que venía de las cuevas de Balma dijo muy excitado que la Virgen se encontraba en aquel lugar, en la pequeña ermita donde al principio se halló. Pensando que habían sido víctimas de algún bromista, los vecinos acudieron de nuevo a recoger la imagen para llevarla a la iglesia del pueblo. Pero, como había ocurrido la vez anterior, cuando al amanecer abrieron la iglesia comprobaron que de nuevo la Virgen había desaparecido. Con curiosidad, fueron directamente hasta Balma y, como en la anterior ocasión también, allí encontraron la estatuilla. Y por tercera vez la volvieron a llevar a su pueblo.



Ya en el templo, la oscuridad y el olor a humedad y cirios quemados dan la bienvenida al viajero, que sin duda percibirá cierta sensación claustrofóbica.

Pero aquella noche iba a ser distinta, ya que, recelosos ante tales desapariciones, acordaron vigilar las inmediaciones de la iglesia para poder sorprender al responsable de aquella mofa. La noche transcurrió tranquila, sin que se observara ningún pillaje, y al alba entraron en la iglesia para dar gracias a la Virgen. Pero todos los presentes, totalmente sorprendidos, pudieron observar que el altar se encontraba otra vez vacío. Tras comprender que aquello era un hecho sobrenatural, se decidió dejar a la Virgen por fin en Balma, lugar donde, como no iba a ser de otra manera, había de nuevo aparecido milagrosamente por voluntad divina.

Durante el resto de la Edad Media esta devoción fue en aumento y concurrían en Balma ya no solamente los paisanos más cercanos al templo, sino también peregrinos venidos de tierras lejanas, muchos de ellos acompañando a personas que se creía que estaban malditas, poseídas por el diablo. Y es que la Virgen de Balma había adquirido a través de los siglos gran fama de milagrera, sobre todo para este tipo de males, y se había convertido en una verdadera ahuyentadora de demonios. Y tal fue la fama que

llegó a tener, y tal la cantidad de peregrinos y devotos que llegaban para que intercediera con ese fin, que las multitudes que allí se llegaron a agolpar fueron inmensas, hasta el punto de que las autoridades, tanto gubernativas como eclesiásticas, llegaron a prohibir dichas visitas masivas bajo pena de excomunión o de cuantiosas multas.

Después de la Guerra Civil, y hasta no hace tantos años, la prohibición continuaba en vigor. De hecho, los miembros de la Benemérita advertían por aquellos años a los clérigos y ermitaños de la cueva: «A la primera endemoniada que llegue, le pegamos un tiro y se le quitan los demonios».

Pero a pesar de esta amenaza, muchos acudían hasta Balma con la pretensión de curar sus supuestas posesiones e incluso llevaban a sus familiares «enfermos» a escondidas, durante la noche, y realizaban los supuestos exorcismos a puerta cerrada.

Al analizar otros antiguos documentos sobre el santuario, se puede observar cómo su negra estela comenzó a fraguarse muchos siglos antes, como recopiló el padre franciscano Gil de Zamora:

Tiene en su término tres ermitas, la primera dedicada a Nuestra Señora de la Balma [...] y se celebra en ella una gran fiesta todos los años el 8 de septiembre, a la cual acuden de toda la provincia centenares de familias, unos por la gran devoción y otros por el deseo de que alguno de sus hijos o parientes sea curado con los exorcismos que le dice el cura en aquella ermita, cuya imagen goza de antigua fama para curar a los endemoniados [escribió Bernardo Mundiana en su obra *Historia, geografía y estadística de la provincia de Castellón*, en 1873]. Acuden de lejanas tierras el día de la función, algunos se creen poseídos de malos espíritus y cuentan singulares maravillas obradas en presencia del numeroso concurso que allí se reúne.

El temor a que cualquier documento sobre los procedimientos que se seguían con las personas supuestamente poseídas cayera en manos de las autoridades que los habían prohibido taxativamente originó que pocos testimonios escritos hayan llegado hasta nuestros días. La última referencia fidedigna data del año 1934 y fue recopilada por el historiador Manuel M. Mestre. En este archivo se refleja lo siguiente:

«Uno de los últimos casos de endemoniada fue el de la *filla* de la Dallera de Barcelona. Había enloquecido y la llevaron a Balma. Entre rezos y exorcismos debía repetir siete veces cada día la siguiente oración: “Si Dios

me deja salir / de esta maldita pelea. / A la Virgen de Balma, / misa cantada y novena”».

Pero aparte de estas leyendas que se pueden incluir dentro del folclore religioso de muchos pueblos de España, hay que especificar el carácter misterioso y sobrenatural que se percibe en Balma. Estas cuevas, a pesar de la imagen bucólica y relajante que a primera vista puede inspirar tal emplazamiento, han sido escenario de los más duros acontecimientos, de terroríficas luchas del Bien contra el Mal que el lector quizás no pueda imaginar; lugar de reunión de brujas desde tiempos ancestrales, escenario de rituales demoníacos, exorcismos, comunicación con los muertos y levitaciones: una gran gama de fenómenos que, según cientos de testimonios, ocurrieron entre las penumbras de aquellas grutas.

Uno de los trabajos mejor realizados sobre los misteriosos sucesos que supuestamente ocurrieron en la cueva de Balma fue escrito en 1929 por el reportero del periódico *Libertad*, Alardo Prats. «Tres días con los endemoniados» fue el título que eligió el autor para resumir sus vivencias en el santuario de Balma. Con los artículos publicados bajo este título posteriormente escribiría un libro que recogía los sucesos de los que fue testigo directo y que tan marcadamente dejaron huella en él. Así describía uno de aquellos tremendos episodios a los que asistió personalmente:

Había caído ya la noche. Rosario Uso Petit, vecina de la aldea de Alquería del Niño Perdido, detuvo sus pasos frente al portalón del santuario. Una muchedumbre se agolpaba a la entrada. La multitud, en un ambiente asfixiante donde resonaban carcajadas histéricas, como una masa amorfa, no se movía y asistía al espectáculo jadeando y coreando extraños rezos.

Las caspolinas, brujas venidas desde la localidad aragonesa de Caspe, enlutadas con negras galas, de rostros cadavéricos, manos huesudas y tez cetrina, emprendieron el ritual, frente al enrejado que protege la imagen, resguardadas de las inclemencias meteorológicas bajo la fría piedra del santuario. Mientras la joven blasfemaba y escupía contra las imágenes sagradas con los ojos en blanco, estas hicieron su particular diagnóstico: está poseída.

Los brazos de las viejas, tan firmes como ajados, sujetaron con firmeza las piernas y hombros de la endemoniada. Rociaron su cara con agua bendita, a la par que emitían cantos ancestrales y plegarias al buen Dios. Aquel líquido cristalino hizo retorcerse a la adolescente en el suelo, como si la abrasase el cielo en la boca [sic]. Las velas

presenciaban los gritos al unísono de las mujeres: «¡Que le salgan por las manos! ¡Que le salgan por los pies! ¡Por los ojos no, que se quedará ciega! ¡Por la boca no, que se quedará muda!».

La sierva del Maligno se revolvía en aquella superficie considerada santa. Las cintas de color azul —anudadas en los dedos de los pies y de las manos bajo la creencia de que por ellas saldrían los demonios que la poseían— se habían tornado azulgranas por la sangre y se rompieron finalmente.

La joven cayó desfallecida. En ese preciso momento, la endemoniada, la maligna — como llamaban popularmente a los poseídos, *els malignes*, en aquel tiempo en blanco y negro—, estaba sana y salva. Ella se llamaba Rosario Uso Petit, tan solo tenía doce años de edad [...].

Parece que todos los demonios de los ejércitos infernales se han desatado en la montaña, convertida en infierno —oigo decir—, y que se están vengando de los exorcismos y malos tratos que han recibido durante todo el día. Eso parece. Y a medida que avanza la noche, los demonios, sin duda, han ido desatando este torbellino de locura en que nos encontramos aprisionados. En el escenario de pesadilla que forman las montañas, parece que hasta las piedras y roquedales han cobrado una vida insospechada y misteriosa. No hay un rincón donde no tiemble un grito, una copla o una música [...].

De las cuevas y oquedades de la roca, resplandores de fuego dan la impresión de que las llamas salen del interior de la montaña del diablo coronada por un radiante halo de incendio. Magnífica estampa del infierno, tal como lo concibe la supersticiosa imaginación popular [...].

En el semicírculo de la angustia, otra endemoniada. Se llama Carmen Jordá, de treinta y un años, natural de San Jorge (Tarragona). «Está endemoniada desde hace cinco años», me había dicho su marido. Ha venido a la Balma en un taxi con la matrícula de Tarragona. «No tiene idea de los gastos que me han ocasionado estos demonios. Cinco años de médicos, creyendo que se trataba de una enfermedad. ¡Ahora resulta que son los demonios! Y la verdad es que no puede ser otra cosa.» ¡Estas palabras en la boca de un hombre que viste chaqueta y que no es un campesino, que vive en un pueblo próximo a las grandes vías por donde discurre el progreso! Carmen Jordá, ante la imagen de la cueva, comienza rasgándose sus vestiduras en un acceso de furor. Chilla y se revuelca en el suelo, la mirada extraviada. Las caspolinas se obstinan en cubrir las desnudeces de la desgraciada mujer. No pueden. Vencido el ataque a fuerza de agua bendita e intervenciones de las brujas, tratan de vestirla. En torno a la endemoniada forman un círculo varias mujeres. Con sus amplias faldas hurtan a la curiosidad de la multitud el cuerpo desnudo de la enferma. Sale vestida de la cueva. «¡Ya está bien! —dicen las caspolinas—. ¡Curada del todo!» Lleva un vestido nuevo. El que rasgó y las prendas interiores que llevaba antes del exorcismo han quedado ante el altar de los milagros. «Si se le pusiera el mismo vestido que rasgó cuando salieron los

demonios, éstos se apoderarían otra vez de ella», aseguran. La ropa endemoniada no sale de la montaña. El ermitaño, después de lavar sus manos en agua bendita, la arroja a la Cueva del Diablo.

Si el lector es curioso y decide consultar más bibliografía al respecto, otra de las obras indispensables sobre Balma es el libro escrito en 1912 por Ruiz de Lihory, barón de Alcalalí, donde se describen momentos terroríficos de brujas y poseídos.

Como decíamos antes, estos espectáculos iban atrayendo cada día a más personas, deseosas en su mayoría de contemplar lo extraño, cuando no de dar rienda suelta a sus más bajos instintos. Se organizaban en las inmediaciones del santuario romerías y reuniones de personajes de dudosa reputación que pretendían comunicarse con el más allá, realizar rituales satánicos o intentar curar con sus peculiares procedimientos a visitantes que se tenían por poseídos. Todo este disparate de lo absurdo llegó a su fin en el año 1932, cuando el gobierno republicano cortó de raíz todo tipo de manifestaciones en el lugar dando las oportunas órdenes tanto a las autoridades religiosas como a la Guardia Civil para que tomaran cartas en el asunto y erradicaran lo que según su opinión eran representaciones fraudulentas. En el año 1936, el comandante de la Benemérita José Pitarch fue la persona encomendada de llevar a cabo estas instrucciones radicales.



Como se puede apreciar en esta vieja fotografía, los momentos sobrecogedores en Balma se producían cuando ciertas personas, supuestamente poseídas por el Maligno, eran llevadas al sacro lugar con la intención de ser curadas milagrosamente.

Y es que muchos creían que tras estos rituales de sanación que se practicaban a los desgraciados supuestamente poseídos por el demonio se ocultaba un verdadero fraude. Pensaban que algunas personas avispidas intentaban sacar pecunia de sus semejantes supersticiosos, incultos en su mayoría, que se creían posesos o enfermos del mal de ojo, cuando en muchas ocasiones esos padecimientos bien los podría haber catalogado la ciencia actual de trastornos de la psique humana. De ahí que, según fueron pasando los años y las autoridades adquirían más conocimientos lógicos y médicos al respecto, quisieran acabar con aquellos tremendos rituales tildándolos de supercherías y fruto de la ignorancia del pueblo llano. Sobre todo las autoridades eclesiásticas, que veían todo aquello como una manifestación contra los fundamentos de la Iglesia, ya que observaban a sujetos impíos, que se valían de aquellos alborotos y confusiones para ofrecer sus supuestos poderes de comunicación con los muertos, realizando prácticas espiritistas y haciendo aparecer de manera ilusoria supuestos entes para atemorizar a las gentes y, en la mayoría de las ocasiones, aprovecharse de ellas económicamente.

Como ejemplo de lo dicho, los presentes en aquellos actos tan estrafalarios cuentan una anécdota muy curiosa. En el edificio hoy destinado a la hostería había una gran mesa octogonal que poseía una serie de cajones a cada lado. Los supuestos espiritistas que allí se reunían sentados alrededor de la citada mesa, charlatanes en la inmensa mayoría de los casos, hacían que se abrieran y cerraran a su voluntad los cajones, de manera que parecían moverse por fuerzas desconocidas convocadas allí por sus poderes sobrenaturales, cosa que provocaba miedo e incluso terror entre los congregados más cándidos.

Por todo ello, está claro que la mayoría de los que se presentaban en Balma como endemoniados eran víctimas o enfermos, tanto de sugerencias colectivas como de verdaderos padecimientos físicos o psíquicos, a pesar de que, erróneamente, estos males eran reconocidos como trastornos sobrenaturales.

Pero si es justo exponer el componente de fraude que, como en casi todos los fenómenos de esta índole, existe, también sería imperdonable para que el lector obtuviera sus propias conclusiones no citar aquí episodios verdaderamente enigmáticos y no explicados que ocurrieron en tan pintoresco templo. En efecto, a pesar de ser bastante reducidos los casos a los que, a día de hoy, aún no se ha podido encontrar explicación, en el santuario de Balma se dieron perturbaciones que poco o nada tenían que ver con delirios o sugerencias colectivas. Algunos investigadores, como Àlvar Monferrer en su obra *Els endimoniats de la Balma* o José Soler en su libro *Leyendas y tradiciones de Castellón*, nos hablan de al menos dos docenas de casos, ocurridos tanto a personas adultas como a niños, que continúan siendo un misterio y un desafío para la ciencia y la medicina actual.

En dichos trabajos, estos autores recogen los testimonios y las turbulentas horas en Balma de individuos con extraños padecimientos no catalogados por los galenos. Eran llevados hasta el altar del santuario a duras penas por fornidos hombres que se encargaban de postrarlos ante la imagen de la Virgen entre exclamaciones, gritos y blasfemias, que solamente eran acallados o que disminuían en su agresividad cuando se rezaba, se les hacía besar la cruz o se realizaban conjuros contra los malos espíritus. A estas personas que, como ya hemos referido, podían ser tanto hombres como mujeres o niños, supuestamente poseídos y que habían pasado el filtro de muchos exámenes médicos y psiquiátricos, se les ataba de pies y manos, se les colocaban cintas bendecidas en los dedos de los pies y de las manos y se rociaba sus cuerpos con agua bendita. Estos ritos podían realizarse durante varias jornadas y, si la cura se llevaba a cabo correctamente, se observaba cómo las blasfemias, los gritos, los vómitos y espumarajos en la boca, los golpes y las convulsiones iban paulatinamente en descenso, cosa que acreditaba que la sanación se estaba logrando. Cuando al supuesto poseso se le creía curado de estos misteriosos males, se le retiraban las ataduras y se quemaban sus vestiduras frente al altar con la intención de que los espíritus malignos ardieran con ellas.

La mayoría de estos rocambolescos casos sucedieron en la primera mitad del siglo XX y, como decíamos anteriormente, estuvieron rodeados de incidentes de difícil explicación. Ocurrieron a personas con nombres y apellidos, cuyos expedientes o historias han podido salvarse de la censura que

las autoridades en general aplicaron a los asuntos del santuario de Balma. Así, podemos citar a Rosario Uso Petit, entre cuyos poderes se aseguraba que podía ver el futuro, hablar con los muertos o leer el pensamiento, todo ello gracias a un extraño espíritu que la poseía. O a Mariano Oliver, el conocido como «el endemoniado de Caspe», quien, según varios testigos que estuvieron presentes en sus exorcismos, en distintas ocasiones llegó a levitar. Josefa Monterde, Manuela Monzón o Joaquin Fontcuberta fueron otros de los poseídos cuyas acciones y episodios de carácter sobrenatural dejaron atónitos a muchos asistentes directos de tales experiencias. Al parecer, los citados recobraron la salud y volvieron de sus desquiciadas vidas a la total normalidad una vez pasaron ante el altar de la Virgen de Balma.

En una de nuestras entrevistas con vecinos de Zorita del Maestrazgo tuvimos la fortuna de localizar a doña María, una señora de cierta edad que tuvo la deferencia de conversar con nosotros sobre aquellos terroríficos acontecimientos que se desarrollaron en el santuario. Así, mientras lucía un sol de justicia en aquellas tierras del Maestrazgo, sentados a la sombra en la entrada de la hospedería de Balma, comenzó su narración. María recuerda que cuando era niña acudían al pueblo muchos forasteros para solicitar la presencia de niños en los exorcismos que se realizaban, ya que los pequeños inocentes eran, al parecer, los indicados para ayudar al supuesto poseso en su lucha con el Maligno. La señora María rememoraba para nosotros una de aquellas tétricas noches en la que ella y su hermano fueron testigos y protagonistas de un tremendo episodio en Balma:

Aún recuerdo que una noche, ya muy de madrugada, estábamos durmiendo y mi padre nos sacó de la cama a mi hermano y a mí porque habían llegado unos señores con su hijo, a quien creían poseído por los demonios. Habían venido desde Barcelona y era habitual que las personas se llegaran hasta el pueblo de Zorita a buscar a niños que los ayudaran en los rituales de exorcismo. Entonces los acompañamos hasta la cueva, en medio de la noche, atravesando todo el camino junto a nuestro padre y esos forasteros. Nosotros estábamos muertos de miedo debido al estado de aquel joven supuestamente poseído que no cesaba de maldecir, gritar y correr mientras los mayores le intentaban agarrar y evitar que se lastimara. ¡Imagínese usted el cuadro... y nosotros tan pequeños... lo asustados que debíamos estar!

Cuando llegamos a Balma, medio en secreto —ya que los guardias habían prohibido estos rituales— fuimos hasta la iglesia, frente al altar de la Virgen, llevando cirios encendidos. Una vez allí, ellos se disponían a realizar el exorcismo, mientras que a nosotros nos pedían que rezáramos y que rogáramos por la salud de la persona en cuestión. Lo que yo pude ver no se lo creería nadie. El muchacho parecía que se quería subir por las paredes de la cueva, blasfemando, gritando e intentando zafarse de las personas que lo retenían. Se le ponían los ojos en blanco, de repente se tiraba al suelo, se convulsionaba, echaba espuma por la boca... En fin, un espanto. Poco a poco, después de unas horas, estas acciones fueron disminuyendo hasta que nos dijeron que ya podíamos volver a casa. Nos dieron unas monedas y, después de colocar junto a la cruz unos exvotos que los familiares del joven nos habían dado para honrar a la Virgen y darle gracias por el favor concedido, que supuestamente era la curación de aquel hijo, nosotros agarramos el dinero y salimos corriendo hacia el pueblo sin volver la vista atrás y muertos de miedo, como usted se puede imaginar. De vez en cuando, mientras estábamos bajando desde el santuario hasta la carretera que va a Zorita, aún podíamos escuchar los últimos gritos que daba aquel pobre desgraciado y que retumbaban en la noche. Mi hermano y yo pensábamos que nos podían perseguir los demonios, por lo que entramos en casa, cerramos inmediatamente la puerta y nos metimos en el catre cubriéndonos con la manta hasta la cabeza, aterrorizados.



Es imposible imaginar hoy en día el trasiego incesante de visitantes entre estos túneles y caminos practicados en la roca viva, en busca de un milagro que curara a parientes que se creían endemoniados o simplemente de una señal que reafirmara su fe.

Aunque el lector pueda pensar que estas costumbres tan tenebrosas han cesado en los tiempos actuales, aún hay personas que peregrinan hasta Balma en busca de una sanación milagrosa de los supuestos males de origen desconocido que, según sus propias convicciones, padecen. Y al parecer algo prodigioso ocurre o les inculca fuerzas entre aquellas paredes de piedra del santuario, ya que en la sala de exvotos se exhiben cientos de objetos traídos aquí por los peregrinos y creyentes como forma de agradecimiento por los favores concedidos. En los trozos de papel arrojados entre los barrotes que protegen el altar de la Virgen, y al lado de las cruces que allí hay, la frase escrita más recurrente es la siguiente: «Gracias a la Virgen de Balma por liberarme del mal».

## EL ALMA EN PENA DE CARBONERA

No hay duda de que el ámbito rural guarda entre sus memorias infinidad de historias y episodios relacionados con el misterio. Son sucesos allí ocurridos que, quizás por su aislamiento y por la falta de comunicaciones con su entorno, sobre todo en años pasados, no han llegado a nosotros en abundancia, pero sí con cierta pureza y objetividad. Si bien las explicaciones que se otorgaron a estas descabelladas narraciones tuvieron mucho que ver con la forma de vida en estos lugares y con la idiosincrasia de sus gentes, no deja de llamar la atención la manera de razonar unos hechos que en un momento determinado llenaron de temor a toda una comarca. Por supuesto, para los vecinos de un núcleo rural tan recóndito como el que vamos a tratar a continuación, las circunstancias que acaecieron hace casi cien años solamente tenían una interpretación natural, cercana al medio que formaba parte de sus vidas. Gentes recias, poco fantasiosas y capaces de enfrentarse al misterio escopeta en ristre intentaron buscar una respuesta a un interrogante que había irrumpido en su placentera vida durante los últimos meses. Pero tras la falta de conclusiones, con el miedo acechando sus hogares en cuanto el sol se ponía y la penumbra reinaba en las calles, comenzaron a brotar las más inverosímiles historias y leyendas que sembraban la duda y el resquemor en cuantos las escuchaban.

Nos desplazamos en esta ocasión hasta la pequeña y aislada aldea de Carbonera, muy cerca de Saldaña, en la provincia de Palencia. Es un pequeño grupúsculo de casas agolpadas, rodeadas de campos interminables, parecido a muchos otros pueblos meseteños. Como buena tierra castellana, los contrastes son notables en su clima. De los tórridos días veraniegos se puede pasar a gélidas jornadas invernales en las que las temperaturas apenas alcanzan los

grados suficientes para que la blanca túnica de la helada abandone los campos de la comarca. Nos presentamos allí un día verdaderamente caluroso, en el que pocos vecinos se dejaban ver por entre las callejas del lugar, protegidos de los rayos de sol que se abatían sin compasión sobre la aldea y sobre el resto de los terrenos amarillentos y tostados que la rodean. Las casas, las más antiguas y en su mayor parte derruidas, están construidas de adobe, con claras marcas en sus fachadas y paredes en las que se refleja la falta de cuidados debida a la escasez de habitantes que las custodien. La emigración del campo es un mal que persigue y amenaza un medio tan importante y básico como es el rural. La carretera que allí mismo muere nos mostraba el pueblo sobre un altozano en el que destacaba, sobre el resto de la población, la iglesia levantada en lo más alto de la loma.



Vista del pueblo de Carbonera, situado sobre una pequeña loma y rodeado de los campos típicos de la meseta palentina. En este escenario se desarrollaron unos hechos que mantuvieron en vilo a todos sus vecinos durante cierto tiempo.

Y aun pareciendo tan plácido y olvidado el lugar, el misterio había llegado hasta aquel paraje de Carbonera a principios del siglo pasado. Los vecinos, dedicados en su totalidad a las labores agrícolas y ganaderas, regresaban cansados de sus faenas diarias buscando el descanso merecido en

sus hogares. Poco a poco, tras una liviana cena, las escasas y débiles luces de las casas se fueron apagando para guardar el sueño de sus pobladores. De repente, un alarido fantasmagórico, una especie de aullido terrorífico, hace saltar a todos los lugareños de sus lechos. Los niños, muertos de miedo, no dejaban de llorar tras haber sido perturbados en su inocente descanso. Las madres, alarmadas, abrazan a los pequeños contra su pecho intentando protegerlos de algo que escapaba a la razón. Los hombres, asustados, apenas componiéndose de su sorpresa, comienzan a abrir ventanas y cerrojos, y salen temerosos a los patios en busca del origen de aquel intrigante sonido, penetrante a la vez que sobrecogedor.

Tras unos momentos de quietud, con los paisanos aguantando el aliento para poder percibir mejor los detalles en la oscuridad de la noche, el sonido se vuelve a producir, reverbera por todo el valle su halo tenebroso y los hombres no pueden aclarar de qué lugar proviene o cuál es su origen. Los vecinos, en un estado alterado de nerviosismo, logran retomar la tranquilidad a duras penas y retornan a sus humildes hogares con el temor aún en sus cuerpos y la duda en sus mentes. La noche iba a transcurrir inquieta, en una suerte de duermevela, intentando buscar una posible explicación a aquel desconcertante misterio repetitivo. Y así iban a pasar también los días siguientes, meses según algunas versiones.

La gente comenzó a hablar. Para muchos el extraño sonido que les quitaba el sueño era el berrido de una perdida cabra que recorría la noche por aquellos campos del valle. Sin embargo, lo extraño era que esos balidos solamente se producían después del crepúsculo y que pasaban desadvertidos durante el resto del día. Para otros, el autor de esos potentes bramidos era cierta ave que, de cuando en cuando, visitaba el pueblo. Concretamente, en su viaje migratorio pensaban que podía recalar en un humedal repleto de charcas que se situaba cerca del villorrio, en un paraje denominado Valdejuelo, en las Fuentes de Juan Lada. Lo cierto es que durante varias jornadas muchos fueron los hombres del pueblo quienes custodiaron el terreno en busca del desconocido pájaro sin encontrar ningún animal responsable de tales controversias. Y el misterio continuaba en aquella comarca palentina cuando

llegaba la noche. El desconcierto y la extrañeza se iban adueñando de los vecinos y con ellos las historias más rebuscadas y singulares comenzaron a surgir y a recorrer todo el entorno.

Algunos querían mantenerse al margen y evitaban exponer en público sus ideas. Otros, no sin poca mofa, ridiculizaban los miedos de los habitantes de Carbonera bautizando el misterio con el sobrenombre de «la cabra fantasma». Pero otros más, un tanto apesadumbrados por aquello que estaban viviendo en sus propias carnes, y a lo que nadie había podido encontrar aún explicación alguna, querían ver en ello algo más lúgubre, un fenómeno sobrenatural que atormentaba la vida de los residentes.

No dudaban estos últimos en recordar un antiguo crimen perpetrado justamente en aquella vaguada de Valdejuelo a finales del siglo XIX y ya casi olvidado: la desaparición de un sacerdote en extrañas circunstancias cerca del pantanal. Al parecer, el cura fue asesinado cruelmente en ese andurrial en el que apareció meses más tarde, pero se desconocen el autor y motivo de tal muerte. No se le conocía al buen párroco enemigo alguno, ni riñas o diferencias con nadie de la comarca, por lo que el crimen impactó a los vecinos enormemente durante algún tiempo. Por ello muchos pensaban que esta salvaje fechoría podía ser la explicación sobrenatural a aquel sonido nocturno que había sido capaz de alterar el deambular cotidiano de las gentes de Carbonera. Hubo quienes achacaban los lamentos oídos al errático vagar del alma en pena del malparado religioso que recorría aquellas tierras en busca de justicia para su inexplicada muerte.

Tras conocer esta posible justificación los paisanos empezaron a recogerse mucho antes en sus casas, cerrando puertas y ventanas y evitando que la noche los sorprendiera lejos de sus hogares. Además, en días sucesivos se recogieron testimonios increíbles que dieron pábulo a los que defendían la teoría del alma justiciera del cura. Sin previo aviso, por la mañana, los vecinos se percataban de que las puertas de sus casas y establos aparecían abiertas, aun habiéndose asegurado de que las habían cerrado total y perfectamente antes de acostarse. En ocasiones, durante los pocos momentos nocturnos en que se podía conciliar el sueño, las mantas de las camas salían arrebatadas misteriosamente, como si una mano invisible tirara de ellas y despojara al dormido de su prenda. A su vez, se escuchaban ruidos extraños en

la mayoría de las casas de la aldea y los vecinos relataban episodios terroríficos, como cuando oían, tras unos estruendos difíciles de describir, que los enseres de cristal y barro estallaban en mil pedazos en las estanterías, en los armarios de las cocinas y en las repisas de los comedores, aunque dichas dependencias se hallaran totalmente cerradas. Por otro lado, no fueron pocas las veces en que se encontraron vacas, ovejas y cabras sueltas en el corral, al alba, cuando se tenía por seguro que dichas reses se habían guardado en cuadras y establos, bien amarradas, al atardecer. Con todo ello, el temor y la duda, más que disiparse, adquirieron tintes terroríficos y cada vez más difíciles de explicar.



Paraje de Valdejuelo, lugar en el que ocurrió la trágica muerte del sacerdote. Justamente, de esta misma zona, repleta de pozas y lagunas, provenían los sobrecogedores lamentos que mantuvieron aterrada a toda la población de Carbonera.

Los días transcurrían y nadie era capaz de poner fin al interrogante. Era inútil organizar batidas para encontrar la causa de aquel molesto y desconocido sonido capaz de desorientar a los rastreadores que intentaban dar con él en la oscuridad de la noche. Además, el tenebroso aullido aumentaba su

intensidad y frecuencia en momentos aleatorios, haciendo con ello que creciera aún más el resquemor y la angustia entre el vecindario. Pronto alguien comenzó a recordar otra historia, similar a la del cura, y de nuevo argumentó que bien pudiera ser un alma en pena el causante de ese fenómeno. Al parecer, hace muchos años vivía en el pueblo una avarienta terrateniente, dueña de la mayoría de las fincas y, por tanto, administradora de las rentas que los humildes labradores pagaban por explotar sus tierras. La mujer era tenida por cruel y desalmada, capaz de no perdonar ni un céntimo al más pobre de los labriegos, aunque la cosecha hubiera sido paupérrima. Por eso no gozaba de ninguna simpatía entre los habitantes de la comarca y muy pocos osaban acercarse a su casona, si no era por fuerza mayor o a la hora de pagar sus tributos. La avariciosa señora llegó a la vejez sola y encerrada en su viejo caserón, de modo que un día la encontraron muerta, repudiada por todos y acabados sus días sin la menor señal de compasión. Debido a esta truculenta historia, como decíamos anteriormente, muchos razonaban que el alma de esta ricachona, arrepentida tras su muerte, era la causante de tal misterio; que era un espíritu que venía a penar, una vez difunta, los defectos que no supo enmendar cuando estuvo viva. Y los intentos por esclarecer la historia del bramido fantasma de Carbonera continuaban.

Y todavía hay otra posible explicación al misterio. A principios de siglo, los habitantes de la localidad de San Pedro de Cansoles, donde residía cierta anciana de la que más adelante hablaremos, desfilaban habitualmente por Carbonera para realizar labores de siega y guía de ganadería trashumante en tierras comunes, y eso a pesar de que las dos aldeas no estaban próximas una a la otra. La referida vieja poseía unas manías y procederes un tanto heterodoxos y con el paso de los años estas singularidades fueron radicalizándose e hicieron que los vecinos de Cansoles comenzaran a murmurar. Poco a poco fueron tildándola de bruja, de persona maligna. Decían que ella era la responsable de que las vacas enfermaran, de que los niños padecieran males incurables o de que los temporales provocaran malas cosechas y asolaran los campos de labor. Algunos de sus críticos, sin embargo, acudían a ella para demandarle cierto unguento que erradicara los males de amores, aquel otro bebedizo capaz de dejar preñada a una hembra o desconocidos sortilegios susceptibles de alejar maldiciones. El caso es que la

anciana fue fraguándose una fama de hechicera que alejaba de su presencia a la mayoría de los habitantes bien nacidos de la comarca. Tanto era así que nadie reparó en su ausencia durante meses. Nadie echaba en falta a aquella maldita agorera hasta que un buen día, extrañados por la falta de noticias sobre su persona, varios hombres decidieron acudir a su casa. Echaron la puerta abajo al ver que nadie respondía a sus llamadas, no sin temor. El panorama que contemplaron fue horripilante: en uno de los cuartuchos la vieja colgaba de una cuerda. Parece ser que llevaba muerta varios meses, ya que de ella apenas se podían distinguir un saco de harapos, un amasijo de huesos con un pellejo envolviéndolos y una mueca de media sonrisa en su boca cadavérica, mitad desafiante, mitad apenada. Sin duda la anciana, víctima del repudio y la humillación por parte de sus vecinos, se había suicidado para no padecer más esos desprecios y acabar así con su maldita vida. Este suceso no hizo más que incrementar el temor entre los paisanos de la comarca, un tanto arrepentidos y acuciados por sus propios remordimientos, y asustados ahora por las posibles consecuencias que esos hechos pudieran causarles. Probablemente creían que el alma de la anciana recorría todas las aldeas de los alrededores atormentando a aquellos que no la aceptaron en vida y perpetrando los más tenebrosos y demoníacos acontecimientos y que todos sus habitantes los padecerían. Una de aquellas poblaciones relativamente cercanas era la de Carbonera, por lo que enseguida se relacionó la maldición de la bruja con el extraño alarido que atemorizaba a los vecinos durante las noches.

Después de todas estas hipótesis, un tanto extravagantes y subjetivas, una persona foránea iba a traer cierta sensatez al pueblo para intentar explicar el caso. Pilar Gómez, la maestra de la localidad que había llegado a Carbonera en el año 1914, quiso aportar su cultura y raciocinio para acabar con los temores infundados de aquellos vecinos. La joven, que apenas contaba en su humilde escuela con una docena de pupilos, creyó ver en aquel enigma la superchería y la ignorancia de gentes prácticamente analfabetas. En un principio, desconociendo aún la historia, la profesora observó que sus alumnos llegaban por las mañanas un tanto somnolientos, ojerosos y agotados, como si no hubieran descansado lo suficiente. Pronto comenzó a interrogar a los pequeños, quienes contestaron: «¡Es que la cabra no nos ha dejado dormir!».

Así se enteró la buena mujer del miedo que reinaba en todo el pueblo. Por ello, como buena mente empírica, decidió personalmente investigar el asunto recorriendo en sus horas de asueto las callejas de la aldea hasta adentrarse en los parajes más alejados en busca de aquella cabra fantasma. No entendía que tan escurridizo animal, si es que eso era, provocara esos berridos tan potentes, tenebrosos e imprevisibles. Además, era imposible que semejante bestia accediera a las casas, rompiera vasijas, abriera las puertas y espantara al ganado, que era lo que los niños le contaban. ¿Qué estaba ocurriendo en Carbonera? ¿Sería cierto que algún alma en pena recorría las calles, para horror de los habitantes de la aldea? El empeño de la maestra por esclarecer tal entuerto no cesaba. Sin embargo, se sentía impotente a la hora de dar una explicación sensata que apaciguara los ánimos de sus semejantes.

Cuando se encontraba en pleno proceso de indagación, un hecho fortuito que ocurrió en la localidad proporcionó la explicación lógica que la profesora anhelaba: un vecino que se hallaba a la caza de perdices efectuó varios disparos hacia sus preciadas presas cerca de las charcas de Valdejuelo, con la fortuna de abatir lo que él consideró un ave extraña y desconocida. De dimensiones medianas y color pardo, su cuerpo aplastado y su pico corto hicieron pensar a los lugareños que aquel pájaro no era común por aquellas tierras, ya que nadie reconocía su fisonomía. La maestra, enterada de tal lance, enseguida acudió al lugar de la caza, para comprobar, si era posible, la naturaleza del pajarraco misterioso. Con la ayuda de sus libros de biología pudo averiguar que dicho animal era un ave trepadora conocida con varios nombres, los cuales hicieron estallar en carcajadas a todos los presentes: chotacabra, engañapastores o caprimulgus. Por tener el sentido de la visión bastante mermado y para que los rayos de sol no le afecten en demasía, suele ser ave nocturna. En sus libros pudo comprobar que dicha ave tenía por costumbre, según una leyenda antiquísima, picar las ubres de las cabras y tomar su leche, de ahí sus curiosos e ilustrativos nombres y la posible explicación acerca de las alteraciones del ganado. Además, esta ave emite un canto lastimero y prolongado, muy parecido al que los vecinos oían en aquellas noches en vela



Fotografía aparecida en la revista *Estampa* en 1934. En ella se puede ver a la derecha de la imagen a doña Pilar Gómez, la maestra de la aldea que quiso contribuir a resolver el misterio aportando cierto grado de cordura a esta historia.

Aun así, al exponer estos razonamientos, que bien hubieran podido acabar con la leyenda negra de Carbonera, muchos se mostraron recelosos, reacios a asumir lo que para ellos era una explicación pueril y ridícula, y apuntaron que ni ese ni ningún otro pájaro similar era capaz de abrir puertas, romper enseres y soltar a las reses de los establos. Tampoco lo veían apto para ejecutar un canto tan potente como para ser oído a muchas leguas a la redonda e infundir temor en cuantos lo escuchaban. Para ellos el misterio estaba aún sin concluir y esa explicación no era más que el fruto del empeño por cerrar el asunto sin más.

Cuando se consultó a los más viejos del lugar, aún quedaron más sorprendidos y dubitativos. Asombrosamente, muchos de los ancianos de Carbonera y de pueblos limítrofes habían padecido hacía muchos años el misterioso episodio del bramido infernal que se percibía durante la noche. Curiosamente, esos veteranos de la vida hablaban de unos sucesos idénticos que habían ocurrido en el pueblo en alguna que otra ocasión más. Incluso,

muchos de ellos recordaban historias similares legadas por sus antepasados que hacían alusión a ese enigma ancestral del pueblo, que justamente se producía cuando alguna desgracia o gran catástrofe se iba a originar. Corrían ya los años treinta y, efectivamente, si atendemos a esta funesta profecía, al poco tiempo daría comienzo en España la triste Guerra Civil que enfrentaría a hermanos contra hermanos.

Como vemos, muy pocos tuvieron fe en las explicaciones de la maestra, ya que no creían que aquella ave fuera capaz de ejecutar los aberrantes lamentos que atenazaban a toda la población. Algunos testimonios afirmaron, una vez que se hubo dado caza al chotacabra, que el alarido se había vuelto a escuchar en Carbonera, cosa que de nuevo provocó temor y desconcierto. Otra vez se mentaron relatos de aparecidos, difuntos que volvían de sus tumbas para resolver deudas pendientes y espectros capaces de desordenar hogares y amedrentar a todo un vecindario.

Pero la maestra, poco dada a creer en fantasmas y otras invenciones estrafalarias, decidió concluir con la historia. Debido a ello, Pilar Gómez, que había querido aportar su magín para esclarecer de una vez por todas aquella leyenda que creyó absurda e irreal, al poco tiempo se marchó del pueblo y entre su equipaje se llevó más cuestiones pendientes que hechos aclarados y una profunda impotencia y pesar por no haber podido solventar fehacientemente el embrollo. Y el pueblo quedó para siempre así, enfrentado en sus convicciones y presidido por ese interrogante.

Para que nos hagamos una idea de la relevancia que en su día tuvo lo que aquí se ha escrito, hasta en la prensa nacional aparecieron artículos en los que se recogía el enigma de Carbonera. Debido a ello, el reportero de la revista *Estampa*, Eusterio Alario, visitó la aldea palentina cuando el dilema estaba en pleno apogeo. En el ejemplar del 6 de enero de 1934 dejó plasmado un amplio trabajo de campo donde aparecían entrevistas realizadas a algunos vecinos del lugar que mostraban sus impresiones más variopintas, fotografías de la época, las diversas teorías que se manejaban e incluso la historia de la maestra doña Pilar Gómez, quien a la postre se erigió como la detective de la intriga por intentar alejar el temor injustificado, según ella, que los paisanos sentían.

Hace pocos años, como fruto de una excepcional labor etnográfica a pie de campo, el investigador del costumbrismo Carlos Antonio Porro Fernández realizó varias entrevistas a vecinos de aquellas comarcas en las que recogió de manera general historias, viejas canciones y trovas. Entre ellas aparecieron algunas referidas a Carbonera, puesto que los lugareños compusieron ciertas coplillas rememorando tales sucesos. Estas grabaciones sonoras se pueden escuchar hoy en día en la web de la Fundación Joaquín Díaz, que posee unos documentos magníficos y que desarrolla una labor encomiable a la hora de rescatar estos antiguos testimonios, dicho sea de paso. A continuación transcribo la entrevista que realizó, en el año 2006, Carlos Antonio Porro Fernández a una anciana, doña Paz, vecina de Villafruel, aldea cercana a Carbonera:

[...] Lo de la cabra fantasma... Yo fui una vez con mi marido, que en paz descansa, [...] subimos hasta allí en burro, en una noche que había una luna... Era como de día. Y el burro se asustaba de los pájaros que salían. Pero eso que decían no se veía, no se sabía si era un pájaro, pero se oía ¡Uuuuuuu... uuuuuuu...! Y una vez mi marido, que llevaba la escopeta, dio un tiro. Y no volvimos a subir a ver la cabra. Y eso pasó. Dicen que si vino un fraile y la conjuró. Y decía mi madre, que la mujer murió con ochenta y cuatro años, que había dicho el fraile que para veinte años estaban tranquilos. Y a los veinte años es cuando volvió a hacer esto que le digo yo. Porque también dijeron que lo habían matado, que era un pájaro. Pero eso se seguía haciendo, escuchando.

Por todo ello se compusieron unas coplas, no sin poca chanza, sobre el misterio de la cabra fantasma. Y así doña Paz continuaba, en esta ocasión acompañada de su vecino don Félix Franco, de sesenta años de edad, recordando la letra de aquellos sonos:

Hacía mucho tiempo  
que la cabra no berraba  
y ha vuelto a repetirse  
en las Fuentes de Juan Lada.

El dieciocho de mayo  
por ser fiesta señalada  
Villorquite y Villafruel  
subieron a ver la cabra.

Una vez todos reunidos  
se formaron en cuadrillas  
unos van para La Ladera  
y otros van para La Matilla.

Y al atravesar el valle  
dos mozas de Carbonera  
cayeron en un pozo  
y se decían una a la otra:  
¡Cómo me puse las medias!

Los pastores que bajaban  
a tal tiempo de encerrar  
se sacaron las chiflitas  
y se ponen a tocar.  
Y se ponen a tocar  
la tonada de Manolo  
pero la cabra berraba  
lo mismo que si era un toro.

Unos dicen que es un pájaro  
y otros que si es un mochuelo  
pero yo lo que les digo  
es que es un castigo del cielo.

Castigo que Dios les da  
a las gentes de ese pueblo  
porque siempre se han llevado  
como los gatos y perros.

Casos análogos al referido el lector reconocerá, sin duda, en alguna leyenda o historia peculiar que habrá escuchado narrar en boca de sus ancestros. La piel de toro es rica en esta clase de acontecimientos ciertamente exóticos. Tanto, que no debemos abandonar las tierras palentinas para encontrar otro suceso que parece calcado al que acabamos de exponer.

Ocurrió en Ayuela de Valdavia, a escasos diez kilómetros en línea recta hacia el noreste de la aldea de Carbonera. Podemos razonar que lugares tan próximos y fechas también más o menos coincidentes, pueden significar que se trata del mismo fenómeno, percibido ahora por estos vecinos desde su propio pueblo de Ayuela. La población constante de Ayuela de Valdavia apenas llega

hoy en día a los setenta vecinos. La localidad está situada a las orillas del arroyo Valcuende, que cede sus aguas al río Avión en un paraje cercano. La disposición del villorrio, entre las mieses rodeadas de medianas alturas, lo refugia de los vientos fríos del norte y el pueblo aparece ante nosotros en una pronunciada curva de la comarcal PP-2309. Apenas desviados de la carretera, la plaza Mayor, una pequeña ermita en honor a San Juan y una fuente con agua refrescante, que hará las delicias del viajero en las jornadas calurosas, nos dan la bienvenida. Muy cerca de aquí, tan solo unas calles más arriba, se encuentra el lugar donde se desarrollaron unos hechos que a punto estuvieron de tornarse trágicos. Se trata de la leyenda de «Brujas y cabras» que ya el profesor Roberto Gordaliza recogía en su libro *Historias y leyendas palentinas*.

Y es que los vecinos de Ayuela, al igual que sus cercanos paisanos de Carbonera, decían oír por las noches una suerte de lamento inquietante de sonido similar a un aullido penetrante. Pero a diferencia de los de Carbonera, el clamor se localizaba en un lugar muy concreto: entre la casa del médico y el corral del tío Estanislao, que enfrente estaba sito. Al principio todos creían que era una mofa, una chanza de algún bromista que ya resultaba pesada al cabo de algunas jornadas sin poder conciliar el sueño. Después pensaron, lógicamente, que podía tratarse de algún tipo de ave que emitiera tan peculiar sonido. Pero al no encontrar hechos concluyentes que avalaran estas teorías, como ocurrió en la historia anteriormente narrada de Carbonera, muchos fueron los que comenzaron a hablar de aparecidos, demonios, duendes, brujas y voces de ultratumba que aterrorizaban al pueblo en cuanto el astro rey desaparecía por el horizonte.

En medio de la confusión alguien recordó cierta historia oscura que relacionaba la casa del médico con embrujos y hechicerías, por lo que un grupo de personas, un tanto exaltadas, decidieron que era pertinente irrumpir en la casa del galeno con la intención de quemar todos sus libros, pues se creía que en ellos radicaba la maldición del hogar.

Sin embargo, parece ser que la sangre no llegó al río y poco a poco los ánimos se fueron calmando. Aunque solamente de manera momentánea porque, como aquel desagradable y maldito aullido continuaba, fueron apareciendo, al mismo compás, los intentos por aclarar aquel asunto. Y eran explicaciones

cada vez más rebuscadas y terroríficas, para desgracia de los vecinos. Así se mentó la tan recurrida teoría del alma deambulante de algún difunto que, por diversas y desconocidas circunstancias, no había podido descansar en paz.

Pero cuando los de Ayuela estaban, nunca mejor dicho, con el alma en un puño, apareció quien quiso zanjar, de una vez por todas, aquel misterio. El paisano en cuestión intentó demostrar a sus vecinos que los verdaderos artífices de aquel desaguisado eran las cabras del tío Estanislao. Cuando se encontraban agrupadas por la noche en su corral, enfrente de la casa del médico, las bestias emitían esos berridos lastimosos, amplificados por la estructura de la corralada y acompañados de los golpes que las reses propiciaban con sus cuernos a cierto carromato que allí mismo se hallaba.

Sin embargo, pocos creyeron en la sencilla explicación, ya que de ser cierta no era posible que anteriormente no se hubiese percibido tal anomalía y que no hubiera habido noticia de la misma en tiempos pretéritos, como muchos de los ancianos del lugar reconocieron. Por otro lado, después de varias jornadas padeciendo esa maldición, el fenómeno comenzó a disminuir por sí solo hasta que desapareció totalmente. Como también sucedió en Carbonera, no fueron pocos los que se burlaron de los vecinos de Ayuela refiriéndose a ellos en unas jocosas estrofas con las que compondrían ingeniosos romances en los que se narraban los infundados miedos de aquellos paisanos.

Pero continuemos recorriendo otros paisajes rurales azotados, podríamos decir, por sonidos y lamentos de origen desconocido. Vamos a hablar ahora de lo acaecido a finales de los años setenta del siglo XX en la noble localidad de las Navas del Marqués, provincia de Ávila.

Durante mucho tiempo, algunos dicen que desde hace más de un siglo, ninguno de los vecinos de este encantador lugar sabía verazmente qué origen atribuir a los misteriosos suspiros, una suerte de vagas exclamaciones o lamentos, que se escuchaban al anochecer, cerca de una ermita abandonada del convento de San Pablo, en unas recias edificaciones de origen medieval que presiden el paisaje de la comarca a las afueras del pueblo, frente al castillo de Magalia. Los que tuvieron la oportunidad de oír este anómalo rumor hablaban de profundas exhalaciones, suspiros muy profundos y continuados, similares a los que produce el ser humano, y que se prolongaban durante toda la noche. Además de estas características, los suspiros malditos poseían una gran

potencia y eran percibidos en un área ciertamente amplia que comprendía la vieja y semiderruida ermita, el castillo citado y una peña que se erigía en las inmediaciones de este paraje. Estos lugares formaban un triángulo tenebroso para todos los habitantes de la zona.

Por supuesto, en un primer momento, como en el caso palentino, se pensó en un tipo de ave, como una lechuza o similar, las cuales verdaderamente realizan en ocasiones un sonido análogo a la respiración humana. Incluso el insigne naturalista Félix Rodríguez de la Fuente se pronunció al respecto y aseguró que aquella respiración tan peculiar era emitida por algún tipo de búho, cárabo o lechuza. Aunque, ciertamente, el famoso y querido doctor jamás se personó en el lugar para estudiar in situ tal paradigma, por lo que muchos ponen en entredicho su dictamen. El hecho también se achacaba, entre los círculos más íntimos, a cierta broma realizada por un grupo de jóvenes que sin duda habían revolucionado la quietud y el sosiego de sus convecinos con esta mofa.

Pero para los entendidos y testigos directos de lo que acontecía en el viejo templo, aquello era distinto y mucho más violento que estas explicaciones tan lógicas. Incluso comenzaron a rondar sobre esta historia las versiones más fabulosas y peculiares, como cuando ciertos vecinos recordaron la aparición entre las ruinas de la ermita, hace muchos años, de una serpiente monstruosa, de grandes dimensiones, cubierta de pelo y que producía un siseo estridente y muy particular. Ni que decir tiene que el ofidio sembró el pánico entre todos los habitantes hasta que se decidió guardarlo en la oscuridad de la noche y matarlo a pedradas. Este nuevo episodio sin duda devolvió el protagonismo a la vieja historia de la enigmática serpiente y se pensó que sus crías habían logrado sobrevivir y eran las causantes del nuevo misterio.

Otros, mucho más sensatos, intentaban explicar el fenómeno mediante la reverberación que supuestamente ocurría al incidir el eco de alguna fábrica cercana o de algún tipo de maquinaria sobre las murallas de la ermita y el castillo, haciendo así que el sonido se amplificara y tomara unas connotaciones misteriosas.

Por otro lado, algunas personas que han estudiado la historia del viejo castillo y el convento, los enclaves principales de este interrogante, han concluido que la causa del enigma toma un cariz mucho más negro y tétrico. El

convento fue construido en el siglo XVI y, durante la guerra de Independencia, los franceses hicieron estragos en él, saqueándolo y dejándolo prácticamente en la ruina. Después de eso quedó olvidado y desolado hasta la Guerra Civil, durante la cual, lo poco que aún quedaba en pie y medianamente a salvo, acabó por sucumbir debido a que sufrió de nuevo tropelías y violaciones, incluso la profanación de las tumbas de los frailes y la de los propios marqueses de las Navas, don Pedro Dávila y su mujer, que allí yacían. Tras algunos años, cuando se realizaban los primeros estudios y recuentos de daños para una planeada rehabilitación de los edificios, se encontraron túneles enigmáticos y pasajes subterráneos que comunicaban el convento con el castillo próximo. Y cuando se recabó más información sobre la historia de tan importantes construcciones, los investigadores quedaron estupefactos porque, al parecer, existía un precedente del misterioso suspiro que se oía en aquellos años de finales del siglo XX. Viejos legajos hablaban, ya en 1577, de un murmullo de lamentos agonizantes que había asustado a unos obreros que se encontraban trabajando en el inmueble. Incluso los propios monjes que residían entre aquellas paredes manifestaban su pesar al haber oído esos profundos sollozos en reiteradas ocasiones, los cuales habían provocado incluso la interrupción de sus oraciones. Pero uno de los clérigos, conocido como el padre Villacastín, envalentonado durante una de aquellas sesiones terroríficas, siguió el rastro del intrigante sonido y llegó, a través de uno de aquellos túneles subterráneos, hasta una cripta que se encontraba debajo de los aposentos del marqués. En esta dependencia se encontró con un perro negro de ojos aterrorizados que era el causante de tales lamentos. El can era propiedad del propio señor, quien días antes lo había perdido durante una cacería. Este se debía haber refugiado o caído en aquellos pasadizos y desde allí emitía tales aullidos de lástima. Y según continúa narrando la historia, el perro fue ahorcado a la mañana siguiente por orden del marqués para evitar que aquellos terrores y controversias sobre el origen de los extraños lamentos y suspiros continuasen. Pero, por lo visto, siglos más tarde el misterio aún perdura en las Navas del Marqués.

## EL INCREÍBLE CASO DE MAXIMILIANO IGLESIAS

El mismo día de finales de marzo en que ocurrieron los hechos que vamos a relatar, por la tarde, un comerciante sevillano llamado Adrián Sánchez había tenido un encuentro espeluznante con objetos voladores no identificados en plena carretera, por tierras andaluzas no demasiado alejadas geográficamente de los parajes que, al anochecer, iban a ser escenario del alucinante caso del camionero salmantino Maximiliano Iglesias. Pero centrémonos ahora en esta última historia.

Cuando Maximiliano Iglesias relató lo que le sucedió aquella noche en plena sierra salmantina casi nadie conocía aún el asunto del comerciante sevillano. Los que supieron de su historia sintieron, seguramente, una sensación de sobrecogimiento y de temor, a pesar de que todavía ignoraban la coincidencia entre ambos casos. Maximiliano Iglesias, camionero de profesión y de veintiún años de edad, aquel jueves 21 de marzo de 1974 realizaba su trabajo como cualquier otro día sin saber que algo tremendo iba a ocurrirle, un lance que marcaría su vida para siempre. Maximiliano trabajaba en una empresa de transportes de materiales de construcción y los distribuía por los pueblos cercanos a Béjar. En aquella jornada en particular había realizado un viaje en un camión marca Avia desde Lagunilla a Pinedas, y se había entretenido con su novia en esta última localidad hasta bien entrada la noche. Esa noche era fría, sin luna, y en esos últimos días de invierno el mal tiempo y las bajas temperaturas eran las notas predominantes en el territorio nacional; de hecho, se habían registrado lluvias, vientos fuertes y copiosas nevadas en muchos puntos del norte peninsular. Sobre las dos de la madrugada, de regreso a Béjar, hacia la sede de la empresa y domicilio de su patrón, Aquilino

Garrido Bernal, cuando se encontraba en plena sierra a un escaso kilómetro del pueblo de Valdehijaderos, divisó en plena oscuridad una luz potentísima que se encontraba justamente sobre el asfalto, en medio del camino. En un primer momento, Maximiliano pensó que se trataba de otro camión que venía de frente y le hizo luces para advertir de su presencia en aquella carretera tan sinuosa y estrecha.



Entrada a la localidad de Valdehijaderos. A mediados de los años setenta, Maximiliano Iglesias estaba teniendo la experiencia de su vida a escasos kilómetros de esta población.

Pero lo que el camionero estaba viendo era un objeto que en un primer momento le pareció semitransparente, con la forma de un disco achatado de unos quince metros de diámetro. Con más detenimiento descubre una segunda luz a la derecha, en medio de un prado, flotando a unos quince o veinte metros sobre el terreno. Según se acerca, las luces, tan potentes en un primer momento, comienzan a bajar de intensidad. Al mismo tiempo siente que el

sistema eléctrico y el motor del camión comienzan a perder potencia, hasta que se para definitivamente. No había manera de volver a arrancarlo, a pesar de las reiteradas veces que el joven camionero giró la llave de arranque.

El camión estaba parado a unos cien metros de aquel intrigante espectáculo. Esta accidentada parada le permite contemplar mejor aquellos extraños aparatos. Uno se encontraba posado en el asfalto, tenía una superficie que parecía ser metálica, sin remaches ni apertura alguna, y tres patas de medio metro aproximadamente con las que se apoyaba en tierra. En ese momento se percata de la presencia de dos seres que habían aparecido delante de aquella luz en la carretera y uno de ellos lo señala. Eran corpulentos y muy altos, medían alrededor de dos metros. A los pocos segundos, ambas figuras parecen introducirse en la luminosidad y el objeto asciende en vertical con un fuerte zumbido y se mantiene sobre el lugar, a cierta altura. Maximiliano, boquiabierto, arranca por fin el camión y poco a poco comienza a aproximarse hasta que se sitúa justo debajo del aparato. Es entonces cuando le sobreviene un ataque de ansiedad que le hace salir rápidamente hacia su destino, poseído por el pánico, a todo lo que daba su camión. No contó nada a nadie, pero, como es lógico, se pasó la noche en vela y la jornada siguiente transcurrió bajo la incógnita de qué era lo que había visto la noche anterior. Aunque lo más alucinante e increíble de esta historia estaba aún por suceder.

Sería durante la noche siguiente a este primer encuentro cuando le acontecería una experiencia más terrorífica aún. Maximiliano tuvo que realizar un nuevo viaje por aquella zona y a las once y media de la noche se encontraba prácticamente en el punto exacto del avistamiento del día anterior. Iba pensando, dudando con media sonrisa en la boca, preguntándose si había soñado aquel extraño avistamiento de la jornada precedente. Aun si hubiera sido cierto, estaba seguro de que jamás le volvería a ocurrir un caso tan extraño como el que había vivido la víspera e iba convenciéndose a sí mismo de que todo aquello podía haber sido una mala pasada de su mente, una simple alucinación. Era demasiado absurdo para que se repitiera. Pero, aunque pueda parecer increíble, de nuevo se encontró con el misterio y esta vez fueron tres las luces que presenció. Dos objetos luminosos idénticos a los de la noche anterior estaban posados en un campo de cultivo a la izquierda de la misma carretera mientras que un tercero se hallaba en medio del camino.

Maximiliano siente que, de nuevo, el camión pierde potencia y se le apagan las luces hasta que finalmente se detiene. Entonces, con la ventanilla bajada, percibe que la naturaleza parece haber enmudecido. Los sonidos normales de la noche en medio del campo no se oían; ni insectos ni animales, ni tan siquiera el rumor del viento. Todo permanecía en el más absoluto silencio.

Pasados unos segundos de estupefacción decide bajarse del camión y, con la mano agarrada aún a la portezuela, observa cómo se recortan frente a la luminosidad del aparato cuatro figuras similares a las de la noche pasada, muy altas y fuertes. Pero esta vez pudo verlos mejor. Según su propia descripción, tenían una suerte de mono muy ceñido y brillante y parecían hablar y gesticular entre ellos. Manipulaban unas extrañas herramientas que el camionero nunca había visto. Una era una barra en forma de «T» y la otra tenía aspecto de herradura. Metían esta última sobre la otra y realizaban arañazos en la cuneta.

No daba crédito a lo que veía. Desconcertado por todo aquel suceso, se da cuenta de que aquellos seres lo están mirando y lo señalan. De repente, dejan la labor que estaban realizando y comienzan a caminar hacia el boquiabierto camionero que continuaba apoyado sobre la puerta abierta de su vehículo. Con el miedo en el cuerpo, Maximiliano no se lo piensa más y comienza a huir campo a través para alejarse de sus perseguidores. Tras unos cientos de metros de carrera por el descampado, observa con verdadero terror que aquellos seres lo siguen de cerca. Presa de los nervios, el joven tropieza en el terreno y va a parar a un riachuelo, donde queda cubierto de barro y maleza. Prácticamente sumergido en el fango ve cómo sus perseguidores se detienen y se dividen para buscarlo entre el follaje. Intenta recobrar la respiración normal para evitar hacer el menor ruido. Boca abajo, intentando camuflarse con las hierbas, solo escucha el latir de su corazón que parece estar a punto estallar. Apenas se atreve a levantar la vista. En una de estas intentonas puede sentir a uno de aquellos personajes a menos de diez metros. A pesar de la oscuridad de la noche, la escasa distancia a la que se encontraba le ayudó a la hora de describirlos. Tenían una suerte de mono blanquecino, que parecía plastificado y que les cubría todo el cuerpo y la cabeza, a excepción del rostro, el cual no consiguió ver con claridad.

Aquellos seres continuaban muy cerca de él, escudriñando el terreno y acercándose más y más. Tras unos minutos, que para Maximiliano parecieron siglos, de repente deja de notar sus pesadas respiraciones y sus pasos sobre la hierba. Pasados unos momentos de silencio, el camionero se incorpora con precaución y comprueba que sus perseguidores han desaparecido en la oscuridad. Parcialmente aliviado, decide regresar al camión, que había quedado abandonado con la puerta abierta en mitad de la carretera. Mientras se acerca, comprueba que las luces continúan allí, hecho que vuelve a llenarlo de temor. Poco a poco, dando la vuelta alrededor del camión, se introduce en la cabina. Curiosamente, la portezuela que había dejado abierta ahora se encontraba cerrada. A estas alturas el terror era sublime. Ya desde el interior del vehículo vuelve a ver aquellos misteriosos seres en medio del resplandor de la carretera. Pero esta vez, tras gesticular entre ellos, se encaminan hacia el objeto que se hallaba en mitad del camino y a los pocos instantes ascienden rápidamente hacia el firmamento dejando los otros dos aparatos flotando a la izquierda, sobre el terreno.

Maximiliano intenta por enésima vez arrancar el vehículo y al fin lo consigue. Se arma de valor y pasa muy cerca de los dos artefactos que se hallan al lado del camino, en el campo. Pero después de haber recorrido doscientos o trescientos metros decide regresar para contemplar mejor aquel fenómeno. Aparca el camión ocultándolo tras una curva y, a pie, deslizándose por la cuneta y entre la vegetación, logra acercarse al lugar de los hechos. Así relataba él mismo aquel momento:

A los doscientos o trescientos metros volví a parar el camión. Lo dejé oculto tras una curva y, a pesar de todo, me acerqué a la zona intentando esconderme entre la maleza. El aparato que se había remontado estaba de nuevo sobre la calzada y los cuatro seres se encontraban fuera otra vez. Creo que manipulaban algo en la cuneta.



En este punto exacto, Maximiliano observa aquel misterioso aparato en la carretera y otros similares al lado, en las fincas; algunos flotaban a escasos metros del suelo.

Me acerqué a unos diez o quince metros de aquel cuadro y pude ver mejor aquello porque la luz que desprendían los objetos era enorme. Los seres llevaban un traje blanco muy ceñido y brillante, y solo dejaban al aire las manos y el rostro. Se encontraban atareados en el camino, unos de rodillas, otros inclinados, manipulando unas herramientas que parecían barras en forma de T y de herradura. Primero hundían la T en la tierra y a continuación colocaban las dos puntas de la herradura en el orificio realizado.

Mientras hacían estos trabajos no hablaban entre ellos. Solo se dedicaban a horadar la tierra y a realizar muescas en el terreno.

Maximiliano consideró que ya era suficiente. El nerviosismo y el miedo volvían a dominarle y decidió regresar al camión. Mientras se alejaba de aquel maldito lugar no podía creer lo que le había ocurrido. Incluso volvía a pensar que podía haber sido una pesadilla. Sin embargo, el barro que le cubría completamente las ropas le decía que su experiencia había sido muy real.

A la mañana siguiente, inquieto y muy asustado aún, Maximiliano razona que lo mejor sería contarle todo lo ocurrido a su patrón, el señor Aquilino Garrido. Este muestra su natural extrañeza ante tales hechos, más si cabe viniendo de su joven empleado, una persona considerada seria, responsable, con quien jamás había tenido ningún problema, ni laboral ni de cualquier otro tipo. El jefe le recomienda que ponga tales hechos en conocimiento de la Guardia Civil, así que ambos se dirigen al cuartelillo y el joven declara en un informe la increíble historia que protagonizó durante aquellas dos noches en plena sierra de Béjar. Tras la toma de la pertinente declaración, una patrulla de la Benemérita los acompaña hasta el lugar del suceso, donde observan sobre el asfalto de la carretera y a un lado, en la cuneta, una serie de rascones, agujeros y marcas realizadas recientemente. Maximiliano los va conduciendo por los lugares exactos donde se encontraban los supuestos aparatos y por el recorrido que realizaron en su huida. Todo encaja perfectamente, al menos sobre el terreno. El informe quedaría archivado en el cuartel de la Guardia Civil de Béjar, pendiente de ser resuelto.

Como dato complementario debemos apuntar que aquella misma mañana, después de los supuestos avistamientos, el camión marca Avia, protagonista junto a su conductor de aquellos hechos, no arrancó. Se lo remolcó hasta el taller y allí se pudo verificar que la batería estaba totalmente agotada y su instalación eléctrica en muy malas condiciones, chamuscada, como si hubiera estado expuesta a una subida de tensión, según las declaraciones del mecánico.

Días más tarde, antes de haber trascendido a la opinión pública este caso, comenzaron a recibirse noticias y relatos del avistamiento de extrañas luminarias por el cielo de aquellos recónditos parajes. Curiosamente, vecinos de Montemayor, Peñacaballeros, Pinedas, Lagunilla y Valdehijaderos comenzaron a describir sus experiencias acerca de aquellas dos noches en las que Maximiliano hablaba de extraños aparatos sobre la comarca de Béjar. Los cariacontecidos vecinos de toda esa zona observaron extraños zumbidos y luces muy potentes desplazándose a toda velocidad por el cielo. Como ejemplo curioso cabe señalar que durante la segunda noche de la experiencia de Maximiliano, varios vecinos de Horcajo de Montemayor, localidad muy cercana, se encontraban esperando la llegada de familiares procedentes de

Barcelona (había fallecido un vecino del pueblo y aguardaban la venida aquella misma noche de los parientes para asistir al funeral) cuando observaron, en dirección a Valdehijaderos, unas fuertes luces que al principio creyeron que eran de los automóviles de aquellos familiares que llegaban. Pero no avanzaban, y de hecho aquellas luces nunca llegaron. Catalogaron el caso de extrañeza, ya que desconocían lo que supuestamente le estaba ocurriendo al joven camionero, justo en aquel mismo lugar, con las luminarias misteriosas. ¿Coincidencia?

Maximiliano Iglesias, hoy ya tristemente fallecido tras una penosa enfermedad, estuvo atemorizado durante años, sin querer decir una palabra a nadie acerca de lo que le aconteció. Solamente en su círculo más cercano de familiares y amigos hacía a regañadientes algún comentario al respecto. Mucho de lo que se conoce en la actualidad del caso Béjar proviene del informe redactado por la Guardia Civil. Posteriormente aparecieron diversos artículos en el *ABC*, *La Gaceta del Norte* y otras publicaciones, que se ceñían más o menos a lo que el camionero había relatado en un primer momento. Pero, como es de esperar, enterados de la noticia, muchos periodistas e investigadores acudían en su busca para que les explicara una y otra vez el increíble suceso.

Y dicha noticia traspasó fronteras. Muchas publicaciones internacionales reflejaban en sus páginas el extraño encuentro de Maximiliano Iglesias. En cierta ocasión se presentaron en el cuartel de la Guardia Civil varias personas que se acreditaron como norteamericanos y pertenecientes a la NASA, solicitando que les informaran sobre aquel incidente. Maximiliano accedió a acompañarlos al lugar de los hechos, donde los estadounidenses realizaron diversas mediciones, una de ellas con un contador Geiger que detectó una anómala cantidad de radiactividad sobre aquel preciso terreno. Además, tras un primer análisis y valoración, aseguraron a los presentes que aquellas marcas sobre el asfalto habían sido realizadas por algún objeto que se encontraba a varios cientos de grados de temperatura. El asfalto no había sido horadado ni arañado mecánicamente, sino que una fuente de gran poder calorífico lo había derretido.

Pero esta historia se detuvo en ese preciso momento. Cuando el Ejército del Aire realizó la desclasificación de diversos casos de objetos voladores no identificados acaecidos sobre territorio español, no se hacía ninguna mención, ninguna palabra, absolutamente ninguna referencia al protagonista de este caso, Maximiliano Iglesias. Esto le produjo un resquemor muy grande al testigo, quien se preguntaba el porqué de esta supresión. Y, un tanto extrañado, comentó a la prensa lo siguiente:

La Guardia Civil estuvo investigando el caso. Vinieron hasta de Estados Unidos, de la NASA, ingenieros que realizaron diversas mediciones y estudios sobre el terreno. Se redactaron varios informes. Pero después de parecer que, al menos, el caso era serio, se intentó tapar. Motivo que me ha hecho pensar y plantearme muchas cosas.

Una de las últimas personas que entrevistó al camionero fue el investigador zamorano Roberto Calles y, como conclusión a tales encuentros, el escritor manifestó lo siguiente:

[...] Sometiéndole a preguntas estudiadas e, incluso, buscando la repetición del relato y diversos conceptos para ver surgir la contradicción que en ningún momento se produjo, decía y volvía a decir [sic], pero siempre los mismos hechos, los mismos conceptos y las mismas circunstancias, lo que hacía verosímil y creíble apriorísticamente su relato. Maxi me dijo lo siguiente como epílogo de la entrevista: «No creo que ellos me estuvieran esperando, me tocó a mí como le pudo tocar a cualquier otro. Creo que si me hubiera parado y no me hubiera escondido, me hubieran cogido. Lo que no sé es si me hubieran hecho daño, quizás simplemente nos hubiéramos puesto a hablar».

Como ya hemos comentado, tanto Maximiliano Iglesias, el protagonista principal de esta historia, como su jefe, Aquilino Garrido, patrón del camionero y dueño de una empresa de materiales de construcción muy conocida en la zona y que, a la postre, iba a ser la primera persona en conocer directamente la extraña experiencia de su operario, ya han fallecido. Pero tuvimos la suerte de localizar a uno de los hijos de este último, el cual, a pesar de su juventud en aquellos años, recuerda el estado que mostraba el empleado del negocio familiar aquella mañana, así como las indagaciones y las

preguntas que se le hicieron a raíz de conocer su rocambolesca historia. Esto es lo que nos narró Juan Martín Garrido, gerente hoy en día de la empresa que fundó su padre, el señor Aquilino:

Yo tendría unos dieciocho años cuando le ocurrió ese percance a Maxi. La verdad es que el muchacho tenía buena fama en la empresa y mi padre confiaba mucho en él. Y fui testigo de cómo nos enseñó, aquella mañana, tras aquella experiencia, el mono de trabajo lleno de barro y la cara de susto que aún tenía. Mi padre comprobó que el camión que llevaba Maxi aquella noche se había quedado sin batería. Lo llevamos a un taller cercano y el mecánico comprobó que la batería eléctrica se encontraba sin carga alguna y, además, que el circuito eléctrico, el cableado, se hallaba ciertamente dañado, con los cables medio chamuscados. Cosa que al mecánico extrañó mucho y a la que no encontró explicación.

Después, mi padre, un tanto asombrado, le recomendó a Maxi que fuera al cuartelillo y que le contara a los guardias lo que le había pasado. Él mismo le acompañó y se hizo un informe. A los pocos días, la noticia salió en el telediario de las tres de la tarde, y multitud de periodistas acudieron a casa de Maxi y a los almacenes de mi padre para conocer de cerca todo aquel caso. Pero Maxi siempre se negó a hablar. A pesar de que a nosotros, cuando le preguntábamos que si era verdad, que no nos mintiera, que si había sido una broma, etcétera, nos lo contaba a regañadientes. Él nunca se contradecía y contaba una y otra vez lo que le había ocurrido. Pero a los periodistas y la gente que no conocía y venían a curiosear, a muy pocos les decía algo. Incluso le ofrecieron bastante dinero por ir a contarlo a la tele, y Maxi se negó rotundamente, una y otra vez. Nadie lo cogió nunca en una contradicción, y la verdad es que al muchacho, a partir de esos días, se le notaba acobardado, incluso temeroso, diría yo.

Y más o menos, Juan Martín Garrido nos vuelve a contar la historia de los encuentros de Maximiliano Iglesias en plena sierra de Béjar, tal y como él mismo se lo oyó contar al joven camionero y a su propio padre. Al solicitarle que nos diera su propia versión, su opinión personal después de tantos años transcurridos, el señor Garrido nos hace una confesión sorprendente:

Pasados tantos años, uno no sabe qué pensar. Lo que sí le puedo decir es que una mentira, tarde o temprano, se desmorona, el mentiroso confiesa a alguien próximo, o de algún modo la verdadera historia aparece y al final todo se sabe. Y aquí no ha ocurrido, porque Maxi se murió sin que nadie le dijera qué era aquello que había visto. Aquí nadie habla de marcianos, ni de extraterrestres, ni de cosas parecidas. Solamente de una explicación lógica o, por lo menos, de descartar alguna teoría más fantástica

que otra. Yo solamente le puedo decir una cosa: después de muchos años trabajando he desempeñado en la empresa de mi padre distintas funciones, una de las cuales era la de llevar un camión de reparto, como hacia nuestro chofer. Y me he llevado la sorpresa de conocer a gentes de los pueblos de aquella zona que contaban historias similares a la de Maxi, incluso acerca de aquellos días de su percance.

Recuerdo muy bien que, pasados varios años desde el caso de Maximiliano (muchos) me dispuse a llevar un viaje de materiales a unos vecinos del pueblo de Horcajo. Se trataba de un matrimonio de ancianos, con los cuales, mientras realizaba las tareas de descarga, comencé una conversación que desembocó en el tema de nuestro anterior empleado, Maxi, y, cómo no, lo que le ocurrió a pocos kilómetros de ese pueblo. Bien, pues los ancianos me comentaron lo siguiente:

«¡Mira, nosotros no sabemos si el camionero vio eso que contó o dejó de verlo! Lo que sí sabemos es el miedo que pasamos durante aquellas noches, nosotros y más vecinos del pueblo que no se han atrevido a contarlo, cuando, de repente, en plena noche, una luz muy grande y fuerte vino volando de aquella zona de la sierra, de Valdehijaderos, y se mantuvo parada en lo alto de la torre de la iglesia, durante un buen rato, en silencio. Nos quedamos muertos de miedo, porque nadie sabía qué podía ser aquel fenómeno y además que se movía sin hacer ningún tipo de sonido. Y justamente sucedió durante la noche en la que el muchacho aquel que trabajaba para vosotros contó aquella historia.»

Por eso, como usted puede comprender, si antes era más bien escéptico, testimonios como el de esta pareja de ancianos y otras vivencias que a lo largo de los años he podido conocer de más vecinos de la zona, me han hecho, al menos, mantenerme en la duda. Lo que sí le puedo asegurar es que aquella gente no miente. ¿Por qué razón iba a mentir una pareja de ancianos una vez transcurridos casi veinte años de lo de Maxi? Sería ridículo y, además, una verdadera tontería. Sin mencionar, como he comentado, los demás testimonios de la gente de los pueblos próximos. Lo que ocurre es que algunos hablan, y otros, por vergüenza al qué dirán, callan.

Las palabras de Juan Martín Garrido parecen un calco de nuestras conclusiones después de recoger testimonios similares y declaraciones de muchos vecinos de la sierra de Béjar que, a pesar de haber pasado ya tantos años, aún siguen recordando y contando con resquemor sus increíbles vivencias, sus encuentros, aparentemente absurdos, con lo desconocido. Sírvasse el lector en comprobar lo dicho en las siguientes líneas.

Han pasado ya muchos años, más de cuarenta, pero recientemente tuve la oportunidad de viajar hasta la sierra de Béjar y recorrer el lugar exacto en el que supuestamente se habían desarrollado los hechos anteriormente descritos. Verdaderamente, el paraje resulta solitario y desangelado, más si cabe en

plena madrugada, cuando se produjo el percance. Se trata de una zona donde la población es escasa y la altitud hace que en épocas invernales el frío intenso y la niebla sean los protagonistas del paisaje. La verdad es que pocas cosas han cambiado en aquellas remotas tierras. La carretera secundaria que nos lleva desde Valdehijaderos hasta Horcajo, en muy mal estado, se ha mantenido como testigo mudo y escenario poco alterado durante las últimas décadas. El terreno, dividido en pequeñas fincas delimitadas por muretes bajos de piedra, posee abundante arbolado. Encinas y olivos a la vez que pozas y riachuelos componen un paisaje ciertamente agreste. Dichos olivos, como violentamente pudimos comprobar, en ocasiones dejan caer sus frutos sobre el bacheado asfalto de aquella carreterucha, con el consiguiente peligro para los automovilistas y demás usuarios. El líquido que resulta cuando los vehículos aplastan las olivas sobre el pavimento da como resultado una impregnación de aceite en la calzada que en más de una ocasión ha provocado graves accidentes. Nosotros mismos, viajando en motocicleta esta vez, a punto estuvimos de dar con los huesos en tierra al comprobar sorprendentemente cómo nuestras monturas patinaban en comprometidos tramos de aquellas comarcales, hasta que nos dimos cuenta de la causa y tomamos una total precaución en la conducción.

Cuando habíamos transitado un kilómetro después de dejar Valdehijaderos, nos detuvimos en el lugar exacto donde supuestamente habían transcurrido los increíbles hechos que narró el joven camionero. Una serie de curvas a derecha e izquierda y una corta recta nos muestran la zona en la que, según su versión, estuvieron posados los luminosos aparatos. Allí mismo también se encontraba el campo por donde huyó Maximiliano Iglesias, presa del pánico, perseguido por aquellos seres desconocidos. Unos momentos sobre aquel terreno, comprobando la altitud y analizando más detalles del lugar, nos hicieron reflexionar sobre toda esta historia. ¡Quién sabe si hace casi cuarenta años en aquel mismo terreno, sobre la tierra que pisábamos, se había producido uno de los encuentros más enigmáticos de todos los tiempos! ¿Cuál sería la naturaleza y la procedencia de aquellos aparatos y de los seres que junto a ellos se encontraban? El extrañísimo caso de Maximiliano Iglesias siempre quedará, en los archivos de la ufología nacional e internacional, como uno de los más asombrosos de los que se ha podido tener noticia.

De vuelta a la localidad de Valdehijaderos tuve la oportunidad de conversar con varios vecinos del pueblo sobre el antiguo e increíble suceso que tuvo como protagonista al camionero salmantino y como escenario las afueras de la aldea. Valdehijaderos es una pequeña población de unos cien habitantes situada a una altitud de casi ochocientos metros sobre el nivel del mar que da la sensación de ser el típico lugar donde nunca pasa nada. Sus sosegados habitantes viven al margen de la vorágine de otros lugares más turísticos y concurridos. Tal vez por eso, a pesar del tiempo transcurrido el eco del caso seguía siendo enorme y muchos de los habitantes de aquel tranquilo pueblo en el que casi nunca ocurría nada aún recordaban aquello que sucedió a un kilómetro escaso de sus casas. Mi sorpresa fue enorme cuando, después de trabar conversación con el dueño de la cantina, un catalán afincado en el lugar, sin atreverme aún a exponerle abiertamente el motivo de mi visita, sacó un viejo periódico de un cajón del mostrador y me espetó de esta manera, leyendo en voz alta:

—Usted viene por esto, ¿verdad?...: «Aquella fría noche de 1974 el camionero salmantino Maximiliano Iglesias regresaba con su camión hacia Béjar cuando...».

Al observar la cara de sorpresa que se reflejaba en mi rostro, el buen hombre echó una sonora carcajada.

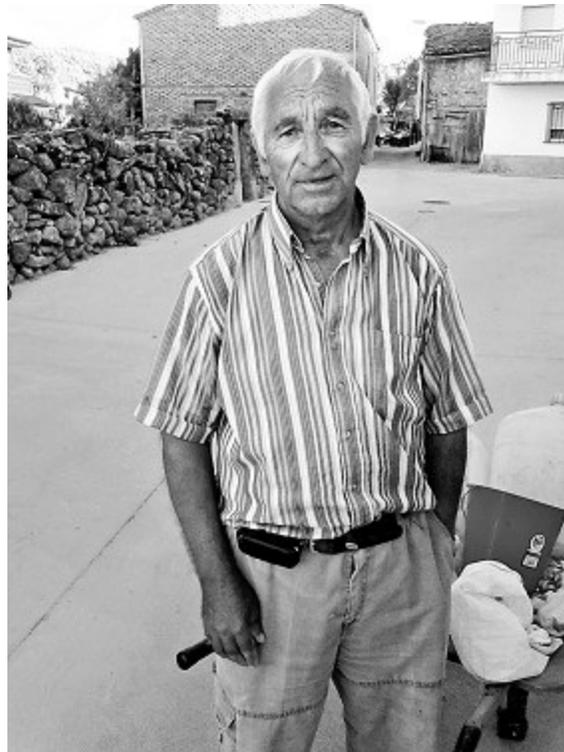
—Pues, ciertamente, así es. Pero ¿cómo lo ha sabido usted? —pregunté extrañado.

—Pues la verdad es que últimamente se han puesto estos asuntos de nuevo en boga y mucha gente forastera viene preguntando por ello. Y yo guardo este periódico y algún que otro recorte de prensa y revistas sobre lo de Maxi, porque, como comprenderá, pocas veces aparece mi pueblo en la prensa... je, je, je.

El campechano dependiente me había allanado el terreno. Ya sobraban las embarazosas presentaciones que se requieren cuando se intenta comenzar una conversación sobre este tipo de sucesos. Gracias a su amabilidad, varios vecinos que allí se encontraban se animaron a la charla y las cuestiones que planteábamos comenzaron a exponerse fácilmente:

—La verdad es que se habló mucho del caso. No se sabe qué pensar, pero lo cierto es que muchos vecinos del pueblo y de la zona han visto cosas muy raras. Al principio se puede uno cachondear, reírse de lo que le cuentan. Pero si te pasa a ti mismo, la cosa cambia. Conozco a muchas personas de este pueblo y de otros cercanos que han tenido encuentros con luces y aparatos que volaban por los cielos y nadie jamás ha podido explicarles qué era aquello.

Y otro vecino presente en la conversación nos puso sobre la pista de un caso inédito ocurrido a mediados de los setenta, cuando muchos lugareños coincidían en relatar sucesos anormales acaecidos tanto de noche como a plena luz del día y siempre por aquellos solitarios andurriales, cosa que da más valor al testimonio de Maxi Iglesias. Se trataba de Carlos Moreno, vecino de Valdehijaderos, a quien tras unas pesquisas por el pueblo tuvimos la fortuna de localizar en su propia casa. Esto fue lo que nos narró el amable testigo:



Don Carlos Moreno, vecino de Valdehijaderos, nos confirmó haber sido testigo de la presencia de luminarias de origen desconocido. Al parecer, muchos vecinos del pueblo habían observado anomalías en el cielo de esta parte de la sierra de Béjar.

Cuando me enteré del caso que le había ocurrido a Maximiliano Iglesias... ¡Qué quiere que le diga! No pude más que tomármelo a risa y decir que aquello era imposible y que no me creía en absoluto lo que se contaba, a pesar de que el muchacho gozaba de buena fama. Pero era algo que no entraba en mis conocimientos. Hasta que me ocurrió lo que me ocurrió. Entonces ya no me lo tomé a guasa. De hecho, he estado mucho tiempo atemorizado y, como el miedo que pasé aquella noche jamás lo he vuelto a pasar.

Así comenzaba el relato, sincero para nosotros, del señor Moreno, quien prosiguió:

Yo venía de trabajar. Había salido de noche y venía en mi vieja Mobylette desde La Calzada de Béjar hasta mi casa, aquí en Valdehijaderos. Sería a principios de verano, ya que no hacía mucho frío. Cuando me encontraba a medio camino, en un lugar frondoso de la carretera más oscuro que el resto, veo una luz de tamaño bastante más grande que una pelota de fútbol, a mi izquierda, sobre un prado. Era una luz potentísima que cegaba. Yo aflojé la marcha, pensando que se trataba de un tractor u otro vehículo. ¡Pero cuál fue mi sorpresa cuando observé que aquella bola de luz ascendía y salía volando sobre aquellos prados, por encima de los árboles que allí se encontraban! Ahí fue cuando me comenzó a entrar el miedo. Sin pensármelo dos veces puse mi moto a todo lo que daba, pero aquello seguía volando sobre mi cabeza sin poder dejarlo atrás. Yo estaba muy asustado, muy nervioso, y cuando pasé al lado de una corralada que allí se encuentra, no dudé en echarme a un lado y refugiarme en ella. Paré la moto y no me atreví a asomarme a la carretera durante un tiempo.

Todo estaba oscuro y en el más absoluto silencio. Cuando me atreví a volver a la carretera pude comprobar que la luz continuaba allí, volando sobre el campo. Arranqué de nuevo el ciclomotor y salí disparado hasta mi casa. Entré, me metí en la cama y no pude conciliar el sueño del susto que traía. Lo pasé muy mal durante mucho tiempo, pensando en qué era lo que había visto aquella noche.

La mujer del señor Moreno, que asistía a esta conversación, corroboraba con sus comentarios el estado de excitación que traía su marido aquella madrugada. Además, nos confesó que muchos vecinos habían tenido experiencias similares durante aquellos años y en épocas más recientes. Parecía que la sierra de Béjar, aquel remoto lugar al sur de la provincia salmantina, había sido elegida como punto de encuentro con lo desconocido, cosa de la que dan fe decenas y decenas de testimonios similares al de nuestro buen amigo de Valdehijaderos.

La esposa de don Carlos hace referencia a un nuevo caso, entre otros más que relata de pasada, sucedido en un prado cercano a la ermita de San Marcos que se halla a la entrada del pueblo. La fecha, aunque no la pudo determinar con exactitud, la enmarca en aquel periodo de tiempo en el que sucedió el encuentro con la luminaria de su marido, es decir, a mediados de los años setenta. Esto es lo que nos contó la buena señora:

Por aquellos años muchos fuimos los que vimos cosas extrañas por la comarca. Raro es el vecino que no le pueda contar alguna experiencia de este tipo. Casos que, hasta el día de hoy, nadie nos ha podido explicar.

Lo que le voy a contar sucedió una noche, por la época en que le ocurrió aquello a mi marido. Aquella noche muchos vecinos habían visto luces y luminarias paseándose por los cielos del pueblo, pero no le dieron mayor importancia. Algunos dijeron incluso que las habían visto acercarse de tal manera que habían tocado tierra en algunos terrenos cercanos. El caso es que, por la mañana, unos vecinos asustados corrieron la voz de que en el prado que se encuentra tras la ermita de San Marcos, a la entrada del pueblo según se viene de La Calzada de Béjar, había aparecido en la hierba un círculo muy grande quemado. Todos nos acercamos a ver aquello tan extraño y le puedo decir que jamás vi una quemadura como aquella. Por supuesto que no se trataba de ningún incendio, ni quema de rastrojos, ni algo similar. Era como un círculo, perfectamente delimitado, en medio de aquel campo. Y solo ese círculo aparecía abrasado. Nada más.

Este y otros sucesos narrados por el amable matrimonio y por otros vecinos de Valdehijaderos que pudimos conocer nos dan una idea de la cantidad de anomalías que, al aparecer, convergen en este lugar castellano. Muchos nos dijeron que incluso hoy en día son testigos de avistamientos celestes que, como mínimo, provocan curiosidad y extrañeza en quienes los contemplan.

Me despido de los complacientes paisanos de la sierra de Béjar, de Valdehijaderos, de Horcajo, de Lagunilla, de Pinedas y de otros pueblos de la comarca agradeciéndoles sinceramente su honestidad a la hora de exponer sus historias. Esos vecinos y esos lugares parecen haber sido elegidos como escenario de los sucesos más enigmáticos y absurdos. Dejamos atrás aquellas abruptas tierras, bellos parajes y mejores gentes, imaginándonos aún, mientras nos alejábamos del lugar, la pavorosa experiencia que tuvieron que soportar,

tanto Maximiliano Iglesias como los demás vecinos de aquel terruño, cuando se encontraron de bruces con lo desconocido. Sirvan estas líneas como humilde homenaje a su amabilidad y franqueza.

## EL MISTERIO DEL MONTE UMBE

El monte Umbe, un bello y apartado lugar cercano a la metrópolis bilbaína, fue el lugar elegido durante varios años de la segunda mitad del siglo XX para mostrar la cara más extraña de lo que muchos han denominado como una aparición mariana. A pesar de esta calificación, hay detalles y pasajes dentro de esta apasionante historia que difieren bastante de los típicos componentes que rodean las apariciones religiosas más famosas que conocemos, como pueden ser La Salette, Lourdes o Fátima, si bien, a posteriori, en este enclave vasco se habló de mensajes proféticos y apocalípticos dados por los supuestos seres aparecidos. Por ello, muchos investigadores han querido ver en las apariciones de Umbe desde un avistamiento ovni, con contacto con sus ocupantes incluido, hasta la aparición de criaturas demoníacas, incluso con detalles de fenómenos *poltergeist*.

Todo comenzó el 25 de marzo de 1941. La noche era fría en aquel remoto caserío perdido en mitad de la frondosidad del monte Umbe, en Vizcaya. Felisa Sistiaga Orozco, abstraída en sus últimos quehaceres domésticos de aquel día que finalizaba, removía ahora las ascuas de la cocina de leña para poder aprovechar hasta la última astilla y templar así la casa. Sentada al lado del fuego esperaba la llegada de su marido, Bonifacio Arrieta Libarona, guarda de la finca del Alto de Umbe en la que se ubicaba aquel caserío, su hogar por entonces. Felisa se encontraba un tanto inquieta ya que su marido no solía llegar tarde a casa y el reloj marcaba algo más de las doce. En estas preocupaciones se encontraba la mujer cuando, de repente, ve por la ventana, en el exterior, una especie de relámpago, un resplandor que desciende del cielo. Así es como refiere doña Felisa esos instantes que serían el comienzo de la primera aparición de Umbe:

Yo, asombrada, no sabía qué hacer o qué pensar. Me preguntaba de qué o de dónde procedía aquella inmensa luz. Inclínada sobre el colgador de la chapa de la cocina, no me atrevía ni siquiera a mirar. Pero vi también que descendía un bulto oscuro envuelto en una nube clara. No aprecié silueta alguna. Luego, desapareció la luminosidad.

Pasados unos momentos, estando aún doña Felisa cavilando sobre la naturaleza de aquello, escuchó unos golpes en la puerta de la casa. Alguien estaba llamando en plena noche cerrada:

Corrí a abrirla, pensando que era mi marido, pero no había nadie. Cerré la puerta y volví a sentarme en la cocina. Pero, por segunda vez, pegaron de nuevo desde el exterior. Cuando abrí, tampoco había nadie. Pensé si sería una broma de mi marido, si vendría incluso bebido, cosa que no hacía nunca. Mi sobresalto creció por todo lo que me estaba pasando y dejé la puerta entreabierta. Después, volví a sentarme a la cocina.

Tras estos momentos de duda y recelo, y tremendamente extrañada por aquellos sucesos, Felisa Sistiaga volvió cerca del fuego del lar. No estaba acostumbrada a visitas en aquel apartado lugar y menos a esas altas horas de la noche. Cuando volvió a entrar en la cocina, inmersa aún en aquellos pensamientos, el impacto fue tremendo al percatarse de una presencia desconocida en un rincón de la habitación. Para ella no había duda, se trataba de la Virgen:

Al instante vi en un rincón de la casa a la Virgen, vestida de Dolorosa, sobre una silla, de rodillas y acompañada de dos candelabros con sus velas. Traía un libro en la mano. Vestía de negro, con una toca que llegaba a los hombros y caía hacia atrás, hasta media cintura. Llevaba una tira frontal blanca que impedía verle el pelo. Su cara era muy fina, un poco alargada, de facciones perfectas. La tez de un moreno claro y los ojos azules, no muy grandes y abiertos, de mirada brillante, fija, muy expresiva y sonriente. La nariz fina y los labios rectos y bien moldeados. Aparentaba de dieciocho a veinte años. Llevaba pechera redonda blanca y le colgaba una tira adosada al vestido que le llegaba a los pies. Las mangas eran anchas, sin dibujos en los rebordes. No era muy alta de estatura. Llevaba los pies desnudos. Yo lloraba y le pedía que me llevara con ella. No me habló nada y se fue.



El caserío de Umbe y el corral delantero en la actualidad. Este fue el escenario central de los extraños acontecimientos que se desarrollaron en este apartado rincón vizcaíno.

Doña Felisa también dijo que la aparición llevaba un rosario de color marrón enrollado en la muñeca. Una corona de estrellas lucía intensamente sobre su cabeza, inclinada hacia atrás, sobre la toca. Al mismo tiempo, los ojos presentaban un brillo muy intenso.

He aquí la génesis de esta historia. En cuanto a lo hasta ahora referido parece encajar con los comienzos de otras apariciones de este tipo, como la de Garabandal o Fátima, en las que los protagonistas tienen la primera aparición tras ver una suerte de relámpago o fognazo y a continuación se aparece una figura rodeada de luces, de escasa altura, que posteriormente será identificada como la Virgen u otro personaje relacionado con la Iglesia (dentro del mundo judeocristiano, claro está).

Al poco tiempo de finalizar esta primera aparición se presenta en la casa el marido, don Bonifacio, quien encuentra a su mujer tremendamente emocionada y llorando. Tras calmarla durante unos momentos la esposa contó lo que acababa de ocurrir allí mismo, en aquel preciso rincón. El hombre, muy extrañado y ciertamente escéptico, vuelve a calmar a Felisa y argumenta que

dicha aparición bien pudiera ser fruto de su imaginación. El matrimonio no supo interpretar aquel suceso, de modo que la mujer pidió a su marido que jamás la dejara sola en la casa.

Unos días después, mientras aún estaba reciente esta experiencia tan tremenda, comienzan a sonar en aquel caserío unos ruidos extraños. Parecía como si varias personas se revolcaran por el suelo con mucha violencia. Cuando los habitantes de la casa encendían la luz, los ruidos cesaban, pero el estrépito se volvía a reanudar al apagarla. Doña Felisa y toda su familia eran testigos de estas anomalías y estaban aterrados. La señora calificaba estos hechos como espantosos. Por todo ello, algunos estudiosos del misterio de Umbe aseguraban que no era tan divino aquel enigma, incluso advertían de que fuerzas demoníacas habían ocupado el lugar.

Los ruidos continuaron oyéndose alrededor de un mes. Para la familia — el matrimonio y sus dos hijas— aquello era cosa de brujas, en concreto, de sorginas, un arquetipo muy extendido dentro de la cultura vasca. Pensaban que seguramente era debido a que la casa aún no estaba bendecida. Optaron por avisar al párroco y le encargaron bendecir aquellas humildes paredes, entre las cuales últimamente habitaba el miedo. Curiosamente, y a favor de los que creían que las fuerzas malignas habitaban el edificio, a partir de entonces los ruidos cesaron y jamás volvieron a oírse en el viejo caserón. En un primer momento, la familia no contó nada de lo que estaba sucediendo a nadie. En el fondo tan solo querían olvidar todo aquello y seguir con sus rutinarias vidas. Pero como el lector puede comprender, no fue tan fácil.

Pasaron varios años. Felisa paseaba alrededor de la casa cuando se percató de un extraño resplandor en la copa de un manzano cercano. Un tanto atemorizada, le vinieron a la memoria aquellos hechos que habían marcado su vida tiempo antes. Acercándose con precaución al árbol pudo contemplar estupefacta a un ser rodeado de luz que la vidente no dudó en identificar como un ángel. En su descripción dijo que parecía un niño pequeño angelical, vestido como acostumbraban a representar a aquellos seres celestiales en las estampas, esto es, con una suerte de túnica blanca, cordón y algo a su espalda que recordaba unas alas azules. En sus pies descalzos brillaba una esfera muy luminosa. Curiosamente, el 1 de noviembre de 1950, sobre las ocho de la tarde y en aquel mismo árbol, Felisa se volvió a percatar de una extraña

luminosidad. Una tía suya, que vivía en la casa por aquellas fechas y que estaba muy enferma, falleció momentos después de esta aparición luminosa sobre el árbol.

Tras esta visión, Felisa Sistiaga no volvió a tener ninguna más hasta el año 1968. Sin embargo, fueron múltiples las experiencias que la mujer vivió y que aún hoy siguen sin explicación. Cierta día, por la mañana, Felisa pudo oír claramente los tañidos de unas campanas, así como los rezos de personas celebrando una misa. Estos sonidos, a pesar de que se puedan considerar una fantasía de la mujer, tuvieron más testigos, como unas personas que se encontraban en el exterior del caserío y unos obreros que trabajaban en una finca anexa. Jamás se habían oído en aquel lugar unas campanas, simplemente porque la distancia a la iglesia más cercana a aquel lugar lo impedía.

Pero a partir de ese año, y hasta prácticamente finales de los años ochenta, las visiones se iban a suceder y la vidente contaría más de cien experiencias de este tipo, de las cuales citaremos las más importantes o las que más repercusión tuvieron. Además, y siguiendo un guion común en este tipo de misterios espirituales, tuvieron lugar infinidad de hechos que parecen calcados de otras experiencias de apariciones marianas: luces extrañas en el cielo, supuestas comuniones visibles dadas por la aparición a la vidente, mensajes apocalípticos revelados en los que se critica la actitud del hombre y de algunos mandatarios de la Iglesia, etcétera... Aun así, debemos excluir de esta común tipología la primera experiencia acontecida a doña Felisa en el año 1941, la cual, por su principio y originalidad, puede diferenciarse notablemente de una vivencia de naturaleza religiosa.

En la madrugada del 29 de junio de 1968, sobre las dos, la habitación donde dormía se llenó de luz. En el centro de aquella inquietante luminosidad apareció un hombre con un objeto metálico en la mano que la vidente identificó como una especie de llave. El ser era corpulento, alrededor de 1,90 metros de estatura, de cara alargada y con una corta barba de color marrón, como su cabello. Felisa calculó que el aparecido debía tener unos treinta años. Vestía una túnica marrón oscura y en la otra mano llevaba una especie de barra o báculo. La supuesta llave era de color negro brillante, de unos treinta centímetros. De repente, aquel ser le dijo a la sorprendida mujer: «Has estado dos veces en mi casa, pero sin llave».

La señora, extrañada y sin comprender a qué se refería, le dijo que ella nunca había estado en su casa. Él insistió en que sí y extendió la mano ofreciéndole aquella suerte de llave. La atemorizada Felisa se deslizó hacia atrás rechazándola. En ese instante la aparición se esfumó.

Tiempo más tarde, cavilando y dando vueltas a aquel suceso y a la extraña conversación, se dio cuenta de la semejanza del ser aparecido con una figura de la iglesia de Deusto que representa a san Pedro. Entonces pudo interpretar aquellas palabras que el misterioso ser mencionó sobre haber estado en la puerta de su casa en dos ocasiones, sin entrar, relacionándolas con dos veces en las que estuvo a punto de morir debido a una intervención quirúrgica. Todo esto desde el punto de vista y la interpretación de la vidente doña Felisa.

El 1 de febrero de 1969, sobre las cinco de la mañana, el marido de Felisa, Bonifacio, iba a asistir a un misterioso suceso que le haría creer en la realidad de aquello que le sucedía a su mujer. El buen hombre pudo observar aterrado cómo una luz se iba formando en plena oscuridad, justo encima de la vidente, mientras esta dormía plácidamente. El fenómeno se repitió en tres ocasiones. La última vez, la luz trazó una cruz en el centro de la habitación que permaneció varios minutos hasta que se apagó definitivamente.

Ese mismo año, a finales del mes de marzo, Felisa se encontraba paseando con su nieta por los caminos que rodean el caserío. En uno de los recodos de aquellos senderos pudo contemplar la aparición de un ser luminoso que la vidente identificó de nuevo con la Virgen. Felisa agarró entonces fuertemente la mano de su nieta y le preguntó a la niña si veía a una señora vestida de negro. La pequeña contestó negativamente. Tomando aire y expulsando cierto temor que se iba apoderando de su cuerpo, preguntó a la aparición en voz alta y en euskera qué deseaba de ella. La visión no respondió y Felisa repitió la pregunta. La aparición tampoco contestó y a los pocos instantes desapareció. Sin embargo, la niña, nieta de doña Felisa, asistió asombrada al monólogo que mantenía su abuela, quien hablaba con alguien que para ella era invisible. Este recuerdo no lo olvidaría en su vida. Contaba por aquel tiempo con tan solo seis años.

Al mes siguiente, concretamente el día 19 de abril, alrededor de las nueve y media de la noche, Felisa vio descender del cielo una especie de nube blanca que llegó a posarse en el suelo, a escasa distancia de donde se encontraba, al lado del caserío. Dentro apareció una figura con una túnica oscura que la vidente reconoció de nuevo como la Virgen. Lentamente, este ser se posó en unas matas de perejil que se hallaban en un huerto a la entrada de la casa. La vidente le hizo la misma interpelación de siempre: «¿Qué quieres de mí?», sin obtener respuesta alguna. La aparición dio unos pasos lentamente y desapareció. A la mañana siguiente, reconociendo el terreno en el cual se había posado el extraño ser tenido por la Virgen, Felisa y su familia pudieron comprobar que el perejil pisado por la aparición se encontraba totalmente seco, quemado. Una especie de polvillo blanco, que abarcaba un metro cuadrado, aproximadamente, recubría toda la planta y penetraba en su interior, desde las hojas hasta la raíz, como si algún tipo de ácido hubiera dañado la plantación.

Y un mes después, en mayo, el día 23, fue cuando supuestamente la Virgen María dirigió sus primeras palabras a la vidente. Venía Felisa aquel día de visitar a su hija Feli, que se encontraba enferma en el hospital. Entonces, al llegar a la altura del pozo que se encuentra al lado de la casa, se le apareció la Virgen. Felisa le preguntó lo de siempre: «¿Qué quieres de mí?», en euskera. Sin embargo, la aparición esta vez sí respondió. La vidente percibió estas palabras en castellano: «¿Sabes en qué mes estamos? Es el mes de la Virgen. Yo os he ayudado mucho, pero estáis en mi casa y quiero que me la dejéis».

Después de estas misteriosas palabras, dio unos pasos y desapareció. En su camino tocó un mimbres que quedó como la mata de perejil antes mencionada, seco o quemado y con el penetrante polvillo blanco sobre la planta.

Antes de esta determinante aparición, había sucedido algo más que llenó de pavor a Felisa. Instantes antes de presenciar a la supuesta Virgen María, en un recodo del camino que va desde el Alto de Umbe hasta el caserío, la señora vio pasar ante sus ojos a un extraño animal que volvería a ver en diversas ocasiones. Según su descripción, «medía unos cuarenta centímetros de largo,

de cuerpo grueso y pelo color marrón. La cara no era ni de perro ni de gato. La boca grande, mucho más ancha que larga. Los ojos grandes y redondos. Se paró mirándome unos instantes y luego desapareció entre la maleza».

Para muchos estudiosos del misterio de Umbe, el encuentro con tan estrafalario animal sería ni más ni menos que una manifestación diabólica, algo que va asociado a los lugares donde ocurren apariciones religiosas de tipo mariano.

¿Qué quiso decir la Virgen cuando se refirió a que aquella era su casa y a su deseo de que se fueran? Algunos investigadores que han estudiado la historia de Umbe, sobre todo dentro del ámbito religioso, razonan que lo hizo para que las apariciones en aquel lugar pudieran extenderse a un mayor número de posibles creyentes, lo cual permitía desvincular a la familia de Felisa como testigos exclusivos y únicos de aquellos sucesos. Según esta misma teoría, la Virgen, con esas palabras, quería generalizar más aún su mensaje, su representación, y hacerla extensible a todos los posibles creyentes o peregrinos que vivieran o acudieran allí para conocer su buena nueva. Sin embargo, otras personas menos dogmáticas no opinan lo mismo y ven aquel enigma muy similar a numerosos casos de aparición ovni, en donde lo absurdo y lo aparentemente sin lógica campan a sus anchas. ¿Qué necesidades materiales iba a tener un ente tan supremo y espiritual como la Virgen María para solicitar una acción tan baladí como parece ser el reclamar una casa? ¿Por qué las plantas y vegetales que entraron supuestamente en contacto con un personaje celestial tan importante quedaron quemados y sin vida? ¿Tiene esto algo que ver con ciertas radiaciones que muchos testigos ovni reportan en miles y miles de casos y en diversas partes del mundo, en los cuales tras un supuesto aterrizaje de estos aparatos la mayoría de la vegetación aparece de la misma manera que como se describió en Umbe? Muchas preguntas quedan sin respuesta. El misterio de Umbe continuaba.

El 12 de julio de 1969, al mediodía, doña Felisa se encontraba colgando ropa en el tendal exterior del caserón. En esos momentos se percata de que por una ventana que da a la cuadra sale una columna de humo muy denso. Alarmada por un posible incendio, llama al resto de la familia para comprobar el origen de aquella humareda y todos acuden a la cuadra, en la parte inferior de la vivienda. Dentro de aquella dependencia no se veía nada. Estaba llena

de humo, pero era un humo especial debido a que no dañaba a los ojos y se podía respirar sin problema, y olía intensamente a hierba. Observaron que el humo procedía de un montón de paja que ardía sin consumirse. El fenómeno duró más de doce horas y tras esto la hierba quedó negra. Según sus propias declaraciones, Felisa había percibido que la Virgen estaba allí, en aquella habitación. Para que salieran todos y la dejaran sola, propuso al resto de la familia subir a casa, al piso superior, y regresó a los pocos minutos ella sola. Arrodillándose junto a la humareda pronunció: «¡Ave María Purísima!». Al instante se formó un potentísimo resplandor y surgió de entre la humareda la figura de la Virgen María rodeada de fogonazos. Doña Felisa describiría estos resplandores en su diario de la siguiente manera: «Me daba la impresión de que el lugar estaba lleno de brillantes».

Después la vidente rezó durante unos instantes y comunicó a la aparición que había hablado con un sacerdote y que tras explicarle todo lo que estaba ocurriendo allí, el cura la había tranquilizado mucho. La Virgen le dijo: «Dile a ese sacerdote que él será quien celebre aquí la primera misa».

A continuación, la aparición salió andando lentamente como una persona normal y cuando llegó al exterior del establo se elevó hacia el cielo.

Con respecto a este pasaje es curioso señalar la analogía que existe con un capítulo de las apariciones de Garabandal en donde Conchita, la principal vidente, habló de una señal que quedará en Los Pinos, el lugar de aquellas apariciones, como testimonio para las generaciones que nos han de suceder. Este testimonio o señal consistiría en una especie de columna o materia parecida al humo y que podrá fotografiarse y filmarse, pero no tocarse. Todo ello, como decimos, según los testimonios de la vidente cántabra.

Si hablamos de Umbe sería imperdonable no citar el pozo o estanque que se encuentra al lado del caserío, a la entrada de la finca. Este emplazamiento está dotado, según los seguidores devotos de estas apariciones, de propiedades curativas que atestiguan cientos de personas enfermas que, al parecer, han curado milagrosamente sus males tras entrar en contacto con esas aguas. La bendición de aquella agua por parte de la aparición ocurrió el día 20 de julio de 1969. Felisa se encontraba en el corral de la casa, dando de comer a las gallinas. Esto es lo que relata la vidente en su diario de aquel señalado día: «Con gran sorpresa vi que Nuestra Señora estaba presente con mucho

resplandor. Yo me arrodillé ante ella y dije: “Ave María Purísima”. Después continué rezando la Salve entera. Cuando terminé, le supliqué, como tantas veces había hecho, por mi hija Feli, que había perdido la vista en 1964 a consecuencia de un parto. Le dije que si quisiera podría ayudarla».

Tras estas súplicas, el ser aparecido, sin apartar la mirada de la vidente, le habló de esta manera: «Tú no llores más por ella, que ella es mi escogida. El primer día que vine a salvarte bajé primeramente al pozo y esta agua, desde hoy, queda bendecida para siempre y curará a los enfermos y a los sanos que se laven la cara y los pies».

Inmediatamente, la aparición pidió a doña Felisa que llevara al pozo determinadas prendas de vestir de su hija, indicándole que siguiera el mismo camino que había utilizado ella, desde el pozo hasta la casa, a fin de recorrerlo juntas. La vidente dice en su diario que reconoció aquel camino entre la hierba porque esta se encontraba toda aplastada en una misma dirección, hacia el caserío. A continuación, la Virgen instruyó a la vidente sobre cómo tenía que lavarse su hija con aquellas prendas impregnadas en el pozo bendito: le dijo que se lavara la cara y los pies y que mojara aquellas ropas en el agua y las pusiera a secar en un lugar donde no llegaran los rayos del sol, y que las usara hasta finalizar la curación. La aparición continuó ordenando: «No volváis a utilizar este pozo para nada que no sea asistir a los enfermos. Quiero que en este lugar se levante una capilla».



El pozo del que muchos dicen que sus aguas curan. En este preciso lugar un ser lleno de luz y tenido por un ángel fue visto en varias ocasiones bajando del cielo y subiendo.

A partir de esta fecha, supuestas curaciones milagrosas se vienen produciendo por medio de esta agua del monte Umbe. Felisa y su hija cumplieron todo lo que la Virgen les había indicado. Al cabo de unos días, Feli, la hija de la vidente, declaró que se encontraba prácticamente curada de sus dolencias. Además de la ceguera padecía una infección general en todo el cuerpo, con problemas en la sangre y en la circulación, pero tras usar aquella agua bendita se sentía ostensiblemente mejor. Su padre, don Bonifacio, que también sufría una grave enfermedad desde hacía varios años, la cual lo había llevado al borde de la muerte, al observar tan buenos resultados en la salud de su hija decidió encomendarse a la Virgen y a aquel milagroso pozo. Doña Felisa cuenta así estos hechos en su diario: «Nada más tocar el agua sintió cómo cambiaba algo en su cuerpo y se encontró mucho mejor. A los pocos días se recuperó totalmente. Padecía una enfermedad incurable que se inició hace más de doce años y que le tenía a punto de morir».

Posteriormente cientos de personas atestiguarían curaciones sorprendentes a través de esa agua. Muchos dicen poder aportar pruebas médicas y certificados clínicos en los que se recoge la rápida curación de diversas dolencias, sin razón o explicación aparente. Desde ese momento, Umbe ha tenido y tiene como principal atractivo para los peregrinos las supuestas aguas benditas y curativas de su pozo. Aún hoy en día hay personas que narran sus experiencias y sus milagrosas curaciones, las cuales atribuyen, sin ningún género de dudas, a las propiedades sanadoras y sobrenaturales de aquel manantial.

En cuanto a la petición de la aparición sobre la construcción en el lugar de un templo, no se ha llevado a cabo aún, si bien en el interior del caserío, una vez que este fue abandonado por la familia de doña Felisa, se ha instalado un altar y varias dependencias de la casa cuentan con imágenes de la Virgen y demás elementos religiosos, a modo de improvisados oratorios. Pero los seguidores de Umbe tienen un proyecto más ambicioso, que consiste en la construcción de una gran basílica en las fincas cercanas al caserío.

A la semana de la bendición del pozo de Umbe por parte de la supuesta Virgen María, ocurriría un nuevo hecho destacable, a la vez que desconcertante, relacionado con este misterio. Serían las diez de la mañana del día 27 de julio de 1969 cuando Felisa vio una figura luminosa que descendía hasta el pozo. Llena de júbilo, llamó a su hija Feli para que la acompañara y recorrieron juntas el corto camino que las separaba de la aparición. Doña Felisa pudo comprobar que se trataba de aquel ángel que se había aparecido encima del árbol tiempo atrás. La vidente, sin pronunciar palabra, decidió tocarle el pelo, acariciárselo, al mismo tiempo que besaba su túnica. El ser miraba a las mujeres fijamente, con las manos juntas en actitud de oración. Entonces quiso que su hija también lo tocara: «Sin detenerme a pensar si estaba bien o no, tomé la mano de mi hija Feli y se la acerqué hasta donde estaba la del ángel. Este alargó un poco la suya y la agarró. Mi hija no sabía lo que sucedía, y al agarrar la mano fría del ángel dijo: “¿De quién es esta mano?”. Yo le contesté: “Es del ángel que ha venido a ayudarnos”. El ángel tiraba de ella con fuerza hacia sí, así que ella temía caerse al pozo. Cuando la soltó, le dijimos las dos: “Ahora vete a tu casa y ayúdanos desde allí”. Al poco tiempo se elevó. Mientras, con tremenda nostalgia, decía

lamentándome: “Hija, ya se va, ya se va...”. Cuando se fue del todo, experimenté una honda pena por no haberlo cogido en brazos para dárselo a mi hija y llevárnoslo a casa».

Algunos días más tarde, en la última jornada del mes de julio, doña Felisa pudo ver de nuevo a aquel ser en el pozo. Pero en esta ocasión no descendía del cielo, sino que partía del terreno y ascendía hacia las alturas desde aquellas aguas.

En marzo de 1972 se iba a producir el hecho más sorprendente de todos los que rodean la historia de Umbe. Supuestamente, un religioso iba a ser resucitado tras ungirlo con las aguas del manantial. El hermano José Mary Belasategui y Arrillaga, enfermero en Deusto, había sufrido por aquellos días una trombosis que lo había llevado prácticamente a la muerte en una semana. Uno de sus compañeros religiosos, el hermano Uribarri, quien había oído de las virtudes de las aguas de Umbe, solicitó a una de las seguidoras de aquellas apariciones una botella con tan preciado líquido. El domingo en que todos los allí presentes dieron al enfermo por muerto, este religioso se presentó en la clínica con el agua, anunciando que deseaba ungir la cara y los pies al ya por todos declarado difunto. A pesar de las esperanzas depositadas en esa agua, en un primer momento no se apreció reacción alguna. Pero transcurridas unas horas, ya por la tarde, algunos de los que estaban presentes en la habitación del hospital vieron como de manera bastante notable el enfermo terminal dado por muerto mostraba señales de vida. Muchos pensaron que se trataba de una verdadera resurrección, de un auténtico milagro realizado por las aguas de Umbe.



Vista del camino de la Virgen desde la zona del pozo. Al fondo, el caserío. Según la vidente, el ser aparecido, tenido por la Virgen, caminó sobre este sendero, por eso el camino es un lugar de devoción para los creyentes.

A las cinco y media de una tarde del mes de septiembre de 1970, doña Felisa se encontraba barriendo el suelo de la casa cuando tuvo otra de las apariciones más destacadas. Se encontraban allí varios familiares que dieron testimonio de lo que pasó. La Virgen preguntó a la mujer si quería tomar la sangre de su Hijo. Tras responder afirmativamente el ser aparecido mostró una especie de cáliz dorado en la mano izquierda, con una cruz pequeña en el centro. Le dio a probar de esa vasija, y las personas allí presentes pudieron comprobar cómo la vidente colocaba la boca en posición de beber y cómo sus labios y su lengua se humedecían con un misterioso líquido semejante a una mezcla de agua y vino, muy brillante. Tras esto, la aparición le dijo así: «Tráeme el libro y el rosario que has dejado afuera».

Era cierto. Doña Felisa había dejado sobre el banco de la entrada del caserío un devocionario de tapas blancas y un rosario. Tras obedecer las órdenes de la aparición, esta siguió hablando: «Yo bajo del cielo porque deseo la paz del mundo. ¿Estáis dispuestos a sufrir por la paz del mundo?»

Tenéis que cumplir lo que yo os digo, tanto tú como tu marido; Inés y tu hijo político, Tomás. No os desaniméis por nada. Sufriréis, pero la vida no se os hará angustiosa. Tendréis alegría. El agua seguirá curando. Aquí quiero mi capilla».

A continuación, la aparición pidió que le acercara el libro devocionario y al instante los presentes pudieron comprobar cómo sus hojas se abrían a la vez, quedando todas de esa manera expuestas. Después, solicitó el rosario. Felisa le entregó dicho objeto bien visible en su mano. De pronto, a los ojos de los presentes, el rosario desapareció en el aire y volvió a aparecer momentos después. Cuando Felisa lo deslizó hacia la otra mano, el colgante se iluminó tremendamente y esos destellos eran similares a los del oro. Al cesar dichos resplandores, pudieron comprobar que el rosario había perdido la pintura original y la madera natural quedaba a la vista. Los eslabones, que eran dorados, presentaban ahora un color rojizo y mate. Al mismo tiempo, se podía percibir un aroma a perfume que en diversas circunstancias se incrementaba. Tanto el libro como el rosario se conservan en el relicario del altar principal instalado en el caserío, junto a la imagen de la Virgen.

En esta complicada historia también aparecen unas luces en el firmamento que fueron vistas por muchos testigos y que parecían tener como objetivo aquella zona del monte Umbe . El 15 de octubre de 1970, a última hora de la tarde, doña Felisa subía en furgoneta con un grupo de amigos y familiares al lugar de las apariciones, aquel viejo caserío que ya todos conocían como la Casa de la Virgen, el hogar donde había vivido durante tantos años. Nada más entrar por la portilla de la finca, de la oscuridad surgieron dos focos que se colocaron a la izquierda del vehículo y que lo siguieron durante todo su trayecto hacia la casa. Una vez allí desaparecieron. Poco después, la Virgen se apareció y la citó para un nuevo día, concretamente el día 30 de ese mes. En dicha fecha Felisa volvió a la casa con algunos seguidores. A las cuatro de la tarde tuvo la visión de Nuestra Señora y le pidió que realizara alguna acción visible para que los demás creyeran. La aparición le dijo: «Hoy verán la luz».

A los pocos momentos, todos los allí presentes y los vecinos de los caseríos cercanos contemplaron un gran resplandor que describieron como una especie de relámpago que duró varios segundos y que iluminó totalmente

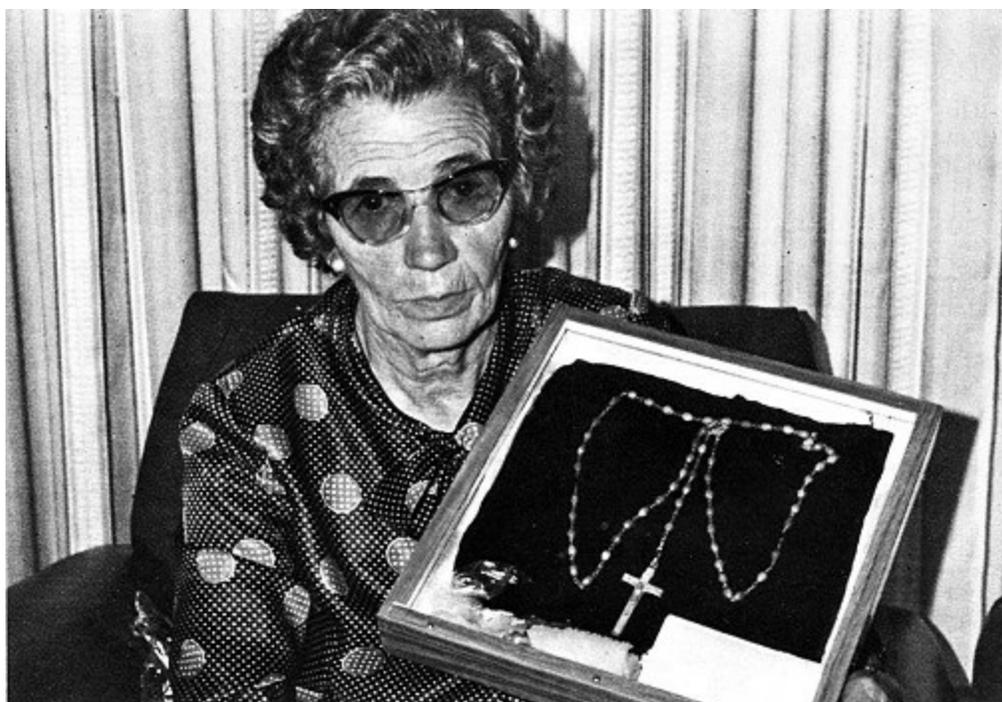
aquella zona del monte.

Como hemos dicho, hasta mediados de los años ochenta las apariciones fueron numerosas y los mensajes de tipo profético y apocalíptico, protagonistas de las supuestas declaraciones de la Virgen, fueron puestos en boca de la vidente. Al mismo tiempo continuaron los testimonios de muchos seguidores que declararon curaciones milagrosas, cosa que contribuyó a ensalzar la fama y la devoción hacia la Virgen de Umbe y sus aguas con propiedades sobrenaturales y curativas.

Desde 1978 se celebra todos los años, el primer sábado de septiembre, una procesión de la Virgen de Umbe que en algunas ocasiones ha contado con la participación de más de mil personas llegadas de todas partes de España y del extranjero. La Virgen es paseada por sus devotos en andas desde el interior del caserío hasta las campas cercanas y el pozo de la Virgen, tras lo cual la vuelven a depositar en el altar de la casa.

La última aparición se produciría el 8 de diciembre de 1988, y en ella la Virgen manifestó a la vidente lo siguiente: «Hoy en tu presencia me dirijo a la humanidad. Los demonios están sueltos en la tierra. Con el rosario venceréis. Os espero a todos aquí. Deseo mi capilla. No desfallezáis. Estáis protegidos».

A los dos años de esta experiencia tenida como la última aparición de Umbe, la principal y única vidente, doña Felisa, falleció. Sus cuatro hijos, sobre todo sus hijas Inés y Feli, han sido desde entonces las máximas impulsoras de la iniciativa de dar a conocer y difundir los acontecimientos de Umbe, que tuvieron a su madre como protagonista. Tras la muerte de esta, el 9 de marzo de 1990 se procedió a la apertura de un sobre cerrado ante notario, tal y como había ordenado Felisa. En él se guardaba uno de los principales mensajes que, al parecer, le había dado la Virgen, el cual, siguiendo las órdenes de la aparición, no podía ser revelado públicamente hasta después de la muerte de la vidente. Este decía así:



Doña Felisa con el rosario que supuestamente tocó la aparición tenida por la Virgen, el cual cambió de color, iluminándose delante de varios testigos más.

«Vengo a hacer la paz de mis hijos que no me hacen caso.» La Virgen me ha dicho muchas veces que viene para toda la humanidad, para todos sus hijos, y que a todos nos tiene bajo su intercesión. A todos nos quiere mucho y desea nuestra salvación, de tal manera que antes del castigo enviará Dios un aviso, y para que nadie dude de este aviso habrá un milagro. La Virgen me dijo también: «Su Espíritu estará eternamente en ti». Y continuó: «Te doy una medalla mía, de inspirada belleza. Si le pedís perdón con vuestras almas sinceras, Cristo os perdonará. Yo, vuestra madre, como intercesora de él os quiero decir que os enmendéis, pues ya estáis en los últimos avisos. os quiero mucho y no quiero vuestra condenación».

A partir de entonces, con la familia de la vidente Felisa Sistiaga a la cabeza, se ha formado un grupo denominado Asociación de Colaboradores con la Familia de la Vidente de Umbe, Felisa Sistiaga, cuya finalidad es la construcción de una capilla en aquella zona del monte. Como nota curiosa, y para algunos tal vez incluso frívola, en uno de los puntos de los estatutos de la asociación aparece lo siguiente:

«Facilitar a la familia cuantos medios humanos, materiales, económicos y espirituales disponga la Asociación.»

¿Qué era en verdad lo que ocurrió, y para muchos seguidores continúa ocurriendo en el monte Umbe? ¿Es cierto que podría tratarse de una de las apariciones marianas más importantes de nuestra época? ¿Se pueden calificar estos hechos como fenómenos ovni?

Sin duda muchas personas diferirán en sus pareceres respecto a este tipo de sucesos. Algunos, con verdadera fe en los mismos, creerán que se trata de una auténtica manifestación religiosa. Otros serán más escépticos y tacharán estos fenómenos de ridículos e inaceptables. Buscarán estos últimos, tal vez, una explicación en los diversos intereses de los implicados, que pueden ir desde el lucrativo hasta las ansias de notoriedad de personas y pseudovidentes que se perfilan como profetas ante una masa enfervorizada de seguidores incondicionales.

Sin duda, todas las explicaciones están abiertas si reconocemos que hasta el día de hoy el misterio de Umbe continúa sin aclararse.

## LA PEREGRINA HISTORIA DEL COJO DE CALANDA

Verdaderamente, el clima de las duras y ásperas tierras del sur de Aragón posee contrastes. El calor era poco menos que insoportable aquel verano de 2014 en el que nos decidimos a visitar esos lares, cerca del Maestrazgo turolense, en pleno desierto aragonés. Mientras recorríamos la carretera que nos acercaba a nuestro destino, con el aire acondicionado del vehículo a toda potencia, nos hacía cierta gracia que por aquellos mismos pagos se registraran en la estación invernal algunas de las temperaturas más bajas de la península Ibérica. Quizás muchas de estas circunstancias tengan que ver con el recio carácter y la hospitalidad que ofrecen aquellas gentes que habitan la región, siempre pendientes del viajero despistado.

Nuestro destino no era otro que el famoso pueblo de Calanda. Famoso, sobre todo, por su excelente producción frutícola, que ha sido merecedora de los premios internacionales más sobresalientes de esta industria primaria. Y no es de extrañar, viendo los cuidados y el mimo con el que los hortelanos tratan sus cosechas en los campos inmensos que rodean la comarca. Melocotoneros con sus frutos protegidos de las inclemencias meteorológicas y el contacto con insectos perjudiciales mediante un envoltorio de papel que ha sido colocado uno por uno en cada fruta. Un paisaje digno de admirar y ciertamente curioso.

Ya en las calles de Calanda, no dejan de sorprender al viajero sus edificios blasonados, renacentistas y rococó, los cuales nos dan una idea del importante pasado que tuvo esta población del Bajo Aragón. Mención aparte merecen su Semana Santa y la sierra que rodea el pueblo, prácticamente un desierto, el desierto de Calanda que crea en el ambiente cierta sensación de aislamiento. No es raro que precisamente en esos lugares tan apartados y

áridos los monjes carmelitas descalzos, cuyo magnífico convento medio en ruinas puede ser visitado en medio de la nada, hallaran su terruño anhelado para orar y laborar.

Pero a pesar de todas estas razones y muchas más que el viajero podría encontrar en esta zona del país como excusa para una pausada y reconfortante visita, no es por ninguna de ellas por la que nos presentamos allí en plena canícula tórrida. El verdadero asunto que nos atrajo a Calanda fue una de las más extrañas leyendas, controvertida y para muchos justificada, que recorren nuestra geografía nacional: el denominado milagro de Calanda, «el milagro más inaudito de todos los tiempos», como lo bautizan algunos estudiosos de la historia. O lo que es lo mismo: la milagrosa recuperación de la pierna amputada años antes de Miguel Juan Pellicer Blasco, supuestamente por intermediación de la Virgen del Pilar. Pasemos a diseccionar tan rocambolesco episodio.



Casa original de la familia Pellicer, en Calanda. Aquí se produjo el supuesto milagro que hizo que el nombre del lugar traspasase fronteras.

Miguel Juan Pellicer Blasco nació en Calanda allá por el año 1617 y murió en Velilla de Ebro, provincia de Zaragoza, treinta años más tarde. La localidad poseía cierto renombre en aquellos tiempos, con una población próxima a los dos mil habitantes, los cuales se dedicaban plenamente a la agricultura. Nuestro protagonista era el segundo de una numerosa familia de ocho hermanos, de los cuales sobrevivirían a la mocedad tan solo una hermana y él. Sus padres, humildes labradores, se afanaban día tras día para llevar a casa un mísero jornal con el que poder apaciguar el hambre de su prole. Cuando Miguel contaba con dieciocho años de edad, sus padres decidieron enviarlo a casa de unos tíos en Castellón. Su tío Jaime Blasco pasaría a ser su

tutor desde ese momento. Y sería en aquel lugar, en julio de 1637, cuando le ocurriría un desgraciado accidente. Cuenta la historia que mientras se encontraba ayudando a sus tíos en las faenas del campo, Miguel llevaba una carreta cargada de trigo y tirada por dos mulas, en una de las cuales iba montado el mozo. En cierto momento el joven cayó de la bestia con tan mala fortuna que una de las ruedas del carromato pasó sobre su pierna derecha y le fracturó la tibia en su parte media.

Debido a esa grave lesión fue llevado al Hospital Real de Valencia el día 3 de agosto de 1637, según aparece en el libro de registros que aún se conserva del mencionado centro y que cualquiera puede consultar:

«Nombre marginal 243. Dilluns 3 de agost 1637. Miguel Juan Pellisero de 18 anys, natural de Calanda de Aragó, fill de Miguel Juan Pellisero i de María Blasco, cónyuges, llaurador. Porta uns pedasos pardos. 1637. Pedro Torrosella.»

Pero al poco tiempo se le traslada al Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza. Una vez allí, primeramente lo instalan en la cuadra, sala de calenturas, «porque las tenía», para después ir a la de cirugía. Después de convalecer en el sanatorio durante cinco días decide marchar a Zaragoza. Ya en la capital maña, y dada su devoción, visita en primer lugar el templo de Nuestra Señora del Pilar. Inmediatamente, ya que su pierna daba síntomas de una mala curación, es ingresado en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, donde debido a la gravedad de la herida deciden amputarle la pierna cuatro dedos por debajo de la rodilla, como se especifica en el informe de los médicos y del cirujano que ejecutó la operación, don Juan Estanga. Este licenciado era catedrático de cirugía de la Universidad de Zaragoza y familiar del Santo Oficio de la Inquisición en Aragón. Según declaraciones del doctor, aunque se intentó su cura, la pierna estaba muy flemorizada y dañada, por lo que después de intensas deliberaciones con sus colegas, los médicos Diego Millaruelo y Miguel Beltrán, se opta por amputar para salvar la vida del paciente. La extremidad mutilada es enterrada en un hoyo «como de un palmo de hondo» por el enfermero Juan Lorenzo García, en el cementerio que dicho hospital poseía. Al herido se le proporcionó una pierna de madera y una muleta para que pudiera, malamente, caminar. Esto ocurría en la primavera de 1638.

Con sus facultades físicas mermadas, e inválido para el trabajo, se dedicó principalmente a mendigar y pedir limosna justamente a las puertas del Pilar, en la capital aragonesa, mientras aprovechaba todos los días para oír misa en la Santa Capilla. También tomó la costumbre de embadurnarse el muñón de la pierna cortada con el aceite de las lámparas de la iglesia, ya que sentía que con ello disminuía el dolor. Después de dos años viviendo y obrando de esta manera, Miguel Juan decide regresar a su pueblo natal, Calanda.

Así que, en marzo de 1640, inicia el viaje de retorno. Dicho viaje fue en verdad penoso. Cuentan que primero fue en carro hasta Fuentes de Ebro con unos vecinos del lugar. Desde esta localidad, a duras penas caminó hasta Quinto de Ebro. A partir de allí, le transportaron sobre una caballería hasta Samper de Calanda. En este pueblo y sin atreverse ya a continuar debido a su extremo estado de fatiga, hace mandar recado a sus padres para que le envíen un nuevo jamelgo con algún criado que lo ayude, en este caso Bartolomé Ximeno, de dieciséis años, con quien llega por fin a su pueblo.

Ya en la humilde casa familiar, Miguel Juan ayuda en los quehaceres de la familia en lo que puede. Al mismo tiempo, y ayudado siempre por el muchacho que le habían proporcionado sus padres para este menester y por un débil mulo, mendiga por las poblaciones cercanas y trae a su hogar limosna de pan. Justamente, tras una de aquellas jornadas de labores, la noche del 29 de marzo de 1640 se iba a producir el hecho trascendente de esta historia. Después de haber ayudado a su hermana durante ese día en algunas labores del campo, al regresar al pueblo observan que sus calles están repletas de soldados. Era costumbre dar cobijo a los militares, por lo que la habitación que habitualmente pertenecía a Miguel fue destinada por esta razón a uno de aquellos militares. Por ello Miguel se acomoda en un improvisado catre, formado por un serón de esparto y una fibra de pellejo, al lado del lecho de sus padres. Eran las diez de la noche, aproximadamente, cuando el joven cae rendido en los brazos de Morfeo.

Sus padres se encontraban entonces con unos vecinos, los Barrachina, charlando ante el lar junto al soldado que estaba momentáneamente hospedado en su casa. A todos ellos Miguel Pellicer les había dejado tocar momentos antes el muñón de su pierna amputada, mientras les narraba el lance en el que

ocurrió el traumático accidente. Continúa diciendo la leyenda que sobre las once de la noche sus padres encienden un candil para acceder a su habitación y perciben «una fragancia y olor suave no acostumbrados allí».

Cuando su madre se acerca para ver a su hijo dormir observa muy sorprendida que por debajo de la capa con la que se abrigaba el joven aparecen dos pies cruzados. Loca de admiración llama a su marido y, ya con la luz del candil a pleno rendimiento y habiendo despertado a Miguel Juan, los tres contrastan aquel hecho aparentemente milagroso: el recobramiento de la pierna amputada, en la cual aún se podían reconocer las heridas y cicatrices que presentaba la pierna antes de la amputación. Miguel dice que recuerda haber estado soñando y que se encontraba en el templo del Pilar en Zaragoza cuando su madre lo despertó y que cree que ha sido un milagro de la Virgen, para servirla mejor. Aún no puede posar el pie milagroso en el suelo, ya que se ve torpe por la falta de costumbre, pero poco a poco comienza a ganar confianza y aposenta con mayor soltura la pierna en tierra, ante la mirada llena de emoción de familiares y vecinos que poco a poco van llegando a la casa.

Pronto la noticia corrió a toda velocidad por el pequeño pueblo de Calanda y tierras cercanas. Jornadas después, todo el país estaría enterado del sorprendente hecho. Incluso llegaría a oídos del monarca Felipe IV, quien se sentiría ampliamente interesado en los acontecimientos que rodearon lo acaecido en aquel pueblo aragonés. Cinco días después del supuesto milagro descrito, el 2 de abril, don Miguel Andreu, notario de Mazaleón, levanta acta de tan alucinante hecho en un documento que se puede consultar hoy en día en el Archivo Municipal de Zaragoza.

El 25 de abril de aquel mismo año, Miguel Pellicer y sus padres llegaron a Zaragoza para agradecer a la Virgen del Pilar la sanación de su hijo. El cabildo zaragozano puso el hecho en conocimiento del conde duque de Olivares, quien a su vez informó de todos los pormenores a su alteza Felipe IV. En este mencionado documento procesal declararon todos los profesionales que tuvieron contacto con el joven mientras se encontraba herido en los hospitales antes mencionados: cinco facultativos sanitarios, entre ellos por supuesto el cirujano que amputó la pierna, cinco familiares y vecinos, cuatro autoridades locales, cuatro autoridades eclesiásticas y seis personajes, entre los que destacan dos mesoneros de Samper de Calanda y Zaragoza que

conocieron bien las andanzas de Miguel Pellicer con la pierna amputada. Entre las afirmaciones que se recogen en estos escritos, se declara lo siguiente por parte de los testigos:

«Que el herido ya puede firmar el talón en el suelo [...] menear los pies y los dedos [...] correr con ligereza y subir la pierna derecha hasta la cabeza sin dolor ni pena alguna [...] ha crecido la pierna tres dedos y ha engordado la pantorrilla...»



En la habitación recreada en la casa museo de la familia Pellicer han tratado de representar de la manera más fidedigna posible el escenario del milagro de Calanda.

Tras estos informes y análisis, la archidiócesis aragonesa reconoció el hecho como milagro el día 27 de abril de 1641. La conclusión de los estudios reza así:

Decidimos, pronunciamos y declaramos que a Miguel Pellicer, natural de Calanda, de quien en este proceso se trata, le ha sido restituida milagrosamente su pierna derecha, que antes le habían cortado, y que tal restitución no ha sido obrada naturalmente, sino prodigiosa y milagrosamente, debiéndose juzgar tener por milagro, por haber concurrido en ella todas las circunstancias que el derecho exige para constituir un verdadero milagro, como por el presente lo atribuimos a milagro, y por tal milagro lo aprobamos, declaramos y autorizamos.

Sentencia del 27 de abril de 1641, firmada por D. Pedro de Apaolaza Ramírez, arzobispo de Zaragoza.

Conclusión del proceso canónico correspondiente que fue abierto el 5 de junio de 1640.

El acta notarial completa del proceso fue traducida a diversas lenguas y, dada la importancia que adquirió, una copia en latín fue remitida al papa Urbano VIII, quien la examinó exhaustivamente pero no se pronunció al respecto. Por ello no hay constancia de que el caso haya sido tenido en cuenta por la Congregación de las Causas de los Santos, organismo del Vaticano al cual compete la autenticación de los hechos tildados de milagrosos.

A mediados de junio de ese mismo año, Miguel Pellicer regresa otra vez a su pueblo natal de Calanda y más tarde viaja hasta Madrid para ser presentado ante el mismísimo rey Felipe IV. Según consta en las crónicas, el monarca tuvo la deferencia de besarle la pierna milagrosa.

Cuando el siglo XVI tocaba a su fin, comienza en Calanda la construcción de un templo que se bautizará con el nombre de iglesia del Pilar. Estaba ubicado junto a la casa de Miguel Pellicer, partía de uno de los aposentos donde supuestamente ocurrió el milagro y estaba bajo la advocación de la Virgen a la cual se consideró desde un primer momento la artífice del inaudito suceso. Hoy en día, en la visita a la iglesia descrita, se puede observar la denominada capilla del Milagro. Por aquellas fechas Miguel y su padre viajaron a Zaragoza para solicitar licencia de enterramiento para ellos y sus familiares en el oratorio o ermita en honor a la Virgen del Pilar en que se ha convertido su casa de Calanda, donde tuvo lugar el famoso milagro del recobramiento de la pierna del joven.

En cuanto al protagonista de esta historia, Miguel Juan Pellicer aparece por última vez en un documento oficial el 12 de septiembre de 1647, en el libro de difuntos de la parroquia de Velilla de Ebro, provincia de Zaragoza. El

documento contiene la siguiente redacción del cura:

A doce de septiembre murió Miguel Pellicer, dijo que era de Calanda, y lo trajeron aquí desde Alforque más muerto que vivo; y el que lo trajo dijo que el vicario de Alforque lo había confesado; con todo esto lo volví a confesar y dijo algo. Y le administré el Sacramento de la Unción y se enterró en el cementerio.

Fdo. Mosén Nicolás Portal.

Al lado de dicha notificación se lee la siguiente nota:

«Miguel Pellicer, pobre de Calanda.»

Más abajo, y con letra distinta que se advierte realizada en fechas posteriores, se lee:

«Nota: se cree que este fue al que María Santísima del Pilar le restituyó la pierna que se le cortó, según consta por tradición.»

## EL EXTRAÑO FUEGO DE ALCAÑICES

No son muchas las personas vinculadas a un puesto oficial de gran responsabilidad que se atreven a exponer abiertamente sus dudas ante hechos tan escabrosos como los que nos ocupan. Menos aún los que, sin querer ocultar su profesión teóricamente tan reputada y seria, se dedican a intentar encontrar una explicación con fundamento sin caer en los prejuicios tópicos y típicos de estos asuntos tan traídos y llevados.

Este es el caso del juez Federico Acosta Noriega, una persona muy culta y sensible, un humanista polifacético que nos legó su cariño y admiración por Zamora, provincia en la que pasó la mayor parte de su vida. Poeta y escritor, aficionado a la ufología, escribió obras poéticas, teatrales y etnográficas de gran valor histórico sobre aquella tierra castellana. Hijo de una familia acomodada jienense, su padre fue notario y Federico pasó su infancia moviéndose por toda España debido a los distintos puestos de importancia que ocupó su progenitor. Después de licenciarse en la carrera de Derecho por la Universidad de Salamanca, en su vida laboral como juez volvió a recorrer varias regiones españolas. Cataluña, Galicia o Castilla fueron algunos de sus destinos profesionales, pero en la provincia de Zamora podemos decir que echó sus raíces. Federico Acosta, quien falleció en el año 1985, a los setenta y siete años de edad, nos dejó una gran compilación de investigaciones y archivos interesantísimos sobre la problemática de los no identificados. Estaba convencido de que seguramente somos visitados por seres de otros mundos.

Uno de estos trabajos, el libro *Ovnis sobre Zamora*, recoge una gran variedad de casos ocurridos en aquella provincia. Su hija Carmen, con gran acierto, tuvo la buena idea de publicar estas investigaciones en 1983 en un volumen de restringida difusión, pero no por ello menos importante para los futuros investigadores, en el que se da fe de su gran labor detectivesca y de su analítico y severo proceder al recoger experiencias y testimonios a pie de campo sobre estos asuntos tan bizarros. En los catorce capítulos que componen el libro, Acosta va desgranando decenas de avistamientos, como el caso Villaester, el del humanoide de Morerueta y más incidentes acaecidos en la región meseteña. Además, comenta estos sucesos y se detiene en sus propias reflexiones y pensamientos al respecto. Dibujos, fotografías, planos, mapas y sobre todo testimonios enriquecen todas y cada una de las historias expuestas en este trabajo.

Pero el caso que más impactó al juez metido a ufólogo fue el ocurrido en la pequeña localidad de Alcañices, casi en la frontera con Portugal, límite conocido como La Raya, caliente en lo que se refiere a avistamientos de este tipo, como pudimos comprobar in situ al entrevistar a vecinos de la zona. El juez Acosta, con su cuaderno de campo y cámara fotográfica en ristre, se personó a las pocas horas en el lugar de los hechos. Años más tarde, en 1978, rodeado de fotografías y relatos de testigos de aquel caso, contaba así su investigación ante las cámaras del programa de TVE *Más allá*:

[...] Llegado al lugar, examiné aquello. Efectivamente, allí existían unas huellas, unas quemaduras que no sabíamos cómo habían sido producidas. Las quemaduras están aquí, en estas fotografías que yo mismo realicé... Se ven unos amplios círculos y en distintos sitios. Y estos árboles que están aquí en el fondo, según me dijeron después, porque yo en aquel momento no lo vi, también presentaban quemaduras.

Y además, no eran unas quemaduras de incendio normal sino, probablemente, por haber sido sometidos aquellos lugares a una gran caloría. La prueba estaba en que había algunas pajas del rastrojo que estaban quemadas longitudinalmente, es decir, por un solo lado.

Hay unos testigos que declaran que han visto allí una cosa rara. Por lo tanto para mí fue indudablemente un caso de aterrizaje de un ovni.

Tan solo unas horas más tarde de que sucediera, Federico Acosta había sido avisado de aquel suceso por el veterinario de Alcañices, Alfonso Revuelta, quien tras observar el anómalo fenómeno y puesto que conocía la labor que interesaba al juez, no dudó en poner en su conocimiento esa experiencia. Así lo relataba el mismo juez:

Una vez avisado cogí el coche, salí para Alcañices, vi aquello y, efectivamente, allí había unas huellas, unas quemaduras que nadie sabía cómo habían sido producidas. Las ramas de los árboles y las hojas que allí crecían y que por aquella época estaban verdes, aparecían ahora chamuscadas, pero solo por su parte superior, como si alguien con un soplete las hubiera quemado ligeramente, y en su parte inferior se encontraban verdes.

Don Federico, que se había personado en el lugar junto a otra de sus hijas, Marisol, pudo observar que las espigas de las hierbas que allí crecían se encontraban solo quemadas por su parte superior y por un lado, mientras que el tallo y la raíz permanecían prácticamente intactos. El padre razonaba con su hija que eso era algo inaudito, ya que cuando una paja arde lo hace enteramente y no solo por un lado. Parecía como si algo muy candente hubiera pasado por encima de la vegetación y la hubiese quemado de aquella manera tan extraña. Además de esto, el juez Acosta pudo comprobar extrañas radiaciones justo en el terreno quemado y, cuando sacó su brújula, comprobó estupefacto que este instrumento se volvía loco al pasarla sobre aquella zona quemada, mientras que volvía a la normalidad y marcaba correctamente el norte cuando se alejaban de la misma. Así narraba esta experiencia su hija Marisol:

Me acuerdo de que fuimos al día siguiente del aviso, porque al parecer habían llamado a mi padre desde Alcañices diciéndole que algo muy extraño se había posado en una finca del pueblo y había dejado rastros. Entonces, como le digo, fuimos al día siguiente y tenía mi padre una brújula de esas que se pegan en los salpicaderos de los coches. Me dijo que trajera la brújula y que anduviese recta atravesando aquel campo y marchando hacia el norte. Pero cuando llegaba a la zona donde había la hierba quemada, la brújula se volvió loca, dejó de marcar el norte y comenzó la aguja a dar vueltas descontroladamente. Mi padre me dijo que no me asustara y que continuara recto. Así lo hice, y una vez que había salido de la mancha quemada, la aguja de la brújula volvió a marcar correctamente.

Otro asunto que nos escamó fue la hierba y la paja del campo. Hacía ya tiempo que habían segado, había unos quince o veinte centímetros de altura en el pasto, y en la zona abrasada las hierbas solo se encontraban quemadas por un lado. Mi padre me dijo que cuando una hierba arde, arde entera, no solo por un lado, y que eso había sido algo que había emitido un calor muy grande y repentino.

Después de pasar varias horas en aquellos lugares hablando con la gente e intentando sacar algo en claro de todo aquel asunto, volvimos para casa y mientras yo conducía mi padre me alertó de algo en el horizonte. Y esto muy poca gente lo sabe: en el viaje de vuelta pudimos ver una mancha negra muy grande en el cielo, de forma alargada y totalmente quieta durante unos minutos. No sé por qué, pero mi padre siempre relacionó aquella cosa con lo que había sucedido en Alcañices, que aún se encontraba muy cerca, pocas horas antes.

Al día siguiente, el juez llamó al aeropuerto de Matabañes, en Salamanca, para comprobar si había habido algún vuelo por la zona que hubiese podido realizar un aterrizaje forzoso o alguna maniobra similar que explicara aquel fenómeno, cosa que da cuenta de su labor empírica y realista a la hora de descartar cualquier hipótesis razonable. Pero le informaron de que no había registrado ningún tipo de vuelo, ni ningún tipo de prueba aérea que hubiera tenido lugar por aquellos terrenos. Las explicaciones razonables poco a poco iban desapareciendo.

El martes 21 de septiembre de 1971, el periódico *El Correo de Zamora* recogía esta sorprendente noticia, cuyos primeros párrafos vamos a transcribir dado el carácter periodístico (aunque incompleto, como veremos más tarde) de las primerísimas sensaciones recogidas en el pueblo. Firmaba el artículo J. Arroyo Gago y se ilustraba con las fotografías de Trabanca, realizadas a pie de campo y en las que aún se veía el terreno chamuscado:

¿PLATILLO VOLANTE, FENÓMENO METEOROLÓGICO,  
O UN SIMPLE FUEGO EN ALCAÑICES?

Opiniones directas de algunos observadores de la extraña visión. Única coincidencia: nadie oyó ruidos ni vio ningún objeto volante. Hay quien asegura que el rastrojo fue calcinado por chorro de fuego.

Hacia las ocho y media de la tarde del sábado, varios vecinos de la villa de Alcañices observaron sobre una finca en rastrojo una extraña y vivísima luz que, si al principio se consideró procedente de un fuego, más tarde se cambió de opinión puesto que el resplandor era azulado y potentísimo. Tras los primeros momentos de inquietud y

preocupación, numerosas personas acudieron al lugar de donde procedía la extraña y vivísima luz y pudieron observar el rastrojo calcinado a corros y como si una fuerza misteriosa hubiese respetado trozos de la finca.

¿Qué había ocurrido en aquella zona rural zamorana? ¿Es posible que un fuego forestal hubiera extrañado de aquella manera a prácticamente la totalidad de los vecinos que lo divisaron? Comencemos a desmenuzar el incidente y realizar una cronología de los hechos para que el lector pueda sacar sus propias conclusiones. Todo comenzó el 18 de septiembre del año 1971. Una de las personas que se convirtió en protagonista inesperado de tan anómalo caso fue el veterinario de la localidad, don Alfonso Revuelta Cid, quien contaba con más de dieciséis años de titularidad como profesional en aquellas comarcas. Así relataba al periódico citado anteriormente su experiencia:

—Serían las ocho y cuarto de la tarde del sábado. Me encontraba en mi granja de Cubillas, en la carretera de Rabanales, cuando observé un extraño resplandor en Las Nogalinas.

»Bajé enseguida al pueblo y avisé al alcalde para que este, a su vez, avisase a la Guardia Civil de que había fuego en Las Nogalinas. Después marché hasta [sic] donde procedían las llamas y observé que no era fuego natural, me dio la impresión de que allí se habían instalado veinte o treinta reflectores que desprendían una luz vivísima y azulada. Todo esto lo observé a unos doscientos metros de distancia de donde paré el coche y apagué las luces. Me di la vuelta para avisar a todos de lo que estaba ocurriendo y cuando regresamos ya no existían llamas ni nada. Con linternas, vimos las consecuencias: nada de humo, las hierbas secas...

—**¿Vio algún objeto volador o, por el contrario, oyó algún ruido?**

—No vi ningún objeto, ni oí ningún ruido. Lo que sí supe más tarde es que el coche de Manolo Calvo se quedó sin batería y que no pudo arrancar.

—**¿Puede decirme de alguna persona que estuviera cerca de usted durante la extraña visión?**

—Sí, dos motoristas, Juan Díaz y Antonio Campos. También vi diez o doce coches a mi alrededor, pero no pude apreciar de quiénes eran.

—**¿Qué conclusión saca usted de todo esto?**

—Todo es muy extraño, muy raro. Le digo que no era fuego, que era una luz vivísima, muy potente, azulada, no sé...

Estos dos motoristas, a los cuales el veterinario hace alusión en la entrevista, fueron localizados por los periodistas, quienes recogieron así sus declaraciones:

Vayamos a otra fuente. A esos dos motoristas que el veterinario vio a su lado en el momento en que se producía la extraña luz, la potentísima y vivísima luz. Son Antonio Campos y Juan Díaz, dos jóvenes que pasaban por las cercanías de Las Nogalinas.

Antonio Campos tiene diecisiete años y trabaja en el campo. Y así nos explica su visión:

—Vino Juan Díaz a buscarme porque me dijo que había visto una luz muy rara y muy brillante. Cuando llegamos a unos doscientos metros, Juan me dijo: «Fíjate para los lados». Miré y vi un fuego azulado, en forma de llamas.

Juan Díaz es albañil natural de Cáceres y lleva en Alcañices unos diez u once años. Al principio se resiste a hablar, porque dice que nadie le cree lo que vio.

—Creo que estuve a unos veinticinco metros de Las Nogalinas. Vi una luz brillantísima, muy potente. Creo que vi unos potentes chorros de fuego más tarde. Dos adelante, uno en el centro y otros dos atrás.

—**¿Oíste ruido o viste algún objeto?**

—No oí nada, ni vi ningún objeto volador.

Después de estas afirmaciones y de las impresiones de las primeras personas que acudieron al lugar de los hechos, no había lugar a dudas. O tal vez sí. En un paraje situado a unos mil metros al sur del pueblo de Alcañices, varios vecinos divisaron una fuerte luminosidad sobre las 20.30 horas del 18 de septiembre de 1971. Creyeron al principio que se trataba de un incendio, pero posteriormente se extrañaron de la enorme luminiscencia y el color azul blanquecino que despedían las supuestas llamas que, por otro lado, parecían formar columnas o formas cilíndricas de apariencia sólida que flotaban sobre el terreno verticalmente.

Una vez avisados el alcalde del lugar, don Tomás Carrión, y la Guardia Civil de lo que racionalmente se entendía como un foco de incendio forestal, acudieron a la zona varias autoridades del pueblo, como el veterinario ya citado, el telegrafista, Eduardo Crespo y el guarda forestal Manuel Gallego. En el terreno ya no pudieron constatar el fuego, pero sí un área de rastrojos de unos quinientos por cien metros recientemente chamuscada. Y lo que les resultaba más misterioso: en zonas circulares perfectas. Otro de los enigmas de estos primeros momentos del caso fue que, a pesar de que solamente habían

transcurrido escasos minutos desde la observación de aquel extraño fuego, el terreno ya se encontraba frío, únicamente con el abrasamiento descrito. El mismo alcalde del lugar, don Tomás Carrión, hizo las siguientes declaraciones tras inspeccionar la zona:

Una de las cosas que más me llamó la atención es que parte de los arbustos y demás árboles que se encontraban en la zona se presentaban quemados de la parte media hasta la superior y por un lado, y en el terreno solo había unas cuantas zonas en forma de círculo quemadas, totalmente abrasadas por un fuego que debió de ser muy intenso, pero no existía humo alguno.



En este terreno tuvo lugar el avistamiento de un extraño fuego que para muchos de los testigos fue algo más. Sobre el lugar se formó un círculo totalmente abrasado y bien delimitado, dentro del cual, al parecer, se dieron ciertas anomalías electromagnéticas, tal como experimentó el propio juez Acosta.

Y es que algunos de los vecinos, que en un primer momento quedaron en el anonimato sin atreverse a contar todo lo que habían presenciado, o aún en estado de *shock*, en las primeras entrevistas omitieron a los periodistas detalles que les resultaban inquietantes, pero más tarde no hablaban ya

únicamente de luces o fuegos, sino que aseguraban haber observado un extraño objeto de forma redondeada que había evolucionado cerca del suelo y prácticamente aterrizado en aquel paraje.

Uno de los momentos más terroríficos, y que quedó en el tintero de las primeras declaraciones a la prensa realizadas por el mencionado veterinario, fue confesado por su mujer, Emma Díaz Rodríguez, quien le acompañó cuando se dirigieron al lugar de los hechos. Habla la señora de una enigmática incidencia en la mecánica de su propio coche:

Entonces me dijo mi marido: «Allí hay un fuego tremendo y rarísimo, vamos a ver lo que es».

Cogimos el coche y nos dispusimos como a unos diez metros o así, y de repente se nos paró el coche. ¡No iba ni para atrás ni para adelante! Entonces mi marido me dijo: «Voy a ir a ver lo que hay allí. Tú quédate en el coche».

Allí solo se veía un resplandor muy grande, una luz como azulada y roja potentísima, enorme y con forma redonda. Y de repente comenzó a ascender y se marchó. Nosotros nos quedamos allí mirando como tontos. Y lo más curioso es que cuando volvimos al coche y aquello ya se había ido y la luminosidad había desaparecido, el coche arrancó sin ningún problema.

Observe el lector que, a pesar de lo que aparecía en el periódico sobre sus primeras impresiones, los testigos directos ya no hablaban de simples luces o luminiscencias que podrían confundirse con fuegos, sino de extrañas formas redondeadas que levantaban el vuelo y, lo que es más intrigante, parece ser que interferían en el buen funcionamiento de un automóvil. ¿Es posible que un incendio forestal pueda confundir a todo un pueblo, por otro lado, tan acostumbrado desgraciadamente en aquella zona a estas catástrofes en sus montes? Y lo que es más imparcial, ¿dañar la mecánica de un coche? ¡Cuántas veces hemos leído y escuchado en experiencias cercanas con objetos volantes no identificados que estos artilugios de desconocida naturaleza e incierta procedencia tienen la facultad de descomponer la mecánica de automóviles y demás aparatos, y que estos vuelven a su normalidad cuando el avistamiento ha cesado! Recuerde el lector que en el caso que nos ocupa el propio veterinario narró a los periodistas en la primera entrevista que la batería del

automóvil de un vecino de Alcañices, Manuel Calvo, había quedado total y súbitamente agotada, de manera inusual e inexplicable, al acercarse al terreno que se pensaba en llamas.

Dichas anomalías no han pasado desapercibidas para los estudiosos del fenómeno ovni. Y, cuando se preguntó sobre estas cuestiones a ingenieros aeroespaciales y otros especialistas en la materia, intrigados estos por el método de propulsión de estos aparatos desconocidos (que en caso de existir puede que fueran capaces de salvar distancias inimaginables), muchos de ellos hablan de lo ideal del sistema locomotriz basado en motores electromagnéticos, que incluso se podrían valer de las fuerzas gravitatorias que mueven el universo en sí. Y yendo más allá a la hora de recabar información de cómo esos sofisticados motores repercutirían en un supuesto contacto terrestre, dentro de la atmósfera y rodeados de nuestros aparatos y maquinarias, las respuestas fueron unánimes:

— Estos supuestos aparatos, al propulsarse con este tipo de motores, producirían unas radiaciones electromagnéticas de gamas elevadas, similares a las de los radares, pero más altas aún.

— El resultado en el medio ambiente cercano al posible avistamiento de estos artilugios es el de producir luminiscencia, como de fuego muy vivo, en el área o la atmósfera que los rodea, dada la velocidad y método que venimos comentando.

— El sonido de zumbido tantas veces reportado por testigos UFO viene a enriquecer esta hipótesis, ya que esta gama de audiofrecuencias bajas no se captan por el oído, sino que directamente se perciben en forma de malestar en nuestro cerebro, como jaquecas o fuerte dolor de cabeza que pueden producir incluso náuseas y vómitos.

— Incluso las frecuencias más largas pueden penetrar en el organismo, atacar el sistema nervioso y provocar inmovilidad temporal. Algunos ejemplos de testigos que explican sus encuentros y que por unos momentos fueron incapaces de mover un solo dedo, pueden explicar esta tesis también.

— Por supuesto, estas radiaciones electromagnéticas pueden trastornar e incluso dañar los aparatos eléctricos y electrónicos que se encuentran en su entorno o interferirlos, cosa que parece ser bastante común en los avistamientos ovni, y que incluso aparece reportado por pilotos de aviones, tanto militares como civiles, que han tenido estas experiencias, cosa que hizo peligrar su propia integridad física al quedar el avión a merced de estas presencias no identificadas o, en el mejor de los casos, trastornar sus instrumentos de vuelo de tal manera que les fue imposible continuar la ruta normalmente. Han habido casos en los que se han visto forzados a realizar aterrizajes imprevistos.

Han pasado ya muchos años de aquel extraño suceso zamorano. Prácticamente medio siglo distaba dicho encuentro de la fecha en la que nos dispusimos a visitar Alcañices en busca, si existieran, de lúcidos testimonios que aún recordaran ese percance. En eso descansaban nuestras esperanzas, aun reconociendo que el tiempo transcurrido era mucho y que pocos vecinos, testigos directos de aquellos días, quedarían en el lugar para hacernos partícipes de la experiencia de sus vidas. Pero la suerte nos acompañó.

Llegamos al pueblo una estupenda mañana de finales de agosto de 2013. El viento, fresco aún en esas horas matutinas, se agradecía porque el calor poco a poco iba ganando la jornada en aquellos parajes zamoranos, como es costumbre. Alcañices, a unos sesenta kilómetros al noroeste de Zamora, es la capital de la comarca de Aliste y su nombre, de origen árabe, significa «las iglesias». El día de nuestra visita, en la plaza mayor del pueblo, frente al ayuntamiento, la gente visitaba animadamente los comercios que allí se disponen. Una de aquellas personas, vecina y veterana del pueblo de Alcañices, fue la primera «víctima» que abordamos en busca de su versión sobre aquellos hechos tan pretéritos. María Fernández, para nuestra sorpresa, recordó el caso ya que, afortunadamente para nosotros, había estado en el lugar de los hechos al poco tiempo de producirse aquel extraño incendio. Esto fue lo que nos dijo:

Yo recuerdo que era una niña, pero que en el pueblo se montó gran revuelo. Desde aquí salieron muchos hombres hasta el campo donde se veía el fuego, un fuego rarísimo. Uno de ellos era don Alfonso, el veterinario, que en aquellos años era toda una autoridad en el pueblo. Cogió el coche y fue a verlo, como le digo. El páramo en cuestión se llama el Campo de Bozas y se encontraba cerca de una construcción conocida en el pueblo como El molino del tío Quicote, bajando la ribera, que se encuentra hoy en ruinas. Después de que pasaron unas horas, al día siguiente, en el pueblo no se hablaba de otra cosa.

Yo, como niña curiosa, le pedí a mi padre que me llevara para ver lo que había ocurrido. Y lo pude ver con mis propios ojos. Era un prado incendiado, pero no un fuego normal. Mi padre me enseñó cómo aquello era muy raro. Arrancó unas hierbas y me mostró cómo estaban quemadas solo por arriba, y por abajo no se habían chamuscado lo más mínimo. Y además formando unas ruedas, unos círculos muy bien hechos. Y más allá de estos círculos, nada estaba quemado. Yo no conozco ningún fuego que haga eso, y créame que por cierto y por desgracia me ha tocado ver muchos

de ellos en esta zona con mucha angustia. Aquello era distinto. Era como si hubiera pasado algo por encima y lo hubiera arrasado pero solo en círculos. Y como le digo, eso no me lo ha contado nadie, eso lo he visto yo.

Valiosísimo testimonio el de esta señora que, afortunadamente para nosotros, se convirtió en aquellos años en una testigo de excepción del caso que nos ocupa. Pero aún hubo más. Aconsejados por otros vecinos, pudimos contactar con el dueño del ya desaparecido bar Central de Alcañices, toda una institución social, no solamente para el pueblo, sino para toda la comarca, más si cabe en aquellas fechas que nos interesan. Todos los lugareños, en cualquier momento del día, aparecían por la barra del conocido bar, situado en la plaza del pueblo, en unos soportales frente al ayuntamiento. Era por tanto el Central, como su nombre indica, un punto neurálgico de la zona en el que, en muchas ocasiones, se conocían las noticias y pareceres antes de que estas trascendieran de manera más general, dado el número de parroquianos que frecuentaban tan famoso comercio. Su propietario, Ángel Cerezal, gerente del negocio durante muchos años y alcalde del pueblo en dos legislaturas, aunque hoy ya jubilado de sus quehaceres, fue nuestro siguiente contertulio:

Por aquellos años llevaba el bar mi padre, Antonio, y yo, como era ya un mozo, le ayudaba en lo que podía. Recuerdo la que se armó por aquel «cacharro». Y digo «cacharro» ¿sabe por qué? Porque la gente, entre nosotros, los amigos y conocidos, no hablaba de incendios ni de niños muertos. Muchos vieron como una cosa muy luminosa bajaba hasta la finca de Bozas y después de posarse o no, eso ya nadie lo asegura, salió como un obús hacia el cielo. Y dejó aquellas quemaduras, que yo no he visto más en mi vida, y ¡fíjese usted si no ha habido incendios desde aquellos años hasta hoy!, por desgracia. Pero ninguno igual que aquello. Incluso fueron algunos del pueblo días más tarde a hacer pruebas con gasolina en un prado cercano, a ver si salían las mismas huellas, derramándola en círculos y prendiéndole fuego. Pero de eso nada. Se quemaba todo, hierba y tierra, y todo de la misma manera, como es menester. Lo que pasó allí no era normal. Las hierbas estaban quemadas de la parte media para arriba, y algunas solo por un lado, como si el abrasamiento hubiese sido lateral; nunca llegaba abajo, y menos a la tierra. Y con los árboles cercanos ocurrió tres cuartos de lo mismo, los más próximos tenían la corteza abrasada, solo la que daba hacia el campo en cuestión, y sus hojas tostadas por el envés. Los más alejados presentaban las mismas quemaduras, que iban haciéndose más débiles en cuanto más alejados estaban del terreno, pero solo por el lado que les daba.

¿Y qué me dice usted del humo? ¿Han visto ustedes algún incendio que no produzca humareda? Pues allí pasó y, además, cuando se quema hierba el humo suele ser denso y abundante. Pues allí no, según contaban los hombres que venían al bar, que de esto se habló mucho (les escamaba este asunto) y, además, la falta de calor, ya que a los primeros que se personaron en el prado, el veterinario y alguno más, lo que más les extrañó es que no había calor en la vegetación. Algo increíble.

Nos contaba también Ángel, entre relato y relato del suceso, que desde muy temprana edad se aficionó a la astronomía y a la radio. Fue uno de los pioneros de este entretenimiento en aquella zona. También nos dijo que había contactado con lugares muy distantes, tanto de Portugal como de otras regiones peninsulares:

Y miren lo que les digo, no sé si desde niño, con el caso del que hablamos y otros que ocurrieron por la época, y que pocos vecinos se atreven a hablar de ellos, me entró esa afición por el cielo y la comunicación. Cuando pude juntar unas perras me compré mi primer telescopio y mi primera emisora, y muchas noches me las pasaba en vela desde mi casa hablando con muchos amigos radioaficionados o en el monte, al raso, disfrutando y mirando las estrellas... que, créanme, tengan por seguro que allá arriba tiene que vivir gente como nosotros, segurísimo...

Quién sabe, don Ángel, si no está usted en lo cierto. Y quién sabe también si esas aficiones inconscientemente las ha heredado usted de aquel momento de su vida en que se encontró con lo desconocido de una manera descarnada y brutal.

Mientras estaba tomando mis notas sobre las declaraciones de este vecino, me vino a la memoria un viejo libro publicado en Estados Unidos, que no hacía mucho había releído, en el que aparecían algunos de los casos sobre este tipo de fenómenos de fuegos o calores intensos asociados a la supuesta aparición de objetos voladores no identificados durante los mismos años de lo sucedido en Alcañices. ¡Hay tantos casos similares a lo largo y ancho de la geografía mundial! He aquí algunos de los que aparecen en ese mencionado libro para ilustrar al lector. El siguiente lo recopiló el productor estadounidense de series documentales televisivas Alan Landsburg mientras su equipo se encontraba rodando unos capítulos de la serie documental *En busca*

de..., a mediados de los años setenta, y lo plasmó en un tomo titulado *En busca de extraterrestres*, donde se recoge toda su experiencia durante las jornadas de filmación (1976, Nueva York, Bantam Books):

[...] He aquí el efecto en el suelo de un ovni —estaba diciendo—. Se trata de un campo de soja de Iowa, donde un granjero encontró que había sido destruida un área circular de plantas de soja de quince metros de diámetro. —Me quedé mirando fijamente la fotografía que Allen Hynek estaba describiendo. En medio de las filas cuidadosamente plantadas de un inmenso sector, aparecía una gran mancha blanca—. Fuimos allí y lo examinamos —prosiguió—. Las plantas no estaban aplastadas o rotas, sino que su aspecto era el de haber sido sometidas a intensa radiación desde arriba. [...] El círculo fue descubierto por la mañana. La noche anterior, la hija del propietario del terreno informó de que había visto aterrizar en ese mismo lugar un ovni.

Allen Hynek era [...] un antiguo presidente del Departamento de Astronomía de la North Western University. Hoy es director del Center of UFO Studies de Evanston, Illinois.

[...] Uno de los primeros filones en ser explotados [casos ovni para realizar los documentales] fue la sugerencia de Allen Hynek de que siguiera «huellas físicas», aquellas en las que había ramas de árbol rotas y superficies quemadas sobre el terreno. [...] A medida que cada historia llegaba era resumida en una ficha colocada en un tablero de investigación. [...] La lista era fascinante:

LUGAR: Medford, Minnesota.

FECHA: 2 de noviembre de 1975.

TESTIGOS: Richard Kay, su mujer y dos hijos. Policía de autopista, Andrew Nesvick.

HISTORIA: La familia vio una esfera brillante tomar tierra a unos 120 metros de su casa, en el campo de fútbol de Medford. Esto ocurrió aproximadamente a las nueve y media de la noche. Uno de los hijos siguió al objeto cuando este ascendía sobre una loma, pero lo perdió. Al día siguiente, la familia fue a investigar y hallaron una mancha deshidratada en el lugar donde había aterrizado el ovni. Esa misma noche, el policía de autopista Andy Nesvick informó de que había visto luces centelleantes en el cielo. El análisis del suelo mostró huellas de radiación elevada.

LUGAR: White City, Kansas.

FECHA: 19 de julio de 1975.

TESTIGOS: Jan Maddox y Richard Gustafson.

HISTORIA: A primeras horas de la noche, Jan y Richard vieron cuatro esferas metálicas en el cielo. Observaron cómo el objeto iniciaba un rápido descenso vertical. Siguieron al ovni en su coche y, cuando llegaron al lugar, la hierba estaba ardiendo. Encontraron tres anillos en llamas, en forma triangular. Jan tomó tres instantáneas con Polaroid de los anillos, y dice que estos son todavía ligeramente visibles.

LUGAR: Coquitlam, Columbia Británica.

FECHA: 16 de agosto de 1974.

TESTIGOS: David Bates (6 años), Steven Stillie (9 años) y Henry Stillie (7 años).

HISTORIA: Los tres niños estaban jugando a orillas del río Coquitlam. Vieron una nave con forma de disco invertido que aterrizaba en un área cubierta de grava. Quedaron aterrorizados y corrieron a casa de sus padres. Un mes después, el investigador de ovnis local R. J. Halishoff fue a investigar el lugar y encontró dos extraños círculos negros como de quemadura en la grava.

LUGAR: Calyle, Nueva York.

FECHA: 12 de enero de 1975.

TESTIGOS: Leonard Tillapough.

HISTORIA: Leonard Tillapough estaba arando su campo cuando un objeto metálico cayó del cielo y, fundiendo la espesa capa de nieve, hizo un agujero en el suelo. Llamó al *sheriff* local, Harvey Stoddard, el cual fue a investigar. El investigador, Ernest Jahn, del NICAP (Comité Nacional de Investigación de Fenómenos Aéreos) recogió el objeto y lo sometió a una larga serie de pruebas (en el Centro de Vuelo Espacial Goddard, de la NASA, laboratorio científico de Los Álamos, el Chicago Spectro Service Laboratory, y el Departamento de Geología de la Universidad de Maryland). El objeto era de un material desconocido y no se sabe de ninguna clase de aeronave que haya sido construida con él. El jefe del NICAP, Jack Acuff, dice que el origen del objeto sigue siendo un misterio».

Charlando animadamente por las afueras de Alcañices llegamos a la finca Bozas. Se encuentra situada en una pradería a la que se llega tras vadear una pequeña loma que la separa del pueblo, allí donde el río Bozas forma una garganta en el valle con su cauce. Es un terreno muy agreste y montuoso, no distinto de los muchos que lo rodean, como Los Pisones, Urrietajuan, El Colmenar, La Rotalera, El Refoyo y otros que los vecinos nos recitan para situarnos en la zona, en la misma frontera con Portugal. Todos ellos, por aquellas fechas de finales de verano, tienen la amarilla hierba cortada, la tierra seca y los terrones sedientos de lluvia. Junto a un arroyo que por allí discurre apenas se aprecian los restos de un destartalado molino, a un lado de la finca.

Y allí, separándome unos metros de los vecinos que nos han acompañado, me incliné hacia el suelo para tocar la vegetación y la tierra, como intentando pedirles a estas materias alguna explicación de lo que había ocurrido en ese

exacto lugar hace ya muchos años. Quizás ese era el escenario donde un artefacto de construcción no humana había dejado sus incomprensibles huellas producidas por una tecnología que a día de hoy desconocemos; quizás fuese el escenario donde nosotros, los hombres y mujeres de este pequeño mundo, podíamos volver a sentirnos diminutos al contemplar la posibilidad de no estar solos en el vasto e incalculable universo que nos rodea con todas sus dimensiones.

## SENSACIONES EN LA MUSSARA

Muchas personas piensan que en La Mussara, un pueblo abandonado del interior de la montaña tarraconense, ocurren cosas inexplicables. Tantas que no dudan en considerar aquel apartado lugar como una puerta de entrada al otro lado de la realidad. En ese misterioso emplazamiento se han dado casos de desapariciones sin explicación aparente, visiones de seres extrañísimos que parecen provenir del más allá y presencias de extrañas formas amorfas y fantasmagóricas que han pasado a formar parte de los enigmas y del halo de extrañeza que rodea la montaña de La Mussara. En la cima, al borde de un gran precipicio rocoso desde donde se divisa, a lo lejos, gran parte de la costa de Tarragona, unas construcciones semiderruidas son los únicos vestigios que quedan de lo que pudiera ser una antesala a lo desconocido.

Cuando se llega a aquel despoblado, el ambiente desangelado que se respira en el lugar azota al visitante con un escalofrío, incluso si este no conoce las raras historias que supuestamente han ocurrido en las cercanías y entre aquellas mismas piedras. En la zona, a poco más de mil metros de altitud sobre el nivel del mar, las nieblas son frecuentes y refuerzan el aire enigmático que rodea las pocas edificaciones que aún consiguen mantenerse en pie. La mayoría de ellas sufren el paso del tiempo y el abandono en que cayó el pueblo desde que, a finales de los años cincuenta, salió su último vecino y la aldea quedó vacía.

Y quizás ese sea el primer misterio. El pueblo perdió su condición de tal el 10 de enero de 1960, cuando el último de sus habitantes trancó finalmente la puerta de su vivienda y se marchó de La Mussara. El motivo de tal abandono es incierto. Unos apuntan a una plaga que acabó con el modo de vida de los aldeanos —concretamente la conocida como «filoxera»—, la cual afectó a los

viñedos de la comarca a mediados de los años cincuenta. Los vecinos, al ver perecer sus cultivos, decidieron trasladarse a lugares más benévolos. Pero otros estudiosos de esta problemática aseguran que jamás existió un cultivo intenso del viñedo en el pueblo, por lo que es absurdo pensar que toda una población abandonara el lugar por una razón tan poco importante en su economía. Lo más probable, según estos mismos investigadores, es que emigraran a las ciudades en busca de un mejor porvenir, como lo hicieron otros habitantes del medio rural en todo el país, para dejar atrás la falta de medios y las tierras poco productivas.



Vista parcial del fantasmagórico pueblo de La Mussara, con su torre campanario que parece vigilar impasible sus ruinas.

Sin embargo, muchos historiadores y amantes de las crónicas de aquellos parajes argumentan otras posibles razones que pudieron hacer que La Mussara quedara despoblada:

Un clima hostil, demasiado frío en épocas invernales y muy tórrido en verano, con las consiguientes sequías, malas cosechas y la imposibilidad de suministrar agua hasta aquellos terrenos tan altos y abruptos. En otras ocasiones, los de La Mussara se encontraban incomunicados durante días, con la nieve y los fuertes vientos azotando cruelmente sus hogares.

Y sobre todo la niebla, la protagonista por estos pagos. Esa niebla a la que aludiremos en más ocasiones. Una niebla espesa, sorpresiva y duradera, capaz de interferir notablemente en los cotidianos quehaceres de los vecinos, condicionando, en definitiva, sus vidas. Hay costumbristas e historiadores que achacan a esta niebla la mismísima fundación de La Mussara, en el siglo XII, cuando ciertas huestes árabes, las del Califato de Xibrana, se desplazaban habitualmente desde Siurana hacia las comarcas próximas a La Mussara. Pues bien, debido a las infinitas ocasiones en que esta niebla y el mal tiempo sorprendieron sus escaramuzas, decidieron establecer allí mismo un campamento que con el tiempo quedaría más o menos estable y que llegaría a constituir, con el paso de los siglos, el pueblo que nos ocupa.

Tenía esta población una vía de comunicación precaria, con caminos verdaderamente difíciles y escasos. Aún más antaño, ya que los senderos que llegaban al pueblo eran en muchas ocasiones impracticables por culpa de corrimientos de tierras y desprendimientos de rocas, accidentes habituales en estas montañas. Hay que recordar que hasta el siglo XVII el acceso a La Mussara solo era posible a través de senderos que salvaban peligrosos precipicios y peñas y que comunicaban apenas con ciertas masías desperdigadas por la zona. En el libro de Ramón Amigó *La Mussara, un vell afecte* se hacen referencias a varias historias en las que se pone de manifiesto las penurias por las que tenían que pasar los habitantes de la aldea y de otras masías cercanas a la hora de desplazarse por aquel montuoso terreno, ya que debían invertir, en jornadas aciagas por las condiciones meteorológicas, largas horas en salvar trayectos cortos.

Hay que tener en cuenta que el establecimiento de las líneas telefónicas, la electricidad o el agua corriente en los hogares era algo inalcanzable para los residentes de La Mussara. Sin embargo, cuando estos vecinos viajaban hasta poblaciones cercanas como Tarragona, Reus, Cambrils, u otras más

modestas, podían comprobar la diferencia que supone disfrutar de estos servicios básicos, motivo por el cual muchos trasladaron su residencia a localidades más benévolas.

Al encontrarse en un lugar apartado y remoto, los robos, los abusos y el pillaje fueron males generalizados y tristemente conocidos por los vecinos de La Mussara. Concretamente, cuentan las viejas historias cómo a mediados del siglo XX, en época franquista, ciertos miembros de la Guardia Civil adscritos a un destacamento cercano aplicaban su ley caprichosa y autoritaria, para desgracia y menoscabo de los habitantes del lugar. Por otro lado, unos bandoleros de sobra conocidos y temidos en la comarca como «els Patacons» realizaban todo tipo de ultrajes en el villorrio.

Cuando ya el pueblo estaba decrepito, con tan solo unos pocos viejos vecinos apegados al terruño, ciertas empresas constructoras agobiaron a los que resistían sin vender sus viviendas o terrenos con la intención de adquirir prácticamente todo el pueblo a un precio ridículo y construir una urbanización de chalets de lujo. Sin duda, estas acciones urbanísticas aceleraron el despoblamiento de La Mussara, aunque el proyecto nunca llegó a fraguar.

Pero la tan nombrada sensación de misterio y decrepitud no es más que el aspecto superficial de los enigmas que rodean el lugar, el adorno que acompaña las inexplicadas desapariciones, la visión de insólitos seres o el avistamiento de figuras luminosas de origen incierto. En la comarca, en el municipio de Vilaplana y en los términos colindantes, todo el mundo sabe que en La Mussara pasan cosas muy extrañas. Son hechos misteriosos que alejan de ella a muchos que no quieren estar en sus cercanías porque las sensaciones que perciben en el lugar son del todo desagradables, sobre todo al anochecer. Pero, en cambio, estas tierras atraen a personas que desean buscar aquí un nexo de unión con otra realidad, con el más allá o, tal vez, con el mismísimo infierno.

No deja de resultar curioso que incluso las leyendas y el folclore local hayan recogido la ancestral creencia de que en La Mussara hay algo que se escapa a lo corriente. Algo que ha podido convertirla en un portal de entrada y de salida hacia otro mundo, otro plano de existencia. En las coplas típicas de

la comarca, llamadas en la región «cantarellas», se recogen notas que definen la vieja aldea de manera nada halagüeña. Una de ellas, datada a finales del siglo XIX, dice lo siguiente sobre La Mussara y sobre sus antiguos pobladores:

Madre, si marido me das,  
no me lo des de La Mussara,  
que la niebla siempre está allí  
y la gente no me agrada...



La Mussara es un lugar lejano y apartado. Desde el altozano en donde se ubica se puede contemplar, en los días claros, toda la costa tarraconense.

Tampoco debemos olvidar que aquella comarca ha sido durante toda la historia tierra de brujas. Miguel Aracil, en su libro *Cataluña. Crónica del misterio*, recoge una curiosísima leyenda ubicada en la localidad de La Mussara:

Durante la época de las Guerras Carlistas, algunos soldados fueron a desenterrar al cementerio de La Mussara a un sanguinario mando del ejército enemigo con la idea de, aun ya estando muerto, fusilarlo, dado el odio que despertaba su persona entre sus

enemigos.

Sin embargo, una vez llegados a La Mussara los rodeó su tan famosa y temida niebla, erraron en su proceder y desenterraron la tumba de una anciana del lugar, tenida por bruja entre sus convecinos. Tras fusilarla, la espesa niebla se disipó y, dándose cuenta de su despropósito, huyeron despavoridos. Los relatos de aquellos años cuentan que cayó sobre ellos una maldición que les hizo perecer uno a uno en poco tiempo en situaciones horribles.

Esta leyenda un tanto fantasiosa puede tener que ver, al parecer, con una historia real y contrastada por algunos investigadores. Durante la tercera guerra carlista, un grupo de soldados del bando liberal fusilaron por aquellos parajes cercanos a La Mussara al carismático jefe carlista coronel Isidre Pàmies i Borràs, apodado «el Cercós». A partir de este incidente, la versión original fue degenerándose y confundiéndose con otra peregrina leyenda que tenía como protagonista a una pobre vieja de La Mussara que había muerto ya hacía muchos años y cuyo cuerpo reposaba en el cementerio del pueblo. A ella se le achacaban ciertas maldiciones que arrojó a tan desapacible lugar, a su niebla y a su mal tiempo. El paso de los siglos hizo el resto y así se compuso aquella otra historia maldita que Aracil recoge en su obra.

La vida en La Mussara, como el lector podrá comprender gracias a estos primeros esbozos que hemos trazado, nunca fue fácil. A pesar de esto, en algunas épocas tuvo momentos de cierto esplendor. Así, por ejemplo, se puede considerar el siglo XIX como uno de los tiempos más álgidos del municipio, el cual se componía de la aldea, varias masías y otras casonas y terrenos diseminados por aquel término. Incluso se llegó a desarrollar una muy rudimentaria industria de producción de hielo que aprovechaba las condiciones climáticas de la zona y gracias a la cual se construyeron ciertas infraestructuras alrededor del lugar conocido como el Pozo de la Nieve. En total, el municipio de La Mussara contaba por aquellos años con casi doscientas cincuenta almas. Madoz, en su esclarecedora y archiconocida obra, el *Diccionario geográficoestadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, dice lo siguiente sobre la localidad en aquel siglo:

[...] situada en la cima de un monte, desde el cual se descubre, en días claros y serenos, todo el campo de Tarragona y el mar hacia el S. y por la parte de O. hasta los montes de Aragón: su clima es muy frío y tan nebuloso que reinan las nieblas la mayor

parte del invierno y alguna del verano; sin embargo, goza de libre ventilación y salubridad y no se conocen enfermedades endémicas. Tiene 40 casas bajas, antiguas y de pocas comodidades, una iglesia parroquial, San Salvador, servida por un cura con título de vicario y un cementerio contiguo a ella; el término [...] se comprenden 48 o 50 casas de campo diseminadas [...]; la escasez de agua pone en conflicto a la población en años poco lluviosos, pues cesa a la vez el curso de una próxima fuentecita que surte al vecindario. El terreno es generalmente montuoso y calizo, aunque con alguna parte llana [...] y en ellos se ven extensos pinares, que ocupan dos terceras partes del término y ganados de varias especies aprovechando sus pastos. Los caminos conducen a los pueblos limítrofes, y se hallan en mal estado. El correo se recibe de Aleisar sin día fijo por los vecinos que van o vienen de Reus. Produce trigo, patatas, maderas de construcción y leñas para combustible; cría ganado lanar, cabrío y vacuno, caza de conejos, perdices y alguna liebre [...] exportación de frutos sobrantes y de ganados a los mercados de Reus, e importación de vino, aguardiente y efectos coloniales. Población 40 vecinos (casas), 214 almas (habitantes). Capital producido 922,499 reales. Imponible 27,665 reales.

Llegar a La Mussara, tal como ya hemos mencionado y como advertía Madoz hace siglos es un tanto complicado, incluso hoy en día. Las dos carreteras secundarias que acceden hasta ella son en verdad tortuosas. Una vez dejamos atrás la población de Alforja tomamos un cruce a la derecha para desviarnos por una vía de montaña que nos llevará a la pequeña aldea de Los Castillejos. Más adelante, esa misma carretera nos llevará a un nuevo cruce que señala el despoblado. La otra opción sería llegar hasta el pueblo de Vilaplana y comenzar una peligrosa y tremenda subida, repleta de curvas, hasta el cruce con La Mussara. Las vistas desde aquí de todo el litoral tarraconense son sublimes. Atravesando una zona umbría, sobre un camino a medio asfaltar y entre pinos, llegaremos a nuestro destino: un lugar apartado de todo, entre montes y altas cumbres rocosas, donde la sensación que invade al recién llegado es un tanto sobrecogedora. El silencio y el omnipresente viento nos hacen parecer aún más solitarios al contemplar aquel poblado deshabitado. El lugar casi siempre está rodeado de espesas nieblas que avanzan rápidamente sobre aquellas tierras y sorprenden a las personas que allí se encuentran.

Lo primero que llama la atención al viajero al llegar a la aldea es la abandonada iglesia de San Isidro, en la que últimamente se están realizando obras de rehabilitación, pero de la cual realmente apenas queda en pie parte

de la fachada, con su torre campanario, el pórtico en muy mal estado, y las paredes laterales y el altar, con la bóveda medio hundida. En este altar y en diversas casas del pueblo que se encuentran en tan precario estado no es difícil encontrarse con restos de rituales pseudomágicos, cuando no con indicios de celebraciones satánicas realizadas por grupos que ven aquel lugar como un foco perfecto para este tipo de adoraciones. Por ello, en nuestra visita, pudimos comprobar que había en varios rincones de la desangelada población diversos objetos recién utilizados, como preparados de flores y plantas, velas, cintas de colores —manejados, sin duda, en estos rituales con pretensiones mágicas—, así como pintadas con motivos esotéricos de lo más variado. Lo mismo ocurre en la pequeña construcción que culmina el conjunto y que se halla cerca de un acantilado, a unos doscientos metros del núcleo del pueblo. Esta ruina es muy famosa, ya que cerca de ella se halla una enorme piedra de la cual la leyenda dice que si se salta sobre ella en un determinado momento se pasará a otra dimensión, a la llamada Villa del Seis, un siniestro lugar con tintes satánicos que se encuentra fuera de nuestro mundo. Por ello, muchos dicen que La Mussara tiene una suerte de espejo, de pueblo gemelo, pero en otro plano.

A la derecha de la iglesia se encuentra el camposanto. Hoy en día apenas es reconocible, puesto que se ha convertido en un terreno repleto de malas hierbas y piedras desperdigadas sobre la superficie, provenientes de los muros que lo delimitaban.

Una vista general del resto del pueblo nos pone al corriente del abandono en el que se encuentra. Una polvorienta plaza que actualmente hace las veces de un improvisado aparcamiento para los curiosos que se atreven a llegar hasta el lugar da paso a lo que eran las viviendas de la localidad. Apenas queda piedra sobre piedra y los cimientos y las bases de las construcciones indican la disposición que presentaba La Mussara en sus mejores tiempos. Un pozo pantanoso, repleto de suciedad, ranas e insectos, no desentona en absoluto con la descomposición del resto de la aldea. Frente a la iglesia, unos metros más allá, se encuentra una destartada casa, como no iba a ser de otra manera, un tanto aislada, de la cual ya hemos hablado y en cuyas proximidades se haya la famosa piedra que supuestamente conduce a la esotérica Villa del

Seis. Después, divisamos un sobrecogedor acantilado desde donde podemos ver a nuestros pies, en la lejanía, las poblaciones de Alforja, Vilaplana y otras villas turísticas de la costa catalana.

Y, sobre todo, la niebla. Esa niebla que aparece sin apenas darse uno cuenta. Nieblas muy densas que sorprenden y envuelven al visitante de La Mussara, incluso en los días en los que el sol es el protagonista de la jornada. Eso mismo nos ocurrió a nosotros: de repente y durante algunos momentos nos encontramos totalmente perdidos en aquel monte por culpa de la niebla. No es de extrañar que a muchos, en plena noche, les resulte casi imposible orientarse en esas condiciones y en aquel escabroso lugar.

Desaparecer en La Mussara no es difícil. Entre los habitantes de los pueblos que la rodean y entre las personas que saben de los misterios de la aldea, se cuentan infinidad de casos que aún hoy no se han podido esclarecer. Casos como el enigmático desvanecimiento, en 1995, de un ingeniero alemán que trabajaba en la región y que se encontraba paseando por los caminos que rodean la zona. Según las versiones de los investigadores que analizaron el caso, dejó nuestro mundo por espacio de tres horas. Pasado ese tiempo volvió a aparecer sin que lograra recordar lo que le había ocurrido durante esos momentos. Son misteriosos sucesos de tan difícil comprobación como cuando alguien dice que ha estado perdido durante horas en las nebulosas carreteras que rodean la montaña. Aunque, en ocasiones, sí que hay testigos y datos comprobables acerca de los fenómenos que allí ocurren.

Desde la década de los años ochenta hasta la actualidad, la Guardia Civil ha recibido más de ciento cincuenta denuncias de desapariciones de personas en la zona. Un hecho verdaderamente llamativo, teniendo en cuenta los límites geográficos tan concretos que circunscriben los hechos a los que no estamos refiriendo, cuya área no abarca más de una hectárea. Y algunas de las particularidades de estos casos de desapariciones en La Mussara son aún más sorprendentes e increíbles. Existen testimonios de personas supuestamente desaparecidas las cuales al cabo de unas horas han vuelto a aparecer en lugares alejados de aquellos parajes por decenas de kilómetros, sin saber explicar cómo demonios habían llegado allí. No encontraban argumentos para exponer a las fuerzas de seguridad, ni a los familiares y amigos que habían

intentado encontrarles después de denunciar su ausencia. Parecía que las dimensiones espacio-tiempo habían dejado de existir para ellos durante aquellos inciertos momentos.

Estos testigos, que según sus propias versiones estuvieron ausentes de este mundo durante un corto periodo de tiempo, narraban en los informes redactados por las fuerzas del orden cómo, después de haberse encontrado en la zona próxima a La Mussara, en los cerros colindantes al despoblado, se habían visto rodeados de una densa niebla, muy luminosa. A partir de ahí habían perdido toda noción de lo que tenían alrededor. Sin apenas moverse, en el momento en que la niebla se iba disipando vieron un lugar desconocido que en absoluto tenía que ver con el paisaje en el que supuestamente estaban. Ahora se encontraban en un lugar distante, un pueblo o paraje alejado de la zona de La Mussara. Y nunca han sabido cómo llegaron allí.

El miércoles 16 de octubre de 1991, Enrique Martínez Ortiz se disponía a pasar una agradable jornada recogiendo setas en compañía de tres amigos. Enrique se encontraba feliz y pletórico, totalmente ilusionado con su nueva vida, ya que había montado un bar en una localidad cercana, el bar Escorial, un sueño que por fin había hecho realidad. Aquel miércoles, como todos los miércoles, cerraba el local y, por lo tanto, tenía el día libre, por lo que se dispuso a realizar aquella excursión con sus amigos.

Como habían hecho en anteriores ocasiones, escogieron como destino La Mussara, una zona que conocían bien. Pero esa vez la excursión no iba a resultar tan placentera. Se dividieron en parejas y comenzaron a buscar los mejores robellones. Ellos sabían perfectamente los enclaves donde crecían los más jugosos. Sergio acompañaba a Enrique y le precedía unos metros mientras iban charlando agradablemente. En un momento concreto, Sergio no recibe contestación a sus palabras y se vuelve para ver dónde se encuentra su amigo. Al darse la vuelta comprueba que Enrique ya no estaba allí. Enrique desapareció de esta forma tan misteriosa y nunca se supo más de él. Uno de sus amigos, Santiago Clarets, declararía angustiado lo siguiente a las fuerzas de seguridad que investigaron el caso:

Fue como si la tierra se lo hubiese tragado. Cuando nos dimos cuenta de que no estaba donde lo habíamos dejado, le llamamos, pero no obtuvimos respuesta alguna. Comenzamos a buscar por la zona, pero no encontramos ninguna pista. Solo hallamos

su cesta de mimbre, con una única seta. Después de buscar por todos lados llamamos a la Guardia Civil e hicimos muchas batidas que se prolongaron varios días. Incluso intervinieron los zapadores de montaña del ejército, pero sin ningún resultado positivo.

Las constantes batidas en las que participaron más de doscientos soldados de la cercana base de Los Castillejos, así como perros adiestrados en la búsqueda de personas, no obtuvieron ninguna recompensa.

¿Qué le ocurriría a Enrique? ¿Se cayó a alguna fosa o torca? Cuesta pensar que esta sea la explicación a su desaparición, teniendo en cuenta que conocía bien el terreno y que durante las batidas organizadas no se encontró ningún indicio, ni cueva, pozo o depresión que hicieran pensar en la caída del excursionista.



Enrique Martínez desapareció en La Mussara sin que a día de hoy se hayan tenido noticias suyas. Este cartel se difundió por todo el país, pero nadie supo dar noticias sobre el paradero del joven.

Otra explicación que se barajó en su momento fue la desaparición voluntaria de Enrique, aunque su familia descartó enérgicamente esta posibilidad, ya que según ellos jamás, ni cuando era niño, se había ausentado más de un día sin decir adónde iba. Además, había dejado el coche con su documentación, el tabaco, otros efectos personales y una medicación que debía tomar varias veces al día. Por otro lado, Enrique padecía una dolencia en las piernas que le impedía andar varias horas seguidas.

Los amigos del joven siguieron buscando por su cuenta hasta varios meses después, intentando encontrar una pista que arrojase algo de luz a este enigmático suceso. En una de esas batidas ocurrió otro de los inexplicables hechos que, de tanto en tanto, ocurren en La Mussara. Fue a finales de enero de 1992 y según narró otro de los amigos que participó en la búsqueda, Jorge Roberto Boluda, los acontecimientos ocurrieron de esta manera:

Nos encontrábamos descansando en una de las casas abandonadas de la aldea poco después de la medianoche. En ese momento escuchamos unos ruidos, que parecían ser de cascos de caballos, provenientes de la zona de la iglesia del pueblo, en su plaza que allí también se encuentra. Nos extrañó mucho ese sonido y lo que pensábamos que era... ¿Caballos por la noche en ese apartado lugar? Nos llamó la atención. Por eso yo decidí acercarme hasta la derruida iglesia y pude ver algo que me dejó de piedra. Ante mí aparecieron unas figuras ataviadas con lo que parecían unos hábitos con capuchas, lo que les daba una apariencia similar a unos monjes. Pero tenían un aspecto vaporoso, semitransparente. Al principio solo vi dos, pero dentro de la iglesia había cuatro o cinco más. Algunos pasaron a menos de diez metros de mí. Les hablé, pero me ignoraron por completo. Pude ver cómo se dirigían al interior del templo, en donde movieron unas piedras. Al cabo de unos momentos los dejé de ver repentinamente. Nunca olvidaré esa noche.

¿Qué fue lo que vio este testigo? ¿Serían seres, como sostienen algunos investigadores, procedentes de otro plano de la realidad? Los testimonios de avistamientos de entidades aparentemente inmateriales en esa misteriosa zona no son escasos. Muchas otras personas que han visitado la aldea abandonada aseguran haber observado, e incluso fotografiado, presencias de figuras que flotaban sobre el terreno inundando la zona de una estela de luz.

Las hipótesis que intentan explicar todos los misterios que rodean a La Mussara son muchas y variadas. Desde la teoría de las energías telúricas que existen en la zona, cuya fuerza es capaz de trastornar los sentidos de las personas que allí se encuentran, hasta la existencia, como ya hemos citado, de una puerta dimensional capaz de hacernos saltar involuntariamente a mundos paralelos situados en otra dimensión; pasando por la inclusión, dentro de estas posibles justificaciones, de las acciones de determinadas sectas, satánicas o no, que se puedan dedicar a secuestrar personas y realizar con ellas diversos ritos y prácticas, intoxicándolos o confundiéndolos y haciendo que pierdan el sentido y la conciencia en un determinado momento, y embrollándolos para evitar que conozcan la verdadera experiencia a la que han sido sometidos.

Otra de las explicaciones más aceptadas entre los creyentes en este tipo de misterios es la teoría ovni. Curiosamente, el lugar ha sido escenario de multitud de casos y testimonios de supuestos avistamientos de objetos volantes no identificados, con la presencia incluso de humanoides provenientes de tales artilugios deambulando por el mismo pueblo.

¿Será cierto que estos lugares calificados de misteriosos, malditos y enigmáticos poseen peculiaridades intrínsecas? ¿No puede ser todo fruto de historias de mentes calenturientas, fantasiosas o de tremendas coincidencias que han resultado ser fatales? La Mussara, en Tarragona, parece ser uno de esos lugares que gozan de tan dudosas virtudes.

## ¿QUÉ LE OCURRIÓ AL NIÑO DE SOMOSIERRA?

Según los censos que manejan las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado en nuestro país, cada década desaparecen misteriosamente sin dejar rastro alguno, y sin razón conocida, más de 15.000 personas. Este estudio también refleja que más de 4.500 cadáveres se hallan sin identificar en las morgues durante ese periodo de tiempo. Cifras sorprendentes que sin duda nos tienen que hacer reflexionar.

La misteriosa desaparición de Juan Pedro, el famoso caso conocido internacionalmente como «el niño de Somosierra», es una de las incógnitas más raras que se conocen. En la práctica, hasta el día de hoy no se ha podido localizar ningún rastro, ningún indicio, ninguna pista para que las autoridades que se han encargado de esclarecer tan rocambolesca historia pudieran avanzar. La misma Interpol y otros cuerpos de seguridad y asociaciones dedicadas a localizar personas en paradero desconocido han llegado a clasificar este asunto de Somosierra como uno de los más extraños entre los que aguardan en sus archivos un desenlace. Hay muchas personas, al parecer, que se han esfumado de la faz de la tierra sin ningún motivo conocido y, muchas veces, estas desapariciones van seguidas de un halo de misterio y de preguntas sin resolver. Pero en el caso del niño de Somosierra parece que hay más, y esta peculiaridad no hace más que enriquecer un enigma ya de por sí altamente intrigante y rodeado de situaciones tremendamente extrañas.

Veinticuatro de junio de 1986. Andrés Martínez Navarro y su esposa Carmen Gómez Legaz, junto a su hijo Juan Pedro, a quien le faltaban dos meses justos para cumplir diez años, emprenden un viaje desde una pequeña

pedanía murciana llamada Los Cánovas rumbo a Bilbao. Viajan en un enorme camión cisterna, concretamente un Volvo F12 que transporta casi 20.000 litros de ácido sulfúrico (Ole-Um 96%) destinados a una empresa petroquímica del norte de España, en Vizcaya. Juan Pedro tenía una ilusión: la de ver el bravo mar Cantábrico y el norte de España con sus montes verdes, tan poco comunes en su tierra. Por ello, y por sus buenas notas obtenidas en el colegio, sus padres decidieron recompensarle con el anhelado viaje dejando que los acompañase en tan largo trayecto.

Según el tacógrafo del camión, que viene a ser el equivalente de la caja negra de los aviones, donde se recogen todos los datos de la marcha del vehículo, emprendieron el trayecto a las 19.00 horas. La primera parada la realizaron en La Venta del Olivo, en Cieza, aún sin abandonar la comunidad murciana. Horas después efectuaron una nueva pausa en la localidad conquense de Las Pedroñeras, siempre según los cálculos realizados gracias a la información del tacógrafo. Su última parada antes del trágico accidente que se iba a producir se realizó en el mesón Aragón, también conocido como «El Maño», en la localidad madrileña de Cabanillas, poco antes de comenzar la subida al puerto de Somosierra. Lo más extraño es que después de este descanso el camión iba a realizar doce paradas en menos de media hora durante dicha ascensión, algo verdaderamente anómalo y desconcertante para los profesionales del transporte a los que se consultó para esclarecer tales maniobras. Pero los datos del tacógrafo no mentían y en el disco se podía apreciar, con toda claridad, cómo las agujas habían dibujado en el gráfico doce paradas de corto periodo de tiempo durante la ascensión. ¿A qué se debieron tales paradas en un tramo tan corto de recorrido? Aquí está el primer interrogante de este misterio.

Una vez coronado el puerto de Somosierra, tras dejar atrás el restaurante y la gasolinera que en su alto se encuentran, el camión comenzó un descenso desquiciado, alcanzando en varias ocasiones los 100 y 120 kilómetros por hora, algo verdaderamente impensable por lo sinuoso de la carretera y el peso y el tamaño del vehículo. Tal velocidad iba a desembocar en un trágico accidente cuando en una contracurva de aquella antigua carretera N-I, justo en el kilómetro 94, el tráiler perdió definitivamente el control e impactó con otros cuatro camiones que ascendían el puerto en sentido contrario. El choque

fue brutal y la colisión hizo que los restos de los vehículos quedaran esparcidos por toda la calzada y por las zonas aledañas. El camión cisterna de Andrés Martínez volcó parcialmente en la cuneta, haciendo, como se conoce en el argot del mundo del transporte, «la tijera», y la cabina quedó totalmete aplastada por el remolque. El impacto produjo que se abriera una brecha en la cuba, lo que hizo que vertiera poco a poco a la calzada la peligrosa carga. Los campos cercanos y el arroyo afluente del río Duratón que por allí discurre fueron afectados por dicho vertido.



Andrés Martínez Navarro y su esposa Carmen Gómez Legaz, junto a su hijo Juan Pedro.

Miembros de Protección Civil de la provincia de Segovia y otros de la Guardia Civil del cuartel madrileño de Lozoya se personaron en el lugar de los hechos un poco más tarde, cuando ya un puñado de vecinos habían intentado socorrer a las víctimas. Se encontraron a Andrés y a su esposa muertos, atrapados entre el amasijo de hierros en el que se había convertido la cabina del camión. Entonces, entre los allí presentes, no se sabía de la existencia de un tercer pasajero. Fueron los abuelos paternos de Juan Pedro

quienes, una vez avisados de la desgraciada noticia, dieron la voz de alarma al querer conocer el estado de su nieto. No se encontró ningún rastro del niño. Vecinos de la zona, incluso dotaciones de la Guardia Civil y soldados de un acuartelamiento cercano, rastrearon los montes próximos pensando que quizás el niño hubiera quedado desorientado por el impacto y se hubiese desplazado a otro lugar en las proximidades. Pero no se halló absolutamente nada.

Al día siguiente los principales periódicos nacionales se hacían eco del suceso y pedían colaboración en la búsqueda del niño. Pero parece que este se había esfumado sin dejar pertenencia alguna que atestiguar su presencia en aquellos luctuosos hechos. La primera hipótesis que se barajó fue que tal vez Juan Pedro se quedara atrapado debajo del camión, y que su cuerpo pudo descomponerse debido al contacto prolongado con el ácido. Pero, posteriormente, expertos químicos hicieron las pruebas pertinentes para comprobar hasta qué punto un cuerpo humano se diluía al estar en contacto durante varias horas con tales sustancias y comprobaron que no era posible la desaparición total, ya que existen ciertas partes del organismo, como los dientes, por ejemplo, que no pueden ser destruidos por tal ácido. Jamás se encontró la menor pista sobre el paradero del niño Juan Pedro. Las únicas pruebas que se hallaron y que daban fe de que verdaderamente el niño viajaba en el camión fueron la localización de uno de sus zapatos en la cabina y de un jersey infantil. Se peinó la zona en busca del pequeño en un área de unos treinta kilómetros cuadrados, con la ayuda de helicópteros, motos todoterreno y perros rastreadores de la Guardia Civil. Buscaron pistas en la carretera e incluso se repartieron carteles con la fotografía de Juan Pedro, pero todo fue en vano. Nunca más se tuvo noticia alguna del pequeño.

Hay un detalle curioso, y verdaderamente encomiable, protagonizado por el maestro de la pequeña localidad de Somosierra por aquellos años, quien, como gran conocedor de los parajes cercanos al pueblo y al lugar del accidente, decidió con la ayuda de sus alumnos rastrear la comarca por montes y veredas durante casi dos meses. Pero los resultados fueron también negativos. No hallaron la menor pista del niño.



Muchos periódicos de la época se hicieron eco de la noticia publicando titulares a toda página y solicitando la ayuda de los lectores para la pronta localización del niño desaparecido.

Con el paso del tiempo son muchos los que piensan que secuestraron al pequeño. El matrimonio habría comenzado la persecución de otro misterioso vehículo en el que supuestamente llevaban a Juan Pedro y por eso el camión habría alcanzado durante el peligroso descenso la velocidad extrema que produjo al fin el desgraciado accidente. En la última parada que realizó el tráiler, el camarero del bar de Cabanillas manifestó que un niño iba con el matrimonio. Antes del accidente, unos testigos afirmaron haber visto una furgoneta tipo Nissan Vanette totalmente blanca realizando extrañas maniobras a la par del camión cuando circulaban a la altura de la localidad de Buitrago, pero la Guardia Civil nunca dio con ella. Además de estos testimonios, dos pastores de la zona fueron, a cierta distancia, testigos directos del accidente. Ellos declararon a la abuela de Juan Pedro que justo después del impacto aparecieron dos extraños individuos, muy altos y de tez blanquecina, con una especie de largas batas blancas como atuendo. Estos extraños personajes,

siempre según la versión de estos pastores, estuvieron rebuscando entre los hierros y sacaron de allí un bulto que se llevaron en una pequeña furgoneta blanca.

Dos años después del trágico suceso, en las cercanías de Badajoz, fue visto un niño deambulando por la carretera con la misma descripción que se había hecho del pequeño una vez conocida su desaparición. Pero las pesquisas llevadas a cabo después de estas declaraciones no llevaron a ninguna conclusión definitiva. Desde entonces, la policía ha recibido muchos avisos de gente que ha visto a un niño con las mismas características que las de Juan Pedro caminando por la orilla de la carretera, casi siempre en las afueras de distintas poblaciones rurales de las inmediaciones de Somosierra.

Este es sin duda una de los casos más enigmáticos que perduran hoy en día. Juan Pedro Martínez Gómez siempre será conocido tristemente como «el niño de Somosierra».

Tres décadas después de aquellos hechos decidimos personarnos en el lugar para intentar recabar una información más templada, dado el tiempo transcurrido, y volver a escuchar las declaraciones de los testigos presentes en el accidente. En el verano de 2012 logramos localizar, en el pueblo de Somosierra, a la primera persona que llegó al lugar del suceso. Este testigo, harto ya de contar una y mil veces a los periodistas y curiosos que por allí se acercaban el relato de los hechos, nos impuso la condición de mantener el anonimato, puesto que estaba molesto por algunas versiones publicadas sobre sus palabras que, a tenor suyo, habían sido malinterpretadas. Estas son las valiosísimas declaraciones del primer testigo que se personó en el lugar del suceso. Tienen, por lo tanto, una validez plena y enriquecedora para llegar a intentar conocer mejor lo ocurrido. Así nos narró el mencionado señor su experiencia, justamente a la vera de la carretera nacional I, justo en el alto de Somosierra:

La verdad es que estoy harto de escuchar mentiras y sandeces sobre lo que ocurrió. Estoy harto de contar una y cien veces los hechos y ver después cómo mis palabras se han tergiversado, mal escritas en periódicos y documentales. Por eso he decidido no aparecer más con nombre y apellidos y así me evito problemas.

Lo que le voy a decir es la verdad. Yo, junto a un trabajador que tenía, fuimos los primeros en llegar al accidente. Por aquellos años regentaba un comercio en Somosierra y alguien entró en el local, muy agitado, diciendo que había sentido un gran accidente por la bajada del puerto. Enseguida salí de mi local y me dirigí a la carretera con mi ayudante. Cuando llegamos, a unos dos o tres kilómetros del alto del puerto, nos encontramos con un cuadro terrorífico: había cinco camiones involucrados en el accidente. Uno de ellos era de un vecino de la zona que subía el puerto y que se encontraba gritando de dolor en el interior de la cabina, con las piernas rotas. El conductor del otro camión estaba también herido e intentamos socorrerlos como mejor pudimos. El resto más o menos estaban en mejores condiciones y no corrían peligro. Como le decía, aún no había llegado nadie más al accidente. ¡Esto quiero dejarlo bien claro! Al menos para socorrer a los heridos. Ya me comprenderá más adelante por qué hago esta puntualización.

Cuando comprobamos que ninguno de los conductores corría peligro de muerte, fuimos a donde estaba el tráiler de la cuba, que se había quedado medio volcado en la cuneta de la derecha según se baja. Entre el amasijo de hierros en que se había convertido la cabina, encontramos a un hombre y a una mujer, atrapados entre los hierros. No podíamos sacarlos y ya habían fallecido. Intentamos tirar de la mujer, pero lo que conseguíamos solamente era arrancarles la ropa porque se encontraba totalmente apesada por los hierros. El hombre aún estaba peor. Al poco tiempo decidimos desistir, ya que verdaderamente no podíamos sacarlos y habíamos comprobado que poco se podía hacer por ellos, ya que habían muerto. Pero aún no se percibía el escape del ácido, ni mucho menos. La cuba estaba intacta, íntegra, dentro de lo que cabía, y nosotros no notamos nada raro. El matrimonio había muerto por el impacto del accidente, no por el contacto con el ácido o los gases.

Nos parecieron raras las declaraciones que nos hicieron los heridos que estaban en mejor estado. Y le digo esto porque, cuando estuvieron un tanto más calmados, nos comentaron que nada más producirse el accidente, de una furgoneta blanca, una Vanette, se bajaron tres ocupantes que despejaron un poco los restos del accidente esparcidos por la carretera para pasar y, una vez despejada la vía, fueron unos momentos un poco más allá, donde estaban los restos del camión murciano, estuvieron por la cabina, cogieron algo, un paquete, se volvieron a montar en la furgoneta, aceleraron y se fueron a toda velocidad. A nosotros nos extrañó un poco, pero dada la situación, con aquel accidente tan horroroso, enseguida nos olvidamos y pensamos que simplemente habían sido unos listillos, unos canallas o unos sinvergüenzas que robaron algo del camión o que tenían prisa y querían seguir su camino a toda costa.

Un poco más tarde llegó la primera dotación de la Guardia Civil de Tráfico. Fueron ellos los que se percataron entonces de una pequeña brecha en la cuba del camión y de la salida del ácido, por lo que nos dijeron que nos alejáramos inmediatamente del lugar. Poco a poco el vertido se fue haciendo mayor y después de un tiempo el líquido bañaba todo el camión, la cuneta y cruzaba la carretera, por lo que se temió que llegara

al río que por allí pasa. Se formó también una gran humareda por los gases que emanaba el líquido, lo cual creó en el ambiente una especie de niebla que lo envolvía todo y que hacía toser y llorar los ojos. Por eso enseguida llamaron a los bomberos, a Protección Civil y a un camión con cal para que formara una especie de dique de contención en el prado de al lado, ya que, al parecer, la cal neutraliza el ácido aquel, según nos dijeron. Aún hoy en día, al otro lado de la carretera donde se produjo el accidente, en el prado de la cuneta se pueden ver los restos de esta cal que allí se dispuso.

Todo era un caos. Los guardias dudaban de lo que hacer. Los bomberos tampoco lo tenían muy claro. Comenzaron a repartir mascarillas y dar aviso a los vecinos del pueblo, por si se formaba una nube tóxica que pudiera afectarlos. Más tarde, una especie de pequeñas detonaciones comenzaron a oírse y, según los bomberos, era el contacto del ácido con el agua lo que las producía.

Pero volviendo al asunto del accidente y del niño, nosotros no vimos a nadie más que al matrimonio dentro de la cabina. Allí no había absolutamente nadie más. Estaba la pareja muerta, sus pertenencias, sus maletas esparcidas por la cuneta, pero ni rastro del niño ni ninguna cosa que adivinara la presencia del joven. Fue después, cuando volvimos a Somosierra, ya que allí no se podía hacer ya nada y los guardias nos dijeron que nos alejáramos, porque muchos de los que habían llegado ya sentían problemas al respirar y les lloraban los ojos; fue entonces, como le digo, cuando llegamos al pueblo y se intentó avisar de lo que había sucedido al resto de los vecinos y, si fuera posible, a los familiares de las víctimas.

Al cabo del tiempo, por la tarde, alguien dijo que habían localizado a los familiares y estos habían preguntado qué había pasado con el niño que también iba en la cabina. Todos se quedaron muy desconcertados, ya que no aparecía el niño por ningún lado. Y yo le aseguro que no podía aparecer, porque cuando nosotros llegamos la cabina y el camión aún estaban intactos, sin ningún tipo de derrame de ácido, quiero decir, que hubiera deshecho nada y se podía ver perfectamente quién estaba en la cabina y el estado en el que se encontraba todo el perímetro del camión. Y yo le juro que el niño no estaba ya allí. Si en verdad viajaba con sus padres, en el momento del accidente no se encontraba dentro de la cabina junto a ellos.

Con estas rotundas declaraciones de la primera persona que se acercó al accidente para intentar socorrer a las víctimas y las de otros vecinos de Somosierra que atestiguaban tal versión, nos podemos hacer una idea más clara de la situación en los primeros momentos de aquella tragedia. Al localizar a los familiares y darles la triste noticia, la abuela paterna del niño, doña María Legaz, había dado la voz de alarma al alertar sobre la existencia de un tercer pasajero en el vehículo: su querido nieto. A las 8.30 de la mañana

del 25 de junio de 1986, la Guardia Civil de Tráfico de Buitrago le había dado a la abuela la noticia, a lo que la anciana contestó inmediatamente: «Pero, agente, el zagalico, ¿cómo está?».

Una vez enterados de la presencia del niño en el camión, una grúa de gran tonelaje estuvo elevando los restos de la cuba y la cabina para comprobar si el niño se hallaba debajo de toda aquella chatarra en la que se había convertido el vehículo. Pero, de nuevo, no se encontró resto alguno. La Guardia Civil señala en su atestado que «[...] de forma imprevista [el camión] perdió la eficacia de su sistema de frenado [...] siendo la causa del accidente la avería mecánica de ese sistema».

Sin duda, el lector se habrá percatado de que en varias ocasiones se ha mencionado la presencia de una furgoneta totalmente blanca tipo Nissan Vanette, que puede ser un elemento clave en este enigma. Pero lo más curioso de este misterioso vehículo es que también fue nombrado por varios testigos que declararon haberla visto en la subida al puerto, junto al desgraciado camión de Juan Pedro. ¿Coincidencia? La verdad es que si así fuera sería una enorme casualidad, ya que las personas que hablaron de dicho vehículo no conocían aún las declaraciones de los demás. Y todos hacían referencia a la misma marca de la furgoneta, al mismo modelo y al mismo color.

Como decíamos, el camarero del mesón Aragón, Felipe Alhambra, fue la persona que vio con vida por última vez a los viajeros que iban en el camión cisterna. Se acuerda perfectamente de la presencia del niño, ya que, según contó a varios periodistas, llevaba un jersey rojo y un pantalón del mismo color, muy vistosos. El camarero del restaurante realizó en su día las siguientes declaraciones a los medios y a las autoridades que investigaban el caso:

Yo estaba trabajando en el bar, sobre las cinco y media o seis de la mañana, y vi entrar a un matrimonio y un niño pequeño. Entraron, y la mujer y el niño se sentaron a una mesa. El hombre se dirigió a la barra y me pidió las consumiciones. Después se sentó junto a ellos a la mesa y estuvieron allí cosa de quince o veinte minutos. Se tomaron las consumiciones y se marcharon.

Al marcharse, yo, cuando salí fuera de la barra para recoger la mesa, vi por la ventana cómo arrancaba del aparcamiento un camión cisterna. También vi cómo salía muy deprisa una furgoneta blanca.

Después de lo referido por el camarero, la historia se envuelve en el más absoluto de los misterios. Según el tacógrafo del camión, la conducción es aparentemente normal hasta que dejaron atrás la localidad de Buitrago. Pero a partir de este punto, durante los siguientes veintitrés minutos que duró la ascensión al puerto, el vehículo realizó doce cortas paradas, sin saber a día de hoy el porqué de tales maniobras. Los transportistas consultados sobre dicha incógnita han declarado que en absoluto es normal que en un corto trayecto de unos veinte kilómetros un vehículo de ruta pare tantas veces, a no ser que algo fuera mal o tuviera alguna incidencia. Ni tan siquiera en el tramo más abrupto de la ascensión a Somosierra, la denominada cuesta de La Serna, son lógicas tales paradas. Por poco que se moviera el vehículo, a una velocidad mínima de 10 km/h, las agujas del tacógrafo marcarían la marcha. Entonces, ¿qué ocurrió en la subida al puerto para hacer que el camión se detuviera en tantas ocasiones?

Muchos sostienen aquí una de las teorías más difundidas. Se trata de que el niño hubiera sido raptado, tras haber sido obligado el camión a detenerse en ese lugar concreto del viaje. Entonces el camionero habría salido detrás de los supuestos raptos en una nerviosa carrera que le conduciría al desastre. Las maniobras de parada no serían más que fruto del acoso de cierto automóvil que incomodaba al camión de esta manera con objeto de que se detuviera. Según otra versión muy similar, las paradas del camión fueron intentos de localizar al vehículo que llevaba ya al hijo del matrimonio, quizás aquella misteriosa furgoneta blanca mencionada en tantas ocasiones en este caso. Los raptos habrían intentado de todas las maneras posibles esquivar y despistar la persecución que estaba realizando el tráiler y este, viendo que no podía alcanzarlos, una vez coronado el puerto comenzó la desesperada persecución a toda velocidad que desembocaría en el trágico accidente.

De la misma forma y como explicación análoga a este último supuesto, aunque mucho más controvertida, se corrió el rumor de que el camionero vendía la mercancía a otra petroquímica distinta a la que tenía señalizada para su destino, por razones al parecer económicas, y por este motivo los dueños del líquido en origen no estaban de acuerdo con él y habían protagonizado diversos enfrentamientos y riñas. Esta hipótesis continúa explicando que serían personas interesadas en escarmentar al transportista, agobiando de tal

manera al camionero que hizo que tuviera el fatídico accidente. Pero tampoco se pudo esclarecer nada en absoluto referente a esto. Esta teoría, además de ser muy discutida, se nos antoja un tanto ilógica.



En este punto de la carretera, el tráiler fuera de control impactó con otros cuatro camiones que ascendían el puerto. El camión cisterna acabaría destrozado en la cuneta derecha de la imagen, con la cabina totalmente aplastada por el remolque.

En su momento se habló de cierta relación de este accidente con el narcotráfico. Al parecer aquella fatídica noche había un control policial en las inmediaciones de Somosierra. Por ello, muchos sospechan que quizás un grupo de delincuentes que se encontraban portando una considerable cantidad de sustancia ilegal, drogas o similar, le pidieron a Andrés, el transportista, en cierto momento del trayecto (quizás en su parada en la cafetería al ascender el puerto o más adelante, en la carretera misma, cerca de Buitrago), que llevara el paquete hasta un destino determinado, ya que el camión podía pasar más desapercibido y despertar menos sospechas de cara a las autoridades, en el supuesto de que los pararan en el citado control policial. Para asegurar dicha entrega, los malhechores tomaron al niño como rehén, con la condición de

devolverlo cuando aquel «trabajo» estuviera completado. Pero sin el acuerdo y consentimiento de los padres, el rapto se produjo a la fuerza, debido a lo cual salieron a continuación el camionero y su esposa en su vehículo tras los agresores, con el desenlace fatal que ya conocemos.

Otros hablan de otra teoría que en su momento se tuvo como de lo más plausible. Se trataría de una explicación según la cual alguien que pasaba por allí circulando en otro vehículo habría llegado en un primer momento al lugar del accidente y al comprobar la existencia del niño aún con vida lo habría recogido. Sin embargo, poco después quizás el niño falleciera por el camino y esta persona o personas, al ver tal situación y presas del nerviosismo, optaron por hacerle desaparecer para evitar dar cuentas y explicaciones a las autoridades. Quizás nadie los creería y se podían ver involucrados en una polémica que quisieron evitar a toda costa haciendo desaparecer el cuerpo del niño. Esta hipótesis se basa en un escrito aparecido en internet de forma anónima años después de los hechos y que rezaba de la siguiente manera:

«No hay ningún misterio con respecto al niño de Somosierra. El niño de Somosierra fue recogido y tratado de llevar a un hospital con todo el cariño que se puedan imaginar. Pero se murió en el trayecto para contrariedad y pesar de las personas que intentaron su rescate y ayuda.»

Buscando y valorando de nuevo las declaraciones de los protagonistas más directos, decidimos contactar con Juan García Legaz, primo de la madre del niño desaparecido. El señor García, que se erigió como portavoz de la familia durante aquellos años, a la vez que investigador infatigable en busca del paradero de su querido familiar, durante la entrevista que nos concedió fue bastante tajante y creo que su versión no tiene desperdicio. Sin duda, después de leer su testimonio, el lector podrá hacerse una idea mucho más clara de lo que en realidad ocurrió en tan nebuloso caso:

Mire usted, la cosa es mucho más sencilla de lo que la gente se piensa. Yo ya estoy harto de escuchar tonterías y palabras sin ningún tipo de fundamento. La muerte de mis familiares y la desaparición del niño, por desgracia, tiene mucho más de terrenal que de asuntos rebuscados y misteriosos, como he llegado a oír. Mi sobrino fue raptado por una red mafiosa que seguramente se dedicaba al tráfico de drogas, entre otros delitos. Y simplemente tuvieron la mala suerte de que en esta ocasión el camión que utilizaban de mula se estrelló y no pudieron soltar al niño, porque entonces hubiera

contado todo lo que pasó, delatando a sus secuestradores. Esto es lo que yo creo, después de tantos años siguiendo la pista y hablando con cientos de personas. Ni más ni menos. Ahora bien: si quiere, podemos entrar en detalles...

De esta manera el señor García comienza con su exposición. Se le nota un tanto frustrado, a la vez que desilusionado. No es para menos después de las muchas decepciones que ha pasado a lo largo de todo este tiempo. Poco a poco, el tío segundo del niño nos va desgranando los momentos cruciales de este suceso:

El camionero y su familia pararon a desayunar en la cafetería de Cabanillas muy temprano. Eso está claro. También es totalmente cierto que la conducción era normal hasta que llegan a la localidad de Buitrago. A partir de este momento es cuando comienzan las irregularidades. El camión comienza a parar y a proseguir en muy corto periodo de tiempo, una docena de veces en un trayecto muy corto. ¿Por qué? Yo se lo voy a decir: porque en este momento cierto vehículo le estaba ya agobiando para que parara. ¿Con qué sentido? Mire, después de tanto tiempo localizando posibles testigos, reconstruyendo los hechos una y otra vez, cosa que hicimos incluso con otro camión, intentando imitar las paradas de mis familiares y la forma en que bajaron el puerto (y fuimos incapaces de realizarlo porque era una temeridad y de ahí el accidente que tuvieron), pues eso, después de tantas cosas, un buen día que estaba tomando un café en un bar próximo al lugar de los hechos se me acercó un camionero que ya me conocía por haber yo estado preguntando por el suceso en cuestión en más de una ocasión y me dice lo siguiente: «Le voy a confesar una cosa. En esta zona, no le voy a decir que sea normal, pero se han dado casos en que ciertas mafias que se dedican a la droga nos dan a nosotros, los camioneros, alijos para pasar por el puerto hacia un destino indicado cuando hay controles de la Guardia Civil próximos, cosa habitual en esta carretera. A mí me ha pasado en más de una ocasión. Y a compañeros míos también. Por eso se lo digo con conocimiento de causa. Y le aseguro que jamás denunciaremos esto, porque sabemos con quiénes nos las gastamos. Si vamos acompañados, suelen retener a la fuerza a la persona que viene con nosotros, prometiéndonos, siempre entre amenazas y armas, así de claro se lo digo, que la soltarán una vez lleguemos a cierto lugar en donde ellos o parte de esa organización retomarán el paquete que nos han hecho transportar. Así ocurre y seguramente así le ocurrió a sus parientes, con la diferencia de que el chofer, en esa ocasión, no aceptó el trato y procuró, de todas las maneras posibles, seguir al coche que había raptado a su niño, con las funestas consecuencias que todos conocemos. Y, por supuesto, todo esto que le digo no quiero que salga de aquí. Usted no me ha conocido nunca, ni esta explicación ha existido jamás».

Y así me dijo este hombre.

También me detalló la forma que tiene esa gentuza de abordar a los camioneros. Siempre, al parecer, trabajaban en grupo y con al menos dos vehículos: un coche o avanzadilla, que se asegura de que no haya ningún control en la carretera, y otro que circula más atrás y que lleva la mercancía. El primero de ellos, en caso de percatarse de la existencia de algún control, avisa al que circula unos kilómetros más atrás, el segundo de la banda, que transporta el alijo de lo que sea. Entonces, cuando ocurre esta contrariedad para ellos, intentan a la fuerza utilizar a los camioneros y a sus camiones de «mulas» (porque estos vehículos pasan más desapercibidos) amenazándolos para que lleven la mercancía delictiva hasta cierto punto, siempre tomando un pasajero del camión en cuestión como rehén. Es el seguro que utilizan para que el «encargo» se cumpla. Así tienen la certeza de que el camionero no denunciará, ni en esos momentos ni en un futuro, porque seguro que, en ese caso, tomarían represalias. Son bandas muy organizadas, por lo menos durante aquellos años y en ciertas zonas.

Mi pariente estaba realizando una conducción normal hasta Buitrago. Justo allí, después de varias paradas, la última de las cuales duró cerca de treinta segundos según el tacógrafo, fue cuando comenzó a acelerar el camión hasta llevarle a un punto sin retorno, a la bajada del puerto, donde prácticamente dejó caer el tráiler a todo lo que daba, siendo el accidente inevitable. Creo que justamente, en esa última parada de medio minuto, fue cuando se produjo el rapto y el comienzo de la desgraciada persecución que llevaría a la muerte del matrimonio. Intentaron por todos los medios alcanzar el coche que llevaban delante con su hijo, pero fue imposible.

El otro coche, el segundo de la banda, ya que como antes le decía siempre utilizan esta técnica, iba justo detrás del camión para retomar el paquete en cuanto salieran del control de la Guardia Civil en el lugar indicado al camionero para que parara de manera forzosa posteriormente. Allí también le habían prometido que le iban a devolver al niño. Pero al estrellarse, lo único que pudieron hacer fue recoger la droga rápidamente y escapar entre el desconcierto y la confusión en que se había convertido ese punto de la carretera segundos después de la catástrofe. Yo mismo pude escuchar días más tarde, de boca de los camioneros heridos en la colisión, cómo me dijeron que, antes de que llegara nadie a socorrerlos al lugar del siniestro, una furgoneta con tres ocupantes que seguía de cerca al tráiler se hizo paso entre los restos del impacto y los hierros de los camiones. Se bajaron dos personas, se acercaron a la cabina de Andrés y su mujer, convertida en un infierno de metales retorcidos, y cogieron algo, un bulto, y salieron a continuación a toda velocidad. Esto también fue observado por unos pastores que se encontraban en un prado próximo y que vieron el accidente. Y es la única verdad, porque existen varios testigos que cuentan lo mismo. Con esto me quiero quedar, como usted comprenderá, lejos ya de hacerme teorías e ideas que poco tienen que ver con la realidad.

Quizás lleguen, en este momento de la entrevista, las declaraciones más sorprendentes de Juan García. Declaraciones que prácticamente son inéditas con esta rotundidad, o al menos yo no he conocido de otras entre las tantas que se han reflejado en hemerotecas y demás publicaciones. Después de unos momentos en silencio, cuando parece que se encuentra distraído en sus reflexiones y pensamientos, nos espeta lo siguiente:

Y se preguntará usted por qué estoy tan seguro de la teoría que le he explicado referente al rapto. Pues sencillamente, aparte de los distintos testimonios de los camioneros que me contaron lo que solía ocurrir en aquella zona, como ya le he dicho, porque al mes escaso del accidente nos llamaron. Se pusieron en contacto con nosotros ciertos sujetos que se identificaron como integrantes de la banda de los raptos. Y claro, muchos pensarán que pudo haber sido cualquier bromista, cualquier degenerado o sinvergüenza que goza con el sufrimiento de los demás. Por desgracia también tuvimos que soportarlos.

El ser humano es muy cruel a veces... Pero en esa ocasión, le aseguro que el que nos llamó sabía demasiadas cosas, demasiados detalles, tanto de los pormenores del accidente como de la descripción del niño. Son elementos que no le voy a aclarar, pero que creemos que son imposibles de inventar, o al menos conocer, si no se está en lo cierto. Así lo creo yo y toda la familia que los pudieron escuchar.

Se pusieron estos individuos en contacto con nosotros, como le digo, en varias ocasiones. Al principio nos dijeron todo lo que había pasado y que, transcurridos unos días prudenciales, iban a soltar al niño. Pero pasó el tiempo y esto nunca ocurrió.

La última llamada hacía alusión a un cambio de parecer en sus intenciones, diciéndonos que ya no lo iban a liberar, que no les merecía la pena. La que hablaba normalmente era una mujer. Nos decían que no le iban a soltar, porque, claro, el niño ya sabía demasiado, y, seguramente, cuando se viera libre iba a denunciarlos.

Y yo puse en conocimiento de las autoridades todas estas cuestiones con una razonable prudencia, claro está, para no perjudicar a mi sobrino, ya que ellos nos amenazaban si hablábamos. Les imploré que intervinieran mi teléfono para ver si ellos, con más medios, por supuesto, podían sacar algo más en claro de todo aquello. Pero yo parecía que los molestaba con mis peticiones. Nadie hizo nada y trataron el asunto como simples llamadas de algún bromista que tenía poco que hacer.



Juan García Legaz, tío de Juan Pedro, se empeñó en esclarecer el paradero del niño a pesar de, según sus propias palabras, el escaso apoyo que recibió de las autoridades.

Si bien, como el señor García argumenta, esta pudo ser la verdadera historia del caso Somosierra, queda aún la suerte que pudo correr su sobrino Juan Pedro. Para este hombre, el paradero del pequeño que hoy, año 2018, tendría ya casi cuarenta años es toda una incógnita, aunque tiene por seguro que sigue con vida. Y así nos razona esta sensación:

Digo que mi sobrino Juan Pedro hoy está con vida simplemente porque no ha aparecido el cuerpo. Casi es más fácil que aparezca un cadáver hoy en día que que aparezca una persona desaparecida viva. Puede que el niño, en aquella época, fuera un reclamo muy goloso para estos criminales, una vez que ocurrió lo que ocurrió y se vieron trastocados sus planes. Seguramente estas mafias están metidas en muchos asuntos turbios a la vez, como trata de blancas, drogas, sectas, etcétera... por lo que el niño representaba toda una oportunidad a la hora de venderlo en el mercado negro de las adopciones en otros países una vez vieron que ya no les servía para nada, o al menos para su primer plan.

Curiosamente estuve consultando con un doctor y le pregunté si era posible que a un pequeño de esa edad, como la que tenía Juan, con diversas técnicas médicas o hipnóticas, fueran capaces de hacerle un lavado de cerebro y conseguir que se olvidara de su pasado y de quién era en realidad. El médico fue rotundo al asegurarme que por

supuesto, que incluso para un adulto con las facultades totalmente normales existen procedimientos capaces de adoctrinarlo de tal manera que se convierte en un simple robot a las órdenes de su amo. Y me ponía como ejemplo las sectas y otras asociaciones delictivas que captan a sus adeptos de manera similar, con un tratamiento mental que les hace perder cualquier sentido del yo y de sus orígenes. Por cierto, también estuve recabando información acerca de numerosas asociaciones de dudosa legalidad, investigando por si entre sus miembros estuviese mi sobrino retenido... Lo hemos intentado todo.

En este caso... ¡qué no podrían haber conseguido con un inocente niño, si son capaces de lavar la mente de hombres hechos y derechos! Por eso le digo que tengo la práctica certeza de que mi sobrino está vivo, en alguna parte. Quizás ignorando quién es ciertamente o su pasado, pero que aún sigue con vida, así lo creo. Tengo la esperanza de que quizás, algún día, alguna persona caritativa de entre esos criminales diga algo o se le escape algo... o que en algún momento, si mi sobrino descubriera qué le hicieron o qué pasó con él, intente ponerse en contacto con nosotros. Pero esas son ya elucubraciones apoyadas en supuestos varios que tienen que coincidir todos para llegar a buen fin. ¡Quién sabe!

Y después de estas palabras, como colofón a tan interesante y reveladora entrevista, don Juan nos muestra su decepcionante experiencia con las autoridades competentes durante prácticamente todo el tiempo que duraron las investigaciones. García se siente decepcionado, con cierta rabia que no disimula al hablar sobre ello:

Y, además, tengo que decirle que tanto yo como el resto de la familia estamos muy decepcionados con la Policía y la Guardia Civil. Tanto por lo que se investigó y de la manera en que se hizo, como por lo que no nos dejaron investigar a nosotros. Yo les expuse esta teoría que le acabo de explicar y me dijeron que no tenía ningún fundamento y que, por favor, respetáramos su trabajo, que ellos tenían a los mejores especialistas en el caso. No se dignaron ni siquiera a escucharnos, a intentar recoger declaraciones similares, como nosotros sí hicimos extraoficialmente, se podría decir. Por eso tenemos cierto recelo. No sabemos si es que no se quiso seguir con la investigación o si pensaron que nosotros éramos imbéciles y que nos inventábamos eso para que el asunto no quedara en el olvido. No lo sé. Lo que sé es que poco se hizo, aparte de los conocidos rastreos por la zona, las pruebas del ácido intentando esclarecer si podía deshacer un cuerpo humano... Cosas que desde el primer momento yo dije que no iban a servir para nada, simplemente porque el niño, en el momento del accidente, ya no estaba en el camión. Las autoridades no nos ayudaron en nada, repito. Es más, nos imponían ciertas trabas a la hora de querer investigar nosotros por nuestra cuenta. Y esto lo quiero dejar bien claro.

Sin embargo, el operativo de búsqueda duró bastante tiempo, aproximadamente dos o tres meses. Aunque, quizás, como se lamenta Juan García Legaz, las autoridades no siguieron las pistas y las indicaciones que la familia iba recopilando por creerlas válidas y útiles para el pronto esclarecimiento de los hechos. El paso del tiempo hizo el resto: dejó inservibles estas pesquisas y relegó la resolución del caso hasta nadie sabe cuándo.

En su momento, vecinos de la zona, pastores conocedores de los montes próximos y voluntarios que intentaban hallar cualquier indicio sobre la desaparición rastrearon el lugar en busca de pistas, pero jamás se pudo hallar resto alguno de Juan Pedro, ni verificar ninguna de las teorías o hipótesis que sobre tal asunto se habían aventurado. Alguna de ellas, por cierto, de lo más estrafalaria y ridícula, como la presencia de seres procedentes de objetos volantes no identificados que, según algún pseudoinvestigador del caso, habrían sido los responsables de la desaparición del niño una vez producido el fatal accidente. A nosotros, además de una teoría verdaderamente rebuscada y esperpéntica, nos parece una falta de consideración para los familiares y amigos de la familia que sin duda aún hoy en día sentirán la pérdida de sus seres queridos y, sobre todo, la incertidumbre y el desconsuelo de no conocer el paradero de Juan Pedro Martínez Gómez, ya tristemente conocido para siempre como «el niño de Somosierra».

## EL PUEBLO MALDITO DE MENGOLLU

Esto dice una leyenda que muchos consideran verdadera: corría el mes de abril del ya muy lejano año del Señor de 1854. El viejo y trashumante cura del cual dependían las almas de los vecinos de varias diminutas aldeas del concejo de Quirós —como Casares y Villagondú, en pleno corazón de la montaña asturiana— subía trabajosamente las pendientes de los montes que lo separaban de su destino, el olvidado pueblo de Mengollu, situado en las alturas en un paraje extremadamente quebrado y sin apenas comunicaciones con el exterior. Después de casi tres horas de tortuoso viaje, a cerca de mil metros de altura entre montañas y a lomos de su vieja mula a la cual había cargado con algún presente y con su antigua escopeta a mano para defenderse de los animales y alimañas de aquellos parajes salvajes si fuera necesario, comienza a divisar las primeras construcciones de la aldea perdida entre montañas y vegetación. El pueblo donde vivían sus feligreses más remotos parecía estar como adormilado. Desde aquella primera atalaya desde donde infinidad de veces había divisado el final de su viaje, advertía que algo no iba bien y la extrañeza comenzaba a apoderarse del párroco.

La estampa del paisaje presentaba media docena de casas vividoras junto a una panera, que bien podría denominarse la edificación común del poblado y que no es más que una caseta hecha de madera y alzada sobre el terreno por enormes piedras dispuestas verticalmente para que los animales dañinos y la humedad no penetren en ella. En esta construcción se almacenaba la cosecha recogida entre todos y compuesta principalmente por maíz, patatas y escanda, el típico cereal de invierno que se cultivaba en Asturias desde épocas remotísimas y con el que se elaboraba un tosco pan. Esa misma panera, humildísimo centro social para los vecinos, también era utilizada

ocasionalmente en los actos litúrgicos festivos. Cuando el sacerdote acudía a Mengollu para dar misa se disponía un altar portátil bajo la edificación de madera, junto a las imágenes sagradas de santa Ana y santa Magdalena, y los vecinos se postraban frente a este sencillísimo santuario, sentados o reclinados en las desvencijadas sillas que cada cual aportaba. Por aquellas fechas el pueblo contaba con veintidós habitantes y el párroco solía visitar el lugar dos o tres veces al año, cuando las condiciones meteorológicas lo permitían, ya que era frecuente que las fuertes nevadas dejaran impracticables los senderos que conducían a la aldea, siempre entre fuertes pendientes y abruptas y rocosas montañas.

Podemos imaginarnos al cura en ese justo momento de la historia que nos ocupa secándose el sudor de la frente con un gran pañuelo tras la larga caminata que ya tocaba a su fin. Le extrañaba el silencio y la quietud, ya que, aunque en esos parajes estas sensaciones eran las destacadas, siempre solía haber pastores en los alrededores o el olor del humo de las chimeneas de las casas envolviendo la atmósfera de los prados cercanos. Pero esta vez todo parecía distinto y esa calma presagiaba nefastas noticias. Mientras retomaba el poco trecho que le separaba, dejaba atrás el último bosquecillo y atravesaba el primer prado de pastizales ya a las puertas de Mengollu, su extrañeza se hizo triste realidad: uno de los vecinos yacía muerto en medio del prado, sin ningún síntoma de violencia; parecía simplemente dormido.

Alarmado, sin saber aún a qué atenerse, entró gritando en el pueblo para dar la funesta noticia de su encuentro. Pero solo oía su propio eco devuelto por las montañas cercanas. Todo se sumía en el más terrible de los silencios. En una de las callejas encontró otros cadáveres, siempre de igual manera, como dormidos, pero en el sueño eterno. Entró vociferando en las casas, totalmente fuera de sí, pero allí no encontró más que silencio y muerte. Muchos de los vecinos yacían sin vida en el interior de sus hogares. Intentando calmarse, volvió a sacar el pañuelo para secarse el sudor y las lágrimas que se juntaban en su rostro. Había encontrado a todos sus parroquianos de Mengollu muertos sin razón aparente.

Tras unos minutos de reflexión, intentando asumir y comprender todo aquel desastre, preparó de nuevo su caballería y salió lo más rápido que pudo hacia el pueblo más próximo, Fresneo. Cuando llegó allí, tras horas de

arriesgada carrera por estrechos senderos y fuertes precipicios, y una vez recobrado el aliento, informó a las autoridades de lo que ocurría en la apartada aldea montañesa. Se envió mensaje a la capital del concejo, Bárzana, y a la sede rectoral de Arrojo, residencia del arcipreste de Quirós. Según las nebulosas y poco contrastadas crónicas de la época así es como describió el cura la aterradora visión de la pequeña aldea:

Las pindias callejas del pueblo estaban pobladas de cadáveres. La puerta de la iglesia permanecía abierta y tres o cuatro vecinos, en estado de putrefacción, yacían dentro, abrazados a los santos. Y los niños de pecho que había en el lugar estaban también muertos, abrazados a sus madres, que estaban tiradas entre la nieve que aún había en Mengoyo. La escena era dantesca y trágica.

Una vez informadas las personas pertinentes de la mala nueva, se organizó un cortejo formado por autoridades municipales, sacerdotes y el médico del concejo, los cuales comenzaron el camino penoso que los distanciaba de Mengollu. Llegados al lugar, comenzaron las inspecciones y la localización de los cadáveres dispersos por todo el pueblo, sin ningún signo violento en ellos y dispuestos como si la muerte les hubiera llegado prácticamente a la misma hora y de igual manera. Tan solo se había salvado un pastor que había permanecido fuera, en los montes cercanos, con su rebaño de vacas, ajeno a todo lo que había ocurrido en su desgraciado pueblo. Después de algunas hipótesis se llegó a una conclusión que a todos pareció acertada.

Resultaba que era costumbre por aquellos años, durante la Semana Santa, consumir pan dulce, que era elaborado con una masa común encargada a uno de los vecinos. Al parecer algo había envenenado el humilde alimento. Tiempo más tarde, botánicos que se acercaron al pueblo para estudiar las posibles causas de la intoxicación hallaron arsénico en la fuente del pueblo con cuya agua se elaboró la citada masa panera. En el estómago de un cerdo que también yacía muerto se encontraron a su vez restos de aquel maldito pan. También se habló de una planta venenosa que crece a la vera de la escanda, el cereal con el que se elaboraba el pan, y que fue accidentalmente molida junto a esta para la masa, con tales luctuosas consecuencias. Con todo ello comenzó a fraguarse una leyenda popular, curiosamente común a otros percances similares ocurridos por diversos lugares del país, la cual hablaba de que una

salamandra, conocida aquí como «sacabera» y considerada extremadamente nociva y dañina, había envenenado el manantial y con ello su agua, uno de los ingredientes principales del pan.

Después de aquellos precarios análisis y de las primeras conclusiones más o menos fantasiosas, las autoridades dieron permiso para quemar el pueblo intentando evitar males mayores, como pestes o enfermedades contagiosas, y enterraron en una fosa común a todos los habitantes de Mengollu, allí mismo. Durante décadas los rebaños no se enviaron a pastar a aquellos prados próximos al pueblo y poco a poco la maleza y la vegetación incontrolada del monte dieron buena cuenta de la aldea, que se desintegró prácticamente hasta dejar el paraje irreconocible. A pesar de ello, hoy en día aún se pueden observar, disgregadas por los campos inmediatos al paraje conocido como El Colladín, piedras y muretes que formaron la maldita aldea de Mengollu en aquel apartadísimo y remoto lugar entre las montañas asturianas.

Los vecinos de uno de los pueblos más cercanos, Villagondú, decidieron, antes de que se derruyera, trasladar piedra a piedra y madera a madera la famosa panera de Mengollu para reconstruirla en su pueblo, como testigo mudo de aquel suceso tan luctuoso. En la actualidad aún se puede visitar en Villagondú y aún son muchos los veteranos vecinos que pueden narrar la historia contada de primera mano por sus antecesores. Un verdadero misterio aún sin resolver en su totalidad.

Para intentar rescatar esta historia del olvido nos pusimos en marcha un buen día de verano del año 2013. Aconsejo al viajero que acceda al valle de Quirós a través de los puertos de Collado, una vez dejada atrás la población de Pola de Lena. Nos adentramos entonces en la verdadera Asturias profunda, rodeada de montañas verdes donde al visitante le da la sensación de mirar el mundo desde una atalaya mágica. Recorrimos sinuosas carreteras que sortean prados y montes inmensos, salpicados de pequeñas aldeas que se pierden por las lomas. Al llegar a la parte baja del puerto por su parte occidental, poco a poco el camino se va haciendo menos tortuoso y las alturas se convierten en estrechas gargantas donde vamos disfrutando a la vera de arroyos y torrentes.



Gilberto Suárez y Juan Antonio González, dos vecinos de Casares, compartieron con nosotros una animada charla acerca de la suerte que pudo correr la desaparecida aldea de Mengollu, que se situaba entre las cumbres y los montes del fondo de la imagen.

Pronto, apenas pasada la localidad de Barzaná, llegamos a nuestro primer destino, Casares, un lugar diminuto desde donde se decía que había partido el párroco hacia Mengollu para descubrir la terrible verdad que le aguardaba en la aldea perdida. Allí, en el pueblo de Casares, tuvimos plática con dos vecinos que al momento atendieron nuestras preguntas, sorprendidos y extrañados en un primer momento de que unos desconocidos se interesaran por aquella historia casi olvidada. Eran Gilberto Suárez y Juan Antonio González, dos asturianos de pura cepa, que compartieron con nosotros una animada charla al lado de la iglesia del lugar. Justo enfrente, al otro lado del valle, aparecía en unas idílicas vistas el pueblo de Villagondú, lugar donde se aloja la supuesta panera traída de Mengollu y donde se distinguía el camino que, aunque hoy se encuentra en desuso, se utilizaba para acceder a los montes y caseríos lejanos, perdidos en las montañas que nos rodeaban. Seguramente aquel sendero era el que había tomado el desdichado cura aquella mañana de mediados del siglo XIX hacia su triste destino de Mengollu. Imaginándonos

cómo podría haber sido aquel momento, ya que al menos gozábamos del mismo y original paisaje, que no era poco, entre charla y charla la historia se fue razonando:

Nosotros sí pensamos que eso pudo ocurrir. Mucha gente mayor recuerda, al haber pastoreado por aquellos montes, encontrar restos de casas, tejas y piedras amontonadas que bien pudieran ser parte de Mengollu. La gente mayor de estos pueblos siempre cuenta la misma historia, que ha ido pasando de padres a hijos, pero nadie sabe en verdad, a ciencia cierta, por qué murieron todos los vecinos. Algunos también cuentan que el manantial que surtía el pueblo estaba contaminado, que había una filtración de arsénico y otros elementos químicos que se utilizaban en minas cercanas, ya que la zona está repleta de galerías y explotaciones abandonadas. ¡Quién sabe! ¡Han pasado ya tantos años!

Tras estas y otras sentencias sobre aquel misterio dichas en el pueblo de Casares por Gilberto y Juan Antonio, estos nos aconsejaron que visitáramos la próxima aldea de Villagondú, lugar donde se emplazó la panera supuestamente traída del pueblo maldito de Mengollu, como bien se puede calificar tras conocer el halo de misterio que rodea su historia en todos los sentidos.

Pregunten ustedes allí por la señora Carmen, que con casi noventa años seguramente conoce la historia mucho mejor que cualquier vecino. No tiene pérdida, porque entre los pocos vecinos que aún quedan viviendo en Villagondú ella es la más veterana y siempre se encuentra laborando por allí. También pueden preguntar por Palmiro, que conoce muchas historias de la zona y sin duda les podrá narrar algo sobre Mengollu.

Tras dicha advertencia nos dirigimos esperanzados hasta Villagondú, no sin dar las gracias antes a nuestros cicerones de la aldea de Casares, verdaderamente vecinos nobles y amables.

Y si la aldea de Casares era pequeña y recóndita, Villagondú aún la superaba. Colgada literalmente en la loma de la montaña, no existe en el lugar una calleja cómoda para andar: uno siempre debe ir subiendo y bajando, salvando el terreno escarpado en el que se encuentra tan remota población. Apenas hay lugar ancho y abierto que se pueda considerar plaza o centro del diminuto caserío y tuvimos ciertos problemas incluso a la hora de estacionar nuestro vehículo, lo que puede dar una idea al lector del lugar en el que nos encontramos.

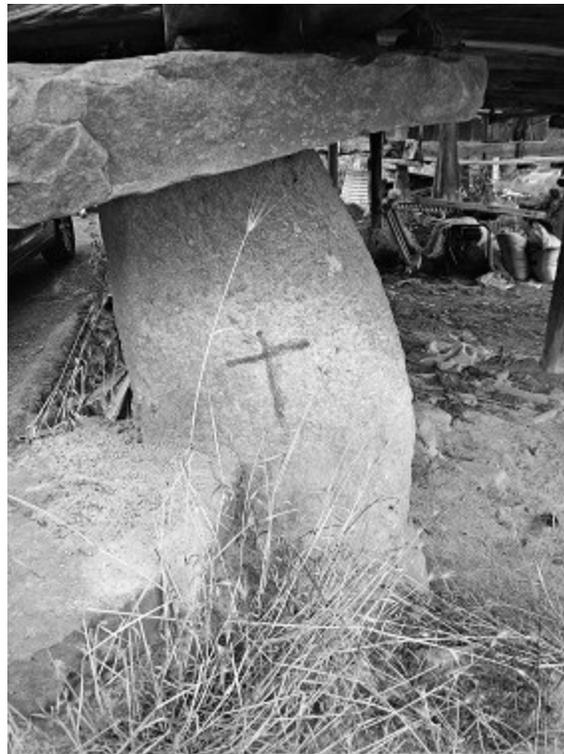


La famosa panera de Mengollu, trasladada hasta el pueblo de Villagondú, nos da la bienvenida a la entrada del lugar.

Prácticamente desde que se sortea la última curva de la sinuosa carretera que accede al pueblo, se topa uno de bruces con la famosa panera que se trajo del mismísimo pueblo desaparecido de Mengollu. La recia construcción de madera, de unos doce metros de largo por cinco de ancho, con tejado a cuatro aguas, está coronada en su centro más alto por una piedra en punta. El armazón posee en todo su perímetro un balconcillo que lo rodea y facilita la entrada a las varias puertas que dan acceso a su interior, a la vez que sirve como apoyo a los pilares, también de madera, que aguantan el alero del tejadillo externo. Todo ello suspendido a un escaso metro del suelo sobre unas pilastras colocadas verticalmente. Es curioso comprobar que en muchos de estos pétreos pilares aparecen varias inscripciones en forma de cruz. Según los vecinos, era costumbre tallar dichas cruces por superstición, con intención de alejar de aquel lugar tanpreciado para la economía de los pueblos cualquier mal que pudiera amenazar el buen destino de lo almacenado así como la fortuna de los mismísimos vecinos, su salud, la de sus reses y la obtención de buenas cosechas (no hay que olvidar que en él se guardaban cosechas comunes

y otros productos de labranza de los cuales dependía la subsistencia de los vecinos). Pero al parecer no surtieron ningún efecto estas costumbres cuasi mágicas en los vecinos de Mengollu, dado su trágico final.

Paseando por sus empinadas cuestas, tras haber observado detenidamente la panera, nos encontramos a doña Carmen descansando plácidamente en un banco de piedra adosado a su vivienda. La ansiada interlocutora que nos iba a dar a conocer de primera mano la historia que nos había llevado a ese apartado lugar de la geografía asturiana enseguida comenzó a exponer lo acaecido, no sin antes, y como había ocurrido con los vecinos de Casares, extrañarse por nuestro interés en aquella historia arrinconada por todos:



En muchos de los pilares de la panera aparecen varias inscripciones en forma de cruz. Según los vecinos, era costumbre tallar dichas cruces para alejar males y desgracias. Pero al parecer no surtieron ningún efecto estas costumbres con los vecinos de Mengollu...

Yo ya conocí lo que dejaron del pueblo. Me acuerdo de niña ir por allí pastoreando con mi padre y ver los restos de lo que fue una casa con cuadra y más paredes y muros. Mi padre me contó que aquello había sido un pueblo y que un mal día todos murieron, a excepción de un pastor a quien apodaban «el Cabrero», que por encontrarse ausente

realizando su trabajo pudo evitar la muerte. Mi abuelo me dijo también que él había conocido el pueblo con catorce o quince casas y que en sus buenos tiempos llegó a tener alrededor de sesenta vecinos.

Mi padre seguía contándome que todo fue debido a que una mujer del pueblo se dedicaba a hacer el pan para todos normalmente y de forma rutinaria y que una vez, al amasar la mezcla de la harina con el agua, esta estaba envenenada y con ella se envenenaron todos los vecinos y murieron al poco tiempo. Los encontró a todos muertos el cura que había salido de Casares para dar misa en Mengollu. Rápidamente bajó a Caranga y de allí dieron aviso a Santa María para que fueran a ver lo que había ocurrido. Y si no entendí mal, allí deben encontrarse aún hoy en día enterrados, porque no los quisieron ni bajar a enterrar a los pueblos por miedo a infecciones y contagios. De todo eso puede hacer doscientos años. Luego quemaron el pueblo y lo único que se salvó fue la panera, que decidieron bajarla hasta aquí, hasta Villagondú. Ahí la tiene usted. Es una panera, no un hórreo, porque mucha gente forastera lo confunde: el hórreo tiene solo cuatro pilastras o columnas y las paneras tienen seis, como esta. La panera es de todo el pueblo. Yo tengo un cuarto, otro vecino tiene otro cuarto, y allí guardamos la cosecha y viandas que cada cual tiene.



Doña Carmen, vecina de Villagondú, posando a la vera de la famosa panera. A través de sus antepasados, conoció la desgraciada historia de Mengollu y ella misma nos confesó que había podido contemplar las ruinas de la aldea cuando era joven.

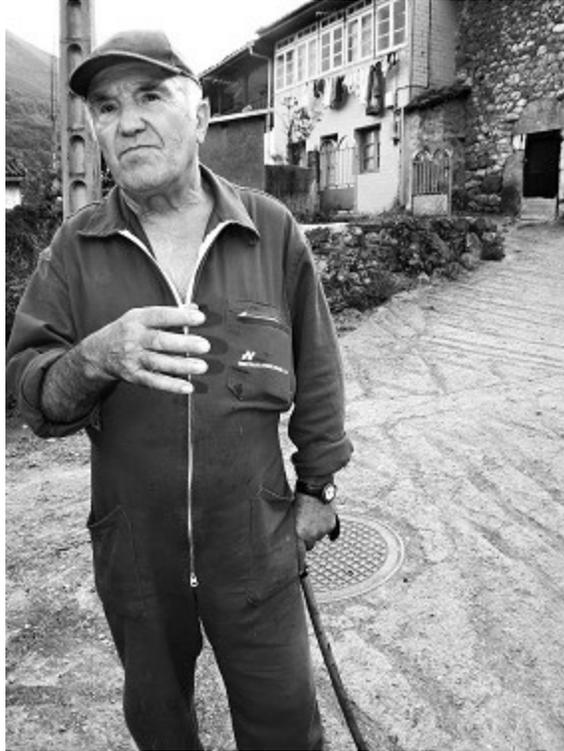
Cuando doña Carmen se refiere a las posibles causas de la muerte de aquellos vecinos, nos habla de una historia ya citada por nosotros y que cabalga entre la leyenda y la superstición, aunque para la buena mujer bien pudiera ser la válida:

Los viejos por aquellas épocas hablaban de que se había caído al agua con la que se elaboraba la masa una sacabera, como aquí se llama, que es una especie de salamandra o salamanquesa muy dañina, según las creencias. Y así se envenenó el agua, se envenenó la masa con la que se hacía el pan, y los vecinos, al comerlo, murieron todos. Y así quedó el lugar, solo, poco a poco comido por el monte hasta que ha quedado irreconocible, devorado por la maleza. Además ya lo habían quemado antes de abandonarlo, finalmente, por miedo a los contagios.

Doña Carmen nos acompaña por las callejas del pueblo en tan amena conversación mientras nos dirigimos hasta el emplazamiento de la famosa panera. Y frente a ella la señora nos explica las peculiaridades y la labor comunal que desempeña la vetusta construcción. Pronto, alertado por la algarabía de perros que se había formado debido a nuestra presencia, la de unos forasteros en el tranquilísimo pueblo, nos sale al paso Palmiro Fernández, también conocedor de asuntos varios de la comarca dada su veteranía en esto de la vida y de la historia que nos ocupa. De hecho, los vecinos de Casares nos habían recomendado cotejar su versión de los hechos. Y así es como comenzó su relato:

Era un día de fiesta y tenían como norma hacer el pan en común para el disfrute de todos los vecinos. Así, la víspera por la noche sacaron el agua en cántaros de un pozo que abastecía el pueblo. Por supuesto, por aquellos años no había ni cañerías ni nada parecido y todos dependían del agua de aquel manantial, de donde había que sacarla. Y en el agua había una sacabera, y tengo entendido que estas sacaberas son muy venenosas, y por ella se envenenó el agua y murieron todos, menos un pastor que se había ido con las ovejas. Eso es lo que contaban los viejos de los pueblos de alrededor. Y cómo el cura de Casares había subido a los pocos días y los encontró muertos. Yo sabía incluso cómo se llamaba el cura dichoso, pero se me ha olvidado.

Y yo todo esto que le digo lo doy por cierto, porque desde guaje lo escuché a los viejos. Incluso conocí a varios que dijeron que habían conocido el pueblo aunque ya en ruinas, quemado. Lo único que se salvó fue esta panera que trajeron del pueblo hasta aquí, no sin pocos esfuerzos, en carretas de bueyes

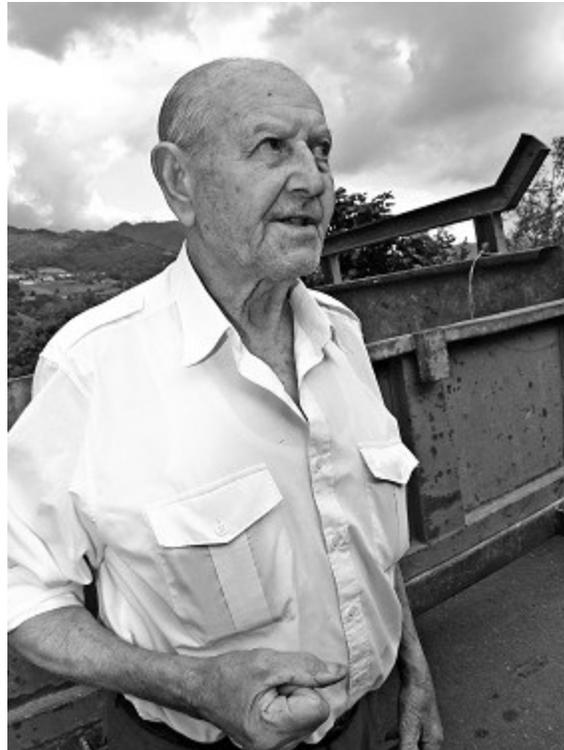


Palmiro Fernández, vecino de Villagondú, el cual aseveró la versión descrita por su convecina, doña Carmen.

En la postrimería de estas declaraciones se nos une en tan grata conversación un nuevo vecino del lugar, Pepe Veiga, quien corrobora palabra por palabra lo contado por su vecino. No deja de parecernos curiosa la hipótesis que exponen estos paisanos cercanos a las personas que fueron testigos de estos controvertidos hechos, la cual coincide en que el envenenamiento por el contacto con el agua de una suerte de salamandra, tenida aquí como altamente dañina y venenosa, fue lo que intoxicó a todos los habitantes de Mengollu hasta producirles la muerte.

Extrañados por esta posible explicación de los hechos que se nos antojaba un tanto folclórica, y debido a nuestro desconocimiento científico del grado de nocividad de estos anfibios, consultamos posteriormente dichas dudas con un profesional zoólogo, el cual nos aseguró que, efectivamente, la salamandra común posee una glándula que produce veneno y que su llamativo aspecto, negra con pintas amarillas, hace la función de disuadir a sus posible depredadores. En caso de que sean comidas, las glándulas descritas generan una sustancia venenosa que produce verdadero malestar. Pero para los

humanos el máximo peligro puede ocurrir a la hora de tocarlas con la piel desnuda, ya que irrita la piel y produce inflamación de zonas sensibles, como ojos o boca. Pero nunca hasta el punto de causar la muerte de un ser humano, ni siquiera por ingestión accidental. Al menos no se han tenido noticias fidedignas y documentadas de fallecimientos por este tipo de intoxicaciones o envenenamientos.



En Villagondú, a los pies de la ya conocida panera, también nos encontramos con el señor Veiga, gran conocedor de historias y leyendas de la zona.

Curiosamente, este pequeño animal está ampliamente unido a la leyenda y la mitología en España y en otras partes del mundo. La religión cristiana lo ha considerado, junto a los reptiles, un animal inmundo, cercano al diablo. Según ancestrales alquimistas y brujos se creía que la salamandra resistía el fuego y eran muy apreciadas por estos antiguos químicos a la hora de elaborar potentes pócimas a partir de su veneno. De hecho, dicho veneno tiene un reconocido poder de aniquilación, pues ya en la antigüedad acabó con la vida de nada más y nada menos que cuatro mil hombres del ejército de Alejandro Magno, quienes, justo como los vecinos de Mengollu, bebieron del manantial donde

habitaba uno de estos anfibios. En la mágica Galicia se lo acusa de envenenar la leche de las vacas al chupar sus ubres. En varias partes de Andalucía, sobre todo en las comarcas del norte de la provincia granadina, la salamandra es conocida como «tiro» y hay un dicho popular que subsiste desde tiempos inmemoriales el cual dice que «si te pica el tiro, no duras un suspiro». Pero dejando aparte estas historias un tanto legendarias, en conclusión, podemos decir que estos anfibios no son en absoluto dañinos para el hombre, al menos no tienen consecuencias mortales, a pesar de lo cual en múltiples ocasiones han sido aniquilados de regiones enteras por el temor que despertaban entre las gentes ignorantes y supersticiosas.

Y como antes advertíamos, historias semejantes a la del suceso de Mengollu se cuentan a lo largo y ancho de todo el país, con detalles que podemos calificar como idénticos. Aquí citaremos la leyenda acerca del villorrio desaparecido de Puebla de Enaciados, en el municipio cacereño de El Gordo, cerca del embalse de Valdecañas. La aldea fue fundada por labradores venidos de la provincia de Ávila a mediados del siglo XIII que llegaron ahí, según cuentan los libros de historia, en busca de mejores pastos para sus ganados y tierras más fértiles para sus cosechas. Durante algunas épocas el lugar llegó a tener cierto renombre y la aldea fue, incluso, convertida en cabeza del señorío del conde de Miranda. Pero transcurridos varios siglos llegaron tiempos difíciles y de malas cosechas, lo que hizo que sus habitantes buscaran un nuevo enclave más propicio para su arcaica economía. Debido a ello los vecinos de Enaciados se repartieron entre los pueblos cercanos, como eran El Gordo o Berrocalejo. De esta manera, Puebla de Enaciados quedó deshabitada por completo en el año 1850. Aún hoy en día se pueden visitar los vestigios del emplazamiento original del pueblo, al sureste del cerro Pendón y es posible reconocer en amarillentas praderías losas en el terreno que constituían la plaza del lugar. Allí se puede contemplar milagrosamente bien conservado el rollo jurisdiccional, la esbelta columna de piedra que significaba el centro del desaparecido pueblo, así como las ruinas de la iglesia, que siguen siendo visibles.

Pero, a pesar de que los motivos del abandono de Puebla de Enaciados fueron prácticamente sin duda los que acabamos de narrar, muchos de los habitantes de aquella comarca de Campo Arañuelo descendientes de los

vecinos coetáneos de la desaparecida aldea tienen otra creencia. Estos piensan que todos los habitantes del pueblo fallecieron un mal día envenenados por haber bebido de las aguas de un manantial del cual se surtían habitualmente y que estaba situado a las afueras del pueblo. La vetusta fuente existe en la actualidad y posee un interés ciertamente histórico, ya que se pueden apreciar elementos constructivos romanos, lo cual nos da una idea de su antigüedad. Sorprende, sobre todo, su nombre, que no deja impasible al que lo oye nombrar: fuente de los Muertos. Y esto es lo que cualquier vecino de la zona puede espetar al viajero cuando le pregunta por Puebla de Enaciados: «A la vera de la fuente fluye el llamado arroyo de los Muertos, por creerse que a sus orillas cayeron fulminados todos los vecinos».

Obsérvese ahora este otro caso muy similar. Esta vez la historia se ubica al norte de la provincia de Palencia, en la comarca de Triollo. La nocividad de una salamandra, aquí conocida como «vacaviruela», iba a acabar supuestamente con los vecinos de todo un pueblo. O al menos eso es lo que cuentan la leyenda y muchos de los habitantes de localidades cercanas que así lo creen. El lugar con tan desgraciado fin se llamaba Miranda y hoy apenas quedan los vestigios de sus muretes derruidos cerca de la aldea de La Lastra.

Lugar agreste y muy frío en épocas invernales, los escasos vecinos que llegaron a poblar Miranda en su mejor época se dedicaban a los quehaceres agrícolas y ganaderos de subsistencia, con los que a duras penas conseguían llevar una vida digna, algo común, por otro lado, en la práctica totalidad de los pueblos de la comarca norteña palentina en aquellos años. Cuenta la historia que, hace algunos siglos, en una fecha sin determinar fehacientemente, se celebró una boda en la aldea. Los contrayentes eran una agraciada pareja que, ilusionados y muy felices con su nueva condición de casados, decidieron invitar a todos sus convecinos.

Sin embargo, nadie reparó en avisar para el convite a una vieja mujer del lugar. No se sabe si con intención, por culpa de alguna rencilla pendiente familiar, o porque, como razonan otros, se la tenía por bruja y pájaro de mal agüero o simplemente por olvido, lo cierto es que la anciana fue la única a la que no se invitó a la celebración. Llegó el momento de desposar a los novios

y, tras la misa pertinente, el pueblo entero estalló en una gran alegría, sonaron canciones y hubo alboroto por todas las callejas de Miranda para acompañar a los novios en ese momento tan especial en sus vidas.

Pero la vieja, recelosa y muy disgustada por el desaire infligido a su persona, decidió vengarse de todos sus paisanos de la manera más cruel posible. Cuando todos los habitantes estaban aún de celebración por las calles, danzando y cantando vigorosamente, la anciana se acercó discretamente hasta la casa de la novia, lugar donde estaba preparado el ágape, cuidándose de no ser advertida por nadie. Prestamente sacó una salamandra o «vacaviruela» del zurrón, la estrujó sobre la comida dispuesta en la enorme mesa ya preparada con lo mejor que los familiares habían podido aportar: garbanzos, asados, tortas de pan, vinos, frutas, dulces... y todo quedó impregnado del veneno de aquel nocivo anfibio. Después, sonriendo malignamente por su desquite, se marchó tan discretamente como había llegado hacia su casa, donde siniestramente aguardó el resultado de su macabra maquinación.

Continúa diciendo la leyenda —y así lo aseveran los muchos vecinos de la comarca con los que contactamos para que nos hicieran partícipes de esta historia— que, como era de prever, todos los habitantes de Miranda murieron, incluidos perros y otros animales que comieron los restos de la comida envenenada, para deleite tétrico de la desalmada mujeruca. Además, de esta manera la vieja quedó como única habitante del lugar y pudo apropiarse de casas, terrenos y bienes del término para su placentero disfrute y aprovechamiento. Pero, sin embargo, dada su avanzada edad, pocos años duró este goce, ya que tuvo que pedir ayuda en los últimos años a los cercanos vecinos de La Lastra debido a sus constantes achaques y enfermedades, a quienes prometió que, si la socorrían en aquellos momentos postreros de su existencia, a su muerte todo el pueblo de Miranda, con sus mieses, prados, monte y manantiales incluidos, quedarían a su nombre. Y así fue, y por esa razón los más antiguos de aquel territorio advierten que las tierras de lo que antaño pertenecía al pueblo de Miranda son parte hoy en día de las posesiones de La Lastra.

Pero, como ocurre en otras ocasiones y aun reconociendo la belleza y el valor etnográfico, social y costumbrista de esta historia mantenida por muchos paisanos de la comarca, se tiene como mejor, por lógica, otra versión más contrastada y documentada sobre la desaparición de Miranda. Concretamente, en un documento sobre la historia provincial fechado el 13 de marzo de 1814 se mencionan estos hechos. Como reza en este legajo, parece ser que el verdadero fin de dicha localidad sucedió cuando ciertas tropas francesas, en su retirada de España y para vengarse por su derrota bélica, decidieron asolar y saquear los pueblos de ese territorio palentino. Los soldados hicieron mucho mal entre los bienes y el paisanaje, mataron a la práctica totalidad de los vecinos de Miranda y, desde entonces, el pueblo quedó abandonado. También intentaron exterminar a los que habitaban la pequeña aldea de La Lastra, aunque algunos de ellos consiguieron refugiarse en unas cuevas cercanas y aseguraron así la continuidad de la población.

A pesar de todas estas leyendas, y más que existen alertando de fuentes venenosas, aguas intoxicadas o muertes trágicas por el contacto nocivo con ciertos animales, como fue el caso de Mengollu, es necesario indicar que, como ya hemos advertido anteriormente, aunque poseen gran valor mitológico y etnográfico, muchas de ellas no dejan de ser relatos infundados dado que, realmente, en muy pocas ocasiones se han verificado fidedignamente tales sucesos. En la mayoría de los casos estas noticias no han sido documentadas y son solo narraciones orales que los vecinos de las comarcas cercanas al lugar de los hechos, como suele ocurrir en otros ámbitos, han ido deformando con el paso de los siglos.

Pero volvamos al caso asturiano que nos ocupa. Otro de los misterios que rodean esta historia es el desconocimiento de la ubicación exacta de Mengollu. Los vecinos de Santa María y Caranga lo situaban en un lugar denominado El Colladín, perdido entre las cumbres que separan los pueblos de Santa María y Fresneo, a medio camino y a casi mil metros de altitud sobre una cordillera denominada La Espina. Sin duda, nos parece la más acertada ubicación, ya que en este paraje aún se pueden encontrar restos de construcciones, sobre todo las bases cuadrangulares de lo que podrían haber sido viviendas y otras dependencias. Llegar hasta allí es verdaderamente complicado en la actualidad y la manera menos penosa es la de partir desde el

pueblo de Santa María a través de unas pistas forestales no practicables durante ciertas épocas del año. Desde allí la distancia hasta Mengollu o el lugar de El Colladín es de apenas cinco kilómetros. El viajero deberá ir acompañado de algún autóctono de la zona que sea conocedor de aquellos escarpados parajes, principalmente para evitar el extravío, pero también para indicarle exactamente el emplazamiento del mencionado lugar, ya que de no ser así pasaría desapercibido a nuestros ojos, rodeado de tanta maleza, vegetación y montañas.

Tenemos que añadir a esto que, a pesar de que hemos tomado como bueno este emplazamiento perteneciente al concejo de Quirós, también existe otra zona que ha sido considerada escenario de esta esquiva historia y que se encuentra cerca del lugar anteriormente descrito, en unos puertos comunes entre las poblaciones de Santa María y Caranga, pero ya en el concejo de Proaza. Este puerto de explotación común para ambas aldeas es conocido con el nombre de Mengollu y es quizás lo único objetivo que aún queda de aquel pueblo fantasma, al haber tomado su mismo nombre.

Una de las personas más autorizadas para hablar sobre el caso de Mengollu, dada su voluntad a la hora de investigar los datos existentes sobre el pueblo y de alejarse de historias o leyendas más o menos fantásticas, es Francisco Álvarez Díaz, más conocido por todos en la comarca como Pacho. Don Francisco, con más de setenta años a sus espaldas, desde muy joven sintió curiosidad por aquella «disparatada» historia y se dedicó a intentar recabar información en ayuntamientos, archivos parroquiales y bibliotecas. Por eso, su posición tras analizar estas investigaciones es un tanto crítica y escéptica, ya que con el material reunido ha podido elaborar una nueva explicación o hipótesis de lo que pudo ocurrir en aquellas apartadas montañas. Pacho, hoy ya jubilado y residente en la ciudad de Gijón, se pasó prácticamente toda su dilatada vida trabajando y recorriendo los pueblos y lugares de las comarcas de Proaza y Quirós, donde vivía por aquellos años. Es una persona muy interesante, debido a sus convicciones y a sus vivencias, y siempre es ilustrativo escuchar sus palabras, con el acento típico asturiano y los giros propios del vocabulario de tan preciosa región española. He aquí parte de los que nos narró al respecto del caso que nos ocupa:

La historia del pueblo de Mengollu, los vecinos de Santa María y de Caranga la sitúan en un lugar denominado El Colladín. La asociación de vecinos de La Granda, del pueblo de Santa María, tiene documentos del puerto de Mengollu desde 1596 hasta otros años más cercanos, concretamente fechados en 1826, 1856 y 1869. Y en ninguno de ellos se hace referencia a pueblo alguno. Por tanto, dudo mucho que aquel pueblo pudiera existir y, de ser así, animo a que alguien me muestre documentos que acrediten esa existencia, ya que yo no los he podido localizar, por más que he intentado hacerlo.

Lo que sí es cierto es que en ese lugar quedan restos de edificaciones, incluso lo que pudiera haber sido un horno, pero yo creo que jamás un núcleo de población como para considerarlo un pueblo. Y, por supuesto, de estar ubicado en ese preciso lugar, jamás perteneció a Quirós, sino que tenía que haber sido del concejo de Proaza.

Después de estas consideraciones, válidas a nuestro entender o, al menos, dignas de tener en cuenta dado el interlocutor y el tiempo que este ha destinado al estudio de tal enigma, don Francisco profundiza más en detalles de sus investigaciones y en sus propias conclusiones:

Yo he encontrado en viejos legajos documentos que hablan de las «bacadas» de aquel puerto de El Colladín y de Mengollu. Dichas «bacadas» son porciones de los montes que se distribuían y compartían entre los diversos pueblos de los concejos para realizar labores de siega o de pastoreo y así evitar conflictos, ya que todos acordaban y firmaban estos papeles en común acuerdo. Esos puertos pertenecían en concreto a la Iglesia y los regentaban los religiosos de San Antonio de Padua de Villar de Teverga, los cuales recibían, a cambio de explotar dichas tierras, beneficios de los labriegos y ganaderos. Seguramente, lo que muchos han calificado como el pueblo de Mengollu no era más que un poblado de pastores o criados de estos religiosos, más o menos habitado durante todo el año, que se asentaban allí en épocas determinadas para atender al ganado o las siegas y no tener que volver a sus pueblos diariamente, dada la distancia que existe entre esos puertos y las poblaciones más cercanas, por lo que se dispusieron algunas edificaciones, más o menos confortables a tal fin, donde los campesinos podían refugiarse y habitar durante los periodos de tiempo que duraban sus faenas en el monte, pero nunca un asentamiento estable como para denominarlo pueblo o aldea de Mengollu.

¿Que el envenenamiento pudo ocurrir a esos pastores o a las gentes que de forma seminómada ocupaban esas cabañas? Eso ya no lo discuto, pero, como le decía, a día de hoy no he encontrado ningún documento que dé fe de dicha circunstancia. Y lógicamente, si usted lo piensa, si en verdad ocurrieron dichas muertes y el cura dio aviso a las autoridades de la época, que subieron hasta allí, enterraron los cadáveres y

otras vicisitudes que se narran al respecto, sin duda que algún documento tendría que haber reflejando tal catástrofe. De haber ocurrido, se tendría que ver reflejada en alguna nota municipal, de los concejos o incluso de parroquias cercanas.

Estas aseveraciones de don Francisco resultan de una lógica aplastante, si bien siempre existe la duda de por qué muchos otros vecinos de la zona, prácticamente la totalidad de los que entrevistamos y que sabían de la historia de Mengollu, confirman la existencia de la aldea y los hechos que hemos descrito hasta el momento; incluso muchos de ellos acreditan haber visto aún en pie, en tiempos pasados, restos de algunas de las construcciones de ese pueblo.

Y una vez de nuevo en el pueblo de Villagondú, después de agradecer a sus vecinos la atención prestada para con nosotros y nuestras inquietudes sobre el asunto de Mengollu, a la vera de la panera que dicen haber bajado desde tan alejado lugar, doña Carmen nos despide haciéndonos una simpática advertencia:

¿Y, ven ustedes esa vereda que se pierde detrás del pueblo y que sube hacia los montes? Esa es la que antiguamente se tomaba para llegar a los puertos y a la aldea de Mengollu. Pero no se les ocurra a ustedes subir por ella hoy, que un poco más allá de aquellos prados que se ven enfrente hay otra aldea abandonada y los guardias civiles del Seprona han prohibido el paso hasta ella porque han visto al oso deambular por allí y no quieren que lo molesten. ¡Madre de Dios, qué tiempos estos! Atienden mejor a los animales que a las personas... Y así están los pueblos por aquí, a punto de desaparecer todos cuando los cuatro viejos que vivimos en ellos estemos dando ortigas en el camposanto.

Y nosotros nos atrevemos a pensar: ¡Y quién sabe, doña Carmen, si estos pueblos desvincijados, casi olvidados, seguirán los mismos pasos que el desgraciado Mengollu! Mañana, al cabo de siglos, perdidos en la memoria y en los recuerdos de unos pocos viejos, devorados por el monte y la maleza allá arriba, en perdidas montañas, como protagonistas de oscuras y difuminadas leyendas mucho después de su, quizás, verdadera existencia.

## LA ENFERMA DE MONTECILLO

Las hemerotecas son, sin duda, un tesoro al alcance de todos: cultura de antaño hoy gratuita, afortunadamente, en la mayoría de las ocasiones. Nos permiten disfrutar de los buenos momentos que proporciona conocer historias que, si no fuera por el legado que se guarda en estos archivos, hubieran desaparecido para siempre. No es de extrañar que muchos pasemos largas horas rebuscando entre rancias noticias en pos de alguna que al menos nos resulte curiosa o interesante para la pesquisa que estemos realizando en esos instantes. Y de esta manera tan instructiva comenzó mi interés por el asunto que nos va a ocupar en las próximas líneas.

*Estampa* fue una revista verdaderamente moderna para su tiempo. Con sede en Madrid y con una vida relativamente breve (solo fue publicada semanalmente desde 1928 hasta 1938), puso de relieve sus aspiraciones de lograr un material ameno, muy gráfico, con una gran proliferación de fotografías que hoy tienen un valor inestimable. Y, además, fue una publicación muy abierta en sus temáticas, tanto que algunos la tildaron en ocasiones de prensa amarilla e incluso sensacionalista, por lo que sufrió el acoso de la censura por aquellos años, uno de los motivos que sin duda llevó a su cierre. Lo cierto es que, debido al revoltijo de informaciones dispares aparecidas en sus páginas, es esta publicación una de mis preferidas a la hora de recabar detalles sobre diversas historias pretéritas. En una de estas arduas búsquedas me hallaba cuando, de repente, llamó mi atención un curioso titular del ejemplar número cuarenta y uno, del 9 de octubre de 1928. El artículo estaba ilustrado con una fotografía impactante de cierta dama con ojos apenados que miraba directamente a cámara postrada en su cama. El encabezamiento decía

lo siguiente: «La enferma de Montecillo. Una mujer que lleva diez años sin comer». Dada la rareza de lo anunciado, inmediatamente me propuse rescatar la mayor cantidad de información posible al respecto.



Artículo de la revista *Estampa* que despertó mi interés sobre la historia de la enferma de Montecillo.

En el extremo norte de la provincia de Burgos, cerca de Espinosa de los Monteros, se halla la pequeña aldea de Montecillo de Montija. Con una población habitual de apenas una veintena de almas, se sitúa en plenas Merindades, una comarca repleta de historia y que posee real abolengo. Montecillo se enclava a los pies de puertos y montañas que la cobijan de los fríos vientos, como por ejemplo el Portillo de Bustihierro, en las estribaciones orientales de la cordillera Cantábrica. Pues bien, en este bucólico y escondido paraje se iban a desarrollar los hechos que darían fama al pueblo entero y que mantendrían en jaque durante mucho tiempo a galenos y científicos.

La protagonista de nuestro misterio era Amalia Baranda Ruiz. En verdad había nacido en la localidad próxima de Quintana de los Prados, en 1896, pero a la edad de trece años se trasladó con su familia hasta Montecillo,

donde al fin establecerían su hogar. Nueve años más tarde, concretamente el 16 de marzo de 1918, la joven comenzaría a padecer cierto malestar, unos dolores frecuentes que sentía por todo el cuerpo. Según lo que narraba su propia madre a los periodistas enviados por la revista *Estampa*:

Amalia servía con un tío cura cuando empezó a enfermar. Unos simples mareos fueron los anunciadores. Después, para cuando llegó el médico se la encontró en pleno ataque de histerismo. Pasados unos días tuvo vómitos de sangre, se repitieron los ataques y comenzó a devolver la comida, siendo este el principio de su asombroso estado de ayuna actual.

En un principio, amigos y familiares comenzaron a proporcionarle remedios caseros, pues creían que la dolencia de la chica podía ser debida a cualquier afección liviana, típica de su edad. Pero con el paso del tiempo, a pesar de los intentos de cura que se le suministraban, Amalia no mejoraba. Es más, empeoró su estado hasta tal punto que fue visitada por varios médicos, al razonar los allegados que la salud de la joven estaba mermando preocupantemente. Tras un examen exhaustivo, se le diagnosticó una perigastritis adhesiva, una enfermedad que impide cualquier tipo de ingesta, ya sea de alimento sólido o líquido. Los médicos solamente pudieron advertir a los parientes de la gravedad de este mal y les indicaron que aguardasen y se preparasen para un fatal desenlace, ya que la esperanza de vida en este tipo de trastornos no pasaba de unos pocos días.

Como podemos entender, sus familiares, golpeados por tal fatalidad, solamente podían crear un ambiente lo más apacible posible para su querida Amalia, intentando disimular sus pesares y lágrimas delante de la muchacha y mostrando junto a su lecho la mejor de las actitudes. Sin embargo, el instante fatídico de la muerte se iba dilatando y la chica, aunque muy débil, se mantenía lúcida y con un aspecto saludable dentro de lo que cabía, tendida constantemente en su lecho. Debido a su convalecencia su apetito disminuyó, como era de esperar, así que comenzó a rechazar cualquier alimento y se sometió a un radical régimen que extrañaba, a la vez que preocupaba, a los familiares y vecinos que la visitaban con asiduidad.

Y así transcurría el tiempo. El médico de Espinosa de los Monteros, Manuel Gutiérrez, que asistía atónito al desarrollo del supuesto padecimiento de la muchacha desde los primeros momentos, no daba crédito a lo que veía. A pesar de no recibir alimento sólido o líquido durante varios años, Amalia se mantenía con vida, con no demasiado mal aspecto y con sus facultades mentales intactas. Tan solo se le suministraba una inyección de Fosforrenal y la hostia sagrada en la comunión diaria. De hecho, el médico llevó el caso a reuniones con sus colegas y lo consultó con la mismísima Real Academia de la Medicina para comprobar si figuraba en los anales de la medicina un suceso similar al burgalés. En las consultas que se realizaron a los hospitales de Bilbao, Madrid o Burgos, entre otros, tampoco se obtuvo una respuesta satisfactoria.



La pequeña localidad de Montecillo de Montija, en Las Merindades burgalesas, fue escenario de la penosa vida de Amalia.

También se barajó la posibilidad del engaño, de cierta triquiñuela ideada por ella misma o por las personas más próximas, con Dios sabe qué finalidades. Fue tanta la consistencia que llegó a tomar esta sospecha que el

médico familiar de cabecera acusó directamente a la joven de farsante. Era imposible que con la falta de alimento y la enfermedad que él mismo había diagnosticado se hallara, después de tantos años, con esa relativa entereza. Su aspecto era el de una mujer cansada, constantemente postrada en el catre, pero la cara mostraba cierta frescura y vitalidad, lo que hacía que las controversias sobre el verdadero estado de Amalia aumentaran. El doctor la trató de holgazana y perezosa, asegurando que pretendía engañarlos a todos y ser el centro de atención de todas las miradas. Sin embargo, la moza apenas podía justificarse con el hilillo de voz que salía de sus labios. En ocasiones, unos ataques terribles de tos le provocaban asfixia y hacían que se encontrara aún más frágil, sobre todo durante los duros inviernos de aquella zona castellana, tiempos fríos en los que estos padecimientos se incrementaban y todos temían verdaderamente por su vida.

Pero Amalia, tras estas puntuales recaídas se presentaba impertérrita, acostada en la cama con apenas la cabeza asomando entre las sábanas, tocada con un gorro blanco que tan solo dejaba ver su rostro blanquecino, con unos ojos afilados y profundos que reflejaban una mezcla de sufrimiento y resignación. A la familia solamente le quedaba la esperanza de un milagro. Por ser personas creyentes, se instaló en la alcoba de la muchacha un improvisado altar en el cual habitualmente se realizaban rezos y súplicas por la mejoría de la enferma. Ya hemos mencionado que hospitales de Bilbao, Madrid, Burgos o Zaragoza certificaban lo imposible: la vida, así, no se explicaba.

En cierta ocasión se presentó en el pueblo un médico acompañado de otra persona que dijo ser hipnotizador. Ellos explicaron que con sus técnicas oníricas podían resolver el misterio haciendo que la joven confesara su broma. Pero los vecinos, temiendo que fueran unos farsantes o que lastimaran a la enferma, no les permitieron realizar tales pruebas. El médico Manuel Gutiérrez narró así este episodio concreto al periodista de *Estampa* cuando se le preguntó al respecto:

Fui yo quien lo prohibió. Mire usted: por mi iniciativa se organizó un turno de vigilancia de la enferma en el que estuvimos cinco doctores catorce días con sus catorce noches para comprobar, aparte de que yo lo tenía bien comprobado, que no comía ni bebía. Pues bien, una vez que esto se hizo y que redactamos la memoria en que los cinco afirmábamos lo mismo, un periódico de Santander comenzó una

campaña en la que se dudaba de la veracidad del caso. Por entonces vino este señor a quien usted se refiere acompañado de un médico santanderino con el propósito de hipnotizar a la enferma. Por cierto que el primer día le hicieron tomar una taza de café, para ver si, efectivamente, no admitía nada su cuerpo y la mujer la arrojó inmediatamente.

Yo prohibí que la hipnotizaran, temiendo que podía quedarse en la operación. Y esto dio como resultado el acrecimiento de la duda. Pero nada de esto tiene demasiada importancia, ya que se trataba de una franca oposición a otro periodista santanderino que defendía el caso hoy suficientemente comprobado. Es algo extraordinario, una cosa excepcional en la que yo tengo puesto todo mi interés.

En el año 1924, cuando la joven ya llevaba en ese estado de postración más de seis años, comenzó a publicarse en la prensa nacional y europea la fabulosa historia de la enferma de Montecillo, razón por la cual el pueblo se convirtió en un verdadero templo de peregrinaje, repleto a cualquier hora del día o de la noche de cientos de curiosos, médicos y demás personajes que se acercaban hasta el lugar en busca de noticias de primera mano. Tanto fue el deambular de foráneos por la localidad que, en cierto momento, en tan solo dos meses se contabilizó la visita de 188 forasteros, 26 sacerdotes y 23 médicos, lo que nos vuelve a dar una idea de la repercusión que tuvo en su momento la insólita vivencia. La mayoría de ellos se presentaban con una sonrisa de suficiencia, a la vez que de escepticismo, creyendo a priori que todo aquello no era más que un montaje ideado por mentes pueblerinas. Una burda broma en la cual, incluso, estarían involucrados hasta los miembros de la propia familia de la joven. Por ello, durante varios días se apostaron en las cercanías de la casa, vigilando a allegados y a cualquier persona que visitara el hogar de la muchacha para comprobar que no le administraban alimento alguno en secreto. Pero la patraña nunca pudo comprobarse y, a pesar del estrecho círculo que se cernió sobre la residencia de los Baranda, jamás se pudo demostrar que Amalia recibiera cuidados extraordinarios. Por todo ello, a la autoridad médica no le quedó otro remedio que rendirse a las evidencias y hacer comunicados como los siguientes: «El caso de Amalia Baranda es único en la historia de la medicina, desafiando todas las leyes biológicas conocidas». «Tal vez algún día la ciencia encuentre explicación a un fenómeno que hoy no la tiene.»

Pasaban los años y, viendo que el triste final no acaecía, pero que la mejora tampoco era visible en la paciente, en 1927 se decide trasladar a Amalia hasta Zaragoza, donde, sin duda, en instalaciones mejor dotadas, más modernas y con más profesionales de la medicina a su alcance, se podría tratar mejor a la doliente. Se la sometió a varios análisis pertinentes, en los cuales se observó cierto exceso de oxígeno en la orina así como de acetona en sangre. De hecho, se podía apreciar directamente su peculiar olor en el rojo elemento. Incluso se le llegó a practicar una operación quirúrgica mediante la cual solo pudieron evidenciar un estómago prácticamente inoperante, repleto de úlceras, por el que nada se podía hacer. De nuevo, los médicos que la atendieron en la capital aragonesa, intentando razonar lo que parecía ilógico, sospecharon de cierto engaño. Para intentar desenmascarar el ardid se planificó montar una vigilancia en la habitación de Amalia tanto durante el día como por la noche. De esta manera se pudo constatar que en los diecisiete días que se mantuvo esta custodia la joven no tomó alimento alguno. Tan solo la comunión que le ofrecía el capellán por las mañanas. Los exámenes que se realizaban a la muchacha no mostraban, a pesar de esta abstinencia, merma considerable en sus calorías o peso, lo cual hacía incluso aún más extraño el asunto en sí.

Otro especialista que trató a la joven fue el doctor Luis Valero Carreras, el cual manifestó lo siguiente con respecto a la fisonomía de Amalia y a ciertas teorías rebuscadas acerca de su enfermedad:

Cuando la reconocí aprecié lo que tantos otros médicos: que su aparato digestivo no ofrece nada anormal, excepto en sus funciones, puesto que sabido es que no tiene uso alguno, y si se la obliga a tragar algún líquido lo devuelve enseguida con alguna estría sanguinolenta, debido al esfuerzo. El corazón y vasos no ofrecen nada digno de mención, no existiendo más que ligera disminución de la tensión arterial, que es de once por seis, y mayor número de pulsaciones que el normal: ochenta por minuto. Un detalle curioso: produce diariamente unos cinco centímetros cúbicos de orina. Otro: la delgadez de la enferma permite tocar la columna vertebral a través del abdomen [...].

Del examen clínico nada se deduce que permita explicar el hecho de vivir sin comer ni beber y teniendo pérdidas cada día con la orina, la respiración, etcétera, y como tal hecho es evidente, pues se han realizado los más escrupulosos procedimientos que excluyen todo fraude, no es posible rehuir la cuestión. Pero como en el terreno de la hipótesis la imaginación vuela siempre, hasta que los progresos de la ciencia permitan

explicar lo que ahora es maravilloso, yo he pensado si por una disposición especial del organismo de esta enferma serán captados del medio ambiente el agua y los elementos nutritivos que el aire contenga, o bien que, sin ser precisamente nutritivos, en la verdadera acepción de la palabra, sean sectores de energía que sostengan la vida de la enferma a costa de un insignificante déficit de su cuerpo, que lo hay, puesto que la enferma adelgaza de año en año. Tenemos todavía sin explicar rotundamente el papel del nitrógeno del aire, ni la misión que desempeñan en el organismo todos esos gases de nombre extraño: el neón, el criptón, el argón, siempre volanderos por el aire respirable, según las más recientes teorías [...].

Todo esto no tiene base sólida en que apoyarse, pero a falta de otra explicación más satisfactoria, he adoptado esta.

Ya de regreso a su pueblo, el estado de la mujer empeoraba por momentos. Los padecimientos se multiplicaban. En ocasiones, los fuertes dolores que sentía la hacían estallar en gritos desgarradores. Los vecinos la oían hablar con su madre, mientras esta intentaba calmarla: «¡Quiero que me abran de nuevo; quiero que se haga un nuevo intento de operación! ¡Si es preciso, que otra vez me abran el vientre! ¡Esto es insufrible, esto es insoportable!».

Llegan años durísimos, y con el comienzo de la Guerra Civil, Amalia y su familia se trasladan desde Montecillo a Espinosa de los Monteros buscando una mayor seguridad en aquellos tiempos tan convulsos. Y es en este lugar donde la joven fallece en noviembre de 1936, postrada como siempre en la cama y supuestamente sin haber ingerido alimento alguno durante más de dieciocho años.

Pero todos estos artículos, documentos y declaraciones de terceros, a pesar de que poseen gran validez y de que son ilustrativos, no quedarían completos sin un verdadero trabajo de campo. Como es una de mis incondicionales premisas, intento acudir a los lugares de los hechos en cuestión, en busca, si fuera posible, de testimonios directos y localizaciones concretas de donde se desarrollaron los sucesos que a cada investigación corresponden. Creo que es lo más honesto y enriquecedor, sin duda, en trabajos como los que acostumbro a abordar, más cercanos al ámbito del reporterismo que al literario, en el que quizás estos detalles no sean tan necesarios. Por tanto, era inexcusable visitar la comarca de Las Merindades para encontrarme con los escenarios en los que vivió Amalia durante sus duras

experiencias. Para mantener la mayor objetividad posible a la hora de mostrar estas historias tan controvertidas, era importante respirar el aire que ella respiró, pisar la tierra que ella pisó en su niñez, conocer los paisajes que contempló, pasear por las callejas de su aldea... Sentir, en definitiva, esas sensaciones que serían imposibles trasladar al lector si no se ha tenido la oportunidad de vivirlas de primera mano.

A pesar de los años transcurridos, más de ochenta, quería contactar con posibles supervivientes que hubieran conocido a la enferma, que hubieran sido contemporáneos de su vida. La buena mujer, estuviera donde estuviera, sin duda ayudó a este rescatador de leyendas peregrinas en su actual anhelo. Un buen día, en pos de la memoria de Amalia, visité la bonita tierra norteña burgalesa.

Y qué mejor anfitrión que un gran maestro, un investigador de tomo y lomo, perseverante y metódico como pocos en su trabajo de averiguar qué había de cierto en todas aquellas casi legendarias peripecias de la enferma de Montecillo. Se trata de Juan José López, colaborador en varios radios regionales castellanas y escritor de un excepcional tratado sobre el caso que nos ocupa: *La pregunta número siete*. Y sobre todo, por supuesto, un gran amigo. En este laborioso trabajo de recopilación de una amplia documentación, nuestro querido colega Juanjo ha plasmado, de manera amena y apasionante, los detalles y la vida de esta buena mujer, así como los testimonios de las personas que la atendieron y aportaron sus conocimientos para intentar resolver aquel misterio. A la sombra de los viejos portalones de la plaza de Espinosa de los Monteros, comenzó a narrarnos sus pareceres y dictámenes, válidos sin duda después de aquella labor realizada que le había llevado literalmente a obsesionarse con la muchacha, creyendo incluso que la famosa enferma le había elegido a él como portavoz de su incomprensible dolencia para hacer que su memoria no se perdiera con el paso de los años. Apurando sendos refrescos que el caluroso día demandaba, conectamos la grabadora para que ni una sola palabra de Juanjo quedara en el tintero:

Amalia había nacido a finales del siglo XIX en el pueblo de Quintana de los Prados, muy cerca de donde nos encontramos. Vivía junto a su familia, compuesta por sus hermanos, sus padres y un tío materno que era cura y que en un principio inculca a Amalia una fuerte devoción por las ideas religiosas. Además, como era la pequeña de

la familia, con el paso de los años se convierte en la ayudante de su tío párroco. De hecho, esa devoción religiosa que va creciendo en Amalia le hace comunicar a sus padres su voluntad de ingresar en un convento en un futuro cercano, idea a la que se oponen totalmente sus progenitores. Más si cabe cuando un buen mozo de cierta familia pudiente había mostrado su interés por comenzar el noviazgo con su hija. Pero Amalia se muestra terca e incontestable en su ideal, rechazando cualquier tipo de relación. De momento continuaría ayudando a su tío cura. Luego, ya se vería, pensaba la muchacha.

Y cuando el sacerdote se hace mayor y achacoso, para evitar el exceso de trabajo, le encargan que preste sus servicios únicamente en la pequeña localidad de Montecillo, muy cerca de Quintana, a la que se traslada toda la familia acompañándolo. Así podríamos decir que transcurre la niñez de Amalia, sin ningún hecho que destacar. Aunque hay que señalar que cuando cumplió veintiún años se le diagnosticó una ascitis, que consiste en una acumulación de líquido seroso en el abdomen. Pero sin mayor importancia. Era una chica normal y corriente a nivel físico y psicológico. Incluso de cierta corpulencia y fortaleza, si me apuras. Pero a partir de la edad citada, del padecimiento de esa enfermedad en un principio sin repercusión, es cuando la historia se empieza a complicar...

Juanjo se reafirma en sus apreciaciones de manera rotunda, como persona que ha pasado mucho tiempo estudiando la vida de esta enigmática mujer. Nos ha proporcionado, en esta primera síntesis de su vida, un boceto muy válido para que nos podamos hacer una idea acertada de aquellos primeros años de Amalia. Pero como bien advertía nuestro compañero, a partir de los veintiún años la vida de la muchacha comienza a dar un giro dramático:

Pero cuando había cumplido veintiún años sufre un ataque extrañísimo, además de horrible. Ella misma lo relató en sus declaraciones a la prensa de la época. Dijo que una noche, después de cenar, notó un dolor abdominal terrible. Que se levantó de la mesa y tuvo que agarrarse al marco de la puerta. En ese momento se desvaneció y ya no recordaba más. Esa noche además estaba allí una amiga suya. Algunos familiares acudieron rápidamente hasta Espinosa de los Monteros, en plena noche, para avisar al médico, el señor Manuel Gutiérrez, conocido como «el Sobano» porque procedía de la comarca cántabra de Soba.

Cuando regresan a Montecillo acompañados del doctor, este se encuentra a la paciente convulsionando y con grandes gestos de dolor. El doctor declararía posteriormente que parecía un ataque de histerismo. Lo primero que se contempla es un posible corte de digestión. Los presentes reconocen que después de la cena Amalia

había bebido un vaso de agua muy fría. Y tras un primer reconocimiento a la enferma y verificando que poco a poco comienza a recuperarse, este episodio se zanja con la explicación mencionada, sin más percances que destacar.

De esta manera, según rezan diversos testimonios de la época, algunos de los cuales fueron reflejados en las mismas memorias del doctor Manuel Gutiérrez, finaliza esta primera indisposición de Amalia. Y quizás, como bien indica Juanjo, sería conveniente detenernos unos momentos a valorar la personalidad de don Manuel, ya que, a la postre, iba a ser el testigo científico y racional que más tiempo iba a pasar frente al lecho de la enferma de Montecillo. Así lo cree también nuestro compañero y comienza a describir la trayectoria de este médico:

Un médico bastante bien preparado, por cierto, con diversas especializaciones y muy instruido. Era, por ejemplo, cirujano, por lo que podemos imaginar su diestro proceder a la hora de atender a Amalia en esos momentos y, por desgracia, en sus futuras dolencias. Apesar, por supuesto, de las grandes limitaciones generales que se tenían en aquellos años en la medicina que se desarrollaba dentro del ámbito rural, tanto técnicamente a la hora de diagnosticar, como materialmente a la hora de curar. Pero a este doctor se le puede considerar una excepción, dada su preparación, como te digo, y las personalidades del gremio con los que se codeaba. Incluso tenía una buena relación con Ramón y Cajal, toda una figura internacional en el campo médico, como todo el mundo sabe.

Como inciso breve, es justo señalar que los vecinos y pacientes de este doctor le tenían verdadero aprecio y así nos lo hicieron saber personas que escucharon historias sobre este galeno. En muchas ocasiones, cuando la familia a la que atendía no tenía suficiente dinero para pagar sus servicios — cosa que en aquellos años ocurría por desgracia con bastante frecuencia en estas aldeas—, cuentan los lugareños que no solamente el doctor rechazaba cualquier honorario, como mucho algún pago en especie, como huevos o similares, sino que era él mismo el que disimuladamente y de manera compasiva dejaba debajo de la almohada del enfermo de turno unas monedas a modo de limosna. Por todo ello, como se puede comprender, era muy querido.

Y, en un principio —continúa Juanjo—, cuando se sentía ciertamente desconcertado por los derroteros que estaban tomando los acontecimientos sobre la enfermedad de Amalia, comienza a cartearse con la mismísima Real Academia de Medicina, para ver si era posible llevarla a Madrid y estudiarla con mejores medios. Sin embargo, aquellos doctores de la capital, desde mi punto de vista, dan largas al doctor Gutiérrez diciéndole en cierta manera que el viaje sería muy costoso y que en verdad iba a aportar poco el estudio de esta paciente a la medicina en general. El desinterés de estos dirigentes médicos era claro y tan solo proponen al doctor Gutiérrez el envío de una comisión desde Madrid para el estudio in situ de la enferma, sin más.

Tras este intercambio de cartas, Manuel Gutiérrez acepta a regañadientes la proposición de sus colegas de la capital y llega al pueblo de Montecillo por el año 1925 una suerte de tribunal médico dispuesto a dar con la solución de la dolencia de Amalia. Pero tras unos días conviviendo prácticamente a todas horas con la enferma, examinándola concienzudamente, deciden regresar a Madrid sin conclusión alguna y llenos de asombro.

Retomando ahora el primer achaque de consideración que sufrió Amalia, por denominarlo de alguna manera, tenido como una mera indigestión grave, Juan José nos explica lo que ocurrió en jornadas sucesivas:

Después de aquel episodio inicial, en el cual se creyó que Amalia había sufrido un corte digestivo, esos ataques comienzan a reproducirse en días sucesivos, cada vez con más intensidad y frecuencia. Los dolores de estómago se hacen insoportables y los vómitos cotidianos cada vez que intentaba comer o beber algún alimento. De esta manera, el doctor comienza a hacerle pruebas y a consultar esa desconocida dolencia con otros compañeros, dada la extrañeza y su desconocimiento a la hora de hallar las causas y por tanto el diagnóstico. Por eso, ahora sí, la paciente inicia un peregrinaje por varios hospitales, por Bilbao o Madrid. En Bilbao, por ponerte un ejemplo de entre otros centros donde estuvo realizando pruebas, se le practicó una laparotomía, pero usando, por supuesto, la técnica de aquellos años, con lo que esto significaba. Hoy en día casi se hace sin cirugía esta clase de análisis. Pero en esa época, a la doliente se le abrió el abdomen y se examinó prácticamente todo el aparato digestivo.

Los doctores se quedan sorprendidísimos al comprobar que Amalia tiene el aparato digestivo destrozado, se podía decir que carecía de él, ya que se encontraba anulado, dado el estado tan deteriorado que presentaba. Y es cuando se le diagnostica una perigastritis adhesiva: consistía en una proliferación en el estómago de úlceras no curadas, hablando, por supuesto, genéricamente, sin entrar en detalles científicos. Dolencia que afortunadamente hoy la medicina ha podido controlar, previniendo, diagnosticando o eliminando estos trastornos antes de que vayan a más.

Por lo tanto, resumiendo, al ver que su aparato digestivo está inservible, los doctores que la operaron concluyen que por esa razón, tanto los alimentos líquidos como los sólidos que se administraran a la paciente serían rechazados por esta, como así ocurría, con los continuos vómitos que padecía Amalia cada vez que le daban algo de comer. Y tras estos resultados, los galenos comunican a la familia que apenas le quedan unos días de vida a la muchacha, dado el carácter incurable de esta enfermedad por aquellos años.

Tras estos desesperanzadores vaticinios, a la familia solamente le quedaba rezar. Y hay que señalar aquí el fuerte fervor religioso que imperaba dentro de la casa de los Baranda, y sobre todo en la mente de Amalia, uno de los aspectos con los que se ha intentado explicar la entereza de la enferma: su tenacidad y su fuerza religiosa le permitieron sobrevivir al padecimiento, ayudada por una fe que resultaba cercana al misticismo, cosa que según algunos que la conocieron la elevaba hasta la figura de santa. Juanjo continúa relatando lo acaecido en aquellos días en que los médicos presagiaban el fatal desenlace:

Los dolores y el malestar cada vez eran más violentos. Amalia vivía en un constante infierno, con muy pocos momentos de tranquilidad. Para que te puedas dar cuenta de su desgracia y de sus padecimientos, en cierta ocasión esos dolores, que abarcaban prácticamente todo el cuerpo, pero que se centraban en su aparato digestivo, se radicaron en su boca. La dentadura, al estar inoperante y falta de hidratación, comienza a deteriorarse y los dolores se hacen insoportables. Así, un dentista de dudosa reputación, un auténtico sacamuelas que prestaba sus servicios en la comarca, extrae todas sus piezas dentales con la autorización de los médicos que atendían a la joven, razonando que, para los escasos días que le quedaban de vida, al menos que fueran libres de dolor. Por ello proceden a tal operación dental, con unas técnicas que hoy en día nos provocarían pavor y que prefiero no detallar.

Y como decimos, los médicos a partir de este momento del desarrollo de la enfermedad, lo que intentan era evitar en la medida de lo posible el dolor físico de Amalia. Y lo hacen con algo que en aquellos tiempos era más bien innovador: sondas duodenales, suero o la aplicación de un moderno inyectable. Y claro, muchos han creído que solamente con esas sustancias, en un cuerpo que prácticamente estaba inmóvil y que gastaba la mínima energía posible, podría ser suficiente para nutrirlo y que sobreviviera por un tiempo indeterminado. Por esto me propuse averiguar qué inyectable era aquel que le suministraron y del que en un primer momento no estaba muy clara su composición. Así encuentro en los informes médicos un nombre: Fosforrenal Robert. Inmediatamente me pongo en contacto con los laboratorios que lo

fabricaban, Robert Soler de Barcelona, y me facilitan la composición. Después consulté estos componentes con farmacéuticos y doctores, los cuales me aseguraron que una persona encamada, como estaba Amalia, con un gasto energético mínimo, siéndole suministrado este inyectable en una dosis de 1 a 2 centímetros cúbicos al día, era imposible que sobreviviera solamente con esta ingesta de nutrientes. Y me hacen una aclaración definitiva: la paciente necesitaría hipotéticamente 200 inyecciones al día de este producto y en esas dosis para sobrevivir.

No hay que olvidar que se le estaban suministrando al mismo tiempo sondas duodenales y enemas anales, pero no de manera tan continuada. Y al poco tiempo los doctores descartan seguir con estos tratamientos, viendo el rechazo y el malestar que muestra la paciente. De esta manera su dieta se reduce únicamente a un poco de leche y el citado Fosforrenal, lo que hace sembrar el desconcierto entre los médicos que, asombrados, contemplan la evolución de la enferma.

Esto hace que se vuelvan a replantear el diagnóstico que habían dictaminado, pensando incluso que pudieron haberse equivocado. De esta manera, la vuelven a llevar a Madrid, no sin pocos recelos ya que muchos creían que el viaje tan largo era arriesgado y que podía peligrar la vida de Amalia. Pero una vez en el hospital vuelven a operarla y los cirujanos ratifican sus primeras declaraciones. La muchacha tiene el aparato digestivo destrozado e inservible. Su cuerpo, de esta manera, no puede tolerar alimento alguno. No hay explicación para que esa mujer continúe con vida.

Juanjo pronuncia estas afirmaciones de los médicos que atendieron en Madrid a Amalia y que él, muy atinadamente, ha estudiado y reflejado en su libro de manera detallada. Tras unos momentos de reflexión, me hace la siguiente apreciación personal:

Y claro, muchos dicen que Amalia estuvo dieciocho años en ayuno completo. Y a mí me gusta siempre hacer una consideración: creo justo indicar que, a mi juicio, la muchacha estuvo como máximo quince años, que por supuesto ya son una barbaridad. Y digo esto, porque al menos durante los tres años primeros de su misteriosa enfermedad, siendo tratada a diario, experimentando sobre ella con medicamentos, sustancias y otros remedios, aunque los rechazaba todos, cabe la posibilidad de que en cierta medida estos nutrientes, al fin y al cabo, alimentaran a la paciente.

Tras aclarar esto, tengo que decirte también que el infierno por el que pasó Amalia a duras penas nos lo podemos imaginar. Después de todas estas calamidades, de varias operaciones, de todas estas experimentaciones realizadas sobre su cuerpo, la pobre muchacha decía a los doctores, les imploraba, mejor dicho, que la dejaran morir. Que su vida no tenía sentido de aquella manera. Su sufrimiento había llegado al límite y la joven se sentía más que desfallecida. Todo aquello era un suplicio y quería acabar lo antes posible con él. Aquí también es donde se muestran las creencias religiosas y el

fervor que mostraba Amalia aun en esta situación tan desesperante. Algo que refl eja su cara más mística. En cierta manera se sentía tocada por la mano de Dios. Tenía que dar gracias a ello porque su enfermedad representaba una gran prueba impuesta por el Señor, lo que la hacía considerarse casi como una mártir.

Por eso, a partir del tercer año de su convalecencia, intentando aceptar sus deseos, restringen cualquier prueba y cualquier intento de alimentación. Solamente dejan el famoso inyectable, que de alguna forma aplaca el dolor.

Durante todos estos avatares hay una hipótesis que planeaba sobre la casa de los Baranda. Muchos pensaban en el engaño, en la duda sobre su completo ayuno, en poder conocer si no eran en verdad terceras personas las que suministraban a Amalia alimentos a escondidas. Y esta teoría, sin duda, no pasaba desapercibida a los ojos de los galenos que la visitaban, como ya hemos mencionado anteriormente. Por ello, Manuel Gutiérrez, su médico de cabecera, y otros colegas más que analizaban juntos la situación, deciden realizar una vigilancia. Así nos lo narra Juanjo, cuando se refiere a este concreto episodio:

El doctor Gutiérrez no sabía ya a qué atenerse. Él decía que creía a la familia, que no le suministraban ningún alimento, sobre todo porque él conocía el estado en el que se encontraba el aparato digestivo de Amalia, incapaz de absorber nutriente alguno. Pero quería estar seguro al menos en este aspecto. Así que en una fría noche, frente a la casa de Montecillo, el doctor y otros colegas de profesión y algunos de sus amigos, como un abogado, un fotógrafo, un periodista... deciden formar un equipo para intentar vigilar a la enferma y la casa las veinticuatro horas del día. De esta manera planifican guardias para procurar no dejar solo el lugar durante ningún momento. Y llega a tal extremo su minuciosidad que deciden realizarlas siempre en grupos de al menos dos personas, para asegurar que ninguno de ellos mismos estuviera compinchado con la familia. Tal era el grado de recelo que existía por saber la verdad de todo aquello. Transcurridos esos quince días de vigilancia, los miembros de esta comisión firman un documento en la casa del doctor Gutiérrez, dando fe de que nadie ha proporcionado a la enferma durante ese periodo de tiempo ni bebida ni comida alguna. Por lo tanto, tras estas aseveraciones, descartan totalmente el fraude.

Por otro lado, estas jornadas de constante observación también sirvieron para comprobar un hecho en el que hasta entonces no habían reparado los doctores. Resultó que para realizar las comprobaciones del estado de la enferma, como análisis, tomas de temperatura, etcétera... los médicos se dieron cuenta de que Amalia apenas conciliaba el sueño. Escasamente diez o quince minutos cada ocho horas de vigilia es

lo que solía dormir la muchacha, siempre entre una especie de pesadillas y gemidos de dolor. Lo cierto es que fue una anomalía verdaderamente destacable, dentro del mismo misterio que rodeaba a la doliente.



Casa del doctor Manuel Gutiérrez, sita en el centro de Espinosa de los Monteros. En una de sus habitaciones, tras el estallido de la Guerra Civil, Amalia pasaría los últimos días de su vida.

La noticia sobre el caso de Amalia y las pruebas y exámenes que los doctores que la atendían realizaban, incluyendo este intento de desenmascarar el supuesto fraude, llegaron a oídos de diversos profesionales y estamentos médicos de todo el país. La sola idea de que hubiera algo sobrenatural en la enfermedad de la de Montecillo provocaba revuelo en el gremio médico, que no podía más que aceptar lo extraordinario del caso después de verificar los estudios que estaban siendo realizados. Pero estos dictámenes no iban a ser compartidos por todos, a pesar de las medidas que se tomaron para intentar ser lo más objetivos posible en sus conclusiones. Algunos galenos, que, dicho sea de paso, nunca visitaron a la enferma, dudaban de las palabras de Manuel Gutiérrez y sus colegas, tildándolos casi de mentes pueblerinas calenturientas.

Esto es lo que se pensaba en el Hospital Universitario de Zaragoza, cuyos doctores solicitaron la presencia de la doliente en sus instalaciones para un correcto diagnóstico y examen. Así es como nos lo cuenta Juan José:

Claro, estamos hablando prácticamente del mejor hospital de España en aquellos tiempos. Y sus doctores, como el famoso Vallejo Nájera, más o menos altivos dada su reconocida reputación, se muestran escépticos cuando no incrédulos sobre los informes que se han realizado a la enferma burgalesa. De esta manera solicitan al doctor Gutiérrez que proceda al transporte de Amalia hasta sus instalaciones, no dejando de advertir don Manuel el cuidado máximo que deben prestar en este viaje, dado el estado de extrema delicadeza que presenta la enferma.

Tras un complicado traslado, lo primero que hacen los diversos especialistas que atendieron a Amalia al llegar al hospital es tomar sus datos de talla y peso. Resulta curioso conocer en las fichas elaboradas al respecto, cómo Amalia apenas pesaba 33 kilogramos al ingresar. En su historial médico, cuando la de Burgos estaba sana, se hablaba de una moza de complexión más bien fuerte, con un peso de unos 77 kilogramos.

Pero estos médicos de Zaragoza, como decimos, toman el caso de la chica de manera muy escéptica. De hecho, ya habían tenido varios pacientes que presentaban anomalías similares tildados por sus allegados como casi experiencias místicas, con ayunos de este tipo, o estigmatizados que segregaban supuestamente sangre a voluntad por sus llagas. Trastornos que al final se descubría que solamente eran fraudes urdidos con intenciones diversas, teñidos de episodios histéricos. Y según su criterio, el caso de Amalia no iba a ser menos. Pero tras su convalecencia en el centro médico y las diversas pruebas y operaciones a las que fue sometida (por cierto, alguna de ellas, dado el extremo estado de debilidad que presentaba la paciente, a punto estuvo de costarle la vida) los galenos convocan a la prensa ojipláticos y asombrados, manifestando frases como «la vida así no se explica» o «es algo biológicamente inexplicable».

Tras estas aseveraciones del equipo médico maño, no cabía duda de que la extraña enfermedad de Amalia era desconocida e incluso anormal desde el punto de vista científico. Pronto, las gentes comienzan a murmurar, tratando a la enferma de poco menos que de santa. Su habitación en la humilde morada de Montecillo aparecía llena de estampas y de santos. Y frente a su cama se instala un pequeño altar, con diversos crucifijos y figuras que acompañan a Amalia y a los presentes en sus rezos, los cuales realizan a cada momento. Como antes decíamos, la Sagrada Forma era facilitada a Amalia diariamente y al parecer era el único alimento que toleraba. Todo indicaba que aquella

vocación religiosa que Amalia había manifestado en su mocedad y a la que sus padres mostraron reticencia, revelaba ahora todo su esplendor en el alma de la chica y en su razón de ser. La alcoba de la enferma más bien parecía ahora la celda de una monja con virtudes místicas o cuasi santas. Apoyándose en los murmullos que circulaban entre sus más próximos sobre lo sobrenatural de aquellos sucesos, Juanjo me confiesa un pasaje dentro de la ya asombrosa vida de Amalia:

Los médicos, para demostrar que todo aquello que se estaba ya rumoreando sobre la santidad de Amalia no eran más que supercherías, intentan hacer un experimento. Explican a los allí presentes que le van a dar una oblea sin consagrar en la comunión que recibía diariamente. Esto, por supuesto, se realizó con el máximo de los sigilos, evitando que nadie se mantuviera a solas con la yacente para que no la advirtiera de tal propósito. De repente, tras depositar la forma en la boca de Amalia, esta comienza a dar fuertes arcadas y vómitos,



Esta valiosa fotografía, facilitada por uno de los parientes lejanos de la enferma que aún quedan en el pueblo de Montecillo, nos da una idea de en lo que se había convertido la habitación de Amalia, prácticamente en un santuario que a cualquier hora del día o de la noche era visitado por peregrinos que tenían a la desgraciada muchacha por poco menos que una santa.

rechazándola con graves gestos de repugnancia. El doctor Manuel Gutiérrez, su médico de cabecera allí presente, manifestaría años más tarde que tal suceso fue el que más le desconcertó, de entre todas las experiencias que había vivido junto a Amalia.

Pasaron los años y tras varias y similares circunstancias acaecidas en la vida de la de Montecillo, el fatal desenlace que se había vaticinado mucho tiempo antes, desgraciadamente, parece que ahora sí se iba a cumplir. Poco a poco Amalia se va apagando y, paralelamente, el interés por ella y por todo el enigma que la rodeaba va decreciendo. Escasean ya las noticias en la prensa y deja de ser visitada por los propios y extraños que con curiosidad se acercaban hasta la casa de los Baranda. Amalia pasa largas jornadas prácticamente sola, viendo a través del ventanuco de su habitación cómo los días transcurren al mismo ritmo que su vida se escapa: aburridos, insípidos, yermos... Y, sobre todo, dolorosos.

Parece ser que el único que continuaba interesándose como el primer día por el sino de la paciente era su fiel médico de cabecera, don Manuel, quien con la llegada de la Guerra Civil, dado el peligro que la contienda representaba para aquella familia humilde, decide preparar un cuarto en su propia casa de Espinosa para llevar allí a Amalia y tenerla más segura a su lado, a la hora de atenderla. En 1936 las señales de su pronto final se reflejan ya en su cara. Su mente, antes despierta y lúcida, comienza a decaer. En ocasiones pierde el sentido o ciertamente lo tiene muy turbado. Delira. Sus labios y párpados comienzan a tomar un color azulado. Su respiración se hace más profunda y dificultosa, hasta que, por fin, a la una y media del mediodía del 21 de noviembre de 1936, Amalia fallece. Acababa de cumplir cuarenta años. Casi la mitad de su vida postrada en un lecho, atormentada por los dolores y supuestamente sin ingerir alimento alguno.

Al día siguiente la mujer es enterrada en una tumba de quinta clase, la categoría funeraria más pobre de todas. Dada la tremenda humildad de su parentela, no pudieron ofrecerle un sepelio mejor a la finada. Sin embargo,

años más tarde, la familia del doctor Gutiérrez, al ver lo que Amalia había representado para el médico, tanto en su vida profesional como incluso en la personal, deciden pedir permiso para exhumar el cadáver y enterrarlo de nuevo, esta vez en el panteón del galeno. Y allí reposa por fin desde entonces. En la tumba no aparece lápida ni referencia alguna a la enferma de Montecillo.

En Espinosa nos despedimos del compañero Juanjo, no sin antes agradecerle enormemente su grata y enriquecedora charla. El precioso día invitaba a un plácido paseo por aquellas tierras norteñas de Castilla. Tierras, creo, que tienen mucho más de cantábricas, con un paisaje verde y montañoso, que de meseteñas, como las planas y amarillentas que nos encontraremos a poca distancia si nos desplazamos hacia el sur. Como digo, estos parajes rezuman el frescor y la vegetación que de alguna manera los asemeja a escenarios más septentrionales. Dicho esto, al poco tiempo llegamos a la pequeña población de Quintana de los Prados. Ahí, dado el caluroso día reinante, nos habíamos percatado de una abundante fuente que manaba en medio de la plaza, de olor en verdad desagradable, pero de magníficas propiedades medicinales, al parecer: «Sobre todo para las digestiones y el estómago, no hay aguas mejores. Aunque en un principio se sienta reacio uno a probarla por su olor, al final merece la pena. Vienen gentes de muchos pueblos cercanos, conocedores de las cualidades de esta agua... ¡Algo tendrá!». Esto nos advertía un anciano que se encontraba en las inmediaciones del manantial sentado sosegadamente a la sombra al ver nuestra cara cuando acercábamos la boca al caño. Tras la indecisa cata, mientras me secaba los labios con el antebrazo, vino una interesante reflexión a mi mente: «¡Qué curioso! Justo en el pueblo donde nació Amalia, donde pasó su niñez, prácticamente enfrente de lo que era su casa familiar, se encuentra esta fuente que dicen que es propicia para los padecimientos estomacales y digestivos. Precisamente los males que afectaron a la desgraciada de Amalia y que terminarían con su vida. No deja de tener gracia el asunto... macabra gracia... historia maldita... maldita historia, de verdad».

Un amable vecino, al conocer el motivo de mi presencia, me puso prestamente frente a nuestro primer paisano a entrevistar: un testigo directo y contemporáneo de la vida de Amalia, nada menos. Dionisio Peña es un señor afable cuando se le ha tratado durante cierto tiempo. Y digo esto porque en

nuestra primera toma de contacto el buen hombre se mostró un tanto esquivo y parco en palabras, receloso y cansado, como nos explicaría más tarde, de las muchas gentes que han venido a pedirle explicaciones, el relato de sus vivencias y su versión de los hechos. Pero una vez ganada su confianza, poco a poco fue desgranando sus recuerdos:

Amalia nació aquí mismo, en un prado que se encuentra detrás de la fuente del pueblo, entre dos casas. Hace poco que tiraron las ruinas que aún quedaban en pie. Solamente puede ver ahora el solar donde estaba la vivienda. Al poco tiempo, la familia se marchó a Montecillo. Amalia era prima de mi padre, por lo que yo, aun siendo un niño, me pasé muchas horas en su casa, al lado de su cama, mientras estaba convaleciente. Mi padre siempre me decía que no se explicaba cómo había llegado a esa postración la buena de Amalia, porque de cría había sido una niña muy sana y fuerte. Pero, de repente, así se puso, que no se volvió a levantar. Yo me acuerdo de verla en la cama y solamente distinguirle la cabeza. El cuerpo no abultaba nada. Era solo una cabeza con ojos. La cama lisa.

Y me acuerdo también del día que le colocaron un altar en la habitación, el altar que se encuentra ahora mismo en la iglesia de Montecillo, aunque algo deteriorado. Allí se pasaba en el cuarto, rezando noche y día frente al altar y los santos que tenía colgados por todas las paredes. Y así pasó la vida, hasta que la llevaron cuando la guerra a casa del médico Manuel Gutiérrez, en Espinosa, porque tenían miedo de que vivieran solos en el pueblo. Y dicen que si fue porque en la guerra escaseaban los medicamentos, que no los podían traer de Zaragoza y que si no podían pincharla el medicamento ese que le ponían... Y también, por supuesto, que estaba muy débil. No sé, la cuestión es que se murió por fin en casa del doctor en plena Guerra Civil.

Pero una cosa tengo clara, y como decía mi padre, que de santa, nada. Es que muchos empezaron a decir que era una santa, que rezaba mucho y con gran devoción, que el estar sin comer tanto tiempo era un milagro. Incluso muchos llegaban al pueblo a verla, como peregrinos. Pero yo no creo en eso y mi padre, como le digo, así me lo justificaba también.

Tras la charla con don Dionisio, y tras agradecerle su paciencia, decidí encaminar mis pasos hacia el lugar del pueblo donde se erigía antiguamente la vivienda familiar de Amalia. Aun no existiendo en la actualidad vestigio alguno de la presencia de la casa, me pareció que merecía la pena al menos contemplar el solar donde había pasado sus años de niñez la protagonista de esta historia. Apenas una parcela alargada entre dos edificaciones en pleno

centro de Quintana de los Prados daba fe de la ubicación de esa perdida morada. Y ante aquel campo abierto me detuve unos minutos reflexionando. Pero mi viaje debía continuar.



Dionisio Peña, vecino de Quintana de los Prados, contemporáneo y pariente de la enferma de Montecillo. Don Dionisio nos facilitó datos de sus visitas a la casa de Amalia, cuando era un niño.

A poco más de medio kilómetro de Quintana se halla Montecillo. Un cruce señalizado hacia esta localidad nos invita a adentrarnos por una estrecha carretera que cruza la famosa línea férrea de La Robla. Desde este lugar, a la izquierda, se puede contemplar el lugar en que se encontraba la casa familiar de los Baranda, hoy totalmente remodelada y convertida en una moderna casona. El pequeño villorrio no deja lugar al extravío y pronto encontramos la iglesia. Y junto a ella, el domicilio de nuestro segundo testigo. Se trata de María Jesús González, familiar directa de Amalia. María Jesús nos iba a hacer partícipes de detalles curiosos que ocurrieron dentro del seno de aquel hogar.

La buena mujer pronto nos atendió gentilmente en el portal de su vivienda y, mientras nos iba dando las explicaciones pertinentes, nos mostró una vieja fotografía de la enferma postrada en la cama y rodeada de diversas personas:

Fíjese que yo no la conocí. Cuando yo nací Amalia ya había muerto, pero mis padres y demás familiares siempre me decían que era una buena persona. Que rezaba mucho y que tenía todo el cuarto lleno de santos. Eso lo conocí yo, como el altar que colocaron en su habitación y que hoy se encuentra aquí mismo, en la sacristía de la iglesia. Luego puede ir usted a verlo. Hay una vecina encargada de abrir la iglesia y no tendrá ningún reparo en mostrárselo.

Mi padre siempre decía que tanto ella como sus padres eran muy buenas personas. Fíjese que aquí llegó mucha gente. Gente a veces rica. Gentes de todos lados que daban limosna, y que si esa familia hubiera sido egoísta se habrían hecho poco menos que millonarios. Algunos daban regalos a Amalia; otros, pensando que era una santa, le pedían que besara estampas y fotografías que traían, como para bendecirlas. También dicen que muchos aprovechaban la visita para llevarse pequeños trozos de la cama de Amalia, como tela de las sábanas y otras cosas similares. Decían que eran sagrados y que seguramente les darían protección. Pero como le digo, si sus padres hubiesen querido se habrían aprovechado de la situación, y eso no fue así. La chica murió y ellos continuaron siendo tan pobres como siempre. Eran muy honrados y trabajadores. Muy humildes, como lo eran la inmensa mayoría del pueblo.

Al lado de la casa de doña María Jesús se encuentra la iglesia y la fuente del pueblo, escenarios que indudablemente Amalia vería en los pocos momentos que tuvo la suerte de pasear por entre las calles de Montecillo. Y aquí de nuevo nos detuvimos unos momentos, pensando que quizás aquellas piedras que ahora palpábamos fueron algún día tocadas por la mismísima protagonista de nuestro relato. Qué mejor dicho en estas situaciones: ¡Si las piedras hablaran...!



Este viejo mueble de madera hacía las veces de altar en la habitación de Amalia. No podemos ni imaginar la cantidad de lágrimas y sufrimiento que este humilde aparador pudo contemplar.

No quería abandonar el pueblo de Amalia sin visitar el interior de la iglesia. Allí se encontraba un objeto único. Como ya hemos señalado, el altar que se dispuso en el cuarto de la enferma, ataviado con santos e imágenes religiosas, había reconfortado, si no físicamente, lo cual era imposible, sí al menos espiritualmente a la maltrecha joven. Por tanto, impacientes, accedimos a la sacristía del templo. Y allí estaba: un viejo mueble de madera noble y oscura, protegido por polvorientas y descoloridas mantelerías blancas, con sus puertas frontales decoradas con ribetes geométricos y circulares similares a estelas, tal y como se apreciaba en las fotografías de la época. Era una suerte de cómoda coronada con una estantería triangular en su parte posterior sobre cuyas baldas antaño hubo figuras de santos y crucifijos que ayudaban en la oración. Hoy algunos detalles del mueble se han perdido, pero su valor

testimonial para esta historia se me antojaba enorme. Aquella humilde mesita era testigo mudo de la enigmática y resignada vida de Amalia, compañera solitaria de su sufrimiento y de sus esperanzas, si alguna vez las tuvo la de Montecillo.



Tumba perteneciente a la familia del doctor Gutiérrez, el médico que atendió a la joven hasta los últimos días. Ahora sus restos descansan juntos en la eternidad.

Se acababa la jornada. Teníamos que dejar ya aquella bella comarca de Las Merindades. Pero no quería hacerlo sin antes despedirme de la mujer que me había hecho inquietarme con esta historia. Así que me dirigí al cementerio de Espinosa para intentar localizar la tumba de la familia de los Gutiérrez, lugar donde descansan, como antes hemos mencionado, los restos de Amalia. Los chirridos de los goznes de la portilla anunciaron mi entrada rompiendo el respetuoso silencio que preside estos lugares. El camposanto del lugar no es en exceso amplio. La mayoría de las sepulturas se encuentran en el suelo y los nichos son minoritarios y están repartidos por el perímetro del sacro terreno.

Abundan los panteones y los amplios sepulcros familiares de linajes históricos. Casi en medio de este triste huerto aparece una tumba blanca de grandes dimensiones, tosca, delimitada por seis pedestales pétreos y un tanto descuidada y desvencijada por el paso del tiempo. Una lápida se alza en un extremo, coronada por una cruz, y destaca en su superficie tan solo un apellido: Astarloa. Este era el linaje de la esposa del doctor Gutiérrez y aquí descansa toda su familia, acompañando a la desgraciada Amalia en el sueño eterno. Descanse por fin en paz.

## LAS APARICIONES DE VINROMÁ

Las supuestas apariciones tildadas por algunos como marianas y ocurridas a finales de los años cuarenta en el pequeño pueblo castellonense de Cuevas de Vinromá son uno de los episodios menos conocidos a la vez que más controvertidos dentro del terreno nacional de las apariciones. A pesar de haber transcurrido muchos años y de no haber ocurrido, aparentemente, ningún hecho singular que hubiera sido anunciado por la vidente, cientos de miles de personas se acercaron a la localidad movidos por una vocación religiosa sin parangón. Incluso hoy en día muchos de los que estuvieron presentes en el lugar en aquellas jornadas de inquietud y de desesperante expectación guardan un sentimiento de admiración, de devoción incondicional hacia aquellos hechos. Los vecinos aún recuerdan el desbordamiento que sufrió Vinromá por parte de una marea humana venida de los lugares más insospechados en busca de una afirmación religiosa, de una curación milagrosa o, simplemente, movidos por el morbo y la curiosidad. Y todo comenzó cuando una niña del pueblo, Raquel Roca Tirado, perteneciente a una de las familias más humildes de Vinromá, comenzó a visitar unas cuevas que dan nombre al terruño y que se encuentran en un paraje conocido como La Morería, para rezar el rosario.

Raquel era una niña delgaducha, de ojos vivos y penetrantes, muy avispada para la edad que tenía. Muchas veces, debido a las dolencias que sufría su madre, no podía asistir a la escuela de continuo porque debía ayudar en las tareas domésticas, por lo que su época escolar fue muy irregular. A pesar de esto, la profesora la observaba admirada y sorprendida cuando, después de estar la pequeña ausente durante varias jornadas, la niña le recitaba la lección correctamente. Sin duda era una de las pupilas más inteligentes que tenía. Por supuesto, para sus padres esta virtud tampoco

pasaba desapercibida. Muchas veces se extrañaban de las contestaciones y las cuestiones que planteaba la niña, para nada normales en una pequeña de su edad. Hasta tal punto llegó esta extrañeza, que la llevaron a la consulta de un doctor para que les proporcionara algún tipo de explicación sobre este asunto, aunque el galeno no apreció problema alguno, sino más bien una inteligencia por encima de lo común.



Vistas de la población de Cuevas de Vinromá desde el paraje donde se ubica la famosa gruta, la sierra de La Morería.

Y hay que indicar que su vida no era en absoluto fácil. La familia de Raquel era originaria del pueblo valenciano de La Font de la Figuera, donde había vivido unos años antes de trasladarse a Vinromá, en Les Useres. Su padre, Emilio Roca, que trabajaba en la oficina de telégrafos, había sido relegado de sus funciones tras acabar la Guerra Civil, ya que era simpatizante del bando de los derrotados, por lo que todo eran pegas a la hora de buscar un sustento y un trabajo que diera de comer a su familia. Una familia compuesta por Raquel, la hija mediana, una hermana mayor enfermiza, un hermano menor y la madre, a su vez con una penosa enfermedad crónica; tenían que apañárselas para poder conseguir algo de comer día a día. Ellos ni tan

siquiera poseían un mísero trozo de tierra del que poder obtener algún fruto, como la mayoría del resto de sus vecinos. Por eso hay que volver a recalcar que la familia de Raquel, aunque muy bien considerada por sus paisanos, era una de las más pobres del pueblo, sin apenas recursos tras la pérdida del empleo del padre.

A mediados del año 1947, la niña Raquel Roca contaba con ocho años de edad. A pesar de lo que muchos investigadores y cronistas han reportado acerca del supuesto sueño que la niña tuvo —que según ellos fue la génesis de los acontecimientos que vamos a relatar— en el cual una señora vestida de negro, con una suerte de corazón resplandeciente en el pecho atravesado por unas dagas, se le había presentado en su habitación y le había indicado que tenía que ir a orar a las cuevas de La Morería, nada de esto parece tener veracidad una vez entrevistados los testigos directos de aquellos días. Simplemente, la niña empezó a interesarse por la devoción al rosario y, de forma prodigiosa, comenzó a rezarlo sin apenas tener personas que la instruyeran. Su párroco, profesora y demás allegados comprobaron la facilidad con que la niña aprendió el rezo, pero ya sabían de su inteligencia, por lo que veían este hecho como algo casi normal en aquella pequeña tan avispada y que poseía conocimientos tan asombrosos para su edad.



La niña, supuesta vidente, Raquel Roca, en una fotografía de la época.

Y un buen día, la niña decidió trasladar dichos rezos a un paraje próximo al pueblo. Por la mañana y por la tarde, a la hora del rosario, la niña, con un crucifijo en la mano, paseaba hasta el lugar de La Morería, una vertiente rocosa a las afueras del lugar repleta de pequeñas grutas y recovecos de difícil acceso a cuyos pies fluye el río Sant Mateu, cuyo cauce está seco durante la mayor parte del año. La pequeña, a pesar de lo remoto del lugar y de la penosa cuesta que hay que transitar para acceder a las cuevas, recorría el sendero que trepa por el precipicio hasta una de las cavernas, la más alta, denominada La Campana por la caprichosa forma de su boca, que se asemeja a tal objeto, y, de rodillas sobre una piedra, rezaba con devoción el rosario.

Los vecinos, extrañados por la peregrinación diaria de la niña, poco a poco decidieron seguirla en sus rezos y día a día los acompañantes fueron siendo más numerosos. En uno de aquellos recogimientos, entre rezo y rezo, los presentes comprobaron que la pequeña parecía ausente. Con la mirada fija y perdida en un lugar indeterminado del interior de la cueva, su rostro se mostraba acerado y totalmente inerte. Asustados, los demás continuaron rezando mientras la niña parecía estar comunicándose con alguien a quien nadie más podía ver. Después, tras la oración, la niña se volvió a los testigos y les aseguró que había tenido una visión: la Virgen María se había presentado durante el rezo. Había tenido la primera aparición.

Como era de esperar, los vecinos no salían de su asombro. Aquella niña, que siempre había tenido para los que la conocían algo especial, se estaba convirtiendo en la protagonista de unos hechos que iban a significar una auténtica revolución en aquel apartado lugar. ¡Nada menos que la mismísima Virgen María se había presentado en La Morería! Muchos comenzaron a comunicárselo a amigos y parientes, y pronto la noticia se difundió rápidamente por las regiones y provincias cercanas. Al mismo tiempo, los periódicos regionales se hicieron eco de aquel suceso y, posteriormente, los de tirada nacional pusieron al corriente a todo el país de lo que estaba sucediendo en aquel pueblo castellonense con llamativos titulares. Los padres, escandalizados por tal revuelo y, al mismo tiempo, atemorizados por las consecuencias que aquello podía representar en sus ya complicadas vidas, se

sentían contrariados. Amenazaban a la pequeña para que rectificara sus afirmaciones, las cuales consideraban gravemente pecaminosas y burlescas, y llegaron incluso a pegarla. Pero la niña, entre sollozos, continuaba defendiendo la veracidad de sus experiencias.

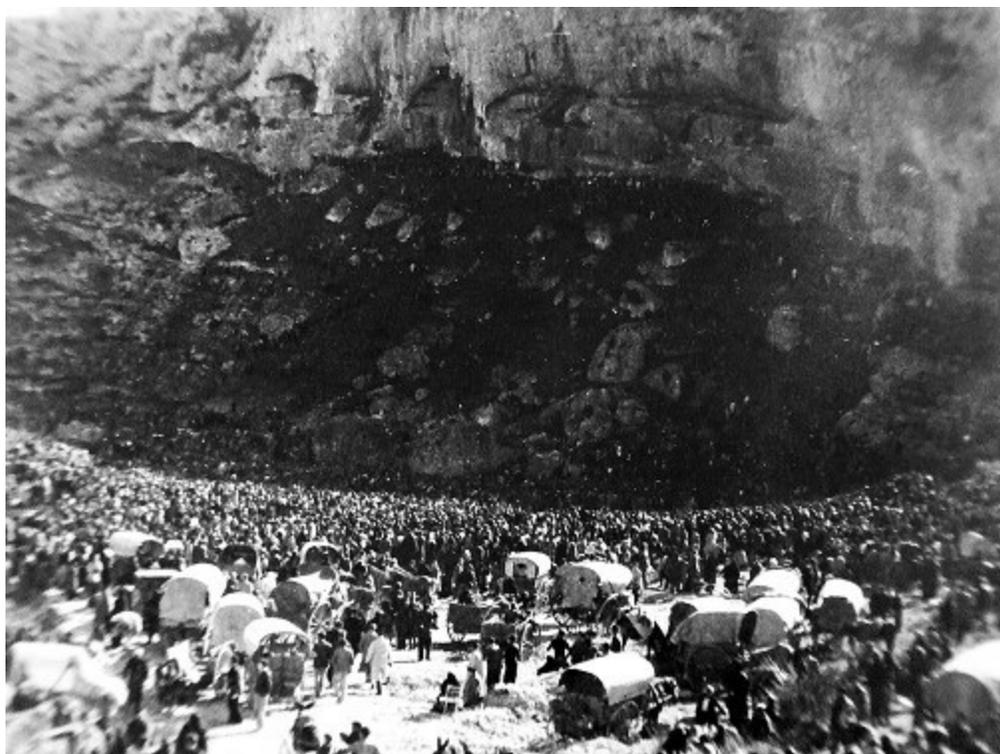
Los visitantes comenzaron a llegar a Vinromá para intentar por todos los medios conocer a Raquel. Su pequeña casa era rodeada día y noche por gente que deseaba e imploraba cualquier tipo de mensaje o señal de la pequeña. Muchos la requerían para que intercediera con sus rezos por algún familiar enfermo, le pedían que les diera su bendición o la solicitaban que hablara con la Virgen sobre sus desgracias para que la supuesta aparición les diera fuerzas. La niña solía asomarse por una pequeña ventana de la fachada, cuando sus padres la autorizaban, para saludar a los peregrinos y ayudar en lo que podía atendiendo sus demandas. Pero todo era insuficiente para los miles de personas ávidas de señales más espectaculares, de algo más tangible que reafirmara su fe.



Entrada a la cueva en donde se producían las supuestas visiones. Según la versión popular, sobre esta roca se postraba la niña y comenzaban sus trances.

Pasaron varias semanas y la niña seguía rezando el rosario en La Morería todos los días. Durante este acto caía en una especie de trance o éxtasis, con el cuerpo totalmente rígido y la mirada fija, sin pestañear, sobre un punto indefinido del interior de la caverna. Las cercanías de aquel paraje estaban repletas de personas llegadas de pueblos cercanos. Incluso para poder llegar a la cueva, un vecino del pueblo, el tío Moreno, hacía las funciones de escolta y protector de la niña transportándola sobre sus propios hombros para evitar que los presentes le impidieran el paso con sus peticiones o la manosearan hasta el punto de aplastarla: tal era la multitud enfervorecida que se personaba en el lugar y que intentaba arrancarle un pedazo de tela del vestido, un mechón de pelo o cualquier otro objeto que le perteneciera. Cuando finalizaba el trance, Raquel se volvía a los presentes y les comunicaba lo que la supuesta aparición tenida por la Virgen le había dicho. La inmensa mayoría de estos mensajes eran muy parcos en contenido, con palabras baladíes que podían haber sido pronunciadas por cualquier creyente de los que allí se encontraban. Por ello, poco a poco los que allí llegaban comenzaron a impacientarse y a solicitar a la supuesta vidente una señal más importante, algo que justificara la categoría de tal aparición. Y en el mes de noviembre de 1947, tras uno de sus supuestos éxtasis, la niña proclamó a los asistentes un suceso espectacular que la aparición había profetizado.

Nadie podía imaginar hasta qué punto tal anuncio iba a repercutir en la historia de aquel pequeño pueblo. La fecha indicada por la niña era el próximo 1 de diciembre, día que, enigmáticamente, el pleno día se convertiría en noche cerrada. Las tres de la tarde de aquella fecha era el momento justo indicado para el milagro, cuando se oscurecería el cielo. Además, todos los enfermos y convalecientes presentes en el lugar en ese momento, quedarían curados. Otros aderezaron estas profecías con que las estrellas formarían una cruz en el firmamento rodeada de ángeles.



La muchedumbre llegaba desde toda España. El paraje de La Morería a menudo se llenaba de un gentío expectante. Todos esperaban que se produjera el milagro anunciado por la niña.

Desde las primeras horas de la víspera y durante toda la madrugada, a pesar del tiempo desapacible, de la lluvia y los truenos, gentes venidas de pueblos cercanos y lejanos comenzaron a reunirse en las inmediaciones de las cuevas y ocuparon poco a poco toda la ribera del río y las colinas cercanas. Vecinos de pueblos como Burriana, Segorbe, Morella, Iglesuela del Cid, Peñíscola, Alcossebre, Alcalá de Xivert e incluso de capitales más distantes, como Castellón, Valencia o Barcelona, fueron llegando en aquella penosa noche en carros, bicicletas, motos, en algún automóvil —tan escasos en la época— e incluso en autobuses. Pero la mayoría llegaba andando, con el sacrificio y la penuria que, como se puede comprender, significaba tal peregrinación. La cola de vehículos estacionados a ambos lados de los caminos, tanto de los provenientes de la carretera de Castellón como de los que salían en dirección a San Mateo, era de más de ocho kilómetros. Las gentes de Vinromá, a pesar de aquella avalancha humana totalmente

desproporcionada para aquel lugar y sus infraestructuras, fueron verdaderamente hospitalarias y altruistas, e intentaron dar cobijo y socorrer a cuantos podían, dentro de sus posibilidades.

Como ya veremos más tarde, cuando nos hablen los testigos directos de aquellas jornadas, se calcula que se encontraban en el paraje de La Morería de trescientas mil a quinientas mil personas, algo verdaderamente inconcebible en aquel lugar y en aquella época del año, tan fría. Recordemos que esta masificada concentración tan solo había sido convocada por las profecías de una humilde niña que aseguraba que la Virgen María se le aparecía en una cueva, a las afueras del pueblo castellonense de Vinromá. Ante el peligro de una desgracia por la enorme avalancha que se cernía sobre el pueblo, el obispo de Tortosa redactó varios comunicados en los que pedía a los fieles que se abstuvieran de peregrinar hasta aquel lugar, pero solo consiguió que se acrecentara más el interés general. La fe de estos viajeros venidos de toda España, muchos de los cuales habían leído las noticias recogidas por periódicos nacionales de la época, como *La Vanguardia* o *ABC*, no entendía de distancias ni de inclemencias meteorológicas. Existen fotos de aquella época y de aquel momento gracias a las cuales se ha podido calcular el número de visitantes, pero hay que tener en cuenta que las cifras citadas pueden parecer, en un primer momento, una barbaridad.

En la víspera del día profetizado, el 30 de noviembre, algo intangible recorría el ambiente y presagiaba de alguna manera que lo anunciado por la pequeña se cumpliría. Poco a poco, el cielo se fue nublando hasta cubrirse por completo y la temperatura bajó de manera alarmante, cosa relativamente poco común en aquel lugar. Al atardecer comenzó incluso a nevar, cosa que incrementó la sensación de frío. Y el día llegó. Al amanecer, el mal tiempo continuaba y los vecinos intentaban ayudar a los presentes, algunos de los cuales mostraban síntomas de congelación, llevándoles barreños de agua hirviendo y tazones con caldo caliente. Pero otros, sin embargo, tercos en sus creencias, consideraban que el río que por allí discurría poseía cualidades milagrosas y sería capaz de sanar sus sufrimientos, así que se bañaban en el gélido líquido poniéndose al borde de la pulmonía. La niña, a última hora de la mañana, acudió a su cita en La Morería para rezar el rosario. La multitud era casi infranqueable y la pequeña tuvo que ser asistida por miembros de la

Benemérita, vecinos del pueblo y su propio padre, para abrirle paso entre el gentío. La hora profetizada se acercaba. Cronistas de la época cuentan que la propia ciudad de Valencia encendió el alumbrado público para evitar que, si el milagro se cumplía, se quedara a oscuras en pleno día y paliar así el terror de los ciudadanos. La niña, postrada, entró de nuevo en trance. El reloj de la torre de la iglesia dio la hora. Eran las tres de la tarde. A pesar de la muchedumbre, el silencio era sepulcral. Pero nada ocurría. Pasaron unos minutos, que a todos les parecieron siglos. Las gentes se guarecían como podían del temporal. Sin duda, era uno de los días más desapacibles y fríos que se recordaban en el lugar. Sacos de tela viejos, raídas mantas, improvisados toldos, todo era útil para protegerse del intenso frío, del viento y de la lluvia.

Pero seguía sin producirse aquel extraordinario acontecimiento que la niña había anunciado. Poco a poco, el silencio fue rompiéndose con gritos de personas que creían haberse curado, tiraban las muletas y comenzaban a caminar como podían, suponiendo su propia sanación. Cuadros similares se podían contemplar por todo el paraje. Gentes con todo tipo de enfermedades y padecimientos se acercaban hasta el cauce del río, bebían y se lavaban en el escaso caudal, donde además desembocaban los desagües y el lavadero público del pueblo, con el riesgo de intoxicaciones y contagios que conllevaban tales acciones. Otros llenaban botellas o cualquier otro recipiente para poder llevarse el agua que creían bendita a sus hogares. Muchos asemejaban estos actos a las apariciones de Fátima y Lourdes, tan conocidas y tan de moda por aquellas fechas.

Pasaron las horas. La campana tocó las seis, las siete, las ocho de la tarde. La verdadera noche llegó y pronto comenzaron a aflorar hogueras por el paraje con las que los incondicionales que aún continuaban esperanzados en que algún hecho milagroso se cumpliera intentaban aliviar el frío intenso. Muchos permanecieron allí toda la noche en vela, incluso el día siguiente, cuando ya algunos comenzaron a retirarse muy descorazonados y decepcionados. Debido a esta decepción, los vecinos de los pueblos cercanos apodaron al pueblo durante años como «Les Coves de Vinromansos».



El tío Moreno llevaba a la niña en volandas entre el gentío. Todos temían que aquella multitud aplastara a la pequeña, ya que constantemente intentaban acercarse para pedirle una señal que reafirmara su fe, tomarle un mechón de los cabellos o un trozo de tela del vestido, ya que pensaban que estaban bendecidos por la Virgen.

Y en esto quedó todo. Y aunque para muchos esta historia pueda significar una gran decepción, nada más alejado de la realidad. Después de aquello las gentes continuaron peregrinando hasta las cuevas, ajenas a cualquier desengaño. A pesar de que la Iglesia oficial desde un principio había permanecido al margen de estos hechos, tras conocer el desenlace desacreditó drásticamente los acontecimientos razonando que todo había sido fruto de la fantasía de una niña aventajada que sin duda pudo estar influenciada por la película *La Canción de Bernadette*, en la que se recogen las vivencias en torno de las apariciones de Lourdes y que fue muy conocida por aquellos años en España.

Pero el párroco del pueblo, don Francisco, y otras autoridades eclesiásticas y civiles que se entrevistaron con la niña y que la interrogaron sobre cuestiones verdaderamente complicadas para una criatura de su edad, tenían verdaderas dudas. Para estos examinadores, incluso para algunos altos

cargos del Instituto Psiquiátrico de Valencia, había algo especial, nada lógico, en aquella chiquilla. Su forma de definirse, el modo en que contestaba a sus cuestiones, muchas de ellas altamente rebuscadas y complicadas, los llenaba de asombro. Sin embargo, sus conclusiones o informes, si existieron alguna vez, nunca fueron corroborados ni tenidos en cuenta.

Pasaba el tiempo y las gentes continuaban llegando día tras día al paraje de La Morería. La niña aparecía de vez en cuando por el lugar, sensiblemente acobardada, pero a su vez idolatrada por los asistentes, quienes le continuaban pidiendo señales y hechos milagrosos. Las autoridades del Régimen comenzaron a preocuparse y, al mismo tiempo, a incomodarse con aquella «ridícula» historia que veían como una burla a la Iglesia oficial y que, a pesar de haber quedado en entredicho, aún continuaba ganando adeptos. Por ello, el gobernador de Castellón ordenó que una pareja de la Guardia Civil custodiara el lugar y prohibió a los peregrinos que subieran a la «Cueva del Milagro», como ya era conocida, bajo pena de multa de veinticinco pesetas, una cantidad nada desdeñable en aquellos años. Y es aquí donde ocurre una anécdota muy curiosa y que nos da a conocer de nuevo la enorme fe de las personas que acudían a La Morería: muchos de los peregrinos, al llegar a la cueva, eran advertidos por los miembros de la Benemérita sobre tal prohibición y la consiguiente sanción si no se respetaba. Pues bien, lejos de disuadirlos, la mayoría de ellos abonaban a los agentes in situ las veinticinco pesetas de la multa y subían hasta la cueva para rezar.

Pero con el paso de los años, poco a poco Vinromá fue cayendo en el olvido. Solamente persistía ya el recuerdo de algunos de que en aquel lugar supuestamente la Virgen María se había aparecido a una niña o del escenario de un milagro que nunca ocurrió. El sitio de La Morería, de indudable belleza paisajística, independientemente de los hechos que nos ocupan, fue acondicionado con una pasarela de madera para facilitar a los visitantes la ascensión a las cuevas, tal como se puede observar hoy en día. La familia de la niña Raquel Roca al completo abandonó el pueblo al poco tiempo del frustrado milagro, a finales de los años cuarenta. Aunque se rumoreó que la niña ingresó posteriormente en un convento, lo cierto es que el gobierno restituyó a su padre Emilio en el empleo de radiotelegrafista en la ciudad de Barbastro, en Huesca, donde murió su esposa y donde volvió a contraer

matrimonio con una tal María Teresa. La relación de esta madrastra con las hijas de su marido no fue buena, así que mandaron a las jóvenes a Lérida y desde allí a Barcelona, donde trabajaron como sirvientas de familias acomodadas. Debido a ello casi perdieron el contacto con su padre, don Emilio, y con su hermano Félix, del que se dice que murió asesinado el 11 de abril de 1981 en la localidad de Grao, en Castellón, hecho que, según se cuenta, fue profetizado por su hermana Raquel, así como la prematura muerte de su madre. El padre volvió a Vinromá en sus últimos años de vida y allí falleció. Los demás familiares son tremendamente reacios a realizar cualquier declaración acerca de aquellos hechos. Raquel rehízo su vida en Barcelona, donde estudió Enfermería y Magisterio y donde seguramente hoy en día es una feliz madre de familia. Se dice que regresó al pueblo para comprar la propiedad en la que pasó sus años de niñez, pero que retornó rápidamente a Barcelona. Nadie conoce su domicilio actual, puesto que tiene vetado el acceso a sus datos en el padrón municipal para evitar cualquier relación con su pasado. Muy pocas veces se la ha visto por el pueblo, apenas en los funerales por la muerte de su padre. Y no deja de llamar la atención de sus antiguos vecinos que, a pesar del carácter humilde de la familia por aquellos años de las supuestas apariciones, jamás intentaron sacar provecho alguno o rentabilizar la fama de su hija, viendo la enorme cantidad de personas que demandaban su presencia y que hubieran sido capaces de cualquier cosa por tan solo obtener unas palabras de la niña. Este hecho, sin duda, nos da una idea de la nobleza y honestidad de la familia Roca.

Como hecho anecdótico cabe señalar que el genial director de cine Luis García Berlanga se basó en las supuestas apariciones de Vinromá para hacer una de sus más señaladas películas en 1957, *Los jueves, milagro*, en la que, en tono jocoso, ataca a una sociedad beata y a una jerarquía eclesiástica alejada de la gente. En esa ocasión se trataba de un pueblo perdido en la geografía española cuyos habitantes, aleccionados por lo ocurrido en Lourdes o Fátima, deciden promocionar su balneario, motor económico del lugar, para lo cual se inventan unas apariciones que deben atraer la atención de todo el mundo.

Pero después de transcurridos tantos años y para alejarnos de la ficción y el adorno con los que sin duda el paso del tiempo ha deformado esta historia, nos pareció oportuno visitar Les Coves de Vinromá y así poder contactar

directamente con las personas que fueron testigos de aquellos hechos y de cuyos comentarios podemos obtener las conclusiones más fidedignas. Y para ello nadie mejor que uno de los vecinos que más se ha preocupado por la historia de Vinromá, quien desde diversas asociaciones culturales ha intentado rescatar información sobre el pueblo. Se trata del señor Vicente Rocher, nuestro buen anfitrión en la búsqueda de datos sobre estos hechos escabrosos.

Llegamos al lugar una soleada y calurosa mañana de julio. El pequeño pueblo de Vinromá, de no más de dos mil habitantes, a medio camino entre la montaña y la costa castellonense, está situado en una escueta ensenada a orillas del cauce seco del río Sant Mateu. Decidimos pasear aquella mañana por la parte alta de la localidad, justo por una terraza que nos ofrecía una espléndida perspectiva de La Morería y de sus cuevas. La campana de la torre de la iglesia daba las once cuando nos encontramos con el primero de los testigos que pudimos entrevistar, justo a la ribera del Sant Mateu, frente a las cuevas. Se trataba del señor Joaquín Ferrando, más conocido como el tío Joaquín, quien nos comentaba amenamente que él era un niño por aquellos años y que, como tal, vivió aquellos acontecimientos extraordinarios de modo inocente:

Desde que ella dijo que veía las apariciones por primera vez hasta que contó lo del día que se iba a convertir en noche pasaron cuatro o cinco semanas. Por eso, la gente ya estaba predispuesta y comenzó a llegar días antes desde todos los lugares. Casi un mes antes de lo dicho el pueblo estaba repleto de una multitud impensable. Yo creo que el verdadero milagro fue ese, que casi un mes antes y después de la fecha del milagro no hubo ningún accidente, ningún aplastamiento, ninguna incidencia entre toda aquella multitud. Ese fue el milagro más espectacular que se vivió en Vinromá. Que no hubo heridos ni muertos entre las gentes que llegaron.

En este río Sant Mateu, por el que entonces bajaba agua, veías que uno se lavaba los pies, que estaban a lo mejor con heridas infectadas, que otro bebía detrás, de esa misma agua... En fin, barbaridades por las que le digo que yo creo que ese fue el verdadero milagro, que no ocurrió nada entre los que aquí llegaron.

El tío Joaquín, hombre escéptico y práctico, cosa que se dejó notar en la conversación, nos hizo conocedores de una curiosa hipótesis surgida de su particular forma de intentar explicar el caso:

Yo creo que la niña eligió, u otros le eligieron, el día aquel en que se produciría el milagro, es decir, el día transformado en noche, porque alguien sabía quizás que por aquellas fechas se produciría algún eclipse o algo parecido. Que al final llegó el día y ni eclipse ni nada, pero con ello querían sorprender a las personas que se habían congregado en el pueblo. ¡Quién sabe! Se han dicho tantas cosas. Hay gente del pueblo que piensa también que, con la falta que pasaba la familia, que incluso pasaban hambre, mucha hambre, la niña, debido a este ayuno, pudo tener alucinaciones, visiones que le habrían jugado una mala pasada.

Y luego estaba lo de la gente que llegaba totalmente sugestionada. Gentes que iban a La Morería, a las cuevas, y en unos zarzales cercanos, en las hojas, unos decían que veían una M, otros que una C, otros que estaban bendecidas por la Virgen y de esa forma se comunicaba. Es decir, unos disparates que no ayudaban en absoluto a poner algo de cordura en aquello que estaba ocurriendo y que se les estaba escapando de las manos a todos.

Después de estas primeras declaraciones de un oriundo del lugar testigo de aquellos hechos, nos dirigimos, siempre asesorados por nuestro buen anfitrión y guía, Vicente Rocher, al domicilio de Josefa Olsina, otra de las personas que vivió de primera mano todos aquellos acontecimientos y que exhibe, en un lugar destacado de su casa, fotografías excepcionales de aquellos días. Concretamente, en la pared del lugar donde se realiza esta entrevista cuelga un cuadro con las impresionantes imágenes de la muchedumbre ocupando el lugar de La Morería, durante los días en los que se iba a producir el supuesto milagro, junto al retrato de la niña vidente Raquel. Este detalle nos da una idea de la repercusión que estos hechos tuvieron y tienen hoy en día en muchos de los habitantes del pueblo, aun habiendo transcurrido ya muchos años. Doña Josefa, una mujer mayor, como no podía ser de otra manera, nos recibió amablemente y nos contó más detalles:

La familia llegó al pueblo después de la guerra, ya que no eran de aquí, eran de la parte de Valencia, y lo pasaban realmente mal porque el padre era telegrafista y se había quedado sin empleo. Vivían en una pequeña casita, en una de las calles que sube desde el ayuntamiento. Eran tres hermanos, dos niñas —una era Raquel— y un hermano. La madre era joven, pero estaba enferma. Raquel, por todas estas penurias, no venía de continuo a la escuela. Pero cuando venía, le preguntaba a la profesora por qué lección iban y ella, leyendo un poco el libro, enseguida decía la lección correctamente. Era una niña muy inteligente. Nosotros, los demás niños, nos quedábamos asustados de su conocimiento. Era pequeña, muy poca cosa, pero muy lista.

Aquí tengo que decir que la familia, con todo lo que ocurrió después, pudo haberse aprovechado de la situación: se podían haber hecho ricos; pero no lo hicieron. Dese cuenta que la gente que venía solo para hablar con ella, para tocarla, hubiera sido capaz de pagar lo que fuera. Por eso le digo que la familia se comportó de manera muy noble.

Durante las apariciones fueron muchas las personas y los sacerdotes que la examinaron y todos llegaban a la misma conclusión. Recuerdo que el hermano de una de mis mejores amigas, que era sacerdote, nos dijo tras hablar con Raquel que era una niña muy especial, porque las explicaciones que le daba con la edad que tenía no eran en absoluto normales. Tenía una inteligencia superior.

Poco después se juntó con unas beatas del pueblo y comenzó a rezar el rosario sin casi habérselo enseñado. El cura del pueblo, mosén Francisco, al ver tal devoción y tal sabiduría, la apoyaba y decía que veía en la niña algo especial, porque le preguntaba de todo y a todo encontraba explicación. Era muy poquita cosa, pero, como le digo, era muy lista. Y entonces comenzó a ir a La Morería a rezar. Y un día la acompañaron cinco personas, al siguiente, veinte, y así comenzaron a juntarse muchos vecinos del pueblo en aquellas cuevas acompañándola en las oraciones.



Josefa Olsina, vecina de Vinromá, nos mostró fotografías del día en que se iba a producir el milagro anunciado, así como de la propia niña Raquel; fotografías que aún guarda con cariño en un lugar destacado de su hogar.

Y esto, como dice doña Josefa, fue la verdadera génesis de todo aquello. Más tarde, en uno de esos rezos, la niña quedó como petrificada mirando algo en el interior de la cueva y después de las oraciones dijo a los allí presentes que había visto una aparición. Así es como nos lo relató nuestra testigo de excepción:

En uno de aquellos rezos la niña se quedó en mitad de la letanía, inmóvil, en silencio, totalmente ausente. Su cara parecía acerada y su cuerpo estaba totalmente rígido. Parece que volvió en sí y terminó de rezar el rosario. Entonces dijo que había tenido una visión, una aparición de la Virgen. Esta iba a ser la primera aparición, pero en los días siguientes iba a tener más. Así nos contaba que hablaba con Ella y que unos días le había dicho esto o lo otro. Y en uno de esos días dijo que la Virgen había dicho que haría un milagro. Ese milagro consistiría en que el día se haría noche y en que las personas enfermas que allí se encontraran se curarían. Entonces esa noticia se difundió y no se puede imaginar usted la avalancha de gente que llegó al pueblo. Seguían a la niña en sus rezos a La Morería y un día decía a los presentes que sin fe y con fe se curarían, que los enfermos presentes sanarían... En fin, que la gente al oír estas cosas se volvía loca. Pero, gracias a Dios, a pesar de tal muchedumbre no ocurrió nada, ni accidentes, ni faltó nada en ninguna casa del pueblo ni hubo destrozos. La gente se portó muy bien.

Y llegó el día señalado y doña Josefa recuerda fielmente cómo lo vivió. Incluso contempló lo que se podría considerar como una supuesta curación milagrosa:

Recuerdo que fuimos a La Morería, mi madre, un hermano de mi madre, su mujer y yo. Mi madre se llevó una manta porque decía que si se hacía de noche íbamos a pasar mucho frío. Más del que hacía, porque era un día de lluvia y tormentas malísimo. Al llegar, todo estaba repleto de personas, no había ni un hueco para pasar. Nos colocamos en la ribera del río, en un alto, cerca de un sitio conocido como La Balsa. Empezaron a decir que las personas que bebieran del río se curarían, porque las aguas estaban bendecidas por la Virgen. Otros se afanaban en rebuscar entre los bardales las hojas de las zarzas, porque para muchos aparecía en ellas la cara de la Virgen, una inicial o cualquier otra señal que representara algo extraordinario. Y había muchos también que dejaban trozos de tela o incluso mechones de pelo entre los recovecos de la pared de La Morería esperando que fueran bendecidos por la aparición.

Y no se me olvidará cómo una señora, que decía que había venido desde Barcelona en una ambulancia, y a la que traían en camilla, comenzó a decir que quería bajar al río para beber el agua, que quería curarse con aquel agua. Y entre mi tío y los camilleros

que la llevaban la bajaron hasta el cauce como pudieron. Y lo que le voy a decir no me lo ha contado nadie, lo vi con mis ojos. Vi que a esa mujer le pasaron el agua por la boca, se bajó de la camilla, echó el pie a tierra y comenzó a andar sola.

Otro hecho no menos curioso que nos cuenta la señora Josefa tuvo lugar al parecer en la sacristía de la iglesia del pueblo, cuando el cura mosén Francisco daba la comunión a la niña donde solía reunirse con ella para hablar de las supuestas apariciones que la pequeña estaba protagonizando. He aquí lo que nos narró doña Josefa:

Raquel y yo hicimos la primera comunión con el mismo párroco del pueblo. Este cura, mosén Francisco se llamaba, apoyaba a la niña, porque contó que había tenido una experiencia increíble con ella. Dice que estando en la sacristía con Raquel iba a darle la comunión cuando observó que la pequeña se encontraba levitando de rodillas. Y mucha gente le creyó, porque pensaban que aquel cura no podía inventar tal cosa, ya que era un sacerdote muy bien visto en el pueblo, muy serio y cabal.

También nos recuerda la señora Josefa el final aparente de todo lo acontecido y cómo la familia Roca tuvo que marcharse del pueblo por la presión que aún seguían ejerciendo muchos de los que llegaban preguntando por la niña de las apariciones. Esto es lo que recuerda nuestra tertulia de aquel episodio concreto:

Después de todo esto, el padre decidió marcharse del pueblo con toda la familia. Todos creemos que fue porque la niña era agobiada por los visitantes que preguntaban constantemente por ella, a pesar de que el milagro no se había cumplido ni ocurrió ningún hecho más llamativo que ese. Lo cierto es que se marcharon y posteriormente ella se estableció en Barcelona, donde ingresó en un convento y donde estudió para maestra y para enfermera. Después salió del centro religioso, se casó y tuvo familia.

Como colofón de esta interesante conversación con la señora Olsina, esta nos menciona el parecer de muchas personas que aún vienen a conocer el pueblo por el motivo de las supuestas apariciones y que tienen una fe viva en aquel lugar y en las palabras de la niña. Esto es lo que opina de forma personal y sincera:

Yo soy cristiana, aunque no asidua practicante, y le quiero decir que aún espero algo de todo esto. ¿Que esto del milagro saldrá alguna vez? Se lo aseguro. ¿Que se producirá algo de lo que la niña dijo? No tengo ninguna duda. Porque ella tenía algo muy especial, algo que no tiene toda la gente. Algo que, si no se ha estado al lado de ella viviendo aquello, no se puede explicar. Y luego está lo de la familia, gente muy buena que nunca quiso sacar partido de la niña y que, si hubieran sido unos aprovechados, ahora serían ricos, con la falta que les hacía en aquellos años, que eran muy pobres, de los más pobres del pueblo. Y para mí, ese comportamiento de la familia es una prueba más de que todo aquello no fue una invención, sino que fue algo puro que surgió de la chiquita, sin influencia de nadie más.

Continuamos nuestro periplo por Vinromá, esta vez hasta el domicilio de Francisca García, compañera de escuela de la niña vidente. La casa de doña Francisca se encuentra a escasos metros de lo que era el hogar de los Roca, por lo que sin duda la señora tiene cientos de vivencias de las cuales fue testigo de excepción. En la habitación donde nos atiende concurren a la vez otras dos vecinas del pueblo que también vivieron aquellos hechos con gran inquietud. Lo primero que se le viene a la memoria a esta mujer es la víspera de la fecha en la que supuestamente se iba a producir el milagro. Esto fue lo que nos narró al respecto:

Recuerdo que aquella noche caía agua a cántaros. La gente venía con camiones, en caballerías o con carros. Muchos llegaban a pie, ya que tenían que dejar los carros y otros vehículos cerca de Alcalá de Xivert, porque aquí no cabía ni un alma más. Por eso tenían que venir desde allí, andando, con el agua que caía. Desde allí y desde otros sitios más lejanos. Por la parte de la carretera de Castellón ocurría igual.

Aquí, a mi casa, vinieron en un camión siete u ocho personas desde Tortosa. Llegaban empapados, tiritando y muertos de frío. Parece que estoy viendo a mi padre hacer un fuego grandioso en la chimenea y colocar dos sillas y una caña a modo de tendedero para que colgaran la ropa. La gente se quitaba la ropa que traía y nosotros les dejábamos lo que podíamos, hasta que secaran la suya. Las puertas de todas las casas del pueblo se encontraban abiertas. Todo el mundo durmiendo en los pajares, en una silla o en el mismo suelo de las habitaciones, donde se podía pasar la noche. La iglesia abierta toda la noche, el local del cine abierto toda la noche... Todo ello para que se refugiara la gente que no cesaba de llegar.

Al día siguiente esta calle era una muchedumbre. Todos preguntaban por la niña: dónde vivía, dónde estaba... Era tal el ir y venir de personas, que, a pesar de la lluvia caída, el suelo estaba seco. Venían gentes de todas clases: pobres, ricos, enfermos, mutilados... Todos querían tocar a la niña, por lo menos verla y hablar con ella, pero la

pequeña ni se asomaba a la ventana de casa, no la dejaban los padres. Y aquí tengo que decir que eso sí que fue un milagro, que esa familia, que pasaba hambre, más incluso que la que pasábamos el resto del pueblo, y había días que no tenían nada para comer, jamás cogieron una peseta de nadie. Y yo vi cómo les ofrecían dinero, y mucho, y todo lo que hubieran pedido, solo por ver a la niña, tocarla o hablar con ella. Y jamás se aprovecharon de aquella situación. Muchas veces la gente que se ponía a la puerta de su casa comenzaba a gritar: «¡Que se asome, que se asome!», y entonces la ponían un momento en la ventana y la volvían a cerrar.

Después, el día del milagro, usted no se puede imaginar lo que había en estas montañas. Mi marido siempre dice que ni Franco reunió a tantísima gente en el pueblo. Las tiendas se quedaban sin género, se agotaron las alpargatas, los paraguas, la comida... Era una cosa tremenda y, además, hacía un frío que pelaba. Aquel día, de la parte del río hacia la subida de la cueva no dejaban pasar a nadie. Había unos guardias que prohibían el paso a todos. Solo dejaron pasar a un hombre del pueblo que la llevaba sobre sus hombros. El tío Moreno le llamaban. Mientras la llevaban entre el gentío, la niña solo decía que la Virgen no mentía y que se haría de noche en pleno día. La verdad es que el día estaba muy negro, nublado, con mucho frío. Comenzó a rezar el rosario y llegó la hora del milagro. Y de noche no se hizo, pero se comenzó a rumorear que la niña decía que el agua de aquel río curaba. ¡Si hubiera visto, con el frío que hacía, a muchas personas abalanzarse sobre las aguas del río, uno lavándose una llaga, otro detrás bebiendo en el mismo lugar, el otro bañándose totalmente...!

Amí me llamó mucho la atención que una vecina del pueblo a quien siempre conocí ayudándose de unas muletas para caminar arrojó estos apoyos al río y comenzó a subir la montaña sin ningún tipo de ayuda. Y yo no digo que esto sea milagro, solamente le cuento lo que yo vi.

Parece increíble que después de tantos años nuestra entrevistada todavía se emocione al evocar sus recuerdos. Sin duda, aquellos acontecimientos calaron profundamente en las vidas de todos los vecinos del pueblo de Las Cuevas de Vinromá, donde nunca nada volvió a ser igual. Continúa hablando doña Francisca, esta vez sobre la niña Raquel Roca en concreto, la protagonista de la historia que nos ocupa y que fue compañera de juegos infantiles en su niñez:

Solo le digo que a esa niña la interrogaron curas y otros que no lo eran y que venían para intentar desenmascararla desde Castellón y desde otros lugares. Curas y personajes más importantes, de más rango. A lo mejor había un obispo de paisano por el pueblo para intentar ver a la niña en su ámbito más íntimo, menos prevenida. Y nadie consiguió nada. Le hacían preguntas, le planteaban cuestiones buscando alguna

contradicción. Pero siempre ella los superaba. Algo increíble porque en su familia no había medios para nada. Nadie tenía estudios, ni dinero, ni otras condiciones para poder tener alguna clase de conocimientos que justificaran su sabiduría.

Los que acompañaban a la niña hasta la cueva veían cómo se quedaba en éxtasis. Se quedaba como muerta, pero con los ojos muy abiertos, mirando dentro de la cueva, como si viera algo allí. Luego, después de terminar el rosario, contaba a los presentes lo que la Virgen le había dicho. Cada día era una cosa distinta y siempre terminaba con la frase: «¡La Virgen no miente!». Los que la acompañaban besaban y tocaban la roca donde Raquel se ponía de rodillas a rezar al pie de la cueva, hasta tal punto que parecía pulida por el desgaste.

Hay también un hecho muy curioso que recuerdo y que nos contaba a algunos vecinos. Nos decía que su madre se moriría muy joven. Y que su hermano también moriría prematuramente y, además, de manera trágica. Su hermano murió en un accidente o algo similar y la madre, efectivamente, murió bastante joven. Solamente quedaron ella y Carmen, su hermana, junto a su padre.

Para concluir nuestra amena e interesante conversación, doña Francisca quiere dejar muy claro el buen nombre de la familia Roca en el pueblo y la enorme virtud que demostraron al no querer aprovecharse de aquella situación, a pesar de la precariedad económica por la que pasaban. Sus últimas palabras las dedica al buen recuerdo que posee aún de aquella familia:

El milagro mayor para mí fue la honra de aquella familia. No se aprovechó de nadie. Incluso los propios padres amenazaban a la niña diciéndole que adónde iba, qué iba diciendo por ahí, qué mentiras iba diciendo, que les iba a buscar un compromiso... Pero nadie podía con las afirmaciones de la pequeña, jamás lograron que dijera que aquello era una mentira ni la convencieron para que callara. Ni sus padres, ni el cura, ni nadie.

Y es que las gentes que llegaban al pueblo venían con una fe tremenda pensando que se curarían. Y hubieran dado cualquier cosa por arrimarse a la niña unos momentos, hablar con ella, que les diera su bendición... Pero sus padres nunca accedieron a ello.

Poco a poco, a la amena conversación vecinal se van uniendo más testimonios de la época. Gentes que aún hoy viven con un recuerdo imborrable de aquellos días en los que Vinromá cambió para siempre. Esta vez participa en la tertulia Rosa Castelló, vecina de Nules, quien llegó con su madre enferma y una amiga hasta el pueblo castellonense peregrinando devotamente,

como otros cientos de miles, al lugar donde la Virgen había prometido la curación para los insanos. Doña Rosa, que contaba con trece años de edad por aquellas fechas, nos hace un retrato de la estampa que se encontró en el pueblo:

Yo tenía trece o catorce años por aquellos días y vinimos desde Nules mi madre, una amiga de mi madre y yo. Dormíamos en el suelo de la iglesia. Mi madre estaba enferma, muy delicada, y tenía una fe enorme, porque el que está enfermo busca agua en donde no hay. Hablando de agua, recuerdo que llovía muchísimo y que hacía un frío que se te metía en los huesos. Íbamos todos los días a rezar con la niña a La Morería, a la cueva. Mi madre, mira si tenía fe que nos hizo una bolsita de tela blanca y nos la colgó en el tirante de la camiseta como señal de devoción a la Virgen.

Pero, de todas maneras, pasados ya los años, creo que el milagro más grande fue que no pasó nada. Aquí no sabe nadie la gente que había, era incalculable. Había muchas tiendas de campaña de la Cruz Roja para asistir a los presentes, pero gracias a Dios no tuvieron nada de trabajo. Eso sí que era increíble.

La niña era una pequeña muy débil, delgaducha. Pero tenía algo especial. Fíjese que después que pasó el milagro, el cura que había en Vinromá, mosén Francisco, fue a Nules, donde yo vivía, y nos contaba cosas de la chica. Nos decía que de si fue o no fue milagro él no decía nada, pero que la niña era muy extraña. Una niña de sus años, sin estudios ninguno, lo que respondía no era lógico para su edad. Aquí habían venido obispos y altas jerarquías de la Iglesia y le hacían unas preguntas muy rebuscadas, y ella las contestaba de una manera que eso no se había visto nunca. Mosén Francisco nos decía que la niña les relataba lo que la Virgen le decía y que eran unas cosas tremendas, impensables para que se las inventara una niña tan pequeña. Pero él nunca nos contó lo que en verdad le decía la Virgen.

Por último, se unió a lo que ya era una apasionada charla de recuerdos la vecina Teresa Perea, la cual fue una de las amigas íntimas de la niña vidente. Doña Teresa, además de hablarnos de las anécdotas más renombradas y descritas hasta ahora de las jornadas que acontecieron antes y después del supuestamente fallido milagro, nos contó cómo su amiga Raquel les dibujaba aquel ser que veía y a quien consideraba la Virgen María. Juntas, en el pupitre de la escuela, la pequeña Raquel asombraba de nuevo a sus compañeras con sus confidencias sorprendentes:

Yo, un día que estaba con Raquel a solas, le pregunté: «Oye, y tú ¿cómo ves a la Virgen?». «Mira, trae un papel», me contestó. Entonces le di una hoja y ella me dibujó una especie de flor que parecía una azucena y dentro de la flor, como surgiendo de ella, la figura de la Virgen, que era como la Virgen del Carmen. Y así lo hacía siempre que se lo pedíamos las amigas. Siempre me resultaba curioso, no sé, la Virgen saliendo de una flor. Era raro para nosotras, nunca la habíamos visto así. Dibujaba una especie de azucena y, dentro, la Virgen con el rosario. No sé dónde lo tengo, pero hasta hace poco conservaba uno de sus dibujos en mi casa.

Solo quiero decirle que si el asunto del milagro y de las apariciones hubiera sido una cosa preparada de antemano por el pueblo o por alguien con algún interés, alguno le habría sacado beneficio vendiendo fotografías, recuerdos y otras cosas semejantes que hacen en otros lados. Pero surgió así, de manera espontánea.

La fe de estas personas sin duda desconcertará a cualquiera que haya elaborado prematuramente una conclusión para este asunto tan bizarro. ¿En verdad Vinromá fue escenario de una aparición extraordinaria, capaz de movilizar a cientos de miles de personas, algunas de las cuales fueron curadas verdaderamente de sus males? ¿Se debió todo a las imaginaciones de una niña aventajada, con una inteligencia soberbia, que quiso escapar de las miserias de su tiempo imaginándose un hecho sobrenatural? De haberse cumplido el milagro y otros hechos anunciados por la niña vidente, ¿se habría convertido Las Cuevas de Vinromá en el Fátima o en el Lourdes español?

Lo que ciertamente sucedió a posteriori fue que muchos detractores de estos asuntos relacionados con la fe y la religión vieron en el fallido milagro de Vinromá un objetivo ideal para sus mofas y descréditos. Sobre todo, y lamentablemente, los que realizaron estas descalificaciones fueron personajes que no han conocido en absoluto la verdadera historia de estos sucesos, a ninguno de sus protagonistas, ni el valor de todos los que acudieron hasta allí en busca de la reafirmación de su fe. Y es que, como decía el literato, es más fácil negar una cosa que enterarse de ella.

Para finalizar citaremos, traducido del valenciano, uno de esos textos publicados en la prensa regional de la época, no carente de cierta burla, sobre el frustrado milagro de Las Cuevas:

Con una tarde oscura y desagradable de finales de noviembre de 1947, que más convidaba a estar arrimados cerca de una buena fogata que a navegar, la gente, con bandera desplegada y sin reparar en la baja temperatura, se empuja a Las Cuevas de

Vinromá, valientes, con los medios de locomoción que cada uno puede coger, por asistir a los tantos ponderados milagros que ha de hacer la madre de Dios por mediación de una niña, precisamente el día uno de diciembre. Y este caso fue tan extraordinario que bastante tiempo antes de la fecha señalada ya se hablaba de estos milagros por todas partes, traspasaba los límites de la provincia, motivaba el desplazamiento de más de una millonada de personas, resultaba imponente tanta aglomeración, por lo que lo comentamos en la tertulia del café y compongo estos versos verdaderos, que celebramos mientras apuramos las tazas.

Si quieres ver cosas nuevas  
que causan admiración  
vete el lunes a Las Cuevas  
que irán gentes a montón.

Si no lo crees vete a ver  
y allí apreciarás el mito  
y sabrás si hay que creer  
o sonreír un poquito.

Hay mucha gente que no cree  
que una simple chiquita  
habló con la madre de Dios  
allí dentro de una cuevita.

Dice que enfermos perdidos  
que allí viajen curarán  
cojos, baldados, lisiados  
y demás males sanarán.

Quien quiera ver pruebas  
de estas curas sin precio  
que se acerque a Las Cuevas  
en carro o a pie recio.

## BURGOS: TIERRA DE OVNIS

Sobre las mismas fechas en que en la provincia de Burgos ocurrían los hechos que nos disponemos a relatar, y en los días en que otros sucesos similares acaecían en aquella misma zona —en Quintanaortuño, Bardenas Reales y otros lugares no muy distantes de la meseta norte— sobre los cuales ya he hablado en una obra anterior,<sup>1</sup> sucedían otros no menos interesantes en el mismo corazón de esta provincia castellana. Los casos referidos nos pueden servir como introducción a la oleada de objetos volantes no identificados en la que ahora nos centraremos y cuya tipología, según los diferentes testigos, fue muy similar entre sí. Además, todos fueron divisados durante aquella época y en esa región.

Sobre las dos de la madrugada del segundo día del recién estrenado año de 1975, Carlos Izquierdo, un joven agricultor de veintisiete años de edad, regresaba en su Renault 6 a su domicilio sito en Solarana, al este de la provincia de Burgos, a poco más de ocho kilómetros de Lerma. Cuando se encontraba aún a cierta distancia de la localidad de Revilla Cabriada, Carlos se fijó en un resplandor rojizo que apareció a su izquierda, justamente sobre las casas que hay por aquella zona, lo que en un primer momento achacó a un presumible incendio en la lejanía.

Continuó su camino por la comarcal que une las poblaciones de Revilla con Solarana. Pero cuando había recorrido algunos cientos de metros volvió a ver el resplandor, ahora más cerca de la carretera, a su izquierda y siguiendo el mismo sentido de la marcha que su vehículo. El punto donde se adivinaba el origen de aquella luminosidad distaba apenas doscientos metros de la copa de las choperas que se alineaban a ese lado de la carretera, según él mismo iba razonando mientras se preguntaba qué demonios era aquella cosa que ahora

parecía seguirle. Debido a la extrañeza y el desasosiego que poco a poco iban haciendo mella en él, detuvo el coche en tres o cuatro ocasiones. Y la luz se detuvo también al mismo tiempo. Lo más curioso, si cabe, es que observó que en la primera parada el objeto siguió unos metros, se paró y retrocedió para ponerse a la altura del coche, como si dicha maniobra le hubiese sorprendido y hubiera tenido que rectificar posteriormente.



Localidad de Solarana, residencia de Carlos Izquierdo y lugar hasta el cual aquel extraño «sol» persiguió al testigo, después de recorrer gran parte de los pueblos de esa comarca.

Después de estos parones Carlos detuvo definitivamente el coche y bajó para ver detenidamente aquel fenómeno extraordinario. Durante el tiempo que duró esta observación el lugar se encontraba en total silencio, cosa que aun llamó más la atención de nuestro testigo, quien manifestó en su relato de los hechos que estaba convencido de que «ellos», lo que fueran, también lo estaban observando a él. Según su propia narración, difundida en diversos medios, dijo: «Me monté de nuevo en el coche y, en cuanto me puse en movimiento, aquello comenzó a moverse también, conservando la misma distancia y altura».

Pero cuando estaba a punto de entrar en su pueblo, Solarana, sintió curiosidad y no quiso abandonar la carretera para seguir observando aquello tan extraño que le estaba siguiendo. Por lo tanto, decidió seguir conduciendo por la calzada hasta los próximos pueblos de Nebreda y Cebrecos: «Pasados estos pueblos —dijo—, me dirigí al cruce de Tejada. Allí, al ver que el aparato todavía me seguía, mi curiosidad de los primeros momentos se fue convirtiendo en miedo».

Apagó las luces del coche, dio media vuelta y situó el vehículo en sentido contrario, es decir, otra vez en dirección a su pueblo, Solarana. Paró de nuevo el motor y pudo comprobar que el objeto se hallaba en el más absoluto de los silencios y que se había situado en esos momentos a no más de ciento cincuenta metros del testigo. Ahora podía verlo mucho mejor: según su propia descripción, era como una gran luna llena, algo achatada, que tenía una luz muy intensa que cambiaba de color en tonos rojizos, anaranjados y amarillos.

«En los campos que se encontraban justo debajo de aquello parecía que era de día y el aparato continuaba acercándose a mi coche...»

Nuestro ya más que asustado testigo arrancó de nuevo el automóvil y salió a toda velocidad hacia su casa en Solarana. Pronto el Renault 6 de Carlos no dio más de sí:

Lo había puesto a 110 kilómetros por hora porque yo estaba muy nervioso a esas alturas del asunto. Y es que aquel aparato ya no solo se limitaba a seguirme a más o menos distancia. Es que ahora se lanzaba sobre mí, se colocaba delante del coche, detrás, a un lado, a pocos metros por encima del coche... Yo hundía con todas mis fuerzas el pie en el acelerador. La luz que despedía esa cosa me permitía ver la carretera como si fuera de día, totalmente clara. Yo intentaba o quería decirles que me dejaran en paz, que era amigo, que no quería hacerles daño. ¡Yo qué sé las estupideces que se me pudieron pasar en aquellos instantes por la cabeza con tal de que se pasara aquella pesadilla! Tocaba el claxon, sacaba la mano por la ventanilla... Pero aquello seguía haciendo aquellas pasadas sobre el coche, y lo que más me llamaba la atención y más me atemorizaba: en total silencio.

Entró como un loco por fin en el pueblo de Solarana, su localidad. Apagó las luces de nuevo y trató de calmarse aún en el interior del vehículo. Tomó varias veces aire y lo exhalaba poco a poco por la boca mientras cruzaba los dedos de las manos nerviosamente, como deseando que aquella luz se hubiera

esfumado. Pero el martirio continuaba. Observó ahora, a través de la ventanilla, que el objeto se había situado en lo alto de la torre del campanario de la iglesia e inundaba toda la zona con una gran luminosidad. Pasados unos minutos, después de haberse tranquilizado un poco y viendo que el objeto volador estaba ahora inmóvil, decidió avisar a su primo, Edelmiro Pozo, que vivía allí mismo, para que él pudiera ver también aquello y, de paso, convencerse a sí mismo de que no estaba sufriendo una alucinación y de que no se había vuelto completamente loco. Efectivamente, su primo, un tanto somnoliento y alarmado por el aviso de Carlos a aquellas horas de la madrugada, pudo atestiguar aquel espectáculo:

Decidimos mi primo y yo salir de nuevo a Nebreda —continúa nuestro testigo relatando los hechos a partir de ese justo momento—, a la carretera, para ver si aquello nos volvía a seguir. Y efectivamente, la luz comenzó de nuevo a moverse y a seguirnos hasta aquel pueblo. Una vez allí, que serían sobre las tres de la mañana, volvimos a casa. Pero esta vez el objeto se quedó sobre el pueblo de Nebreda, inmóvil, hasta que desapareció en el cielo al cabo de unas horas.

Hasta aquí el relato de Carlos Izquierdo recogido por el periodista J. J. Benítez en uno de sus trabajos de campo. Años más tarde tuve la oportunidad de charlar con este testigo y con su esposa, y él, tras hacerme una pormenorizada descripción de los hechos idéntica a la que hizo la primera vez, es decir, que no ha modificado ni un ápice a lo largo de este tiempo, como nota concluyente me hacía la siguiente consideración:

Creemos, reflexionando sobre lo sucedido con el paso del tiempo desde que ocurrió aquel percance, que en el fondo soy un afortunado. Un afortunado porque hay personas que seguramente darían lo que fuera por haber vivido aquel fenómeno. Y yo no digo que sean extraterrestres, ni marcianitos. Que incluso pueden ser experimentos de una tecnología secreta de algún país; cosa que no entiendo, porque nunca se han dado a conocer tales prodigios si alguien los hubiera poseído o desarrollado. Verdaderamente no lo sé, pero lo cierto es que me tocó a mí vivir un caso muy raro y, sinceramente, como le decía, me siento verdaderamente afortunado.

Obsérvese ahora lo ocurrido en la localidad de Peral de Arlanza —un emplazamiento que no dista más de cuarenta kilómetros del lugar del avistamiento de Carlos— escasamente cuatro meses después, concretamente el

20 de abril de 1975 sobre las doce y media de la noche. Por supuesto, no existía ningún nexo entre esta persona y los testigos del siguiente caso, ni estos pudieron remotamente haber tenido noticias por aquel entonces de lo ocurrido cerca de Solarana.

Tres jóvenes vecinos de la finca Pinilla regresaban de asistir a la función de un circo que estaba instalado en la vecina localidad de Peral de Arlanza. Los muchachos eran Gregorio de Juana, Manuel Maté y Julián García y, en su automóvil, un Simca 1200, venían charlando sobre el espectáculo que acaban de ver. No sabían entonces que estaban a punto de ser los protagonistas de otro «circo» de dimensiones aún más fabulosas.

Cuando apenas se habían alejado un centenar de metros del pueblo de Peral, a la derecha de la solitaria carretera observaron una potente luz que atribuyeron en un primer momento a un tractor u otro vehículo que se encontrara trabajando en alguna finca sobre las lomas que allí se contemplan. Pero tras una serie de comentarios al respecto se dan cuenta de que dicho haz de luz provenía de un objeto redondeado que se encontraba suspendido a unos metros del suelo, cerca de unas bodegas, en las inmediaciones de aquella localidad.

Julián, el joven que conducía, decidió parar el coche para poder ver con mayor comodidad aquello que ya les extrañaba. Cuando se encontraban en medio de una lógica expectación, Manuel Maté lanzó un grito de sorpresa: «¡Mirad! ¡Mirad allí, en medio de la luz! ¡Parece un hombre en medio de la luz!».

Y es que, en medio de aquella claridad intensísima, apareció la figura recortada de un ser de gran estatura, según sus propias declaraciones, con una cabellera larga que le llegaba prácticamente hasta la cintura y que se agitaba al viento. Cuando sus nervios estaban ya a flor de piel, el ser desapareció por algún lugar de entre aquella luz y esta se hizo aún más intensa, ascendió un poco y se dirigió a través de los campos hasta el lugar donde se encontraba el coche de los testigos, iluminándolo todo a su paso. Viendo tal maniobra y con mucho miedo, los tres amigos decidieron dar media vuelta a toda velocidad en dirección al pueblo de Peral con la idea de avisar al alcalde, don José Antonio Martínez Prieto, conocido por todos ellos.

Ante el alboroto de los chicos y viendo el estado de agitación que mostraban, el regidor del pueblo decidió salir a las afueras del lugar para verificar la historia tan disparatada que contaban. Según sus propias palabras: «A la salida del pueblo, y en dirección al mismo, pudimos ver una especie de luna llena amarillenta que se acercaba lentamente a la localidad».

Al llegar a la población, sobre sus tejados, comenzó a emitir unos destellos que hicieron que la noche se convirtiera en día, detalle que aún en la actualidad pueden confirmar varios vecinos que vivieron los hechos de primera mano, muchos de los cuales, desde la cama y desconociendo lo que verdaderamente estaba sucediendo en el exterior de sus viviendas, atribuyeron tal fenómeno a los relámpagos de una inexistente tormenta.

Sobre la una y cuarto de aquella terrorífica noche, la esfera luminosa comenzó a alejarse del pueblo. Entonces, los muchachos decidieron que era el mejor momento para coger el coche y llegar por fin a su domicilio en Pinilla. Pero la pesadilla parece que acababa de comenzar. Tras tomar la primera curva, la misteriosa luz se colocó rápidamente tras el automóvil persiguiendo a los chicos. Estos veían que los campos a su paso quedaban totalmente iluminados, como si estuvieran en pleno día. Por eso, y de nuevo por el nerviosismo y el miedo que los atenazaba, decidieron de nuevo parar y girar bruscamente en dirección a Peral de Arlanza. El extraño objeto jugaba con ellos haciendo pasadas a baja altura, yendo de un lado a otro y quedándose en ocasiones enfrente del coche, como obligándolos a parar. El vehículo no daba más de sí. Julián, el conductor, lo había puesto a más de ciento veinte por hora. Pero eso, lo que fuera, era mucho más rápido y pasaba de estar parado a alcanzar una gran velocidad en cuestión de segundos. Parecía que estaba riéndose de ellos, o al menos jugando con los tres amigos.



El pueblo de Peral de Arlanza, el escenario de uno de los casos menos conocidos en el ámbito de la ufología nacional. Un velo de silencio se cierne sobre este suceso, cuyos testigos prefieren aún hoy guardar silencio.

Y fue justamente mientras se encontraban en esta delicada situación cuando los chicos notaron que el coche fallaba. El motor del Simca pareció estropearse y los tirones en la marcha eran notables. En ese momento, Julián realizó una maniobra arriesgada: dio un golpe de volante y giró de nuevo el coche derrapando en dirección a la finca Pinilla. Y de nuevo, a toda velocidad, entraron en la finca donde trabajaban y vivían y comprobaron que la esfera los perseguía de cerca dejando la carretera totalmente iluminada por debajo de su itinerario.

Cuando atravesaron la portilla de la finca Pinilla, los compañeros, que se hallaban ya en sus camas dormitando, salieron al exterior de las viviendas al notar el jaleo que había provocado el coche al entrar a toda velocidad en el recinto. No era normal aquel alboroto, así que más de una decena de trabajadores observaban ahora estupefactos a sus compañeros, presas del terror, abandonando el coche rápidamente y a la extraña luminaria que los perseguía a unos metros de la carretera.



La finca Pinilla, a pocos kilómetros de la localidad de Arlanza, donde los muchachos entraron a toda velocidad con el coche, totalmente aterrorizados por aquella extraña luz que los perseguía y agobiaba. Sus compañeros, que dormían en las dependencias de este lugar, salieron alarmados por el revuelo que se produjo y contemplaron con asombro el motivo de aquel alboroto.

Uno de aquellos labradores, Francisco Cantero Rozas, muy conmocionado por lo que estaba presenciando, decidió tomar su escopeta y, montado en su tractor con varios trabajadores más, enfrentarse a aquello que aparentemente no tenía ninguna explicación. De este modo, él y sus compañeros comenzaron a acercarse a aquella gran esfera luminosa que aguardaba ahora en medio del camino, junto a los campos, balanceándose en total silencio e iluminándolo todo. Cuando se encontraban a menos de diez metros de la esfera, surgió un gran resplandor que cegó momentáneamente a Francisco y a sus acompañantes hasta tal punto que los hizo tirarse del tractor en marcha, aterrados, mientras el vehículo se precipitaba por un terraplén cerca de un puente que allí se encontraba. Tras el accidente, el objeto no identificado ascendió lentamente, en un primer momento, hasta perderse

después en el cielo a gran velocidad. A las pocas horas, la Guardia Civil se personó en el lugar para tomar declaración a todos los presentes en aquella desquiciada noche.

Este suceso es uno de los casos más oscuros y menos conocidos de los ocurridos en España en cuanto a fenomenología ufológica se refiere. Oscuro desde el momento en que se intentó acallar e incluso desprestigiar el relato de los testigos, bastantes como hemos visto, tratándolos, como poco, de ignorantes pueblerinos. Tanto se les intimidó que apenas quieren hablar sobre el asunto en la actualidad. Nosotros intentamos que lo hicieran, bien lo saben los dioses, procurando que Julián García o Gregorio de Juana atendieran nuestras preguntas, que en ciertos momentos llegaron a convertirse en súplicas. Pero fue tarea imposible. No pudimos más que entresacarles algún que otro «Aquello fue real», «Nosotros no sabemos lo que era, lo que sí sabemos es que no era normal» y el reiterado «No quiero hablar, por favor no insista más».

De la escasa documentación que existe respecto a lo acaecido en Peral de Arlanza, mucha de ella está encaminada a quitar todo valor a los testimonios de estas personas, con sesudos estudios y planos de la zona que intentan explicar que los testigos confundieron la extraña presencia voladora, que los persiguió en varias direcciones y que iluminó los campos a su paso como si fuera de día, con la visión de la Luna. Seudoinvestigadores con desconocidos intereses, muchos de los cuales no tuvieron la decencia, ni tan siquiera, de acudir al lugar y hablar cara a cara con estos vecinos, proponen que estos labradores, a pesar de estar acostumbrados una y mil veces a trabajar en los campos de noche y de día, desconocían lo que era la Luna y sus evoluciones. O que de buenas a primeras se habían liado a tiros con nuestro satélite, haciendo incluso que se despeñara un tractor en esta desesperada persecución. Lo cierto es que tan forzadas explicaciones me parecen una falta de respeto absoluta a la versión de la práctica totalidad de un pueblo.

A pesar de todo esto, y con la esperanza y la inquietud de conocer de primera mano lo sucedido en las inmediaciones de aquella localidad burgalesa, tuve la suerte de charlar largo y tendido con dos de los vecinos de Peral (testigos directos del caso) e incluso con el hijo del tractorista ahora ya fallecido, pero que estuvo a punto de perder la vida en el suceso que aquí

hemos narrado. Y, por supuesto, me aseguraron que aquello no era la Luna, ni tan siquiera cosa similar. Otro vecino, Ricardo de la Peña, contemporáneo de lo ocurrido, también nos hizo mención a la experiencia de los chicos en aquella noche aciaga:

Le tengo que decir que los muchachos estuvieron atemorizados durante los días siguientes. Y que hubo muchas más personas que vieron aquello. Todos decían lo mismo: era una gran bola, muy luminosa, con una luz muy blanca y que se movía cuando quería a toda velocidad. Los chavales llegaron muy asustados a la finca Pinilla y ese jaleo despertó a sus compañeros. Uno de aquellos compañeros, Paco Cantero, que ya ha fallecido, tomó una escopeta y se enfrentó a la luz que ahora se encontraba cerca, en una finca al lado del río, flotando en el aire. Se subió al tractor y, cuando se acercó, esa cosa le lanzó un destello que lo cegó, haciendo que se arrojara del vehículo. El tractor quedó colgando en un terraplén del puente. Un poco más y la cosa hubiera acabado trágicamente. Esto no me lo han contado, lo pude ver con mis propios ojos porque, a la mañana siguiente, yo fui la persona que se encargó de remolcar el tractor siniestrado y pude ver todos estos detalles. Esa gente estaba aterrorizada, yo los conocía de toda la vida y le aseguro que algo muy gordo tuvo que pasar para que se encontraran en aquel estado.

Parece ser que en esas fechas, con tan solo unos días de diferencia entre finales de 1975 y principios de 1976, esa zona concreta del norte de Castilla iba a ser la elegida para el avistamiento de fenómenos similares que llenaron de extrañeza y temor a varias docenas de testigos. Eran gentes serias que reportaban avistamientos de aparatos no reconocidos por su comportamiento y fisonomía, y que quedaron marcados a fuego y miedo por aquel trance para el resto de sus días. Y es que parece ser que los desolados y fríos parajes castellanos fueron el escenario, a mediados de los años setenta del siglo pasado, de un puñado de encuentros con lo desconocido que han pasado a los anales de la historia UFO de este país, tanto por su calidad testimonial como por su riqueza en detalles y coincidencias.

Nos pusimos en marcha de nuevo una fría mañana de finales de noviembre de 2012, en busca de los testigos de otro de los casos que nos va a ocupar en este capítulo y a quienes íbamos a encontrar cerca de Villarcayo. Dichos testigos, a pesar de ser gente bragada, de campo, cazadores poco dados a cobardías y fantasías que nada bueno les iban a reportar, estuvieron mucho tiempo callados, conmocionados diría yo por el agobio. Alguno de

ellos sigue siendo, hoy en día, reacio a hablar abiertamente sobre el caso, quizás porque piense que aquello no pudo ser verdad o, al menos, lo encuentre imposible de encajar en las vicisitudes cotidianas. Por ello calla y apenas le arrancan alguna palabra sobre lo ocurrido personas de su círculo más cercano. Por ello, y comprendiendo su actitud, tienen más valor las palabras de los que se atreven a difundir su increíble vivencia abiertamente, con el deseo de que alguien quizás les pueda dar una explicación lógica y coherente acerca de lo que les sucedió aquella gélida madrugada de finales de 1975.

Llegamos a Villarcayo para reunirnos con un testigo. Nieva de forma esporádica y el termómetro parece que poco a poco va descendiendo.

«Han pasado ya más de treinta y cinco años de aquello», fue lo primero que nos espetó mientras tomaba un reconfortante café en el bar donde habíamos quedado. Era Bruno Luraschi, un hombre en quien, a pesar del tiempo transcurrido, aún se podía apreciar la emoción cuando recordaba el asunto. Abriendo los ojos como sorprendido por sus recuerdos y moviendo las manos nerviosamente mientras estas intentaban gesticular sus miedos, Bruno nos cuenta los prolegómenos del caso, narrándonos, un tanto atropelladamente, los primeros detalles de su extraña experiencia. Tras esta primera toma de contacto entramos en el coche y nos dirigimos al punto exacto del terrorífico encuentro.

Salvamos la corta distancia con la localidad próxima de Incillas para luego girar a la derecha y llegar hasta Rioseco. Desde allí, por una deteriorada carretera local, llegamos a Granja Casabal, el paraje situado en pleno monte que fue escenario del suceso en cuestión. El frío intenso, el silencio invernal, la soledad y una molesta aguanieve que nos pinchaba el rostro eran nuestros únicos acompañantes. Al bajar del automóvil, Bruno parecía aún atemorizado —a pesar de haber transcurrido tanto tiempo— y se quedó inmóvil por unos segundos frente a aquel paisaje invernal. De repente, como saliendo de sus pensamientos, comenzó a hablar:

Éramos tres amigos, Pablo Casado, José Luis Laso y yo, que habitualmente veníamos por la zona a cazar furtivamente —con mucha precaución, porque teníamos miedo de que nos vieran los guardias y aquellos tiempos estaban muy revueltos, con la muerte de Franco reciente y demás—. Por eso, solíamos ocultarnos en varios sitios acordados de antemano, aguardando a que saliera algún bicho.

Recuerdo que era una madrugada fría, despejada, con luna. Sería sobre la una o así. José Luis y yo nos colocamos en esta loma, enfrente de unos pozos abandonados de petróleo que había allí, al otro lado de esta vaguada, mientras que Casado esperaba en el fondo del valle, por donde solían salir los animales. En el más completo de los silencios estábamos cuando, de repente, por la parte norte de este valle, como si viniera de Cubillos del Rojo o Soncillo, vimos por la loma una luz muy intensa que se desplazaba lentamente iluminando el terreno.

Don Bruno hace aquí una pausa y, arrimándose al terraplén de la pista embarrada, nos señala el lugar del que nos habla. Observamos que poco a poco la emoción va embargando su mente. A medida que va recordando los hechos se agita cada vez más y empieza a hacer señas y movimientos nerviosos.

En esto le digo a José Luis, el que estaba conmigo: «¡Cuidado! ¡Cuidado, Sito, que por allí vienen otros cazando! ¡Y menudas luces que traen! ¡Vámonos, a ver si nos van a fastidiar!» Pensando yo que eran algunos furtivos como nosotros o la mismísima Guardia Civil que estaba patrullando la zona. Por eso, nos ocultamos aún más y procuramos guardar total silencio, a ver lo que pasaba, para, en cuanto tuviéramos oportunidad, marchar de la manera más discreta posible. Pero cuál es nuestra sorpresa cuando poco a poco vamos viendo de dónde partía esa iluminación. Era un aparato en forma de pera, con la parte de abajo más ancha que la de arriba, y venía desplazándose muy despacio, sin ningún ruido. Era todo transparente, a excepción de la parte de abajo y de una suerte de pilar central que llegaba hasta arriba. Y lo que más nos asustó... ¡Allí iba un tiarrón de más de dos metros, de pie, con un brazo agarrado a esa especie de pilar!

No dijimos ni palabra. No podíamos abrir más los ojos. Todo el valle se empezaba a iluminar como si fuera de día. De pronto, cuando llegó a la parte donde se encontraban los antiguos pozos petrolíferos, se paró y estuvo allí durante unos minutos. Parecía que se había posado. Nosotros teníamos miedo de que le hiciera algo a nuestro amigo Casado, ya que él, en el fondo del valle, tenía que estar mucho más cerca que nosotros de aquella cosa. Después de este tiempo pudimos verlo mejor. Llevaba por la parte superior del aparato una especie de mangueras o brazos que colgaban a los lados.

En este punto de la reconstrucción de los hechos, la emoción de nuestro amigo Bruno era ya suprema. Se le podía ver, mientras señalaba los lugares de los que hablaba, tembloroso, reviviendo la experiencia de su vida.

Para qué se lo voy a negar, nosotros a esas alturas estábamos ya aterrados. Yo no pude aguantar más y le dije a Sito: «¡Vámonos de aquí, joder! ¡Vamos a llamar a Casado y vámonos de aquí ya!».

Di un salto y me dispuse a salir corriendo pista abajo en busca de nuestro amigo, sin prácticamente mirar atrás, escopeta en mano.

De pronto, aquella cosa dio un fuerte fogonazo, con un brillo muy intenso que parecía de soldadura. Estábamos aterrados, pensando en que eso venía a por nosotros. Todo el valle quedó iluminado con una especie de luz como la de los fluorescentes, muy brillante y que abarcaba todo. Pensábamos que era el fin. José Luis, *Sito*, me agarraba y me decía que venían a por nosotros. Y, además, todo estaba en el más absoluto de los silencios, asunto que aún nos atemorizaba más.

En esas estábamos, cuando de repente comenzó a elevarse, despacio al principio, hasta que hizo unos zigzags y se perdió en el cielo a una velocidad que no se podría asemejar a nada que haya visto. A los pocos segundos parecía una estrella más en el cielo, hasta que se perdió definitivamente de vista.

Por la ubicación en que nos encontrábamos y la descripción del avistamiento que nos acababa de relatar nuestro testigo, aquel aparato redondeado, en forma de tronco de cono achatado por los lados, de unos cinco metros de altura por otros tantos de anchura en su parte inferior, había trazado una trayectoria norte-sur a muy baja altura y velocidad, deteniéndose, y quizás posándose, en una vaguada enfrente de aquel pequeño valle donde quedaban aún los restos de unos antiguos pozos petrolíferos que se habían explotado tiempo atrás. Todo el objeto era transparente, como de cristal, a excepción de una franja horizontal en su parte media y otra parte en forma de pilar que iba verticalmente desde la línea central superior hasta la inferior. Y lo más terrorífico: al parecer, un ser de gran estatura, una sombra negra antropomorfa que superaba ampliamente los dos metros y medio de altura estaba apoyada en aquella especie de pilar, de pie, como desafiando toda lógica posible. Un verdadero canto a lo absurdo, como en tantas y tantas ocasiones ocurre en este enrevesado y riquísimo mundo de los no identificados.



Bruno Luraschi en el lugar de su encuentro con lo desconocido, el paraje conocido como la Granja Casabal. En estas fotografías se puede ver la recreación in situ de lo que los testigos describieron.



Al poco de huir corriendo monte abajo nos topamos con nuestro amigo Casado, quien venía a nuestro encuentro, también muy asustado, sin aliento, temeroso de lo que nos podía haber ocurrido a nosotros. Nos dijo: «¿Habéis visto eso? ¿Habéis visto aquel tío tan grande agarrado a eso? ¡Vámonos de aquí inmediatamente!».

Y con las mismas echamos a correr los tres y no paramos hasta donde habíamos dejado el coche, un poco más abajo, muertos de miedo. Cómo sería nuestro estado que dejamos incluso los cartuchos olvidados en la peña y cogimos las escopetas porque las llevábamos al hombro, que si no allá también se quedan. El coche no tocaba con las ruedas en la carretera hasta llegar a Villarcayo, a la velocidad a la que nos fuimos.

Al día siguiente, ya en Villarcayo, no queríamos ni hablar de ello. Prácticamente nos mirábamos como diciendo si en verdad nos había pasado o si todo había sido un mal sueño. Le puedo asegurar que ninguno de los tres logró pegar ojo aquella noche. Por eso la cara que teníamos aún de miedo nos delataba y nos delató a la hora de dar explicaciones a nuestras familias y amigos, porque no era normal nuestro estado en aquellos días posteriores. De ahí empezó a salir todo lo que se sabe, porque la gente insistió en que contáramos lo que había pasado, que si no llega a ser así eso se va a la tumba con nosotros. Además, ¿qué ganábamos nosotros? Lo único, que nos echaran una multa al conocerse que estábamos cazando ilegalmente. ¡Y estaban los tiempos buenos!

Desde aquello no he vuelto a cazar solo de noche. Si no es con otra persona, soy incapaz de quedarme solo en el monte. No soy persona, aun habiendo pasado ya tantos años.

Como el lector comprenderá, podemos sacar muchas conclusiones del relato de nuestro testigo Bruno. Bruno y sus compañeros son sin duda hombres valientes. Son valientes aunque sus reacciones puedan parecer que contradicen lo que decimos. Valientes porque solo los que son capaces de hacer unas declaraciones sobre lo sucedido, sin miedo al qué dirán, merecen este calificativo. De nuevo lo absurdo y lo increíble ligados a una experiencia ovni de primera magnitud. Más de treinta años después de aquel suceso aún se puede comprobar el temor en sus caras y su poco humor al querer referirse a los hechos. Algo verdaderamente extraño e impactante les había ocurrido a aquellos decididos cazadores, hombres de campo poco dados a fantasías, aquella invernal mañana de finales de 1975.

Podemos asegurar que ninguno de los tres amigos se había interesado nunca por estos fenómenos. Ni tan siquiera les llamaba la atención cuando, esporádicamente, alguien salía en los medios de comunicación reportando una experiencia similar a la que ellos, tiempo más tarde, vivirían. Tan solo eran

personas coherentes, asustadas, llenas de interrogantes. Habían vivido ajenos a cualquier contaminación de esta índole hasta el momento en que ellos mismos tuvieron la suerte o la desgracia de vivir una experiencia tal en primera persona. Después de todos esos años, los tres testigos continúan describiendo lo sucedido de manera similar, con detalles que encajan en todas sus versiones, las cuales no han cambiado un ápice, como decimos, a pesar del tiempo transcurrido.

Tampoco sabían nada de lo acontecido meses antes, muy lejos de las frías campiñas burgalesas, en la localidad de Galdar, en Gran Canaria, a un testigo que afirmó haber divisado un extrañísimo objeto en forma de esfera, transparente como el cristal, en cuyo interior se dibujaban las figuras de dos seres de grandes dimensiones agarrados a lo que parecía ser una barra vertical que iba de la parte inferior del objeto hasta la superior y únicamente con la base opaca. A veces hasta lo absurdo tiene sus coincidencias.

Tan solo horas después del encuentro en las inmediaciones de Villarcayo que acabamos de relatar, a escasos cincuenta kilómetros de aquel lugar, cuatro militares de reemplazo iban a tener el encuentro de su vida al toparse, en la localidad burgalesa de Quintanaortuño, con cuatro aparatos en forma de tronco de cono despegando de unos terrenos cercanos a la carretera nacional que va de Burgos a Santander, los cuales dejaron evidencias en un campo totalmente calcinado, sobre la tierra helada del avistamiento. Otra vez la coincidencia de lo absurdo. Bonito juego de palabras.

Andando por aquella campiña, verde y blanca debido a la nieve que ya iba cuajando, mientras acompañábamos y escuchábamos las explicaciones del señor Luraschi, justo en aquel lugar perdido y remoto cercano a Villarcayo conocido como Granja Casabal donde supuestamente el aparato llegó a tomar tierra, se nos encoje el alma al pensar que quizás justo allí, unos años antes, un objeto de naturaleza misteriosa entró en contacto con la tierra que pisamos. Y que justamente la persona que teníamos a nuestro lado, junto a otros dos compañeros de cacería más, fueron los afortunados (¿?) que pudieron observar un ser quizás de origen no humano en aquel lejano día de mediados de los años setenta.

Continuamos nuestro viaje por tierras burgalesas, no sin agradecer sinceramente a Bruno Luraschi la jornada inolvidable, llena de recuerdos y temores, que acabamos de vivir junto a él. Nos dirigimos ahora más al sur de la provincia, a unos cincuenta kilómetros de Villarcayo, y nos adentramos en el inhóspito páramo de Masa, uno de los territorios más solitarios y fríos de la provincia castellana y de todo el país, me atrevería a asegurar. Para algunos, uno de los mejores escenarios para el avistamiento de estos escurridizos aparatos no identificados. Su planicie inmensa y el horizonte lejano, sin obstáculos que impidan otearlo, pueden ser los factores que ayuden a que estos avistamientos se logren disfrutar con relativa frecuencia desde ese territorio, dado el amplio campo de observación del cual se dispone. Quién sabe. El caso es que días antes nos habíamos citado con uno de los testigos de un caso excepcional, al igual que el de Villarcayo, ocurrido aproximadamente once meses después que aquel. Los protagonistas: la familia Serna, vecinos de la localidad de Montorio (colindante con el páramo) y propietarios de extensas tierras y de una conocida industria agrícola de la comarca. Después de encontrarnos en el mencionado pueblo de Montorio, nuestro testigo, Calixto Serna, nos da amablemente la bienvenida en su propia casa mientras un frío viento que arrastra nieve seca nos congela el cuerpo aquella mañana de noviembre.

Tras las presentaciones de rigor, pronto nos invita a subir a su todoterreno para llegar al lugar exacto donde tuvo lugar la experiencia que iba a marcar a varios miembros de su propia familia, incluido él mismo, para siempre. Durante el viaje hacia el corazón del páramo, una llanura fría y azotada por el viento, conduciendo entre pistas embarradas y muy deslizantes que hacen imprescindible la diestra utilización del 4×4 para transitarlas, Calixto Serna nos va poniendo al corriente de lo ocurrido aquella madrugada de finales de 1976:

Aquella noche íbamos en el Land Rover cinco personas con la intención de cazar por el páramo. Solíamos salir a cazar por las noches, como hacían muchos vecinos de la zona, furtivamente, para traernos algún bicho y también para evitar los estropicios que los jabalís y otras bestias dañinas nos hacían en los sembrados, por la abundancia de presas de caza que hay en el lugar. Aquella noche de finales del año 1976, creo recordar, en el coche íbamos, aparte de mí, claro está, mis hermanos Colasín y

Prudencio, mi primo Jesús y otro señor mayor, pariente lejano, del pueblo que se llamaba Clemente, un buen cazador. En la parte de atrás llevábamos a los perros de caza, perros hábiles y entrenados muchas veces para la caza del jabalí y otras piezas, que en cuanto olían algo se ponían agitados, deseando que les abriéramos la portezuela del coche para salir rápidamente tras la presa. Además, el páramo es una extensión muy grande de tierra donde en cuanto sale una pieza de caza puedes correr muy bien detrás de ella.

En un trozo de unas cien hectáreas donde nos disponíamos a cazar, en un paraje conocido como San Quirze o Montellano, íbamos haciendo las típicas eses con el coche para controlar a ver si había algún animal. Esto sería sobre las dos de la madrugada, cuando de repente vemos una luz muy potente por detrás de aquellos árboles, justo enfrente de nosotros. En esos momentos era ya grande, como tres veces el sol. Al principio pensábamos que era la Luna, porque a veces la Luna sale más grande de lo que es normal. Cuando está llena, por ejemplo, se suele apreciar una Luna mayor de lo habitual. Pero nos dimos cuenta después de unos comentarios de que en esas fechas la Luna era menguante y que la teníamos justo detrás, a un lado. También descartamos algún coche desde la carretera, ya que nosotros estábamos orientados hacia el sur y la carretera se encontraba justo a nuestra izquierda. Y en ese debate estábamos cuando de repente ocurrió aquello.



Calixto Serna nos muestra, en medio de la inmensidad desierta del páramo de Masa, el grupo de árboles de los cuales surgió aquella enorme masa de luz que pasó sobre sus cabezas.

En este momento de la narración, después de habernos adentrado en el páramo unos dos o tres kilómetros, Calixto detuvo el coche frente a un grupo de árboles que se erigían como una isla en medio de aquella llanura. Estábamos en medio de la nada. A nuestro alrededor, y hasta el horizonte, la más absoluta de las soledades. Nos bajamos del vehículo y, guiados por la narración de nuestro anfitrión, procuramos colocarnos con la misma orientación que habían tomado los protagonistas de esta historia.

Una vez descartada la Luna, empezamos a analizar si pudiera ser algún reflejo de los coches desde la carretera. Pero, claro, la carretera quedaba a nuestra izquierda, como a cinco o a seis kilómetros más allá del páramo. Y, además, nosotros, a pesar de ser de noche, estábamos acostumbrados a orientarnos por aquellos terrenos en plena oscuridad, ya que trabajábamos por allí desde que éramos pequeños y sabíamos, casi sin mirar y en todo momento, dónde nos situábamos.

En eso estábamos como te digo, cuando de repente, de golpe y porrazo, aquella inmensa esfera de luz se nos echa encima. Cuando está encima da un gran destello y nos deja prácticamente inmóviles, sin decir ni una sola palabra; solamente nos dio tiempo a taparnos con los brazos y con las manos, como una reacción lógica de protección.

Como ocurre en otras tomas de contacto con testigos de esta índole, Calixto gesticula en este justo momento de la narración, en el mismo lugar en el que les sucedió tal hecho hace varias décadas, como si estuviera ocurriendo en ese momento. Por otro lado, se le puede adivinar en el rostro la intensa emoción al revivir aquellos momentos tan llenos de terror y sorpresa. Nos narra con sus propias palabras las apreciaciones y sensaciones que tuvo en ese momento crítico en que parecía que aquella inmensa mole de luz los iba a aplastar:

Nos echamos las manos a los ojos, como una protección casi natural que la misma mente realiza de forma automática. Se nos echa encima y, justo cuando está encima de nosotros, suelta un gran estallido de luz, una luz blanquecina, potentísima, similar a la que se produce al soldar. Hace un ángulo recto a nuestra derecha, es decir, hacia el

oeste, y se pierde a gran velocidad en el cielo, a no muy gran altura, hasta ver su luminosidad entre las nubes, que se apreciaban por esa luz misma que clareaba en aquella parte del firmamento.

Recuerdo bien aquellos instantes, porque desde mi punto de vista pasaron más de unos segundos. Creo que aquello nos analizó y, por desgracia, no reparamos ni miramos el reloj para ver el tiempo transcurrido. Pero tengo la seguridad de que aquello nos había analizado cuando emitió aquel fogonazo. Lo hemos hablado entre nosotros en varias ocasiones y creemos que se produjo un punto muerto indeterminado e indeterminable desde que llega y se nos echa encima, hasta que lo vemos alejarse a nuestra derecha, hacia el oeste. Como si hubieran desaparecido el espacio y el tiempo justo en ese preciso momento. Nos pareció que aquello había lanzado ese fogonazo, como si de una fotografía o forma de análisis se tratara. De eso parece que estamos convencidos y coincidimos en nuestros pensamientos. Más tarde pensamos que eso, lo que fuera, había estado allí durante un tiempo y que, al llegar nosotros, aún sin reparar en ello, nos había observado con antelación, hasta que nos empezamos a preguntar qué era aquello, que fue justo el momento en que se nos echó encima.

Mención aparte merece el extraño parón del coche y la reacción totalmente atemorizada de los perros. Así nos lo narra nuestro testigo en medio del páramo de Masa:

Una de las cosas que nos ocurrió es que el coche se nos había parado en ese momento. El motor se detuvo. Nosotros estábamos hartos de circular con todo tipo de vehículos por aquellos terrenos y para que un todoterreno con marchas cortas se cale en esa zona, tienes prácticamente que pararlo tú. Nosotros preguntamos a mi hermano, el que conducía el Land Rover, si había parado él el coche. Y mi hermano nos aseguró que no:

«Creedme, no he parado el coche, ni se me ha calado. ¡El coche se ha parado él solo! Además, ¿cómo se me va a parar a mí el coche si he estado en situaciones y terrenos más difíciles que este y jamás me ha pasado un caso parecido? Creedme, el coche se ha parado solo.»

Aquello —al pasarnos por encima— era enorme, como una plaza de toros, como he dicho en varias ocasiones. Además, estaba lo de los perros, su reacción. Yo, que iba en la parte de atrás del todoterreno aguantando a los perros, me di cuenta de que, a pesar de estar preparados para la caza, que están en todo momento activos con una ansiedad terrible de salir corriendo tras la presa en cuanto abres la portezuela del coche, me los encuentro ahora «acucados», temblorosos, metiéndose entre mis piernas... «Acojonados», hablando claro.

Y los perros no reaccionaron, ni cuando aquello pasó y abrimos las puertas ni durante los minutos posteriores a lo ocurrido. Estaban tan desconcertados y temerosos como lo estábamos nosotros. Ellos, instintivamente asustados y nosotros pensando en qué podía haber sido aquello tan raro y descomunal.

Claro está: aquello no era normal. Empezamos a razonarlo y no encontrábamos nada lógico a lo que poder achacarlo. No queríamos decir nada, porque sabíamos que no nos iban a creer, que estábamos fuera de sitio. ¡Yo que sé! Empezamos incluso a dudar. Cuando llegamos a casa no comentamos nada. Ni a nuestra propia madre, ni a las mujeres, ni a nadie. Al llegar al pueblo todavía estábamos temblorosos. A nuestros familiares, cuando nos vieron llegar en este estado, les intentamos explicar que no se preocuparan, que no había ocurrido nada. Porque nosotros adivinábamos en sus rostros al vernos llegar en este estado, que algo muy grave nos debía de haber ocurrido. Estábamos pálidos y no tuvimos más remedio que contarlo todo, aunque no nos creyeran en un primer momento.

Cuando Calixto nos lanza estas últimas aseveraciones le pedimos que nos explique su propia teoría acerca de lo que les sucedió aquella heladora madrugada en mitad de aquel páramo. No pudo ser más breve ni más conciso al decirnos, esbozando una ligera sonrisa de complicidad en el rostro: «Solo tengo una cosa segura: aquello, de aquí, no era».

Miramos nuestro reloj. A pesar del frío reinante habíamos permanecido en la zona, atentos a las explicaciones del testigo, por más de una hora. El relato que nos había expuesto Calixto, y la manera apasionada de narrarlo, habían hecho que el tiempo pasase volando, pues consiguió que disfrutáramos de cada palabra y de cada descripción del caso. ¡Dichoso espacio-tiempo! Como decía Einstein, no es lo mismo que sobre nuestro regazo se siente una bella muchacha que agarrar con la mano un hierro incandescente. Seguramente nos parecerá que el tiempo transcurre de distinta manera. Ese espacio-tiempo que nadie puede manejar hoy en día, si no es en sesudos planteamientos teóricos... O tal vez sí.

De nuevo en el todoterreno, de vuelta a Montorio, Calixto nos obsequia con nuevas reflexiones. Y estas, justamente, se refieren al tiempo, a su definición y a la apreciación que tenemos de él en momentos tan críticos como aquel que le tocó vivir a él:

Por supuesto, si a uno no le ha ocurrido una situación como esta en su vida, no sabe a qué atenerse al oír algo similar de terceras personas. Pero a nosotros sí. Y créeme que desde entonces hemos mirado la vida desde otra perspectiva. Y por algo te he dicho que, después de lo sucedido, sobre todo cuando aquella luz se nos echó encima y nos dio ese fortísimo fogonazo, no sabemos el porqué, ni lo sabemos explicar, pero pensamos que aquello nos estudió durante algún tiempo, a pesar de que a nosotros nos parecieran segundos. Fue una cosa muy extraña, una experiencia límite que a lo mejor se vive una o dos veces en la vida, como muchísimo.

Y te puedo poner un ejemplo para comparar lo que ocurrió aquella noche con una experiencia que me sucedió en la que estuve a punto de matarme. Una mañana, trabajando en la granja, subiendo unos sacos al almacén, tuve la mala suerte de caerme desde una altura de cinco o seis metros hacia atrás, hacia el pavimento.

Noté un chasquido en la espalda y estuve durante unos minutos como paralizado por el fuerte golpe, por la impresión del porrazo. Pero no perdí el conocimiento, ni la orientación en el tiempo o en el espacio, en ningún momento. Incluso oía a mis compañeros hablar alrededor de mí, exclamando que me había matado, mientras corrían a socorrerme. Y por suerte, e increíblemente, no me hice nada. Me pude poner en pie y por la tarde estaba ya trabajando. Pues esto es la situación límite a la que me refería antes, percances que a una persona le pueden ocurrir dos o tres veces en la vida.

Pero lo del páramo de Masa fue algo superior a esto. Algo que va más allá. Algo que, los que estábamos allí, y lo hemos hablado muchas veces, aún sentimos; nos dejó aturdidos inexplicablemente, nos robó algo o nos dejó sin unos momentos de nuestra vida. Un paréntesis que nadie nos ha podido explicar. Unos segundos o quizás unos momentos, unos minutos tal vez, que fueron algo más, pero que al mismo tiempo se habían esfumado.

Aunque Calixto haga grandes esfuerzos para intentar explicarnos su sentir al respecto de esas extrañas sensaciones, muchos testigos UFO inmersos en casos tan irracionales como aterradores, similares en definitiva a los vividos por esta familia de Montorio, en el páramo de Masa, hablan de sentimientos idénticos, de una ansiedad contenida por querer saber, porque tienen la sensación de que algo robó parte de sus vidas, aunque solo fueran segundos para ellos, en tales anodinos trances. Muchas de estas personas, a través de técnicas de hipnosis, han llegado a recordar lo que supuestamente les había ocurrido en aquellos momentos perdidos y hablan de contactos más allá de un simple avistamiento ovni. Parece ser que para estos extraños objetos y sus

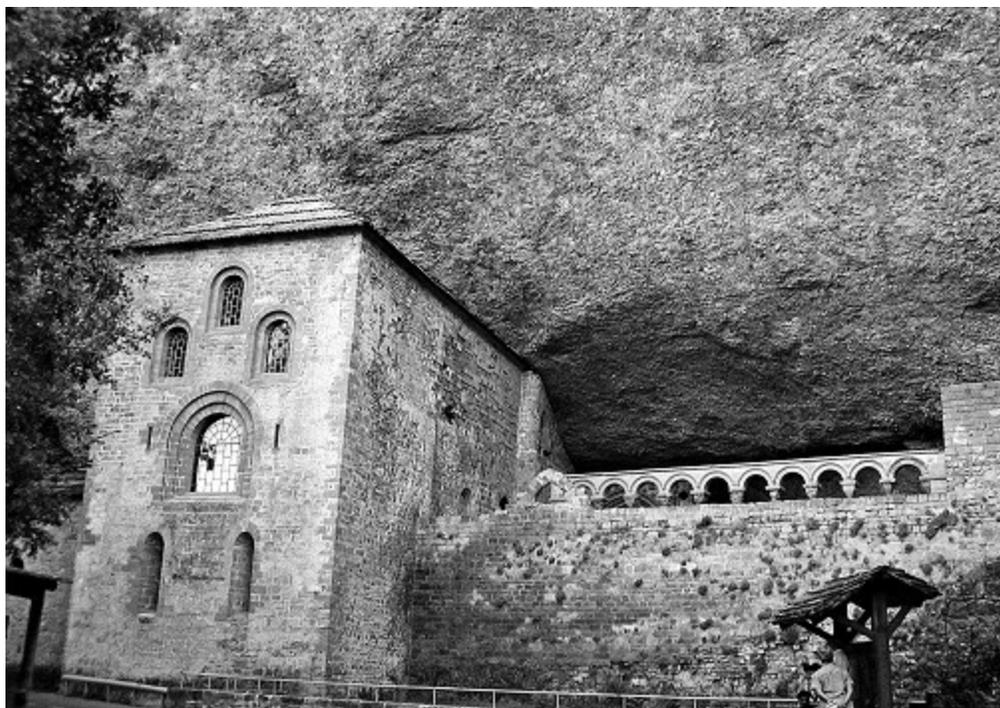
enigmáticos tripulantes, si es que existiesen, la cuestión espacio-tiempo es asunto baladí, despreciable, o, en el más inquietante de los casos, que pueden manejarlo a su antojo.

Nos despedimos de Calixto Serna y de su familia después de haber revivido el episodio más extraño de su vida. Junto a él y a otros decididos testigos hemos podido rescatar del olvido algunos de los casos de objetos volantes no identificados más emblemáticos de los ocurridos en las frías estepas burgalesas. Y les agradecemos, como no podía ser de otra manera, su amabilidad y valentía al querer explicar públicamente unos hechos tan bizarros como increíbles, pero que a pesar de ello guardan detalles comunes y reflejan comportamientos análogos a los de otros avistamientos, por muy fantasiosos que nos puedan parecer en un primer momento.

## HISTORIAS Y LEYENDAS DE SAN JUAN DE LA PEÑA

Sería un descuido imperdonable, si el viajero se encuentra en territorios oscenses, no visitar un lugar tan interesante y hermético como San Juan de la Peña. Es un sitio recóndito, por su historia y también orográficamente, ya que prácticamente no se contemplan sus muy añejos muros hasta que uno se halla a pocos metros de los mismos, después de sortear una peligrosa senda, estrecha y, en la mayoría de sus tramos, de tupida vegetación. Dicha senda es una carretera que desde la pequeña población de Santa Cruz de la Serós nos coloca bajo la peña del monte Pano, la cual da nombre a tan afamado lugar. Situado a más de 1.100 metros de altura, en la comarca de La Jacetania, hay que desviarse una decena de kilómetros de la carretera que une las localidades de Jaca y Puente de la Reina para poder contemplar este conjunto arquitectónico repleto de historia y de leyenda.

Lo primero que llama la atención del visitante del Monasterio Viejo de San Juan de la Peña es su espectacularidad, ya que está enclavado en la roca, debajo de un promontorio que parece tragárselo irremediablemente. Debido a esta situación tan particular, y a pesar de haber sido fundado por monjes benedictinos en el siglo IX, no se ajusta a la construcción clásica de los monasterios medievales. Quizás este sea el primer enigma con que nos obsequia el lugar. Antes de su fundación, durante la invasión musulmana de la Península hacia el año 720, algunos ermitaños ya se habían retirado hasta este rincón y permanecieron en él hasta la llegada de los monjes y la construcción del antiguo monasterio un siglo más tarde. Este hecho es algo común en zonas remotas de la Península debido al acoso de los musulmanes, que hacía que muchos religiosos tomaran lugares prácticamente inexpugnables para su recogimiento y protección.



Vista general del viejo monasterio de San Juan de la Peña.

Posteriormente, sobre el año 920, Galindo Aznárez II, conde de Aragón, conquistó las tierras del sur de ese territorio y, en San Juan de la Peña, fundó un monasterio dedicado a san Julián y a santa Basilisa. A partir de este monasterio Sancho el Mayor de Navarra estableció el de San Juan de la Peña, dotó al genuino monasterio de más construcciones y territorios y comenzó la edificación de la conocida como iglesia alta. En el año 1071 se celebró en España por última vez el antiguo rito hispánico-visigótico, ya que después se introdujo el romano, y este templo fue un protagonista destacado de este sustancial cambio. San Juan de la Peña se convirtió, en poco tiempo, en el monasterio más importante de Aragón, el preferido por los primeros nobles y reyes de este territorio como lugar para su descanso eterno, y allí se construyeron tumbas y panteones para este menester.

A grandes rasgos, este conjunto arquitectónico se puede dividir en dos partes: una de ellas alberga su parte inferior o más antigua y allí podemos encontrar la iglesia mozárabe del siglo X y la denominada Sala del Concilio del siglo XI, todo ello ubicado en las estancias que componían el primitivo monasterio prerrománico sobre el que se construyó el monasterio de San Juan

de la Peña. La primera estancia que nos encontramos al descender las escaleras es el primitivo dormitorio de los monjes, que fue reconstruido en el siglo XI. Se trata de una amplia sala de cuatro tramos dividida por arcos de medio punto y denominada Sala del Concilio. A un lado, justo en la roca de la montaña que sirve de pared natural, se pueden observar varios manantiales. La tradición cuenta que se castigaba a los pecadores en este mismo lugar con la tortura de la gota de agua que caía sobre sus cabezas de forma ininterrumpida. Unos pasos más allá nos encontraremos en la denominada iglesia baja, de estilo mozárabe, compuesta por dos naves iguales que terminan en sus correspondientes ábsides rectangulares. Es aquí donde se pueden contemplar restos del fresco del siglo XII que representan la crucifixión y las torturas a los mártires san Cosme y san Damián. En esa parte inferior se encuentra también la tumba de cinco abades.

La otra parte, o parte superior, está dedicada al panteón de reyes y nobles aragoneses, como ya hemos comentado, y allí fue enterrado el primer rey de Aragón, Ramiro I. Es curioso observar la decoración de esos nichos, formada por llamativos signos y simbolismos, algunos de ellos no descifrados, relacionados con las vidas de los ilustres personajes allí enterrados.

La iglesia alta de San Juan, edificada por el rey Sancho Ramírez y consagrada por el hijo de este, Pedro I, en el siglo XI, alberga un claustro muy famoso construido en el siglo XII que se encuentra guarecido por la peña que domina todo el conjunto y le sirve de techo natural, cosa que lo convierte en el único claustro románico del mundo con semejante característica. Dicho claustro es de una belleza sin parangón y está formado por columnas sencillas dobles y cuádruples que soportan arcos de medio punto. Los lados del conjunto miden 10 y 16 metros, respectivamente. El llamado «Maestro de San Juan de la Peña», a quien se considera constructor de esta obra concreta, representó con un estilo inconfundible diversas escenas del Nuevo Testamento en los capiteles. El Maestro desarrolla en dichos capiteles un estilo muy personal, dotando a los personajes que en ellos aparecen representados de unos grandes ojos ovalados y muy resaltados, como de insecto, lo que les otorga una gran expresividad. A pesar de esta expresividad tan especial, los gestos de los sujetos son serenos y reposados y las escenas tienen gran trasfondo simbólico. En los mencionados capiteles se pueden observar pasajes

bíblicos, por ejemplo del Génesis, y concretamente cuatro ciclos de la vida de Jesús, su infancia, uno dedicado expresamente a la llegada de los Reyes Magos, la decapitación de san Juan Bautista y la vida pública de Cristo, definida en varias de sus parábolas. También se aprecia la representación de animales fantásticos, sobre todo bestiarios enfrentados. En los muros del claustro se pueden contemplar a su vez numerosas inscripciones funerarias realizadas por los monjes finados del monasterio. También en esa zona superior, amén de otras dependencias menores, aparece el panteón gótico del siglo XV, o capilla de San Victorián, que sirvió como último lugar de reposo eterno para los religiosos más notables del monasterio, cuatro de sus abades.

Bien se pudiera decir que la historia de Aragón comenzó por estos sacros emplazamientos y que las leyendas podrían ser interminables cuando nos referimos a San Juan de la Peña. Leyendas menos probadas que la historia pura, pero no por ello menos bellas o inquietantes, nacen en este lugar de rocas vírgenes y piedras talladas.

Don Juan de Atarés, cristiano viejo de muy noble familia, a finales del siglo VII y debido a su enorme vocación religiosa, decidió renunciar a la comodidad de sus bienes, quitarse sus espléndidos ropajes de caballero y, ataviándose con una humilde túnica y un modesto crucifijo de madera toscamente labrado por él mismo, abandonó su castillo y se refugió en una cueva del monte Pano, en la sierra de San Juan, muy cerca de Jaca. Un día, mientras se encontraba orando ante su cruz, oyó en la boca de la cueva una serie de pasos. Al mirar hacia la entrada se sorprendió al observar a un caballero ricamente ataviado. Este le dijo amablemente: «¡Pobre don Juan! Tira esos harapos, vuelve a vestir de púrpura y oro, como corresponde a tan alta personalidad. Sígueme y te mostraré el destino que te aguarda».

El misterioso caballero recién llegado, que según la tradición era el mismísimo Lucifer, cogió del brazo al eremita y lo sacó hasta el exterior de la cueva. De pronto se oyó un fuerte trueno. Las piedras de la montaña se movieron de tal manera que ellas solas formaban arcos, columnas, capiteles, muros y bóvedas, y así se construyó un espectacular palacio, muy amplio y lujoso. En ese justo momento, Lucifer dijo a don Juan: «Ya ves de lo que soy capaz. Sígueme a mí y cuanto alcanza mi poder será también tuyo. Renuncia desde ahora a ese Dios que ha consentido que te vistas como un mendigo».

Don Juan comenzó a rezar el padrenuestro y cayó en el suelo sin sentido. El demonio desapareció y cuando don Juan volvió en sí se encontró enfrente a un ángel. En ese momento volvió a oír el estruendo similar a un trueno que anteriormente había oído y todas las piedras del suntuoso palacio ofrecido por el mismísimo demonio se desmoronaron y cayeron al fondo de una sima. Entonces el ángel le habló a don Juan de esta manera: «Ya ves en lo que queda el poderío del enemigo de Dios que vino a tentarte. Ahora descende al valle, vete al monte Uruel, donde verás otra gran cueva. Por voluntad de Dios, que está contigo, labrarás un altar en la roca a san Juan Bautista, a quien encomendarás tu alma».

El ángel desapareció y don Juan, tras unos momentos de reflexión, decidió encaminarse hacia el lugar que le había sido indicado. Al llegar allí comprobó que la gruta que le había descrito el ángel era enorme y que bien podría albergar a más de quinientas personas en su interior. Labró en roca una figura que recordaba a san Juan Bautista e improvisó un pequeño altar para colocarla. Tiempo más tarde, cuando ya sentía que le llegaba su hora, quiso inscribir unas palabras en dicho templo que decían lo siguiente: «Yo, Juan, primer anacoreta de este lugar, habiendo despreciado el siglo por amor de Dios, fabriqué, según alcanzaron mis fuerzas, esta iglesia en honor a san Juan, y aquí reposo».

En unos montes cercanos, los hijos de un noble, llamados Félix y Voto, habían construido una fortaleza. En uno de los primeros años del siglo VIII, Voto, que se encontraba de caza persiguiendo un ciervo a caballo, estaba a punto de caer en una sima por donde había desaparecido instantes antes su presa. En ese lance tan delicado quiso encomendarse a san Juan Bautista. La cabalgadura se detuvo a tiempo y él se salvó así de una muerte segura. El joven, de rodillas, dio gracias a Dios por tal milagro. Después quiso observar mejor el lugar por donde se había caído el ciervo, para lo cual descendió con cuidado entre zarzas y matorrales hasta hallar una cueva conocida por los lugareños como la cueva del Galeón. Y esa era justamente la cueva donde reposaba el señor don Juan de Atarés. El ermitaño momificado reposaba sobre

la inscripción antes citada y Voto, tras las pertinentes oraciones, le dio cristiana sepultura. Salió de la cueva y marchó a contarle lo que le había ocurrido a su hermano Félix, quien aguardaba impaciente en el monte.

De tal manera se conmovieron por los hechos ambos hermanos que decidieron ceder sus cuantiosos bienes a los pobres y retirarse a la cueva de Atarés para el resto de sus días, en oración y penitencia. Pocos años después se les unieron en su retiro dos nuevos anacoretas venidos de Zaragoza, Benedicto y Marcelo. Después de esto, un buen día entre los años 716 y 724, durante la invasión musulmana, vieron cómo llegaban a su humilde morada cerca de trescientos cristianos perseguidos por los musulmanes, que pedían auxilio y refugio. Durante las jornadas siguientes decidieron, ya todos reunidos, hacer penitencia, ayunos y oraciones para poder salvarse del cruel enemigo. Por consejo de los primeros ermitaños se decidió organizar una monarquía. De esta manera, en aquella inmensa cueva, fue proclamado el primer rey de Sobrarbe, don García Jiménez, señor de Amezcoa y Abárzuza, lo que a la postre iba a suponer la semilla del reino de Aragón. Marcharon todos los presentes, ya guerreros, bajo el mando de su nuevo rey y conquistaron la población de Aínsa, que fue tenida como la capital del nuevo reino. García Jiménez ordenó construir una iglesia en la cueva en el año 732 y fundó a la vez el monasterio para monjes de San Benito.

Hoy, como recuerdo de tan peregrino suceso, se puede apreciar una capilla renacentista construida al lado del claustro romano en memoria de estos dos santos fundadores, san Voto y san Félix. Pero más leyendas «acuden» a aquel lugar, como si se tratara de los miles de peregrinos que en San Juan de la Peña han mostrado su admiración y devoción.

Los siglos XII y XIII fueron de decadencia para el monasterio, debido a los múltiples enfrentamientos y pleitos con los arzobispados vecinos, cosa que hizo que mermara notablemente su patrimonio. En el año 1245, el abad Íñigo llega a un acuerdo que proporcionará paz al lugar por un gran periodo de tiempo y dejará atrás aquellos momentos de penurias.

Pero estas legendarias tierras también recogen la leyenda más importante: la del paso y la estancia del Santo Grial. En épocas medievales, a San Juan de la Peña acudían, como es menester, numerosos peregrinos deseosos de contemplar la copa de la que bebió Cristo en la Última Cena. La preciada

vasija había sido llevada a tierras oscenses por san Lorenzo como regalo del papa Sixto II. San Sixto II, quien fue papa durante el mandato de Valeriano (cuando los romanos, con bastantes problemas económicos, acusaban a los cristianos de adorar el dinero y ocultar grandes riquezas) fue perseguido, procesado y decapitado en su propia silla episcopal, en las catacumbas de San Pretextato. Pero, cuando estaban a punto de ejecutarle, ordenó a san Lorenzo, que allí le acompañaba, distribuir entre los pobres los tesoros de la Iglesia. Lorenzo le suplicó que le dejara compartir su martirio, pero el papa le contestó que ya le llegaría el momento de dar su vida por Jesucristo. Y así fue, ya que cuatro días más tarde fue asado vivo. Aunque antes de este cruel fin, san Lorenzo había cumplido, en parte, los deseos del papa. Y decimos que en parte porque había repartido todas las riquezas entre los pobres a excepción de la copa considerada el Santo Grial, tan importante para su religión, la cual fue enviada dos días antes de su martirio, junto con un escrito, a casa de sus propios padres, san Orencio y santa Paciencia, que vivían en un pueblecito cerca de Huesca, en su casa de Loret, donde hoy se alza la ermita de Loreto.

Desde el año 258 en que, como hemos visto, el Santo Grial llega supuestamente a Huesca por indicación de san Lorenzo, este permanecerá allí de manera ininterrumpida bajo la custodia de los sucesivos obispos. Pero un nuevo peligro vendría a sacudir la cristiandad: el ataque de los musulmanes, que pretendían acabar con el catolicismo y que fue capitaneado en aquella zona por Tarik y Muza. La destrucción de templos y monasterios en aquellos lugares fue devastadora e incluso llegó al sur de Francia. Acisclo, obispo de Huesca, huyó hacia el norte en el año 711 llevando consigo el Grial. Según la leyenda, se ocultó en la cueva de Yebra de Basa y pereció años más tarde a manos del despiadado Aben-Lupo, un jefe musulmán de reconocida crueldad. Pero antes de morir, el obispo ya había dejado la reliquia a buen recaudo en el monasterio de San Pedro de Siresa.

De esta manera, y como hemos visto, el Santo Grial realizó su periplo por varios lugares del Pirineo, como San Pedro de Siresa, San Pedro de la Sede Real de Bailo, San Adrián de Sásabe, Yebra de Basa, la catedral de Jaca y, finalmente, San Juan de la Peña, donde encontró refugio seguro ante el peligro que suponía la presencia musulmana en la zona. Al mismo tiempo, la santa reliquia era necesaria en el monasterio como reclamo para atraer a los

cientos de peregrinos que recorrían el camino de Santiago y que, de esta manera, se veían obligados a desviarse del trayecto para visitarlo. El Grial se quedó durante mucho tiempo en San Juan de la Peña, hasta que el rey Martín I el Humano lo solicitara a los monjes, quienes lo enviaron a la Aljafería de Zaragoza, donde permaneció durante unos veinte años más. En el año 1410 aparece ya documentado en el inventario de reliquias de la Corona de Aragón.

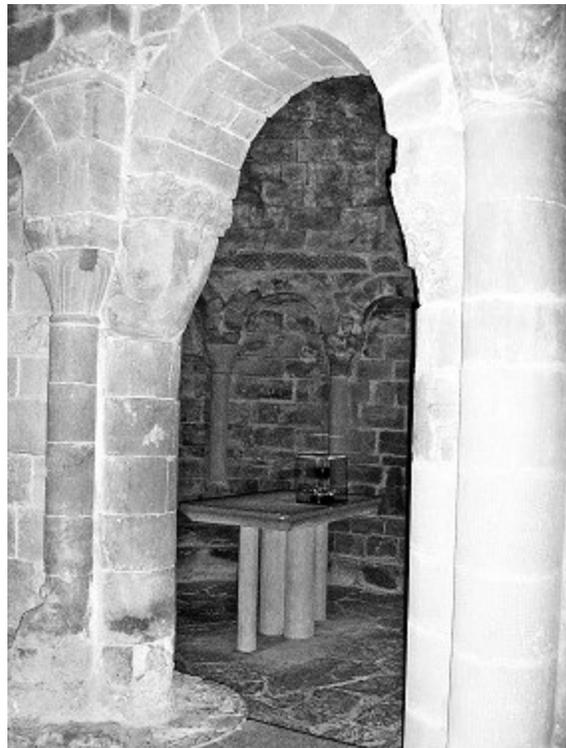
El dieciocho de marzo de 1436, el rey don Alfonso V de Aragón lo hizo trasladar a Valencia, hecho que encomendó a Juan II, rey de Navarra y gobernador de Aragón y de Valencia.

El 3 de abril de 1744, el Santo Grial sufrió un accidente durante unos oficios, ya que al arcediano mayor y canónigo de la catedral valenciana, don Vicente Frívola Brizuela, se le rompió en dos mitades. Enseguida fue arreglado y recompuesto por el maestro platero Luis Vicent. Durante el siglo XIX el Grial realizaría varios viajes entre Alicante y las islas Baleares debido a la amenaza que suponía la guerra de Independencia. Por fin, desde 1916, se halla en la capilla del Santo Cáliz de la capital valenciana.

Tras seguir el recorrido del Grial por tierras aragonesas y valencianas, vamos a detenernos ahora a analizar dicha reliquia y su composición. Como debe de saber ya el lector a estas alturas, el Santo Grial es, objetivamente hablando, la copa con la que Jesucristo celebró la Última Cena formalizando así, por primera vez, la Eucaristía. Es, por tanto, objeto de gran devoción y culto entre los cristianos y los no cristianos. Este objeto sagrado ha sido siempre fuente de interrogantes, búsquedas imposibles, magia y de las más rebuscadas y diversas interpretaciones. La voz «Grial» (*Graal* o *Gradal*) posiblemente provenga del latín *gradalis* que significa «recipiente». Lo que se puede contemplar hoy en la catedral de Valencia, o la copia mostrada en San Juan de la Peña, es la copa en sí, engalanada de oro y pedrerías, formada por un pie y unas agarraderas, todo ello diseñado a posteriori para ensalzar el valor de la vasija. La copa, o mejor sería decir la taza, ya que esta es su forma más aproximada, tiene un tamaño de unos 9,5 cm de diámetro en la parte superior y una altura de 7 cm, con una profundidad en su interior de 5,5 cm. Carece de cualquier adorno, excepto por una línea incisa paralela al borde

superior, y se apoya toda ella en la estructura que hemos señalado. La copa, o taza superior, la que verdaderamente se puede considerar como el Grial o vaso de la Última Cena, es una pieza de ágata cornalina en forma de media esfera. La copa o base inferior, que acomoda a la ya descrita original, es un vaso ovalado, de igual material que el primero, pero de inferior calidad. Lleva una guarnición de oro de buena pureza a la que se le han encastrado veintisiete perlas, dos rubíes y dos esmeraldas. Hay una inscripción cúfica en una de las vertientes mayores del pie. El segmento o pie que une ambas copas lleva un nudo central y sendas agarraderas, todo de oro, y el conjunto forma su silueta legendaria y conocida.

Y si al viajero, cómo no, le sigue interesando el lugar de San Juan de la Peña y sus orígenes, aún puede continuar rebuscando entre sus innumerables leyendas y se topará con aquella que habla sobre la existencia de un descomunal tesoro, compuesto de oro y joyas, que se esconde en una cueva menor situada en la peña del monasterio. No es extraño adivinar entonces que este singular paraje ha encendido la mente de numerosos escritores y artistas.



El simbólico Santo Grial en el altar mayor, representando el cáliz sagrado de la Última Cena.

Unamuno, tras su estancia en San Juan de la Peña en el año 1932, describió en su libro *Paisajes del alma* este enclave como: «[...] la boca de un mundo de peñascos espirituales revestidos de un bosque de leyenda, en el que los monjes benedictinos, medio ermitaños, medio guerreros, verían pasar el invierno, mientras pisoteaban la nieve jabalíes de carne y hueso, salidos de los bosques, osos, lobos y otros animales salvajes».

Aparte de artículos y escritos dejados sobre el lugar por tan ilustres personalidades como pueden ser Ramón y Cajal, Ortega y Gasset o Menéndez Pidal, recomiendo al viajero recrearse con el libro de la escritora Ángeles de Irisarri, titulado *El estrellero de San Juan de la Peña*. En esta obra se recoge la historia de fray Aimerico de Thommieres, un monje que tras ser trasladado desde su monasterio de San Ponce permanecerá en el de San Juan de la Peña hasta su muerte. Una de las tareas que desempeñará en su nueva residencia es la de estrellero o astrónomo, observando el firmamento a la espera de la llegada de cierto cometa que fue divisado bastantes años atrás por uno de sus maestros y del que se espera su retorno. De esta manera, fray Aimerico recorre todas las noches una peligrosa senda que le coloca en lo alto de la peña desde la que domina en este espectacular enclave un vasto paisaje y la totalidad del firmamento. En aquel terreno alto será visitado en sus veladas por curiosos personajes que le instruirán en cuestiones filosóficas, religiosas, humanas y astronómicas.

Ya fuera de la literatura fantástica y retomando la historia del viejo monasterio, durante los años 1494 y 1675 se produjeron dos incendios devastadores, sobre todo el último, que duró tres días y que arrasó el refectorio, la hospedería y el archivo del templo. Todo esto obligó a construir el Monasterio Nuevo de San Juan de la Peña, de estilo barroco, situado un poco más adelante siguiendo la misma carretera, por si el viajero quiere visitarlo. El que más nos interesa por el momento, el antiguo, fue declarado monumento nacional el 13 de julio de 1889 y, posteriormente, denominado Real Sitio gracias a su pasado glorioso.

## EL ATLANTE DE SAN PANTALEÓN DE LOSA

Al noreste de la provincia de Burgos, en la comarca de Las Merindades, cerca del Valle de Tobalina, de Medina de Pomar y de Trespaderne, se encuentra la curiosa ermita de San Pantaleón de Losa. Curiosa y enigmática por muchas razones, el paso de los siglos la ha llenado de leyendas y de historias sorprendentes que algunos estudiosos de este pequeño templo han dado por buenas. El hecho de que la ermita se sitúe sobre un castro de la Edad del Hierro, engarzada por lo tanto a la cultura céltica propia de dicha geografía, vincula el paraje con historias mágicas y leyendas oscuras.

La ermita se sitúa en lo alto de una peña, la Peña Colorada, que tiene una silueta muy caprichosa y sugerente. Parece la figura de un gran navío o la mismísima arca bíblica que hubiera quedado varada entre los cielos y la tierra de la pequeña localidad que le da nombre y que se encuentra a sus pies. La ermita domina el pequeño valle que el río Jerea forma al serpentear entre peñascos rocosos, que son gargantas pétreas de belleza sublime siempre sobrevoladas por buitres y otras aves majestuosas de gran envergadura, como aguiluchos, halcones y azores.

El templo, que parece estar oteando el horizonte desde su espectacular situación, se compone de una pequeña iglesia románica de escasas dimensiones. Debido a que la base de dicha construcción está situada en una pendiente, fue necesario construir su suelo interior en dos planos que salvan dicha variación del terreno mediante unos escalones de piedra que separan la zona que se encuentra bajo la cúpula del área plana de la cabecera. Anexa a esta edificación de pequeñas medidas se encuentra una nave de construcción

posterior, concretamente de época gótica, con bóveda de crucería de aristas en la cubierta y un diminuto camposanto que da el último servicio a los escasos habitantes del pueblo de San Pantaleón.



El templo se erige en lo alto de esta peña, la Peña Colorada. Algunos han querido ver en su forma la imagen de la mismísima Arca de Noé.

Cuenta la historia, con una mezcla de fábula y realidad, que Pantaleón de Nicomedia (la actual Turquía), hijo de un pagano llamado Eustorgio y de una cristiana llamada Ebula, era un hombre joven, aventajado en los estudios de medicina y muy pío. Entre sus hazañas se cuenta resucitar a un niño después de que muriera por la picadura de una serpiente. Pantaleón, el joven cristiano, después de haber sido martirizado salvajemente fue asesinado el 27 de julio del año 305 de nuestra era, cuando un soldado le hizo un tajo en la cabeza con su espada. Y se cuenta que, inmediatamente, de su cuerpo manaron sangre y leche. Una parte de esa sangre cayó sobre las raíces de un árbol seco, un olivo, y este reverdeció. Pasaron los siglos y un peregrino que caminaba hacia Santiago de Compostela dijo haber encontrado en este lugar restos de dicha sangre, la cual, milagrosamente, cada 27 de julio, en los aniversarios de la

muerte del santo, tenía la virtud de licuarse. Y, efectivamente, aún en nuestros días, en ese concreto día de julio se licua la misma sangre recogida en esta parte de Burgos y venerada ahora en el monasterio de la Encarnación de Madrid, a cuyo acontecimiento acuden numerosos devotos y curiosos. Según la leyenda, esta licuación se produce porque la sangre fue recogida en un recipiente fabuloso: nada menos que en el Santo Grial. Por ello se ubicó allí la ermita en honor a dicho santo, sobre otros templos mucho más antiguos, la cual fue consagrada, también el 27 de julio, en el año 1207.

Pero volvamos al paraje donde se erige la enigmática ermita. Desde que el viajero toma el empinado camino que accede al templo saliendo de la parte alta de la población de Losa, se da de bruces con la mole de piedra que forma la peña —parecida a la proa de un gran barco que amenaza con aplastar las pocas casas de la localidad— y siente su gran poder. Y es que la piedra no destaca solo por su magnificencia, sino que muchos radiestesistas y zahoríes, utilizando diversas técnicas como las varas o los péndulos, han percibido en aquella explanada una potente fuerza telúrica, motivo por el cual han calificado el lugar como un paisaje cargado de energía.

Más tarde, una vez realizada la caminata que nos conduce hasta la parte posterior de la elevación, divisaremos la ermita. Sus orígenes se remontan a finales del siglo XII o principios del XIII, ya que en uno de sus muros aparece una inscripción en la que el obispo don García de Burgos consagró la ermita en el año del señor de 1207. Y este hecho es curioso, puesto que este es un acto un tanto solemne y excesivo para una construcción religiosa de tan humildes dimensiones y situada en un lugar tan remoto y aparentemente falto de importancia. ¿O en verdad sí la tiene y la historia oculta de este lugar, que desgraciadamente no ha llegado hasta nuestros días, merece tales celebraciones en su consagración, así como la presencia de tan excelentes personalidades?

La falta de simetría típica en sus diseños y otros elementos reconocidos en la decoración de este templo, acordes al románico de la época, hacen creer que el artista que trabajó en el lugar se alejó de las normas ortodoxas de ese tipo de arquitectura a la hora de llevar a cabo la obra y edificó un templo de características excepcionales en muchos aspectos y únicas en toda la comarca. Curiosamente, si a través de uno de los modernos programas astrofísicos nos

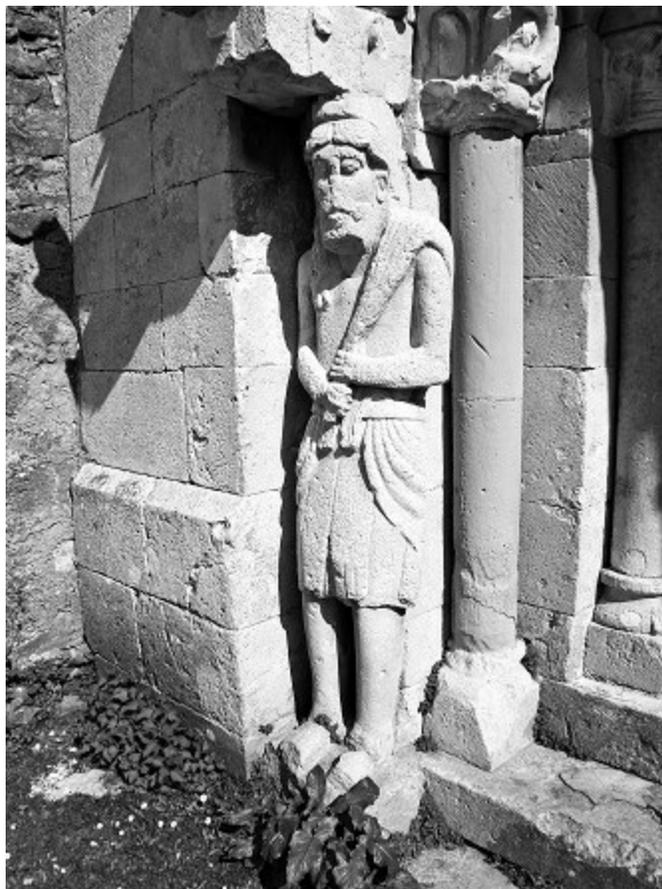
remontamos al solsticio de verano de ese año de principios del siglo XIII, podemos comprobar que el sol salía exactamente frente a la pequeña ermita, lo que nos da una idea del saber astronómico que tenían los constructores de estos edificios y de su pleno conocimiento a la hora de orientar la construcción. Ejemplos parecidos los podemos encontrar en las localidades vecinas de Soto de Bureba y Colina de Losa, cuyas construcciones religiosas tienen la misma orientación y cuentan con dibujos en la piedra que representan constelaciones, estrellas, signos celestiales, grifos, rayos y todo un compendio de simbología celeste que nos sorprenderá y que da a conocer los saberes antiquísimos que se recogieron en los templos que antes había en esos mismos emplazamientos y que tenían que ver más con el rito al Sol, el Astro Rey de civilizaciones antiquísimas, y su evolución a través de las culturas y las construcciones de nuevos recintos sagrados, cada uno con sus nuevas peculiaridades y dioses.

Cuando se procedió a la restauración de este templo, los arqueólogos realizaron diecinueve sondeos con los que se pudo verificar la existencia bajo el terreno de una necrópolis, con tumbas fechadas entre los siglos XIII y XVII, así como los restos de un antiquísimo oratorio paleocristiano, lo que nos da una idea del origen remoto de este templo que fue elegido siglo tras siglo para ubicar un punto de poder y creencias que se pierden en los umbrales de los tiempos. Pero ¿por qué las diversas creencias y religiones que se vinieron desarrollando en la zona eligieron dicha ubicación?

La admiración acudirá de nuevo al visitante cuando observe que en su pórtico parece haber un guardián que custodia el paso desde hace muchos siglos. Una enigmática figura barbuda, un gigante con ojos saltones, de tamaño prácticamente real y algo encorvado, que parece cambiar su semblante dependiendo del ángulo desde el que lo miremos. Algunos historiadores han destacado las características babilónicas o mesopotámicas de este personaje: de hecho, bien pudiera tratarse de un atlante, de Sansón, el héroe hebreo del Antiguo Testamento, tanto por su aspecto mesopotámico como por su carácter casi mítico unido al culto al astro rey, ya que su nombre quiere decir «hombre del Sol». Muchos investigadores han razonado que incluso pudiera tratarse de un personaje aún más antiguo que representaría al dios Sol en una antiquísima

cultura; de Hércules o del mismísimo Noé. Y aquí, en la portalada misma, como estamos viendo, comienzan las innumerables leyendas que rodean tan misterioso edificio.

Al otro lado de esta figura, a la derecha de la entrada, aparece como cuerpo de columna un dibujo esculpido en la piedra en forma de rayo en zigzag de arriba abajo. Para algunos especialistas podría representar el bastón o báculo del mencionado Hércules o la serpiente incitadora del pecado, con Eva debajo. En la parte media superior del portal que estamos describiendo se muestran arquivoltas lisas con recuadros tallados en los que se representan cabezas y pies humanos y una gran nave o barca llena de personas. Sin duda, todo ello son representaciones de escenas del diluvio universal. En la parte superior de esta portalada hay una ventana de estilo claramente románico, compuesta de seis capiteles grabados.



Nos da la bienvenida una enigmática figura barbuda, un gigante con ojos saltones, de tamaño prácticamente real y algo encorvado, que parece cambiar su semblante dependiendo del ángulo desde el que lo miremos.

Al mismo tiempo, cabe destacar en el ábside de la fachada que da al sur, en la zona posterior, tres ventanas con rostros o caretas sacando la lengua con sus bocas semiabiertas, además de otros signos y bestiarios, como dragones o sierpes entrecruzados y en posición de lucha. En el interior del templo, de gran sencillez, destaca el arco triunfal que divide en dos la ermita y que sobresale hacia el exterior en forma de espadaña. En el altar se encuentra la supuesta lápida que cubría la tumba de san Pantaleón. La sencillez a la que aludíamos solo viene contrastada por las esculturas de los capiteles, de idéntica temática y simbología que las que hemos descrito y que se encuentran en el exterior. Los miembros del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) que estuvieron estudiando los iconos allí expuestos manifestaron que algunos de ellos representaban el martirio y muerte de san Pantaleón. Ciertas imágenes nos muestran tales trances, como cuando al santo se le abrasó con plomo fundido, se le intentó ahogar en el mar, se le torturó en la rueda de estiramiento, lo arrojaron a las fieras, se le hirió con la espada y finalmente fue decapitado. Estos motivos fueron copiados además por otras construcciones religiosas románicas de la comarca. Los mismos misterios guardan las figuras esculpidas tanto en las arquivoltas de la portada como en la ventana de la parte central del ábside y bautizadas con el nombre de *Los prisioneros*, en las que aparecen la cabeza y las piernas de unos personajes ocultos, similares a los encontrados en Santa María De Bareyo o en la próxima de Siones, símbolo que alude a leyendas ancestrales en las que se decía que las almas iban a parar a un enclave mítico, debido a sus pecados, antes de ascender definitivamente a los cielos.

Pero ¿por qué se tiene por cierto que el Grial llegó a esta parte de la Península? Aunque como vamos a ir desgranando y antes hemos mencionado al referirnos a San Juan de la Peña, existen varias interpretaciones acerca de lo que en realidad es el Santo Grial, la más conocida dice que es la copa utilizada por Jesús en la Última Cena, antes de su muerte. Esta vasija, según ciertas teorías, fue a parar a las manos de José de Arimatea, un rico y piadoso judío que para muchos es la persona con la que comienza el peregrinaje (nunca

mejor dicho) de tal objeto por buena parte de Europa. José, además de lo dicho, era tío abuelo de Jesús y fue la persona que preparó un lugar de su propiedad para la celebración de la Última Cena y también adecuó la pequeña cueva donde Cristo fue enterrado tras su crucifixión. La historia dice que fue él mismo quien se hizo con el santo cáliz y vertió en él la sangre de Cristo tras lavar sus heridas. José de Arimatea era cristiano confeso y por ello fue encarcelado, como otros tantos cristianos de la época. En prisión, a José se le aparece Jesús y le hace entrega del Santo Grial y de otros secretos de la Iglesia. Tras recobrar la libertad, este cristiano decide abandonar Tierra Santa en el año 70 de nuestra era y comienza, junto a otros seguidores entre los que se encontraba María Magdalena, un largo peregrinaje misterioso y controvertido.

Tras cruzar el Mediterráneo, José llega a Francia —donde María Magdalena se establece— para pasar luego a Gran Bretaña. Y es allí donde funda la primera iglesia cristiana de las islas, en Glastonbury, y la primera leyenda en torno al Grial. A partir de ese momento se desconoce el paradero de la copa hasta que, ya en el siglo XII, un poeta francés llamado Chrétien de Troyes la cita en su obra *Perceval le Gallois*. Pero es en la obra del escritor Wolfram von Eschenbach titulada *Percival* donde se narran las vivencias y la pasión por encontrar el Santo Grial de sir Percival, un caballero de la mesa redonda y de la corte del rey Arturo. Curiosamente, ambas obras hablan de un lugar conocido como Mont Salvat o Monte Salvado, del que nadie conoce su situación exacta.

Tras los intentos, en el siglo VI, por parte de los caballeros de la corte del rey Arturo de encontrar tan preciado objeto, aparecen en el siglo XII otros señores que continúan la búsqueda. Se trata de los caballeros templarios, mitad monjes, mitad guerreros, cuya principal función es, en un principio, proteger a los cristianos en sus peregrinaciones hacia Tierra Santa. Allí se establecen, tras apaciguar el territorio, fundan su centro en el monte Sión, lugar donde tuvo lugar la Última Cena, y fijan como su dedicación más prioritaria la de localizar el Santo Grial, ya sea la preciada vasija o un concepto importantísimo de la Iglesia.

Estos caballeros se expanden rápidamente por toda Europa: por Francia primero, después por Alemania, Reino Unido, España y Portugal. En España se dedicaron primordialmente a defender a los peregrinos que se dirigían por el Camino de Santiago hacia Compostela.

Otra leyenda al respecto, muy similar a la narrada en el capítulo referido a San Juan de la Peña, señala como protagonista no a José de Arimatea, sino al mismísimo san Pedro, quien al recuperar la copa tras la Última Cena la lleva a Roma, donde permanecerá hasta el año 258 escondida de la curiosidad del Imperio romano. El papa Sixto II encarga a san Lorenzo poner el Grial a buen recaudo y para ello le ordena sacarlo de Roma. Tras su paso por Italia y Francia, la vasija llega a casa de los padres del santo, sita en el pequeño pueblo de Loret, en Huesca. Pero la llegada de los musulmanes pone de nuevo en peligro la ubicación de la vasija y comienzan aquí interminables historias acerca de los viajes de este objeto en pos de su seguridad. Se habla de su paso por el monasterio oscense de San Pedro de Siresa, por la ermita de San Adrián de Sasabe, en Jaca, y por la próxima de Santa Cruz de la Serós, entre otros muchos lugares. Y es en estos momentos donde se pierde la pista del Grial, aunque algún historiador lo sitúa por fin en Las Merindades burgalesas, sobre todo atendiendo a las ancestrales leyendas difundidas por la comarca y la numerosa toponimia coincidente con la historia del objeto sagrado.

### **Comienzan las preguntas y las curiosidades**

Como decíamos, en la misma puerta de aquel ancestral templo de San Pantaleón de Losa comienzan a surgir los interrogantes. El saco o bolsa que celosamente parece acarrear aquella figura pétreo de gigante que guarda la portalada parece darnos a entender que se trata de un viajero, un peregrino o un buscador quién sabe de qué. Como venimos refiriendo, muchos de los estudiosos de este templo han querido relacionar la búsqueda que parece llevar a cabo el hombre que acarrea el saco con el mismísimo Grial. Para ello, aparte del curioso atuendo de ese guardián de la puerta del templo, se apoyan en las chocantes representaciones y muestras esculpidas en piedra alrededor de todo el conjunto arquitectónico: máscaras siniestras, animales fantásticos

en posición de ataque, monstruos desconocidos y rostros que parecen burlarse y hacer mofa del desconcertado visitante desde hace siglos y siglos. Los expertos en arte románico han mostrado su extrañeza por encontrar una decoración tan rica en un lugar tan aislado y aparentemente falto de importancia. Muchos de estos historiadores han manifestado que es probable que detrás de esas raras figuras, de ese simbolismo hermético, los constructores de San Pantaleón pretendieran ocultar un mensaje que iría más allá de aquellas paredes del templo y se prolongaría en el entorno rural, concretamente en los nombres de los accidentes geográficos cercanos, muy sugerentes a la hora de relacionarlos con leyendas ancestrales y que han quedado recogidos en romances a partir del siglo XII.

Para los eruditos en arte románico y arquitectura antigua en general no deja de resultar curioso que un templo de humildes dimensiones, aislado en plena naturaleza, rural y cercano a una aldea aún más humilde, posea tanto lujo decorativo y tantas figuras fuera de lo común y no vistas en otras construcciones de la época. Muchos hablan de mensajes ocultos cifrados entre aquellos relieves del templo.

El Santo Grial es una de las leyendas que más peso ha tomado a lo largo de todas estas centurias. No debemos olvidar que a muy poca distancia de esta ermita de San Pantaleón se encuentra la población de Criales de Losa, cuyo origen toponímico es escandalosamente semejante a la raíz «grial». La cercanía de este pueblo con tan curioso nombre, además de la presencia en aquel entorno de la sierra Salvada —de nombre muy semejante al mítico Mont Salvat—, hace que gran cantidad de teorías en torno a la copa sagrada aludan a aquella región tan concreta y delimitada



En los capiteles las historias se entremezclan con figuras terroríficas de animales y bestias amenazantes. También hay esculturas representando la historia de los Tres Reyes Magos y el Arca de Noé.

Recordemos que el Mont Salvat es un lugar indeterminado en el norte de España, quizás cerca del Pirineo, y que la historia mitológica del Grial en época de las cruzadas lo situó en un emplazamiento incierto al cual se aludía con pistas, leyendas y grabados enigmáticos, reflejados en la mayoría de los templos de aquellas tierras y que suponen un rompecabezas para los historiadores que han querido encontrar la verdad en todo este asunto. Entre los siglos XII al XIV aparecen en el viejo continente una serie de escritos y poemas que hablan de unos legendarios caballeros de la mesa redonda y del rey Arturo. Estos caballeros tienen como una de sus máximas premisas buscar la ansiada copa con la que Jesús dio la Última Cena a sus apóstoles. Pero para otros esa supuesta copa puede ser también un signo, una piedra sagrada custodiada en un paraje denominado Mont Salvat.

Por ello, siguiendo estos datos, algunos investigadores han querido localizar la preciada reliquia en tierras catalanas (algunos de ellos continúan razonando que el Mont Salvat bien pudiera ubicarse en la zona catalana de

Montserrat), aragonesas e incluso gallegas. Pero parece ser que la hipótesis de la estancia del Grial en tierras burgalesas es la que ha adquirido más fuerza a lo largo de los siglos. Ciertamente, no tenemos en España muchas sierras o cordilleras con el nombre de Salvada. Ninguna, diría yo, a excepción de la referida, si bien en diversos tramos cambia de nombre. La sierra Salvada se encuentra situada entre tierras burgalesas y vascas, en una estribación de la cordillera Cantábrica, y los picos Goldecho y Charlazo son sus cimas más representativas. Y aquí tenemos la primera coincidencia que relaciona el templo de San Pantaleón de Losa, en las inmediaciones de la sierra Salvada, con la montaña Mont Salvat citada en la leyenda como eje de todo este misterio.

### **El misterio de Criales**

Por otro lado, Criales de Losa, pueblo cercano al templo de San Pantaleón y cuyo nombre tiene una semejanza notable con el vocablo «grial» (las viejas crónicas hablan de que este pueblo se denominaba anteriormente Grial o Griales), posee también su puñado de historias y leyendas que lo conectan con toda la parafernalia que se oculta tras estas misteriosas hipótesis. No hay otro lugar en toda la geografía de España que ostente tal acaparamiento de nombres relacionados con la historia y las leyendas de las que estamos tratando sobre el cáliz santo. Criales de Losa está situado dentro de los dominios municipales de Medina de Pomar, en la comarca de Las Merindades, a las faldas del monte Peña de los Buitres.

En la actual iglesia de Criales, bajo la advocación de Nuestra Señora de las Nieves, de estilo gótico, había una iglesia románica primitiva, de cuya construcción original apenas quedan como testimonio una ventana y dos puertas. Un nombre tan explícito ha despertado, sin duda, la imaginación de muchos eruditos y ha conseguido que las leyendas y las posibles teorías sobre el paso del Grial por estas tierras aún perduren.

### **Más sorpresas en la zona: Siones**

A unas pocas decenas de kilómetros a vista de pájaro, al norte de Criales y paralela a esta población, en una planicie sobre un promontorio a la entrada del pueblo de Villasana se encuentra la bella iglesia de Santa María de Siones, construida en el siglo XII. Muchos mantienen que este templo está relacionado con la Orden del Temple e incluso atribuyen a sus caballeros la fundación de este lugar en cuestión, al cual le habrían otorgado el nombre de aquel otro emplazamiento sacro que edificaron en el monte Sión, el enclave en Oriente Medio del cual procedían. Aunque hay que advertir que cuando se comienzan a tener noticias del pueblo de Siones, en el siglo XIV, los templarios — aquellos caballeros mitad monjes, mitad guerreros— ya habían tenido sus tiempos de gloria y prácticamente se habían disuelto, al menos según cuenta la historia tradicional.

Sin embargo, los defensores de la relación entre Siones y los templarios argumentan que hay dos siglos de la historia de Siones sin documentar, concretamente desde finales del XII al XIV, debido en parte a un incendio que acabó con gran cantidad de los archivos diocesanos de Burgos en 1812 y en parte a la escasa documentación que existe acerca del lugar.

La iglesia de Santa María de Siones posee dos portaladas: una situada al oeste, con ocho capiteles, y otra al sur, con cuatro. Según algunos historiadores, las dos sencillas, sin tímpano y decoradas con motivos vegetales, representan el árbol de la vida. Ambas puertas son sencillas, pero donde verdaderamente destacan estas esculturas ornamentales es en sus canecillos y en la decoración de los capiteles de sus ventanales, con figuras de bestiarios, cabezas de hombre en posición de burla, peregrinos, rostros que parecen comerse columnas, calaveras, tibias... Incluso, en la pared oriental, hay un relieve que representa a santa Juliana de Nicomedia tirando de los cabellos al mismísimo diablo.

Pero las sorpresas en esta iglesia no acaban ahí. Dentro de la construcción, detrás del altar, hay un capitel con un grabado en el que se representa a unos personajes que transportan una especie de tonel, caja o arca con un contenido indefinido pero que, a tenor del lugar tan privilegiado que ocupa dentro del templo, tiene que ser de un valor incalculable. ¿Quizás fuera el Santo Grial o el Arca de la Alianza? Algunos estudiosos han descrito dicha imagen como la de dos templarios, dos monjes guerreros que portan el Arca

de la Alianza descubierta en las excavaciones del mítico templo de Salomón. Sin embargo, otros interpretan esta escultura como la de dos obreros del templo que acarrear un caldero con materiales para su construcción. La controversia está servida.



Curiosos personajes transportando un recipiente en el que algunos han querido reconocer el Arca de la Alianza.

Nos vuelve a llamar la atención que la iglesia de una pequeña y humildísima aldea contenga en su interior riquezas arquitectónicas y grabados que, lógicamente, lucirían más en poblaciones de mayor importancia. Su arquería doble, con siete arcos y una gran cantidad de capiteles decorados ricamente con escenas bíblicas y del paraíso terrenal: Adán y Eva, el árbol con la serpiente, la historia de David y Goliat o aquel otro episodio en el que se puede contemplar el milagro del muchacho de Santo Domingo de la Calzada que fue injustamente ajusticiado y luego resucitado milagrosamente por

Santiago, hacen del lugar una verdadera enciclopedia pétreo cuya extensión alcanza incluso las paredes laterales del sagrado enclave. Demonios tentando a Cristo en el desierto, motivos florales y hojas labradas que muchos especialistas han relacionado con el arte persa, no dejan de sobresaltar e interrogar al visitante. Bajo el suelo de tan antiquísimo templo se halla una dependencia abovedada, más antigua aún que las citadas, que muchos han descrito como una cripta cuya finalidad o cometido se desconoce. Algunos, los más arriesgados, hablan de esa habitación como del lugar donde se ocultó durante mucho tiempo el legendario y sacro objeto denominado Santo Grial.

Y, además, nos volvemos a encontrar con el misterio del santo cáliz cuando en uno de aquellos grabados se muestra la lucha de Sigfrido y Fafner, personajes vinculados a la historia del Grial. La leyenda cuenta que tras la conquista de Jerusalén por los cruzados, estos levantaron una fortaleza sobre el monte Sión, aquel venerado lugar de Oriente Medio donde supuestamente se encontraba la tumba de David y el cenáculo en el que se instituyó la Eucaristía. Pues bien, como hemos dicho anteriormente, en este cerro se fundó el primer monasterio dedicado a Nuestra Señora de Sión, y allí se estableció a su vez una orden de naturaleza religiosa y militar denominada los Caballeros de Sión, la cual, según algunos estudiosos fue germen de los mismísimos templarios. Pero ¿qué hace esta historia tan poco conocida inscrita en las paredes de esta iglesia situada en un diminuto pueblo al norte de Castilla, con un nombre tan peculiar y a la vez tan similar al del monte Sión?

En los últimos años otros investigadores e historiadores han planteado la posibilidad de que todo lo explicado tenga como origen una mala definición del vocablo «siones», ya que para estos estudiosos proviene de S. Ions —o san Juan—, como aparece reflejado dicho apóstol en varias pinturas o grabados, cosa que de ser cierta echaría por tierra toda la relación de Santa María de Siones con el emplazamiento del mítico Grial y las leyendas que se le atribuyen... ¿O no?

Las discusiones sobre el origen del vocablo, tanto si procede de san Juan como si está relacionado con Sión, vinculan de todas formas el lugar con la huella templaria. San Lorenzo, la Orden del Temple, Siones, sierra Salvada, Peña Magdalena o Criales: pequeños templos y ermitas desconcertantemente repletos de ricos adornos que parecen fuera de lugar en construcciones y

emplazamientos tan humildes, como si quisieran hacer honor o custodiar algo infinitamente más valioso que lo que en un primer momento aparece a la vista. Resultan muchas casualidades en tan poco espacio de territorio como para que tomemos a la ligera todas estas leyendas encriptadas.

Pero continuemos con las historias que proliferan en la zona y, en concreto, con el curioso templo de Santa María de Siones. Sería injusto pasar por alto una nueva teoría que relaciona este enclave con una de las modernas hipótesis de lo que representaba en verdad el Santo Grial. Para muchos, el Grial no era simplemente, o solo, la vasija en la que supuestamente se había servido el vino en la Última Cena. Para estos historiadores, este cáliz se convierte en el vientre de una mujer, el de María Magdalena, la esposa mística de Jesús de Nazaret para la Iglesia oficial, aunque muchos defendían esta relación como algo carnal, objetivo y directo. María Magdalena sería la madre de los hijos de Jesús (la *sang real* o sangre real: grial) con la cual se habría perpetuado su estirpe sobre la tierra. Y para proteger a esta prole y a su madre Magdalena, se creó una sociedad secreta denominada el Priorato de Sión.

Resulta como mínimo curioso que cerca de Siones, en las inmediaciones de la iglesia de Santa María, haya un vetusto camino que se dirige a una cordillera denominada sierra de la Magdalena o Peña Magdalena. Y es justo el mismo camino que llega desde Castrobarido, de allí va a Criales y, tras una caminata de hora y media, llega hasta San Pantaleón de Losa atravesando la sierra Salvada. Verdaderamente, si alguien hubiera entrado en la Península desde Francia por aquella vieja vereda, hoy prácticamente en desuso, sin duda habría pasado por las poblaciones que hoy nos ocupan con sus misterios y enigmas. ¿Y si esos peregrinos hubieran sido los componentes del Priorato de Sión en busca de un lugar seguro donde depositar el Santo Grial o el secreto que representaba? ¿Fue alguna de estas localidades el destino final de tanto misterio? ¿O tan solo es otra coincidencia más para añadir a esta enrevesada historia? ¿Qué concomitancias posee esta concreta zona burgalesa para que tales coincidencias se ubiquen en una zona tan circunscrita?

**San Lorenzo de Vallejo de Mena, más sobre el Grial**

A escasa distancia de Siones, en la localidad de Mena, se encuentra San Lorenzo de Vallejo, una de las más reconocidas construcciones del arte románico de la escuela de Mena y Villadiego. Fue edificada en el siglo XII y donada por Edrequina de Mena a los caballeros de San Juan de Jerusalén. El templo fue decorado, al igual que las demás iglesias descritas hasta ahora, con extraños signos formados por pasajes bíblicos entremezclados con bestiarios, seres monstruosos y animales mitológicos, sin olvidarse de esquemas astrológicos y motivos varios que nos traen el recuerdo del Grial.

Como decimos, las iglesias citadas tienen en común esta parafernalia de simbolismo críptico, repleto de significado, y de grandes riquezas que desentonan con las poblaciones tan humildes y diminutas en las que se sitúan, en un enclave ciertamente concreto y muy delimitado. Y por si esto fuera poco, los accidentes geográficos cercanos poseen sugerentes nombres que tienen mucho que ver con las teorías que hablan del paso del Santo Grial por estas tierras, su estancia y quién sabe si también su permanencia hasta nuestros días. Montañas como la sierra Salvada o la de la Magdalena no hacen más que enriquecer el halo legendario que envuelve a toda esta zona del norte de Castilla. Símbolos y lenguajes ocultos que parece que se encuentran guarecidos, a la espera de la clave que permita interpretarlos para descubrir qué hay de realidad en todas estas misteriosas y arriesgadas elucubraciones.



Iglesia de San Lorenzo de Vallejo.

## EL FABULOSO DRAGÓN DE VALDEALGORFA

Cuentan los aficionados a la mitología que tan solo existen en el mundo dos historias, documentadas y registradas por pertinentes escribanos, en las que se recoge un verdadero ataque de dragón a un pueblo o ciudad. Una de ellas se sitúa en Tarascón, al sureste de Francia, debido a lo cual la terrible criatura pasó a tomar el sobrenombre de «la Tarasca». Una vez demostrados sus terroríficos efectos sobre el paisaje y la población gala, la bestia infernal solo podía ser aplacada, milagrosamente, mediante plegarias y oraciones a santa Marta. La otra, en un pequeño pueblo de la provincia de Teruel, donde aparece una curiosísima historia, registrada en viejos tratados y en la que nos detendremos para conocer sus detalles.

Sin dejarnos llevar por el romanticismo y la fantasía a la que todos estos relatos convidan, sí deberíamos analizar lo que aquellos antiguos habitantes consideraban la catástrofe más terrible venida de los cielos (curiosamente). Este cataclismo era representado, al no tener más explicaciones plausibles, con el monstruoso ofidio y las penurias y devastaciones que acontecían con su presencia, y estaba asociada a fenómenos que no dudaban en atribuir a tan maligna figura, idealizada hiperbólicamente. Pero ya se sabe, cuando el río suena...

En España se cuentan por doquier historias legendarias y fantásticas de dragones y ofidios terribles muy arraigadas en el acervo popular y en la mitología más arcaica de diversas regiones. A comienzos del siglo XX, Publio Hurtado hace alusión en su obra *Supersticiones extremeñas*, a cierto fabuloso dragón que se aparecía en la comarca de la sierra de Gata y que los paisanos del lugar denominaban «el Drago»:

A la mitad del camino que conduce desde Pozuelo a Santa Cruz de Paniagua, a unos doscientos metros a la izquierda de la vía y en el cerro de la Bardera, hay un enorme peñasco de forma cónica con un apéndice que figura el trozo de un puente, de un solo ojo, que mide tres metros aproximadamente de elevación por dos de anchura y de cuya clave pende una enorme argolla de hierro. Subiendo un poco por las sinuosidades de la peña, se ve una caverna medio oculta en las angulosidades de la pizarra, de regular profundidad, denominada el Horno del Drago.

Este drago o dragón era un gigante monstruoso que tenía la cabeza y brazos de hombre y el resto del cuerpo de basilisco. Cuando sentía hambre, daba unos bramidos tan fuertes que se oían a dos leguas a la redonda y atemorizaban a los habitantes de la comarca, quienes para aplacarlo llevaban una vaca o varios carneros que el monstruo mataba y colgaba de la argolla mencionada. Tal presente, que devoraba en crudo, no le duraba más que un día, y al siguiente se repetían los bramidos y ofrenda.

Esta voracidad acabó con la ganadería de la comarca, que entonces empezaba a desarrollarse; y no habiendo reses que engullir, acometió y se zampó a los habitantes de la Alta Extremadura. Cuando dio fin de ellos, bajó a la provincia de Badajoz e hizo lo propio. Luego despobló la Andalucía; y, por fin, siempre buscando alimento, pasó al África, de donde no volvió.<sup>1</sup>

La historia aquí citada, que sirve de ejemplo de otras con las que comparte más o menos los mismos arquetipos fabulosos, nos puede servir para analizar la figura de un ser muy temido por el pueblo llano. Incluso hay historiadores que quieren ver en esta leyenda la representación de una historia verídica: tan solo haría falta cambiar a los personajes protagonistas, que en la leyenda habrían pasado a ser la representación de los miedos de la comarca. De esta manera, el Drago no sería un ofidio descomunal y tenebroso, sino que su nombre provendría del vocablo «Drágut», el nombre de un malvado y cruel bandolero, tan corpulento que era tenido por un gigante, jefe de una cuadrilla de aguerridos bandidos de principios del siglo XI, según cita Mario Simón en su obra *Historia lírica y amorosa de Santa Cruz de Paniagua*.<sup>2</sup> Se sabe que varios pueblos de las regiones de Extremadura y Andalucía, principalmente, fueron abandonados y quedaron deshabitados debido al acoso que ciertas bandas de malhechores ejercieron sobre ellos, hace muchos siglos, acechando e incomodando el plácido vivir de aquellos habitantes que no tuvieron otro remedio que dejar atrás sus hogares para buscar emplazamientos más seguros y sosegados donde no vieran mermar sus humildes posesiones ni peligrar sus vidas. Si el lector quiere ahondar en estas antiguas historias y en tan

dramáticos despoblamientos, le recomiendo la lectura del magnífico artículo aparecido en *Revista Folklore*, número 342, escrito por José María Domínguez Moreno y titulado «Despoblados extremeños: mitos y leyendas».

Y como decíamos al principio de este capítulo, se cuentan fantásticas historias de dragones a lo largo y ancho de este mundo, por doquier, en diversas culturas y religiones. Incluso, países enteros se fundaron bajo la protección de estos entes monstruosos, mitad bestias mitificadas, mitad personalización de la valentía y el poder de todo un pueblo o civilización. Sin embargo, cuando se datan fehaciente y concretamente sucesos enigmáticos que dejaron huella en determinados terruños, la leyenda se torna aún más extraña e incluso inquietante. Y esto es lo que supuestamente ocurrió en el pueblo turolense de Valdealgorfa, muy cerca de la más conocida localidad de Alcañiz. El topónimo de Valdealgorfa proviene del árabe *al-gurfa* «parte alta de la casa», «pajar» o «granero», cosa que da fe de la proliferación de estas construcciones en el lugar. Desde 1624 es independiente de Alfoz de Alcañiz y, posteriormente, constituyó su propio municipio. Antiguamente poseía un insigne templo barroco en honor a Nuestra Señora de la Asunción, aunque en la actualidad se encuentra destruido. En el año 1700 los habitantes de Valdealgorfa decidieron reconstruir el antiguo templo y edificar en su lugar una nueva iglesia dedicada a la Natividad de Nuestra Señora que hoy en día es la parroquia de la localidad. Y muy cerca de esta fecha es cuando la catástrofe se cernió sobre el pueblo.

Hubo documentos escritos que explican lo que vamos a contar, pero fueron destruidos hace muchos siglos. Aun así, la tradición del pueblo logró hacer perdurar esta historia hasta nuestros tiempos. El raro acontecimiento es datado en una fecha exacta: el 11 de julio de 1748. Incluso la hora aparece concretamente anotada, y vendría a ser más o menos al mediodía de aquella veraniega jornada. Los vecinos de Valdealgorfa, alrededor de doscientas cincuenta almas por aquellos años, según dicen los viejos catastros, inmersos en sus labores diarias no podían ni tan siquiera sospechar lo que se les venía encima. Los recios labradores, cuyos cultivos estaban dedicados

principalmente al trigo, la vid, el olivo, el azafrán o los almendros, iban a padecer irremediablemente las consecuencias de este suceso, junto a sus cosechas, reses e inmuebles.

Y hay que advertir que aquellos paisanos, por desgracia, no eran ajenos a las inclemencias meteorológicas brutales, violentas e impredecibles en ciertas épocas del año. Estaban ya acostumbrados, como ocurre en la actualidad por esas tierras, a sufrir en sus bienes el fuerte pedrisco, las sorprendidas tormentas devastadoras e incluso el paso de algún tornado que llegaba a acarrear desgracias personales. Un fenómeno meteorológico, el de los tornados, muy poco común en nuestra piel de toro, pero que al parecer en este valle se ha producido en alguna ocasión. Por eso llama la atención aún más en esta historia que lo que iba a suceder en la pequeña localidad de Teruel no fuera relacionado, en un primer término, con ninguna de estas anomalías climatológicas, de sobra padecidas y conocidas por los vecinos de la región. Quizás lo que sucedió en la aciaga jornada que nos ocupa escapa a la razón humana. Fue algo tan extraño y enigmático que pasaría a la historia bajo el velo de la presencia en los cielos valdealgofanos de un animal fantástico, tan mitificado como temido, reflejo del terror, la oscuridad y el desconcierto que se apoderaría del pueblo.

El fenómeno celeste o, mejor dicho, aquello tan horrendo que vino de los cielos, fue descrito por los habitantes del lugar como una serpiente monstruosa y descomunal, que escupía por doquier llamas. Un fuego intenso y devastador acompañado de un fuerte viento huracanado. Los que tuvieron el dudoso honor de contemplar tan horrendo espectáculo hablaban de una presencia en forma de serpiente, incluso con cabeza, crin y cola, que era capaz de arrancar los árboles de raíz y devastar mieses abrasándolas con sus llamas.

El párroco del lugar, como solía hacer en otras ocasiones comprometidas semejantes a la que nos ocupa, intentaba aplacar lo que creía que era una tremenda tormenta mediante exorcismos desde lo alto del campanario de la iglesia. Era sabido desde tiempos ancestrales que el tañido de las campanas provocaba que las tormentas se desviarán de sus trayectorias, evitando así que el granizo y la ventisca dañaran los cultivos. De esta manera, el cura volteaba frenética y violentamente todas las campanas de la iglesia en un intento desesperado por apaciguar el temporal (como nota curiosa al respecto, hay

que añadir que, tan en cuenta se tenía este proceder y el temor de las gentes era tal a las tormentas imprevistas en aquella comarca, que el ermitaño del templo de Santa Bárbara, próximo al pueblo de Valdealgorfa y situado enfrente del mismo en una pequeña elevación entre olivos, se encargaba de tañer la campana de la ermita cuando se preveía una tormenta. También solía tocarlas al mediodía y a las quince horas, excepto los domingos, para marcar el horario por el que se regían los agricultores, una acción que se realizó hasta bien entrado el siglo XX).

Pero ni mediante estos supersticiosos procederes llevados a cabo por el cura del pueblo, que al parecer daban buen resultado en ocasiones semejantes, se conseguía ahora aplacar aquel devastador fenómeno aéreo. Incluso daba la sensación, para horror de todos los habitantes de la localidad, que aquel cataclismo llegado de nadie sabía dónde aumentaba su intensidad y su poder destructor por momentos. Todo era fuego, oscuridad, viento huracanado y rumor ensordecedor.

Los vecinos, no sabiendo ya a qué atenerse ni cómo protegerse del desastre, acudieron entonces a suplicar auxilio al convento de las Madres Clarisas o de Santa Clara, donde una de las hermanas, considerada santa por su vocación y valía piadosa, asistió a aquellos desesperados demandantes de ayuda. Valientemente, la monja santa con el crucifijo en ristre se dirigió a las afueras del pueblo, al lugar conocido como El Cabezo (una pequeña loma de cierta altura sobre el terreno que rodea la localidad). En aquella elevación, mostrando firmemente la cruz que portaba al cielo, exorcizó a la bestia, o lo que fuera aquella maldita aparición, haciendo que desapareciera finalmente. Sus destructivos efectos aún serían palpables por muchos años en las casas y en las tierras del pueblo.



En esta antigua fotografía de Valdealgorfa se puede contemplar el cerro elevado a las afueras del pueblo, desde el cual, según cuenta la tradición, santa Clara aplacó la furia de aquel fenómeno celeste que atormentó a todos los habitantes de la localidad.

Se conserva un curioso testimonio anónimo en forma de coplilla, que un lugareño presente aquel mal día quiso dejar para la posteridad, y así nos ha llegado su terrible vivencia. Tal fue la importancia que se le otorgó a tan extraño suceso, que dicho relato fue llevado de pueblo en pueblo, en forma de pregón o en octavillas, y el vocinglero de turno se dedicaba a difundirlo por todo el territorio por ser un episodio singular vivido por sus convecinos. Y aquel viejo romance viene a ser este, de largo título, por cierto:

*Verdadera relación y curioso romance en que se declara cómo apareció sobre el lugar de Valdealgorfa, distante dos leguas de la ciudad de Alcañiz, en el reino de Aragón, una criatura que formaba una serpiente con cabeza, crin y cola y la cual, por todos sus extremos que son boca, narices, crin y alas, iba arrojando llamas que arrasaban cuantas mieses y árboles hallaba. Y cuyo horrible y espantoso fenómeno se descubrió el día 11 de julio de este presente año de 1748.*

Personas de distinción dicen  
que su horrible aspecto era

una exhalación viviente  
o especie de monstruo fiero  
que al parecer demostraba  
ser serpiente.

Y serpiente que al momento  
por cabeza crin y cola  
alas y pies esparciendo  
iba con horrible saña  
por todos los cuatro extremos  
fuego convertido en ascuas  
como hidra de siete cuellos.

Recibió un robusto cuerpo ígneo,  
denso y renegrado y entumecido  
y en efecto del todo formó excesivo  
un gran huracán violento.  
De fuego y aire.

Tan cruel, bárbaro, impetuoso y fiero  
que arrancó cuantos nogales, olivos,  
plantas y almendros halló en los alrededores  
e aquel infeliz de pueblo.  
Las mieses todas segadas se entregaron al incendio.

Otras muchas maravillas pasaron  
que no refiero  
por no molestar ya más a  
auditorio tan discreto.

Por supuesto, para muchos lectores y conocedores de tan tremenda historia, lo que verdaderamente sucedió en aquel caluroso verano de 1748 en las tierras cercanas a Valdealgorfa fue, sin duda, la aparición y el posterior desarrollo de un violentísimo tornado, con los consiguientes efectos destructivos que se esperan de tan devastador fenómeno climático. La alusión

constante en los viejos documentos a un fuego celeste puede ser explicada científicamente por pequeños fuegos u hogueras que hubiesen sido absorbidos por la manga del descrito tornado, cosa que haría que el viento huracanado esparciera chispas y llamas por todas partes, dando el efecto de que aquella descomunal formación alargada de nubes negras y tormentosas escupía fuego, cosa que provocó que fuera relacionada o representada como una descomunal serpiente aérea en las mentes de los lugareños. De hecho, a pesar de ser una inclemencia meteorológica relativamente poco frecuente en nuestro país, los tornados y vientos huracanados han sido descritos en diversas épocas y en distintos lugares de nuestra geografía, algunos de ellos incluso con resultados altamente catastróficos.

Podemos citar aquí lo acaecido el 12 de julio de 1935 en la pequeña población de Fuentes de Valdepero, en la provincia de Palencia, cuando sus habitantes padecieron el azote de vientos fortísimos, que no dudaron en relacionar con el fin del mundo. Los vecinos presenciaron atónitos y aterrados cómo una nube descomunal y de color rojizo que venía del norte se cernía sobre el pueblo. De pronto se comenzó a sentir una brisa que a los pocos momentos se tornó huracán, atravesó el pueblo y creó la noche cuando las tinieblas de un rojo sanguinolento cubrieron todo el lugar. La visión era tenebrosa: parecía que el cielo escupía fuego y esparcía el desastre por todos los rincones de la aldea. El ruido ensordecedor del tornado y la tierra roja en suspensión debido al incesante y violentísimo torbellino hicieron que la oscuridad se apoderara de Fuentes, así que los vecinos creyeron que el final de los tiempos había llegado y que una cortina de sangre envolvía sus hogares. Muchas viviendas acabaron derribadas mientras sus moradores intentaban refugiarse en sótanos y bodegas excavadas en el suelo. Numerosos árboles, arrancados de raíz, salieron volando a varios cientos de metros de distancia. Para que el lector se haga una idea de tal debacle, de las quinientas veintiuna casas que tenía el pueblo, solamente tres quedaron intactas. Ese fue el resultado del devastador suceso que asoló la población. Pero lo más lamentable estaba por llegar. Tras el paso del supuesto tornado se comenzó a auxiliar a los heridos rebuscando entre aquella calamidad. De entre los escombros se pudo salvar la vida de varios vecinos que, aunque malheridos, pudieron contar su experiencia. Sin embargo, un joven de diecisiete años

llamado Tomás Pastor García murió aplastado por un muro que se desplomó sobre él. Hoy en día se pueden localizar vestigios de antiguos muretes que aún quedan en Fuentes de Valdepero como testigos mudos de la catástrofe que padeció el lugar.



Vieja fotografía de una calle de Fuentes de Valdepero que apareció publicada en la revista *Mundo Gráfico* en julio de 1935, pocos días después de la catástrofe.

Pero, retomando la interpretación puramente mitológica del relato turolense, hay que recordar que muchos estudiosos de la historia en general y de este tipo de controversias en particular tratan al territorio aragonés como un verdadero lugar de dragones. Incluso razonan que el nombre Aragón proviene de la derivación del vocablo «dragón» (dragón – d’Aragón). Curiosamente, los reyes de la corona aragonesa llevaban en su casco monárquico una cimera representando a un dragón y, por ello, eran conocidos a su vez como los reyes Dragón y su reino como el Reino del Dragón.

Sin embargo, otros historiadores razonan, aunque manteniendo aún reservas en cuanto a la veracidad de dicha etimología, que el nombre de Aragón proviene del río homónimo que cruza su territorio. Otro río que discurre por esas tierras y que nace en Navarra, el Arga, era conocido antiguamente como Aragus, el cual se convirtió a lo largo de la historia en topónimo, a su vez, de las tierras que bañan sus aguas.

Como claro ejemplo de estas discrepancias semánticas y toponímicas a las que estamos aludiendo, el periodista y escritor Chema Lera, autor entre otras de la obra *Breve inventario de seres mitológicos, fantásticos y misteriosos de Aragón* y, por lo tanto, persona válida y conocedora de los hechos que nos ocupan, ha manifestado en reiteradas ocasiones que:

Los dragones nunca se han llamado así en Aragón, salvo en el lenguaje culto. En el popular, en el que han sobrevivido muchas leyendas, a los dragones les llaman serpientes, culebras o *sirpiéns* grandes, como dirían en la lengua que todavía se hablaba por allí. Hablamos de grandes serpientes. Eso también influye en la manera de imaginarse a los dragones. En unos casos se habla de serpientes con pelo y en otros de serpientes voladoras [...]. Una cosa es la leyenda culta del dragón de san Jorge y otra las leyendas populares que hemos dado en llamar leyendas de dragones, que en realidad son de serpientes gigantescas que atemorizan por esa carga de superstición negativa que acompaña a todas las serpientes y que las ha transformado en leyendas terroríficas de criaturas que atacan y devoran sobre todo los rebaños, que es el sustento de vida de los pastores. Ellos son quienes más serpientes y culebras encuentran por el monte, los más expuestos a ser atacados [...]. Tenemos que hacer también un esfuerzo de imaginación y recordar que esos lugares en los que se produce el avistamiento de dragones en Aragón en las leyendas populares ya no son como ahora. Estamos hablando de bosques cerrados, antiguamente llamados selvas, como la de Oza, que todavía conserva esa denominación. Bosques oscuros, llenos de susurros, rumores, ruidos no identificables, de sombras que pasan, de agujeros y cuevas a los que nadie se atreve a entrar.

Buenos argumentos y magníficos tratados de mitología e incluso etnografía, como el estudio realizado por José María Caparrós, *Bestiario ilustrado de Aragón*, donde se pueden consultar este tipo de temáticas ocurridas en aquella región, quizás, a pesar de tratar del mismo territorio que nos ocupa, no logran explicar completa y fehacientemente el extraño acontecimiento vivido por los vecinos de Valdealgorfa. Creer en nuestros

tiempos en la existencia de dragones o seres fabulosos con este tipo de características puede resultar entre hilarante y pueril. Pero aun así, como hemos referido, algunos detalles de esta historia continúan intrigando a muchos y hacen esbozar una amplia sonrisa de escepticismo a otros.

Sin embargo, los más osados defienden que no puede ser tan simple su explicación. Argumentan que resulta extraño que los vecinos no calificaran aquel enigmático suceso como un desastre ambiental ligado a fenómenos atmosféricos, ya que, como hemos comentado, conocían perfectamente lo que era una fuerte tormenta e, incluso, un tornado, ya que habían presenciado en otras ocasiones estas incidencias. Entonces ¿por qué en esta concreta ocasión estos fenómenos meteorológicos, relativamente familiares para aquellos paisanos, fueron tildados de seres voladores demoníacos, por describirlos de alguna manera? ¿Quizás lo que sobrevoló en aquel tiempo los cielos valdealgorfanos no era tan natural como los empiristas nos quieren hacer creer? ¿Por qué otras tormentas huracanadas han pasado a la historia en aquellos territorios descritas sencilla y objetivamente?

Lo cierto es que aquel día de julio de hace ya casi tres siglos algo muy extraño ocurrió en la aldea turolense, algo que ha sido capaz de pervivir en el ámbito de lo enigmático hasta nuestros días, de esto no cabe duda. Y aquí, como decimos, vienen las hipótesis de los más arriesgados: ¿podiera ser que un objeto volante no identificado, de devastadores efectos, sobrevolara los cielos de Valdealgorfa? ¿Una tecnología totalmente desconocida para aquellos humildes vecinos de mediados del siglo XVIII que no supieron describir mejor que con las características fantasiosas de sus seres legendarios más extraordinarios? ¿En cuántos sucesos tildados en la actualidad de fábulas y relatos fantasiosos puramente mitológicos a lo largo de la historia de la humanidad no habrá ocurrido lo mismo? Dejemos al querido lector que reflexione sobre estas cuestiones, no sin antes mostrarle pasajes de la historia de lo misterioso que, increíblemente, parecen calcados a estos casos que nos ocupan y que en un primer término nos han podido parecer exclusivos de mitologías cercanas.

Viajemos pues en el tiempo y en el espacio para contrastar algunos sucesos de índole similar, como solemos hacer en nuestros trabajos. Nos situamos en el 7 de agosto de 1970, en la pequeña aldea de Sela-i-Dairo

(Saladaro) en Etiopía, hoy en territorio de Eritrea, a unos quince kilómetros al suroeste de la ciudad de Asmara. Como podemos imaginar, este es un poblado mísero con economía de subsistencia, en el que los aborígenes se ocupan de afanarse en su día a día para lograr recolectar los escasos recursos que aquellos territorios ofrecen a sus habitantes. Justamente a las once y media de la mañana, los vecinos de la aldea africana sufrieron un sobresalto debido a un estremecedor sonido que se localizaba en un bosque cercano. De repente, en el punto más álgido de aquel ya ensordecedor ruido, una esfera de gran tamaño de color rojo intenso y resplandeciente se eleva sobre la arboleda. Aquella bola ígnea se dirigió a continuación lentamente hacia varias viviendas del poblado, las derribó a su paso, incineró árboles y tejados, y derritió el asfalto de la carretera. En un momento determinado, el objeto se estabilizó, se detuvo y retrocedió, en su devastador camino, para volver a destruir viviendas y muros. Más tarde, ya a las afueras de la localidad, se detuvo sobre otra zona boscosa y desapareció súbitamente en ese punto. Aquella aparición infernal había dejado un rastro de desolación, con muchas viviendas derruidas, ocho personas heridas y una muerta. El vuelo de aquel objeto había durado unos diez minutos, mientras emitía, según los testimonios recopilados en la época, un zumbido intenso que hacía daño a los oídos.

Dado el remoto lugar en el que se produjo este hecho y las escasas infraestructuras y medios de comunicación que había en la zona, el suceso no tuvo la repercusión y la divulgación que habría obtenido en nuestros días. Sin embargo, un médico que prestaba sus servicios por la zona al amparo de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) envió una misiva al doctor Hynek, miembro del Center for UFO Studies (CUFOS). En ella, el médico decía:

Algunos dijeron que el bólido tenía la forma del tronco de un árbol, mientras que los habitantes de una aldea vecina añadieron que el objeto los había sobrevolado, emitiendo un ruido ensordecedor, y que tenía forma esférica y con cola. La emoción era tal que visitamos la aldea en tres ocasiones y tomé unas treinta fotos de las cuales le adjunto algunas. Parece como si una bola de cañón hubiera sido disparada a través de las casas [...]. Algunos piensan que se trataba de un meteorito, pero estos no pueden viajar de un lado a otro. No pudo tratarse de un tornado, porque los vientos no arrancaron los tejados de estaño, que permanecieron en sus sitios, aunque aplastados, derretidos y distorsionados. Hasta el momento no tenemos idea de lo que haya sido. El

periódico *Assis* de Addis Abeba mencionó algo al respecto, clasificándolo como una tormenta. Le hago llegar el recorte de prensa. El periódico italiano le dedicó cinco columnas. Podemos desechar la posibilidad de vientos o relámpagos, el tiempo se encontraba claro y despejado. La aldea (al igual que Asmara) está a una elevación de 2.300 metros sobre el nivel del mar. Los relámpagos a veces se desplazan horizontalmente, pero como he dicho, el tiempo estaba despejado. Por otra parte, tenía una fuente de calor. Fundió el asfalto y los objetos de metal, dejando chamuscada la hierba y los arbustos, pero sin fuego ni llamas. Su impacto mecánico fue tremendo. Atravesó el muro de piedra del puente, que tiene medio metro de grosor, y tuvo suficiente fuerza para hacer más daño cuando vino de regreso.

Saladaro, Etiopía, el 7 de agosto de 1970.

Posteriormente, el destinatario de esta carta, J. Allen Hynek, explicaría en su libro *The Edge of Reality*, escrito junto a Jacques Vallée, lo siguiente: «El suceso destructivo de Saladaro es uno de los pocos casos documentados en los que algo que debemos considerar un ovni ha causado daño. Obviamente se trataba de un objeto, y ciertamente no identificado».

Por tanto, según estos testimonios, un objeto esférico, con una protuberancia o cola según algunos testigos, de color rojo intensísimo y que emitía un sonido ensordecedor, había abrasado todo el terreno y los inmuebles que encontró a su paso, sin fuegos o llamas perceptibles. Además, tenía tal poder calorífico que el asfalto de la carretera se había derretido. Al llegar a una elevación cercana, el objeto comenzó a mecerse de un lado a otro y emprendió un retorno en el que se desplazó nuevamente por el camino arrasado. El fenómeno recorrió en total tres kilómetros en ambos sentidos, tuvo una duración de diez minutos y dejó un saldo de ocho heridos y un muerto, así como media centena de edificios destruidos. Sin embargo, a pesar de las evidencias y de los testimonios, las autoridades etíopes zanjaron el asunto manifestando que se había tratado de un meteorito o bólido. Sin más explicación. Y el suceso pasó a dormir el sueño de los justos, entre peregrinas hemerotecas y archivos de algún estudioso del misterio.

Pero continuemos con el repaso de más incidentes similares. Y aunque el lector se sorprenda, estos hechos tan peculiares vienen recogiendo desde el principio de la historia de las diversas civilizaciones del mundo. En muchos de los libros sagrados de las distintas religiones aparecen hechos

sobrecogedores con estos detalles que estamos analizando. En la Biblia se pueden leer episodios en los que se describen mangas de fuego que llegan desde los cielos como castigo a los pecados del hombre (según se razonaba) o para destruir a ciertos grupos enemigos o contrarios a ciertas creencias religiosas. Igualmente, en viejos tratados de la América colonial en los que los aztecas recopilaban la llegada de los conquistadores y los acontecimientos más importantes al respecto, las referencias a estas anomalías aparecen con relativa frecuencia. En uno de estos pasajes, los indios de dicha cultura narran un incidente bien curioso: describen un fuego excepcional, por nadie conocido, de forma alargada y fijo en el firmamento, en el que se diferenciaba una llamarada que descendía y que tocaba el tejado de paja del templo del dios Huitzilopochtli carbonizándolo al instante. La población, al contemplar tal desastre, huyó despavorida y achacó la catástrofe a un castigo divino.

Como muestra, comentaremos ahora brevemente otros episodios de características semejantes y más cercanos a nuestros tiempos. Uno de los trabajos más ilustrativos al respecto es la obra del investigador Jacques Vallée, *Pasaporte a Magonia*, en la que se recopilan varios relatos de índole ufológica relacionados con posibles interpretaciones mitológicas, religiosas y, en definitiva, con creencias de antaño de distintas culturas. Por ejemplo, el citado autor nombra el archivo de otro insigne investigador norteamericano, Fort, en el que se dice: «7 diciembre de 1872. Una de la madrugada. (Banbury, Gran Bretaña.) En King's Sutton, un objeto parecido a un pajar [sic] apareció volando caprichosamente. A veces alto, otras muy bajo, estaba acompañado por fuego y densa humareda. Produjo el mismo efecto que un tornado, derribando árboles y paredes. Desapareció súbitamente».

Así podríamos continuar con cientos de casos acaecidos en todas partes del mundo y con similitudes más que aparentes. Aludiremos ahora a un incidente ocurrido en la ciudad argentina de Londres de Catamarca. Esta noticia fue publicada en diarios nacionales de aquel país como *Clarín* y *La Crónica*. Corría el año 1982 cuando dos policías que se encontraban patrullando en su coche presenciaron el vuelo de un aparato de tamaño mediano, con forma de esfera alargada, que desprendía chispas y llamaradas.

Posteriormente, un gran viento sería sentido por los oficiales, quienes comprobaron cómo los campos, viñedos y plantaciones cercanos al avistamiento habían sido totalmente abrasados.

No dejamos Suramérica para referirnos ahora a un caso acaecido en la localidad de Vilcún, en Chile. Un buen día de abril de 1977, los vecinos del lugar se sorprendieron al divisar en los cielos cercanos un objeto volador en forma discoidal que giraba sobre sí mismo violentamente a la vez que emitía un sonido ensordecedor y dañino, según los testigos del fenómeno. En los días siguientes, miembros del GIFOE (Grupo de Investigación del Fenómeno Ovni y Extraterrestre) recogieron informes de los lugareños y analizaron el lugar y los terrenos en los que supuestamente se habían desarrollado los hechos. Los análisis arrojaron datos desconcertantes, como un elevado nivel de radiactividad en la zona.

El 29 de junio de 1964, Beauford Parham había partido en su coche de la ciudad norteamericana de Atlanta y tenía como destino la localidad de Wellford, en el estado de Carolina del Sur. La noche era calurosa y el señor Parham llevaba el brazo apoyado sobre la ventanilla del coche, intentando refrescarse con el aire del exterior mientras conducía por la solitaria carretera 23. En cierto momento divisa a cierta altura un objeto en forma de peonza gigante o trompo descomunal, el cual se echó prácticamente sobre el techo del automóvil en una rápida e inesperada maniobra, sobrevolándolo sin llegar a impactar. El susto del conductor, como podemos imaginar, fue supino, y a punto estuvo de salirse de la carretera. Una vez hubo aparcado en la cuneta, más calmado después de la extraña experiencia, pudo comprobar que existía en el ambiente un olor penetrante, similar, según sus propias declaraciones al del «líquido de embalsamar los cadáveres que se utiliza en las funerarias». Descendió del coche intentando calmarse y entonces le sobrevino un fuerte dolor en el brazo que llevaba apoyado en la portezuela del vehículo mientras conducía y se percató de que lo tenía totalmente abrasado, como si se hubiese quemado. Al mismo tiempo comprobó el estado que presentaban el techo y el capó de su automóvil, con los mismos signos de abrasamiento y unas intrigantes manchas de aspecto aceitoso que se cernían sobre toda la carrocería. El asustado conductor, tras unos minutos intentando comprender el suceso, prosiguió su viaje hasta la siguiente población. Allí dio parte a las

autoridades y presentó la oportuna denuncia de su caso. Asimismo, se informó a la base aérea cercana de Warner Robins, desde donde a los pocos días se pondrían en contacto con el señor Parham para informarle de que seguramente había tenido un encontronazo con un fenómeno conocido como «rayo en bola».

Parham, un tanto contrariado y molesto por esta fácil respuesta recibida de la autoridad militar, decidió enviarles a su vez una larga carta de contestación, expresando su desacuerdo con esas explicaciones y manifestando no sin poco enfado que «los relámpagos no giran por arriba y por abajo, como lo hizo este objeto».

Y dándole la razón, o al menos reafirmando más su vivencia, dos días más tarde, en la misma carretera y prácticamente en el mismo kilómetro donde se produjo el hecho que acabamos de narrar, una vecina de una población cercana que conducía su automóvil de regreso tras realizar unas compras iba a tener el mismo incidente, con idénticas características. De hecho, tras el avistamiento del enigmático aparato volador ígneo sufrió quemaduras de tercer grado en las partes desnudas de su cuerpo. Curiosamente, y para que el lector se haga una idea de la energía o el poder calorífico al que se enfrentaron, supuestamente, estos testigos, las bolsas de la compra hechas de papel que esta señora llevaba en el interior del automóvil comenzaron a arder.

## Epílogo

### HOMENAJE A DON ANDRÉS GÓMEZ SERRANO

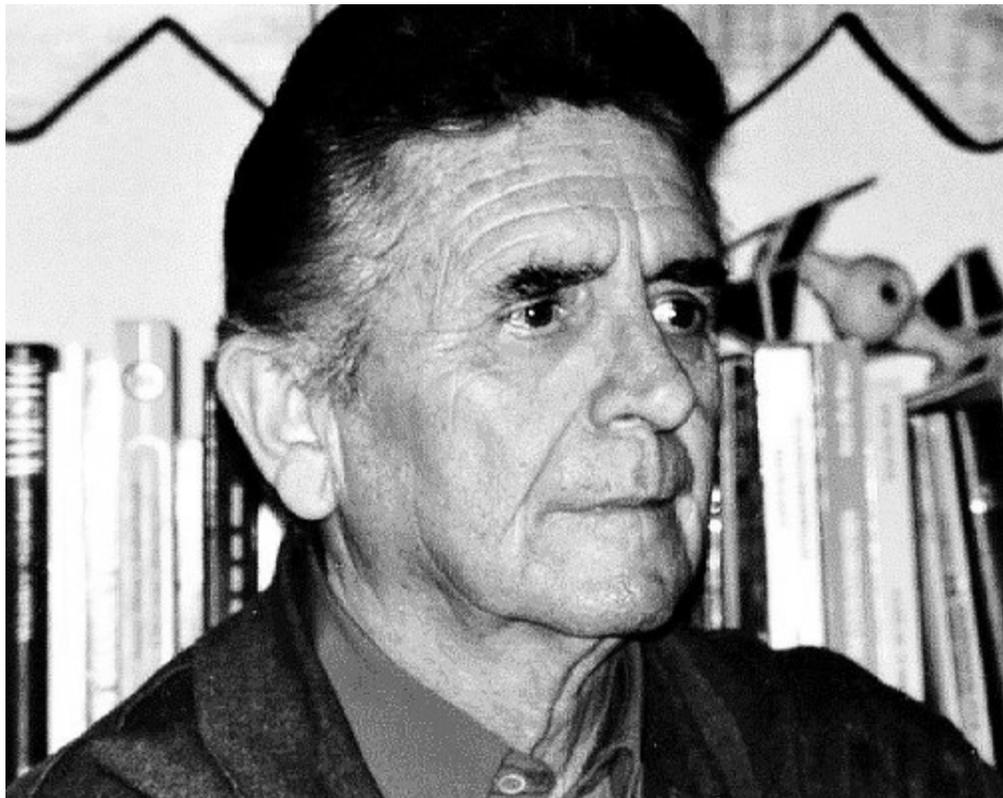
Don Andrés Gómez Serrano era un hombre honesto y consecuente. Es decir, según la definición que da de estos adjetivos el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia, era un hombre recto, honrado y que obraba acorde a sus principios. Exactamente así era. Y llevó estas virtudes a tal extremo, fiel a sus convicciones, pesaran a quien pesaran, que su vida llegó a convertirse en un infierno. Incluso tuvo que abandonar su puesto de trabajo como policía municipal de Algeciras. Y es que en ciertas épocas, creer o simplemente hablar de objetos volantes no identificados, de supuestos seres de origen desconocido que nos visitan o de otras «chifladuras» semejantes era prácticamente una herejía que podía comportar, en ciertos círculos sociales conservadores, el ostracismo e incluso el rechazo más agresivo por parte de personas y autoridades que se incomodaban al escuchar tan disparatadas historias.

Y este hombre era Andrés Gómez Serrano. Para los profanos en estas lides quizás su nombre no signifi que nada. Pero para los que llevamos ya ciertos años en estos mundos de lo enigmático, Andrés representa un maestro, un pionero, un referente a seguir por su dedicación, entusiasmo y trayectoria en el mundo de la ufología nacional. Ya a mediados del siglo XX, cuando apenas se oían en España relatos sobre esta temática, Andrés Gómez comenzaba a investigar y analizar los primeros casos que llegaban a su conocimiento, con escasos medios y gran humildad, pero lleno de ilusión y perseverancia. Y, también, antes de que todo esto sucediera, se erigiría como protagonista sin quererlo de un encontronazo con lo absurdo que le llevaría a dedicar su vida a la busca de la verdad, como más tarde veremos.

En aquellos primeros años Andrés era un muchacho avisado y trabajador, que más tarde desempeñaría un puesto destacado como policía en el municipio algecireño. Cuando estaba prestando el servicio militar, una extraña experiencia le iba a marcar para siempre y a partir de ese momento se dedicaría íntegramente a intentar esclarecer aquello que le ocurrió. El chico aún no podía imaginar que esa inquietud suya por conocer los entresijos del misterio de los no identificados le iba a llevar a un verdadero calvario, tanto en el ámbito personal, como en el profesional, pues iba a ser relegado al aislamiento y a la exclusión prácticamente absoluta. Este abandono y dejación fue permitido, en ocasiones, a la vez que ignorado, por colegas investigadores y periodistas de este mundillo de lo desconocido que colaboraron junto a Andrés en diversos trabajos, muchas veces aprovechándose de su gran labor, para omitirle a la hora de su reconocimiento. Todo esto, a la vez que otros infortunios más personales, hicieron que a nuestro buen amigo le sobrevinieran diversos apuros, llegando en algunos momentos a carecer de recursos para cubrir sus necesidades básicas. Y esto que escribo, querido lector, no es ninguna exageración, ya que desgraciadamente he conocido el caso de primera mano e incluso he intentado, como no podía ser de otra manera si nos atenemos a nuestros principios cívicos, que siempre deberían predominar, ayudar a este querido compañero de la mejor manera posible y dentro de lo que mis posibilidades me permitieron. Al mismo tiempo, me lleno de estupefacción y de rabia al ver cómo otros que se decían amigos apenas visitaban en los últimos años al expolicía, si no era para intentar recabar información sobre tal o cual asunto y consultar los inmensos archivos y apuntes del bueno de Andrés, aprovechándose, en definitiva, de su gran labor divulgativa. ¡Qué hipócritas e ingratos somos a veces los humanos!

Aún recuerdo cuando visité su casa. Estaba sita en un barrio humilde de Algeciras. Su escasa economía no daba para más después de las adversidades con las que se había enfrentado a lo largo de su existencia, agudizadas aún más en los últimos años. Era una travesía ciega, sin salida y un tanto sombría y sucia. Allí, en la calle Perú de Algeciras, el señor Gómez mostraba a todo aquel que se lo solicitaba lo que él mismo no llamaba su hogar, sino su museo: paredes repletas de fotos, dibujos, esquemas y planos de los casos más sobresalientes de la ufología, algunos de ellos investigados por él mismo;

docenas de carpetas con documentos y escritos repartidas por aquel viejo saloncito que hacía las veces de comedor, de despacho y de recepción de visitantes; un viejo magnetófono obsoleto y arrinconado que había utilizado como grabadora en sus trabajos de campo; una antigua máquina de escribir con la cual pacientemente escribía declaraciones, testimonios y hechos para nutrir su extenso archivo; y, sobre todo, su pequeño hogar estaba repleto de recuerdos e inquietudes. Inquietudes que significaban toda una vida persiguiendo aquel misterio que representaban los ovnis, un fenómeno que Andrés tenía muy presente y del que, según su criterio, no existía la más mínima duda acerca de su existencia y de los contactos que realizaban en ocasiones con nosotros aquellos seres venidos de otras dimensiones u otros mundos.



Andrés Gómez Serrano, un auténtico caballero y pionero en el campo de la ufología nacional. La tremenda experiencia que padeció le llevó a dedicar toda su vida a intentar resolver ese misterio apasionante que representan los no identificados.

Sentados frente al maestro, alrededor de una modesta pero cálida mesa camilla repleta de folios y reportajes desordenados, Andrés nos dio la bienvenida y, enseguida, como hombre de verbo fácil y abundante, comenzó a narrarnos aquella primera experiencia suya que iba a desembocar sin duda en su pasión por conocer qué había de cierto en esta fenomenología tan excitante, a la vez que muchas veces desconcertante y absurda para todos aquellos que la investigamos. Encendiendo su enésimo pitillo, como buen fumador empedernido, entre la humareda de una profunda calada inició el relato de aquella parte importante de sus recuerdos:

Yo hice la «mili» muy joven, a los dieciocho años. Fui voluntario y estuve en un cuartel cerca de aquí, de Algeciras, en la Almoraima. Todo transcurría normalmente. A mí me gustaba el asunto militar y aquella disciplina castrense, ya que teníamos muy buenos superiores y compañeros.

Pero un día, nunca se me olvidará... ¿Cómo se me va a olvidar? El 17 de junio de 1949 recibo instrucciones para custodiar, junto a un soldado de reemplazo, el compañero Francisco, de Granada, una gasolinera que se encontraba cerca del destacamento, en una carretera solitaria y estrecha a escasos dos kilómetros, repletas sus orillas de chaparros y alcornoques que daban una buena sombra a los pocos viandantes y automóviles que por allí pasaban. El día transcurría sin novedad, aburrido, sin incidencias que destacar.

Cuando llegó la hora de cenar, mi compañero Francisco se dispuso a acercarse hasta el cuartel para buscar el «condumio», como hacíamos habitualmente por turnos a la hora de las comidas. Y aquella noche le tocó a él. Solíamos tardar unos veinticinco minutos o media hora en ir y volver. Aquella concreta noche recuerdo que hacía un fuerte viento y las ramas de los árboles se movían mucho, muy agitadamente. Yo, sentado en una gran piedra en una de las esquinas de la gasolinera, miraba al cielo pensando que después de aquel vendaval, como solía ocurrir en otras ocasiones, seguramente iba a llover. Creo que no me estaba equivocando, porque me di cuenta de que el cielo estaba nublado. Era la típica tarde anochecida calurosa que presagiaba tormenta. Los grillos y otros insectos parecían estar como locos, sonando por todos lados, entre el rumor del viento. Y en estos pensamientos me encontraba, intentando que el rato se pasara lo antes posible, cuando de repente se hizo la nada. Y te lo digo porque, al parecer, todo esto que te describía desapareció. Yo ya no escuchaba nada. Parecía que el viento había parado y que los bichos se habían quedado mudos. Todo estaba en silencio, y yo, dándome cuenta, me quedé un tanto extrañado. Era una experiencia que nunca había vivido. ¡Era un silencio de iglesia, en medio del campo... Increíble!

Cuando todavía estaba preguntándome qué demonios ocurría, veo en la lejanía una luz que se acerca. Al principio, absorbo por lo que te acabo de decir, no le presté mucha atención, la verdad. Después pensé que se trataba de una moto o un coche, aunque pocos automóviles circulan por allí y, en aquellos años, aún menos. Pero la luz poco a poco se iba acercando. Ya la veía más claramente, venía por medio de la carretera. Era una luz muy extraña, pulsante, y se podía entrever en su centro una forma opaca, como si se viera a través de ella, como si fuera un aro enorme luminoso. Cuando de repente, ante mi sorpresa, se divide en dos. Eran blancas, con el interior anaranjado. Cuando ya estaban a escasos doscientos metros de donde yo me situaba, las luces comenzaron a unirse de nuevo, separándose y volviéndose a unir... Parecía que estaban bailando. Iban flotando a un metro del suelo aproximadamente. Entonces, a mí me dio un miedo tremendo, porque desconocía qué era aquello que estaba presenciando. No lo comprendía, no sabía a lo que me podía enfrentar. A una distancia de menos de cien metros puedo recordar que medían como un metro de diámetro. ¡Era tremendo...!

Y aquí ocurrió lo que puedo decir que más me asustó: sentí que no me podía mover, que estaba paralizado. Veía lo que ocurría, era consciente de todo... pero no podía mover ni un dedo. De repente sucede lo más increíble: todo a mi alrededor, el aire, se vuelve de un tono verdoso. ¡Y cuál es mi sorpresa cuando me doy cuenta de que puedo ver a través de los objetos sólidos que tenía a mi alrededor! Las paredes de la gasolinera, los árboles cercanos que allí se encontraban... parecía que se habían convertido en cristal, totalmente transparentes... Podía ver los enseres dentro del edificio, las sillas, la cocina... ¡todo!

Tan alucinado estaba con todo aquello que no había reparado en las evoluciones de la dichosa luz. Ahora me doy cuenta de que estaba situada muy cerca de mí, a escasos diez metros. Y yo seguía paralizado y quería huir de allí. Estaba aterrado. Y en ese momento aparecen muchas luces de colores alrededor de mí... Aquello era increíble. Te puedo asegurar que no había bebido, ni tomado droga ni nada semejante. Era algo inaudito.

Y de nuevo, en ese momento, busco la luz original, la que vi en un primer momento acercándose. Ahora la tenía al lado, a no más de dos metros. Yo seguía sentado, sin poder moverme, sobre la piedra. La luz ya se encontraba a mi lado en ese instante y... ¡Agárrate! ¡La piedra en donde estaba sentado comienza a moverse y a subir! ¡Levitaba! Así lo hizo, y yo sobre ella. Llegó a subir a más de un metro del suelo. Tanto, que la escopeta que llevaba en el brazo, un Mauser del año 1928, una reliquia, un auténtico armatoste, se me resbaló, cayó al suelo y se disparó. Y lo más curioso, si cabe: no oí el disparo. A pesar de que estas armas hacen una detonación ensordecedora, solamente vi la llama por el cañón y sentí como me rozaba la bala, que incluso me quemó la mejilla.

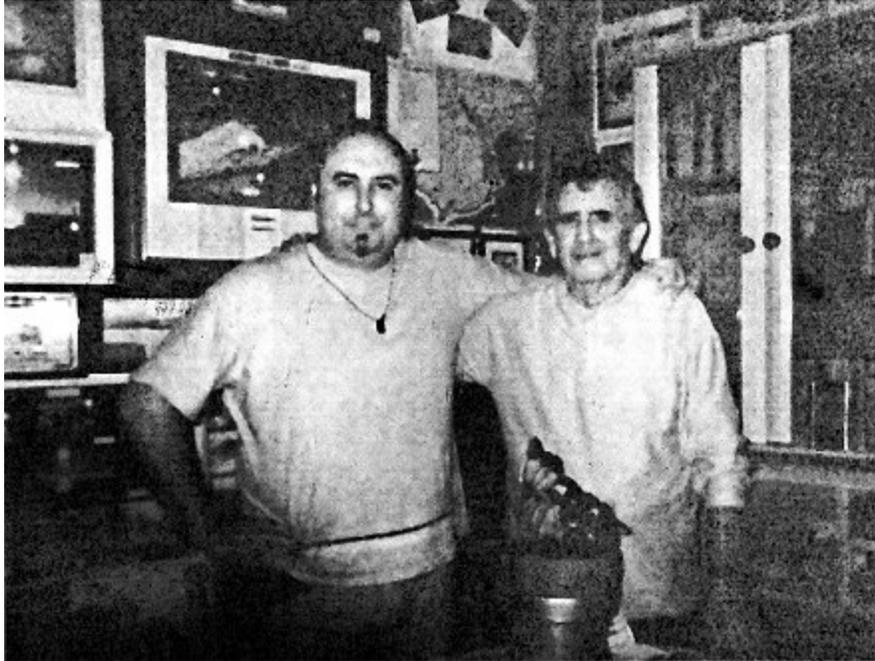
En esa situación tan increíble y tan poco ortodoxa me encontraba cuando, mirando hacia arriba, observo que el cielo se estaba abriendo. Las nubes, que parecían moverse muy deprisa, habían formado un círculo por el cual se podía ver parte del firmamento

y, a través de él, podía apreciar las estrellas. Al momento, la extraña luz comenzó a dar una suerte de giros, a hacer espirales mientras ascendía. Y a gran velocidad se marchó por aquel agujero redondo que se había formado entre las nubes. A los pocos instantes ya había desaparecido en el cielo. Justo entonces, caímos la piedra y yo bruscamente, hecho que me provocó un buen golpe. Y una vez recobrada, a duras penas, la compostura, pude comprobar que todo había cesado. Ya me podía mover y el viento y el sonido de la noche, con los insectos incluidos, volvían a oírse.

Como te digo, una vez incorporado, e intentando calmarme, preguntándome qué había ocurrido allí, alzo la vista y veo a mi compañero Francisco que se aproxima por la carretera a lo lejos trayendo los recipientes con la cena. Y cuando llegó a mi altura, aún yo casi aturdido, le pregunté si había escuchado un disparo por el camino. Él me dijo que no, y yo, no queriéndole explicar todo lo que había sucedido por miedo a que me tomara por loco, solamente le respondí que se me había disparado la escopeta. Y comprobamos que era cierto, porque al abrir el arma allí estaba el cartucho detonado: la vaina solamente, sin la bala.

Entonces, en ese momento, mientras hablábamos y yo intentaba quitar hierro al asunto, reparé en otro detalle curiosísimo. Mi reloj, que hasta ese momento siempre había funcionado perfectamente, que era suizo, de cuerda, de buena calidad, marcaba ahora las once y diez y estaba parado. Tan parado que jamás volvió a funcionar.

Andrés da por terminado su relato en este punto. A pesar de todo el tiempo transcurrido, aún se puede apreciar en su penetrante mirada el interrogante y la incertidumbre. Nerviosamente apaga el pitillo en un cenicero sucio, aplastando con vigor la colilla consumida. Parece que con sus afi lados ojos nos intenta pedir una explicación, una ayuda que de alguna manera alivie su recelo e incluso su angustia, me atrevería a decir.



Una fotografía que guardo con gran cariño de cuando entrevisté a don Andrés en su casa museo de Algeciras.

A partir de aquí, procurando rebajar la tensión, la charla se desvía hacia otros derroteros menos dramáticos. Nos habla de sus primeros casos investigados, de sus viajes por toda la comarca algecireña y por el resto de España en busca de respuestas... y, cómo no, de sucesos similares al suyo que ocurrieron dentro de esta vasta fenomenología de los ovnis, con detalles que se asemejaban en exceso a lo vivido por él mismo. Andrés no cree en las casualidades, pero sí en las coincidencias. Y en el mundo de los UFO, a pesar de los hechos desquiciados o inauditos, estas coincidencias abundan sospechosamente. De esta manera nos pone al corriente de fenomenología similar acaecida en lugares tan dispares como Granada, Yurre (en Vitoria), Rivera Oveja (en Cáceres), la comarca de El Pardal (en Albacete) o Cayón (en Cantabria), donde docenas de asustados testigos reportaban muchas experiencias similares a la de nuestro querido amigo. En ocasiones, los relatos hablan de luces que parecen jugar con los extrañados observadores, convirtiendo además las dimensiones espacio-tiempo en algo intrascendente y despreciable. Parece ser que estas condiciones no afectan a aquellas

luminarias y objetos que transitan por nuestro mundo sin saber nosotros su origen, intenciones y naturaleza, preguntas claves a responder en un verdadero enigma.

Comentamos con Andrés, al mismo tiempo, lo duro que era en España hablar por aquellos años de su juventud de tan rocambolescos planteamientos. Nos recuerda que él prácticamente había sido uno de los pioneros en el ámbito nacional, a principios de los años cincuenta, junto a otros grandes investigadores dentro de la ufología española como fueron Antonio Rivera, Pedrajo o Manuel Osuna, quienes sentaron las bases para que muchos otros curiosos de esta problemática continuaran con su primigenia labor y empeño. No hay que olvidar que Gómez llegó a publicar un minucioso tratado, *Ovnis: 50 años de investigación en el campo de Gibraltar*, en el que recoge su extensa y paciente labor recopilatoria a pie de campo de los casos más destacados de esa comarca gaditana.

Sin embargo, a pesar del orgullo justificado y de su tenaz perseverancia, en sus últimos años Andrés se encontraba un tanto abatido, desalentado, desanimado por sus, según creía, estériles rendimientos en todas aquellas pesquisas. Le parecía que toda una vida dedicada a intentar aclarar aquel misterio no había servido para nada. Hasta tal punto, que en varias ocasiones nos había confesado su intención de comenzar poco a poco a destruir sus apreciados archivos hasta acabar paulatinamente con todos ellos antes de dejar este mundo. Quizás intentaba así apartar de su mente aquellas historias que habían trastocado de manera cruel su vida.



Andrés Gómez en plena tarea de investigación de campo, recogiendo muestras y posibles evidencias en uno de los muchos casos en los que trabajó.

Andrés Gómez Serrano moriría el 23 de enero de 2016, a los ochenta y dos años de edad. Detrás dejaba un gran legado: una pasión por encontrar la verdad que le hizo recorrer el país en busca de personas que en un instante determinado se dieron de bruces con lo desconocido. Lo mismo que le ocurrió a él. Pero Andrés siempre vivirá en nuestro recuerdo, eso intangible que nunca perece. Y ahora, frívolo e injusto mundo, se le ofrecen homenajes y aplausos por parte de autoridades y estamentos. A lo mejor un poco tarde para reconocer su cometido y memoria, ¿no creen?

Porque, ante todo, él era un hombre honesto y consecuente. Descanse en paz, querido maestro. Quizás, allá donde se encuentre, ya conozca usted el secreto que nosotros, los que aguardamos de momento en esta orilla, ignoramos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA NORIEGA, Federico, *Ovnis sobre Zamora*, autoedición, 1983.
- ADELL, José Antonio, y GARCÍA, Celedonio, *Leyendas misteriosas de Aragón*, Ed. Pirineo, 2003.
- AINA NAVAL, Leandro, *El milagro de Calanda a nivel histórico. Estudio crítico de los documentos que lo atestiguan. El ambiente y la época*, Zaragoza, Imprenta Tipo Línea, 1972.
- ALLEN HYNEK J., y VALLÉE, Jacques, *The Edge of Reality: A Progress Report on Unidentified Flying Objects Paperback*, Create Space Independent Publishing Platform, 1975.
- ÁLVAREZ PEÑA, Alberto, *Mitos y leyendas asturianas*, Ed. PicuUrriellu.
- AMIGÓ I ANGLÈS, Ramón, *La Mussara, un vell afecte. Notícies històriques disperses*, Barcelona, Editorial Rafael Dalmau, 2006.
- ARACIL, Miguel, *Cataluña. Crónica del misterio (Una aproximación a lo insólito y misterioso)*, Ediciones del Laberinto, 2004.
- ARAZO, María Ángeles, *Superstición y fe en España*, Plaza y Janés, 1978.
- ARMENDÁRIZ CASTRO, Rubén, *Leyendas de Castilla*, M. E. Editores, 1995.
- ATIENZA, Juan, *El Cáliz de la discordia. Miserias y esplendores del Grial*, Grijalbo, 2001.
- AYARZA, Javier, y ZAMORA, Fernando, *Palencia, remota y alba*, Ed. Cálamo, 1988.
- BENÍTEZ, Juan José, *100.000 kilómetros tras los ovnis*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995.
- CANELLADA, María Josefa, *Leyendas, cuentos y tradiciones (Folklore de Asturias)*, Ayalga Ediciones, 1983.
- CAPARRÓS LERA, José María, *Bestiario ilustrado de Aragón*, Ediciones Las Tres Sorores, 2008.
- CARO BAROJA, Julio, *Estudios sobre la vida tradicional española*, Barcelona, Edicions 62, 1968.
- CARRIÓN LÓPEZ, Gabriel, *El lado oscuro de María. El gran fraude de las apariciones marianas*, Alicante, Ed. Aguaclara, 1992.
- DIESENER, Günter, y REICHHOLF, Josef, *Anfibios y reptiles*, Ed. Blume Naturaleza.
- EJARQUE, Ramón, Pbro., *Historia de Nuestra Señora de Balma*, Tortosa, Imprenta Moderna de Alguero y Baiges, 1934.
- FERNÁNDEZ BUENO, Lorenzo, *99 lugares donde pasar miedo*, Timun Mas, 2012.
- FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Vidal Javier, *La Balma de Zorita. 30 años en torno al santuario*, Ed. Diputación Provincial de Castellón, 2005.
- FERNÁNDEZ URRESTI, Mariano, *A la sombra del Grial*, Ed. Edaf, 2006.

- FREIXEDO, Salvador, *Las apariciones marianas*, Biblioteca Espacio y Tiempo, 1991.
- GASCÓN RICAÑO, Antonio, y BRIONGOS MARTÍNEZ, Ángel, *El milagro del cojo de Calanda: La génesis de un mito*, Editorial Geoda, 2015.
- GÓMEZ SERRANO, Andrés, *Ovnis: cincuenta años de investigación en el campo de Gibraltar*, Ed. Antakara, 2000.
- GORDALIZA APARICIO, F. Roberto, *Historias y leyendas palentinas*, Ed. PalenciaCálamo, 2001.
- GOIZUETA, José María, *Leyendas vascongadas*, Madrid, Imp. Juan José Martínez, 1856.
- GUTIÉRREZ LERA, Chema, *Breve inventario de seres mitológicos, fantásticos y misteriosos de Aragón*, Editorial Prames, 2008.
- HURTADO PÉREZ, Publio, *Supersticiones extremeñas. Anotaciones psicofisiológicas*, Alfonso Artero Hurtado editor, 1989.
- IRAZOLA ELORDUY, Jesusa de, *Las maravillas de Umbe*, Bilbao, Ed. Círculo, 1974.
- IRISARRI, Ángeles de, *El estrellero de San Juan de la Peña*, Editorial Mira, 1992.
- JIMÉNEZ, Iker, *Encuentros ovni: historia de los OVNI en España*, EDAF, 2012.
- JUBETE, Fernando, *Atlas de las aves nidificantes de Palencia*, Palencia, Editorial Graficolor, 1997
- LANDSBURG, Alan, *En busca de extraterrestres*, Nueva York, Bantam Books, 1976.
- LE GARFF, Bernard, *Los anfibios y los reptiles en su medio*, Plural de Ediciones, 1992.
- LÓPEZ NÚÑEZ, Juan José, *La pregunta número siete*, Ed. Círculo Rojo, 2016.
- MADOZ, Pascual, *Diccionario geográfico coestadístico histórico de Aragón*, 3 Tomos, Zaragoza, Teruel y Huesca, edición facsímil, Diputación General de Aragón, Ámbito Ediciones, 1985.
- *Diccionario geográfico estadístico histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Valladolid, Ámbito Ediciones, 1988.
- MARTÍNEZ, Elvira, *Supersticiones asturianas*, Everest, 1995.
- MOLINA FRANCO, Lucas, y MANRIQUE GARCÍA, José María, *Armas y uniformes de la guerra civil española*, Ed. Tikal, 2010.
- MONFERRER, Àlvar, *Els endimoniats de la Balma*, Valencia, Ed. Generalitat Valenciana, 1997.
- OÑATE, Juan Ángel, *El Santo Grial. Su historia, su culto y sus destinos*, Valencia 1952.
- PASCUAL MARJANET, Roger, *Desaparecidos en España*, Ed. Universitat Oberta de Catalunya, 2014.
- PASTOR, Pascual, *Memoria geográfica de Asturias*, Editorial Auseva, 1989.
- PELLICER CESTER, Antonio, *Toponimia de Valdealgofa (Teruel)*, Ed. Ayuntamiento de Valdealgofa, 2003.
- RAMÍREZ DE HERGUERA, Martín, *El libro de Carrión de los Condes (con su historia)*, Valladolid, Maxtor Editorial, 2007.
- RENEDO CARRANDI, Francisco Ramón, *Guía de la Cantabria mágica*, Barcelona, Ed. Luciérnaga, 2017.

- RUIZ DE LA TORRE, Juan, *Mapa forestal de España*, Alcañices (Hoja 34), Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación / Instituto para la Conservación de la Naturaleza (ICONA) / Fundación de la Universidad Politécnica de Madrid / Escuela Superior de Ingenieros de Montes, 1991.
- SANCHEZ VENTURA Y PASCUAL, Francisco, *Y el agua seguirá curando, Apariciones de la Virgen en el Alto de Umbe*, Bilbao, Ed. Círculo, 1973.
- SANCHO IZQUIERDO, Miguel, *El milagro de Calanda*, Zaragoza, Artes Gráficas E. Berdejo Casañal, 1940.
- SOLER CARNICER, José, *Leyendas y tradiciones de Castellón*, Editors CARENA, 2002.
- STARBIRD, Margaret, *María Magdalena y el Santo Grial*, Barcelona, Ed. Planeta, 2005.
- UNAMUNO, Miguel de, *Paisajes del alma*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.
- VALLÉE, Jacques, *Pasaporte a Magonia*, Barcelona, Plaza & Janés, Colección Otros Mundos, 1982.
- ZARANDONA, Juan Miguel, *Libro del Grial*, 451 Editores, 2008.
- VV. AA. *Historias de vida*, Espiello, XIII Festival Internacional de Documental Etnográfico de Sobrarbe, Huesca, Centro de Estudios de Sobrarbe, 2015.
- VV. AA. «La Provincia de Castellón de la Plana», en *Tierras y gentes*, Caja de Ahorros de Castellón, 1985.
- VV. AA. *Guía de la España encantada*, n.º 79, Castellón, «Los Endemoniados de Ntra. Sra. De La Balma», Madrid, Ed. ABC Telefónica, 2000.
- VV. AA. *Los asturianos en la cocina. La vida doméstica en Asturias*, 1800-1965, Muséu del Pueblu d'Asturies, 2005.
- VV. AA. *Revista de Folklore*, Versión Digitalizada Fundación Joaquín Díaz, Varios Números Consultados, Valladolid, Obra Social y Cultural de Caja España, 2008.

# Notas

1. *Guía de la Cantabria mágica*, Barcelona, ED. Luciérnaga, 2017.

1. Publio Hurtado, «Supersticiones Extremeñas. IV: Encantamientos», en *Revista de Extremadura*, Órgano de las Comisiones de Monumentos de las dos provincias, Cáceres, año III, número XXV, junio 1901, pp. 313-314. Pasaje

2. Mario Simón Arias-Camisón, *Historia lírica y amorosa de Santa Cruz de Paniagua*, PP. 199-200.

*Pasaje al misterio*

Francisco Renedo Carrandi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: Francisco Renedo Carrandi, 2018

© fotografía de la portada: Shutterstock.

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-17371-40-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)



# PASAJE AL MISTERIO

UN VIAJE HACIA LO INSÓLITO

FRAN RENEDO CARRANDI

Luciérnaga